



Hermínio Corrêa de Miranda

Diálogo com as sombras

Teoria e prática



DIÁLOGOS CON LAS SOMBRAS

HERMINIO C. MIRANDA



DIÁLOGOS CON LAS SOMBRAS

(TEORÍA Y PRÁCTICA DE LA ADOCTRINACIÓN)

HERMINIO C. MIRANDA

Prefacio de
FRANCISCO THIESEN

ÍNDICE

ADOCTRINACIÓN Y DESOBSESIÓN	6
INTRODUCCIÓN	10
I LA INSTRUMENTACIÓN	17
II LAS PERSONAS	38
LOS MÉDIUMS	45
EL ESCLARECEDOR	54
OTROS PARTICIPANTES	68
LOS ASISTENTES	73
RENOVACIÓN DEL GRUPO	79
LOS ORIENTADORES	83
LOS MANIFESTANTES	92
EL OBSESOR	93
EL PERSEGUIDOR	96
DEFORMACIONES	103
EL DIRIGENTE DE LAS TINIEBLAS	111
EL PLANIFICADOR	113
LOS JURISTAS	118
EL EJECUTOR	119
EL RELIGIOSO	121
EL MATERIALISTA	130
EL INTELLECTUAL	132
EL VENGADOR	136
MAGOS Y HECHICEROS	141
MAGNETIZADORES E HIPNOTIZADORES	160
MUJERES	164

III EL CAMPO DE TRABAJO	173
EL PODER	181
VANIDAD Y ORGULLO	184
PROCESOS DE FUGA	187
LAS ORGANIZACIONES: ESTRUCTURA, ÉTICA,MÉTODOS, JERARQUÍA Y DISCIPLINA	192
IV TÉCNICAS Y RECURSOS	196
EL DESARROLLO DEL DIÁLOGO. FIJACIONES. DEFECTOS. DOLORES “FÍSICOS”. DEFORMACIONES. MUTILACIONES.	217
LENGUAJE ENÉRGICO	227
LA ORACIÓN	231
EL PASE	237
RECUERDOS DEL PASADO	244
LA CRISIS	256
PERSPECTIVAS	264
EL INTERVALO	266
SUEÑOS Y DESDOBLAMIENTOS	272
RESUMEN Y CONCLUSIONES	279

ADDOCTRINACIÓN Y DESOBSESIÓN

“¿Cuál es tu nombre?” – Indaga Jesús. Le responde: “Mi nombre es Legión, porque somos muchos.” Y él imploraba con insistencia que no los mandase para fuera de esa región (Gerasa). (Marcos, 5:9 y 10)

Tienen a la vista un nuevo libro de Herminio C. Miranda: “DIALOGOS CON LAS SOMBRAS – Teoría y Práctica de la Adoctrinación”.

Estamos familiarizados con los escritos del autor, pues lo acompañamos en sus estudios, año tras año, por las páginas del “Reformador”. Conocemos los análisis criteriosos de decenas de obras de bastante repercusión, en las esferas de la religión, de la filosofía y de las investigaciones, en el mundo del espiritualismo y, más específicamente, del Espiritismo y del Evangelio de Jesús. Raros son los libros notables de escritores contemporáneos y antiguos, en esas especialidades, que no le haya merecido la crítica serena y constructiva. Los sistemas doctrinarios elevados por el pensamiento humano, en su larga y exhaustiva elaboración, en el curso de milenios, son para el objeto de estudios y elucubraciones, generalmente traducido en artículos y libros que la Federación Espírita Brasileña va imprimiendo y difundiendo, aquí y fuera de los propios límites territoriales de las Tierras de Santa Cruz.

En los últimos años, los trabajos de Herminio C. Miranda han tocado temas de gran importancia, como siempre, más de difícil abordaje, algunos de ellos poco estudiados antes. “El Médiun del Anticristo”, por ejemplo. Los artículos referentes a “La Muerte Provisoria (I y II)”, “Uri Geller”, “El Cincuentenario de Lady Nona”, “La Maldición de los Faraones”, etc., nos hace pensar más detenidamente en las profundidades de lo Desconocido.

Al lado de libros y artículos, los prefacios, introducciones y síntesis de obras, como en “Procés des Spírites” y “Procesos de los Espíritas”, de Mme. Marina Leymarie; “Imitación de l’Evangile Selon le Spiritisme”, de Allan Kardec. Más lo que se halla aun inédito.

Experiencias que se acumularon a lo largo de decenios de esta y de vidas pretéritas, consolidadas gracias a esfuerzos incesantes y renovadas investigaciones, le confiere espontaneidad y simplicidad en el trato de los enigmas más serios y de las cuestiones complejas, de toda una gama de asuntos en el ámbito de lo inhabitual, permitiéndole escribir para los simples y los doctos, en lenguaje sin atavíos que todos entienden.

La ciencia de *servir* es un arte raro, exigiendo dedicación y persistencia. En ella nuestro amigo se ejercita hace mucho tiempo, desinhibido y sin preconceptos, como quién se mueve con la naturalidad propia de los que saben de su vocación y no vacilan en seguir los rumbos que deben andar.

Escribir sobre “Teoría y práctica de la adoctrinación”, presentando el patrimonio previsto durante por lo menos diez años ininterrumpidos de servicio activo, en el demorado “Diálogos con las Sombras”, no es tarea fácil. La contribución de Herminio, entre tanto, huye a lo común de los libros de divulgación doctrinaria y evangélica, en el campo Espírita. Es más un extraordinario documento o cartilla de orientación, descendiendo a los por menores de aquello que se puede llamar de elaboración seria, metódica, gradativamente desenvuelta, elucidativa de todo el contexto de las intercomunicaciones e interligaciones entre varios planos vibratorios, en la atendimiento responsable y cristiano de la asistencia espiritual en la desobsesión. Son horas vividas no apenas en el círculo de las tareas mediúnicas propiamente dichas, más un mapa por así decir comportamental durante las demás horas, en la vigilia y en el sueño, por cuanto, en verdad, como reconoce el autor, “el secreto de la adoctrinación es el amor”.

Creemos que Herminio C. Miranda alcanzó con el mayor éxito el fin que se propuso, porque no hizo literatura: ¡su libro es vida! ¡Es comprensión, ternura, donación!

* * *

El libro, en rigor, no necesita de explicaciones o presentaciones, ni de interpretaciones; todo en él es de una meridiana claridad. El propio autor justifica cada detalle, cada enseñanza o experiencia y sus implicaciones, a la medida que se adentra en la exposición simple de cosas difíciles. Él no hace revelaciones especiales ni enseña principios no sabidos, en Espiritismo. Entre tanto, consigue aglutinar, a la segura argumentación que hace, las pequeñas verdades que las desatenciones de los estudiosos no siempre permiten captar y estereotipar en las mentes y corazones, en una lectura o estudio ligero de la vasta literatura espírita, mediúmnica o no.

Esta claro que, en la tesitura de un libro de esta naturaleza, el autor coloca en él las propias ideas, no siempre concordantes con las de otros autores igualmente editoriales por la Federación Espírita Brasileña. Se trata del ejercicio natural del sagrado derecho que cada cual tiene de pensar por sí mismo y de abrazar los puntos de vista que le parecen los mejores. No compete a la Federación censurar opiniones, aún cuándo no las contrate u oficialice, excepto cuando entren en choque con los principios fundamentales de la Doctrina Espírita. Ora, Herminio C. Miranda es de los más seguros estudiosos, defensores y propagadores de aquellos principios, con los cuales todos sus pensamientos se afinizan.

Así, dejamos a nuestros lectores el encargo de analizar todo cuanto el autor expone o sugiere, especialmente en lo que atañe a locales para sesiones prácticas de desobsesión y a métodos de trabajo, pues el mismo derecho que tiene el expositor de argumentar y aconsejar, tienen los demás, de aceptar, o no, sus argumentos y consejos. Lo que importa, por encima de todo, es que “Diálogo Con Las Sombras” es un libro doctrinariamente correcto y constituye valiosa contribución para el estudio y la práctica de los servicios de desobsesión Espírita.

* * *

Cuestión seria, para la cuál nos gustaría pedir atención, es la de la zoantropía, más comúnmente como licanotropía. El autor trata detalladamente del asunto, con proficiencia. A propósito, recordamos el libro “Liberación”, de André Luiz: cuando los originales nos fueron enviados, el Director interesado del análisis inicial de esas páginas

mediúmnicas consideró un tanto “exageradas” unas afirmativas y detalles pertinentes a un caso de licanotropía. Pidió confirmación al Espíritu y recibió, como respuesta, una carta del médium F. C. Xavier, en que transmitía la solicitud del autor espiritual, en el sentido de retirar de los originales aquellas palabras que le habían suscitado dudas, con la explicación siguiente: “Si nuestro amigo no puede admitir eso, es señal que precisamos aguardar otra oportunidad, pues los lectores, con mayor razón, tampoco admitirán.” Las palabras de la carta del médium eran aproximadamente esas, mas el sentido era exactamente ese.

Mas el comentario particular de Chico Xavier, la persona que nos merece la mayor credibilidad, fue este: “Y en verdad, mismo con la parte que André Luiz sugirió fuese eliminada del texto, las cosas aun quedaban bien lejos de la realidad, que es peor de lo que pensamos.”

* * *

El problema de la obsesión - gran flagelo de la Humanidad -, es tan grave, que la respectiva cura llegó a ser objeto de mensajes de Allan Kardec, en 1888 y 1889, en Rio de Janeiro (RJ), por el médium Federico Junior, dada la preocupación de la Espiritualidad Superior en el sentido de ser encarado el asunto con la seriedad y la preparación precisas, especialmente en el campo del amor y de la ejemplificación de las virtudes cristianas. Los referidos dictados están incorporados en el opúsculo “La Oración según el Evangelio”, de Allan Kardec, editado por la FEB (33ª edición, 625 mil, 1979).

* * *

Terminadas estas páginas iniciales, invitamos al lector a conocer el libro de Herminio. Estamos ciertos de que, al leerlo, los ejemplos que encierra le causaran la nítida convicción, más que las palabras articuladas, de que el Espiritismo es, en verdad, el Consolador Prometido por Jesús.

FRANCISCO THIESEN
Presidente de la Federación Espírita Brasileña
Rio de Janeiro (RJ), 22 de Junio de 1979

INTRODUCCIÓN

Creo necesario declarar, en el pórtico de este libro, que a mi forma de ver, ninguna obra acerca de los aspectos experimentales del Espiritismo tendrá valor por si misma, aislada del contesto de los cinco documentos básicos de la Doctrina, esto es:

- El Libro de los Espíritus;
- El Libro de los Médiums;
- El Evangelio según el Espiritismo;
- El Cielo y el Infierno; y
- La Génesis.

Está claro que la lista no termina ahí. Hay, en la literatura Espírita, un acervo considerable de libro que constituyen lectura obligatoria para todo aquel que se propone un trabajo serio junto a los compañeros desencarnados, pues no nos debemos olvidar de que el Espiritismo, como Doctrina esencialmente evolutiva, no termina con Kardec; comienza con él.

La relación con el mundo espiritual se reviste de engañosa simplicidad. Realmente, en principio, cualquier persona dotada de facultades mediúmnicas, mismo incipientes, puede establecer contacto con los desencarnados, consciente o inconsciente, serena o tumultuosamente. Algunos lo hacen compulsoriamente o con resistencia; otros con espontaneidad; unos con respeto y amor, otros con liviandad e indiferencia; y muchos sin percibir lo que pasa o lo que debe ser hecho para ordenar un fenómeno que, como tantos otros, es natural, no teniendo nada de místico, fantástico o sobrenatural. Lo importante es que al iniciarnos al trato con los Espíritus desencarnados, voluntaria o involuntariamente, estemos con un

mínimo de preparación, apoyada en un mínimo de importación. Aquél que se atreve a la fenomenología sin estos pertrechos indispensables, o aquél que es arrastrado a ella por la mediumnidad indisciplinada o desequilibrada, estará exponiéndose a riesgos imprevisibles para su equilibrio emocional y orgánico. La práctica mediúmnica no debe ser improvisada, pues no perdona la falta de preparación e ignorancia. El mundo espiritual es poblado de seres que fueron hombres y mujeres como nosotros mismos, encontrándose en variados estados de desenvolvimiento moral. Por nuestro mundo de encarnados podemos deducir el otro, del lado de allá. Allí, como aquí, encontramos Espíritus nobles y dotados de atributos morales avanzados, mas igualmente, la masa inmensa de aquellos que se halla de la media para abajo, hasta los extremos más dolorosos del envilecimiento moral, de la ignorancia, de la rebeldía, de la angustia, del rencor, de la venganza. Como la base del fenómeno mediúmnico es la sintonía espiritual, y como aun nos encontramos todos en estados inferiores de la evolución, nos afinizamos con mayor facilidad con aquellos que se hallan perturbados por desequilibrios de mayor o menos gravedad.

Esto no quiere decir, obviamente, que estemos a la entera merced de los Espíritus perturbados y perturbadores; velan por nosotros compañeros de elevada categoría, siempre dispuestos a ayudarnos, mas no nos podemos olvidar de que ellos no pueden hacer por nosotros las tareas que nos incumben, ni librarnos de nuestras pruebas, y mucho menos cohibir los mecanismos de nuestro libre albedrío. Podemos, evidentemente contar con la buena voluntad y la ayuda de esos hermanos mayores, y, por consiguiente, con su protección cariñosa, no a costa de ofrendas, de ritos mágicos, de símbolos, de “trabajos” encomendados, mas, con un procedimiento recto, en el cuál procuremos desenvolver en nosotros mismos el esfuerzo moralizador, el aprendizaje constante y la dedicación desinteresada al semejante. Nunca somos tan pobres de bienes materiales y espirituales que no podamos donar alguna cosa al compañero necesitado, sea el pan o la palabra de consuelo y solidaridad. Es con estas actitudes que nos aseguramos la asistencia de hermanos más experimentados y evolucionados, no para librarnos de nuestros dolores, ni para cumplir mandatos nuestros o atender a nuestras menores exigencias y súplicas, más para concedernos el privilegio de su presencia amiga, de su inspiración oportuna, y su ayuda desinteresada, en aquello que fuera realmente provechoso a nuestro Espíritu, y no en aquello que juzgamos lo sea.

Nunca está demás enfatizar que la organización de un grupo de trabajo mediúmnico comienza mucho antes de darse inicio a sus tareas propiamente dichas, con el estudio sistemático de las obras básicas, y de las complementarias, de la Doctrina Espírita: las de Allan Kardec, León Denis, Gabriel Delanne, Gustave Geley, y ciertos trabajos de origen mediúmnico, como los de André Luiz. Mucho énfasis precisa ser puesto en el estudio de los escritos que cuidan del complejo problema de la mediumnidad, soporte indispensable de toda tarea programada. Así, es preciso insistir: la formación o nacimiento de un grupo es muy importante, y debe ser cercado de los mismos cuidados que preceden a la formación y al nacimiento de una criatura: o sea, la educación de los padres. ¿Están preparados para la tarea? ¿Desean el hijo? ¿Se disponen a los sacrificios y renunciaciones que el trabajo impone? ¿Son conscientes de sus responsabilidades, de las contrariedades y de las luchas que les esperan?

¿Para que desean el hijo? ¿Sueñan hacer de él un *gran hombre*, en el sentido humano, forzándolo a una tarea por encima de sus fuerzas, para el cual no este preparado, o se disponen a crear condiciones para hacer de él un ser digno, pacífico y amoroso? ¿Están dispuestos a recibir la tarea con humildad? ¿Y, por encima de todo: están dispuestos a darse integralmente, sin reservas, al amor ilimitado, sin condiciones y sin imposiciones? El amor, decía Edgar Cayce, no es posesivo; el amor es.

Si estamos con esas disposiciones, podemos comenzar. Y comenzar por el planeamiento, y no por la ejecución precipitada y sin preparación. Examinaremos el asunto por partes y con la cautela debida.

Volveremos a las cuestiones que formulamos arriba, al comparar al grupo naciente con un hijo. Antes, todavía en el transcurso de esta conversación inicial, una observación de carácter personal: al planear la elaboración de este libro, juzgué necesaria una pequeña introducción que situase la obra en su contexto propio. No fue preciso escribirla, pues ya estaba hecha. “Reformado” de febrero de 1966, publicó un artículo titulado ¿“Espiritismo sin sesión Espírita”?, que seguidamente transcribo, por interesar a los objetivos de este libro.

“Encontramos, a veces, hermanos que no les gusta frecuentar sesiones espíritas. Las razones que los llevan a esa decisión – creo yo –, son respetables, pues cada uno de nosotros sabe de sí y de lo que, moderadamente, se convenció llamar sus motivaciones.

Es preciso, entretanto, examinar de cerca esa posición y ver lo que contiene de legítimo, no sólo en el interés de la Doctrina que todos profesamos, sino también en el interés de cada uno.

De hecho, hay algunos problemas ligados a la frecuencia de trabajos mediúmnicos. El primero de ellos – y de los más serios –, es el de la propia mediumnidad, esa extraña facultad humana sobre la cual aún hay mucho que estudiar. Otra dificultad ponderable es la organización de un buen grupo que se incumba, con regularidad y seriedad, de las tareas a que se propone.

Hay otros problemas y dificultades de menor importancia, mas creo que basta consideremos aquí apenas esos dos – lo que no es poco.

El análisis de las cuestiones más complejas casi siempre comienza por las definiciones ridículas y de vez en cuándo es bueno que la gente recurra a viejos conceptos para iluminar obstáculos nuevos.

El Espiritismo doctrinario nació de las prácticas mediúmnicas, de ellas se nutre y de ellas depende, en gran parte, su desenvolvimiento futuro. El intercambio, entre el mundo espiritual y este, solamente asumió expresión y sentido filosófico después que Kardec ordenó y metodizó los conocimientos adquiridos en el contacto con nuestros hermanos desencarnados. Parece claro, también, que el ecuacionamiento y la solución de las grandes inquietudes humanas van a depender, cada vez más, de la exacta comprensión del mecanismo de las relaciones entre esos dos mundos que, al final de cuentas, no son más que uno sólo, en planos diferentes. Luego, la práctica mediúmnic es, no solo aconsejable, sino indispensable al futuro de la Humanidad.

Conviene pensar también que la propia dinámica de la Doctrina Espírita exige ese intercambio espiritual, en primer lugar para que se observe y estudie el fenómeno de la mediumnidad, sus grandezas, los riesgos que ofrece, las oportunidades de aprendizaje y progreso que contiene, no sólo para el médium, mas para aquel que asiste a los trabajos y de ellos participa.

Es claro que la mediumnidad tiene un mecanismo muy complejo y hasta ahora pocos fueron los científicos dignos de ese nombre que se dedicaron, realmente, a fondo y con la mente libre de preconceptos, al estudio de ella. ¿Mas si no la observamos en acción, cómo podremos desear comprenderla un día? Sólo aprendemos a nadar saltando dentro del agua bajo la orientación de quien ya tenga, al respecto, nociones satisfactorias. Si es incompleto el conocimiento sin la práctica mediúmnic, también lo es el ejercicio de esta sin el estudio de aquello que ya se sabe sobre el fenómeno.

Evidentemente, precisamos estar atentos al puro mediumnismo sin objetivos mas elevados, como también al animismo de ciertos médiums mas interesados en sus propias ideas que en la transmisión de aquello que reciben de los compañeros desencarnados.

Hay riesgo, sí. De mistificaciones por parte de pobres hermanos carentes de entendimiento. De aceptación de mentiras sutilmente presentadas bajo fascinantes ropajes. De aflicciones – felizmente pasajeras –, causadas por el desfile de las angustias de hermanos sufrientes.

¿Será, con todo, que eso constituye motivo para privarnos de las recompensas del aprendizaje, de las alegrías que experimentamos al encaminar a los caminos de la paz un Espíritu en crisis?

Hay un universo a explorar. Hay una Humanidad entera clamando ayuda, esclarecimiento, comprensión y caridad en el llamado mundo espiritual. Sus dramas y sus angustias no son puramente individuales. El Espíritu que yerra, invariablemente perjudica a alguien más. Los errores que cometemos, nos prenden a una cadena de hechos y de seres que extiende en el tiempo. Nunca el drama de un Espíritu es apenas suyo. Hay siempre, en esta vida o en algunas de las anteriores, eslabones que nos unen a otros seres y a otros dolores. Aquél que odia, muchas veces ya está maduro para el perdón – basta una palabra serena de esclarecimiento, un gesto de tranquila comprensión para liberar, no apenas su Espíritu de la tormenta del odio, mas también el hermano que le sufre las agresivas vibraciones, provocadas por antiguas amarguras. Los que aún desean vengarse de antiquísimas ofensas, mostramos la inutilidad de su intento y los nuevos problemas con que verán agravar su futuro. Al que aún se prende a superadas teologías, ayudamos a comprender la nueva realidad que tiene delante de sí. A todos los que erraron, consolamos con nuestra propia imperfección y con la certeza de la recuperación. Los que ya alcanzaron elevados merecimientos de conocimiento y amor, los escuchamos con admiración y provecho. Muchos nos buscan apenas para traer noticias de sus propias conclusiones, de la nueva comprensión delante de ese misterio siempre renovado de la vida.

Multitudes de seres que aquí vivieron innumerables veces, como criaturas encarnadas, allá están a la espera de ayuda y, entretanto, son tan pocos los grupos que se disponen a ese trabajo que tan altos dividendos paga en conocimiento y progreso espiritual.

En el ejercicio constante de esa actividad, vemos, cada vez mejor, la solidez inavalable de la Doctrina que nos legaron los Espíritus, a través de la lúcida inteligencia de Allan Kardec. Creyentes

o no, católicos o protestantes, todos nos ven confirmar las verdades maestras del Espiritismo: las de que el Espíritu sobrevive a la muerte física, de que reencarna, de que progresa y aprende, tanto en la carne como en el Espacio; de que las leyes universales son perfectas, ineludibles, mas flexibles, pues exigen preparación, al mismo tiempo que abastecen los recursos para el reencuentro del Espíritu con su propio destino. En los dramas a que asistimos en las sesiones mediúnicas, aprendemos a contemplar la transitoriedad del mal, la amara decepción del suicida, la crudeza del arrepentimiento de aquél que desperdió su tiempo en la busca ansiosa de las ilusiones mundanas, la inutilidad de las posiciones humanas, el peso terrible de la vanidad, la tensa expectativa de una nueva amargura en la carne redentora, en la cual el Espíritu queda, por lo menos, anestesiado en sus angustias.

Lecciones terribles suministradas con lágrimas y gritos de desesperación por aquellos que asumieron débitos enormes delante de la Ley; lecciones de dulce tranquilidad y de serena humildad de los que ya superaron sus flaquezas y vienen, sin ostentación, apenas para mostrar cómo es el Espíritu de aquél que ya venció así mismo, en la milenaria batalla contra sus propias deficiencias. Muchas y variadas lecciones, aprendizaje extenso y profundo para todos los que desearon realmente apresurar los pasos y acortar el camino que lleva a Dios. ¿Por qué, entonces, despreciar ese trabajo magnífico que tanta recompensa nos trae y también a nuestros hermanos del otro lado de la vida?

En cuanto a la organización de los grupos, no será tan difícil así. Hay estudios serios y muy seguros de orientación doctrinaria al respecto. Es bueno que el grupo sea pequeño, de preferencia familiar, compuesto de personas que se armonicen perfectamente y que estén interesadas en un trabajo serio y continuo. Que no se deje desanimar por dificultades o por la aparente insignificancia de los primeros resultados, ni se deje fanatizar o fascinar por pseudoguías. Poco a poco, demostrada la seriedad de propósitos, los trabajos irán surgiendo, bajo la orientación de Espíritus esclarecidos. A cada buen grupo de seres encarnados dispuestos a la tarea, corresponderá un grupo equivalente de Espíritus, en un intercambio saludable de profundas repercusiones, pues Espiritismo es Doctrina, mas es también práctica mediúmica, y todos nosotros, aunque ni siquiera sospechemos de eso, tenemos compromisos a ejecutar, ajustes a realizar con hermanos que nos aguardan sumergidos en odios e incomprensiones, que se envenenan a sí mismos y a nosotros mismos.

“Lamentar la desgracia – decía Horace Mann -, es apenas humano; aminorarla es divino.”

**

Y así, creo que estamos prontos para entrar en la materia propiamente dicha.

Rio de Janeiro (RJ), 1976

HERMINIO C. MIRANDA

I LA INSTRUMENTACIÓN

EL GRUPO

Volveremos a las preguntas formuladas en la introducción.

En primer lugar, la preparación, que consiste en la educación y en la instrucción de los componentes del grupo que se planea, nos lleva a otro requisito preliminar: - ¿quiénes deben ser los componentes?

La tarea comienza, pues, con la selección de las personas que deberán participar de los trabajos. Como todo agrupamiento humano, este debe tener alguien que asuma la posición de coordinador, de conductor. Es preciso, no obstante, mucha atención y vigilancia desde la primera hora. Ese motivador, o iniciador, no podrá huir de cierta posición de liderazgo, mas es necesario no olvidar nunca de que tal condición no le confiere ningunos poderes dictatoriales y arbitrarios sobre el grupo. Por otro lado, el líder o dirigente, tendrá que disponer de cierta dosis de autoridad, ejercida por consenso general, para disciplina y armonización del grupo. Liderar es coordinar esfuerzos, no imponer condiciones. El líder natural y espontáneo es agradable también con naturalidad y espontaneidad, sin declararse tal. Es hasta posible que, en los trabajos preliminares de organización del grupo, surja la sutil facultad de liderazgo en personas en las cuales más inesperadas parecían. En estas condiciones, aquél que inició la idea debe tener grandeza suficiente para reconocer que el otro, que reveló mejores disposiciones, esta más indicado para la función que el mismo. En un grupo Espírita, todos son de igual importancia.

El problema de las rivalidades es tan antiguo como la propia mediumnidad. El Apóstol Pablo trata de él, en su notable Primera Epístola a los Corintios, capítulos 12, 13 y 14, y, específicamente, en los versículos 4 al 30 del capítulo 12. (1)

El primer paso, por tanto, que debe dar alguien que pretenda organizar un grupo mediúmnico es seleccionar las personas que irán a componerlo. Es bueno que esto se haga antes de decidirse que tipo de trabajo será ejecutado – del que hablaremos más adelante – y quién será incumbido de la dirección de las tareas. Los motivos son de fácil entendimiento. En primer lugar, el problema de liderazgo a que

aludimos más arriba: es posible que la persona más indicada para dirigir los trabajos no sea aquella que se propone, de inicio, a organizar el grupo, cumpliéndole probar, en el transcurrir de las gestiones preparatorias, la fuerza tranquila y segura de su personalidad. En segundo lugar, el grupo será la suma de los componentes, dispondrá de las fuerzas de cada uno y tendrá como puntos débiles las flaquezas de sus participantes. En tercer lugar, la naturaleza de los trabajos a ser programados dependerá de los diferentes tipos de mediumnidad que fuera posible reunir, del grado de sensibilidad, tacto, inteligencia, conocimiento y evangelización de cada uno y de todos, y de la cualidad del relacionamiento personal entre los que se proponen trabajar juntos en ese campo.

Así, no basta juntar algunos amigos y familiares, apagar la luz y aguardar las manifestaciones. ¿Qué amigos y familiares vamos a seleccionar? Esa tarea es extremadamente delicada y crítica, pues de ella va a depender, en gran parte, el éxito o fracaso del grupo. Será recomendable que la persona que pretenda fundar un grupo, mismo de ámbito doméstico, de proporciones modestas y sin grandes ambiciones, guarde consigo misma, por largo tiempo, sus intenciones: que se entregue a la oración constante, a la meditación y al estudio silencioso y demorado de cada persona; que examine, sin pasiones y sin preferencias, con toda la imparcialidad posible, las potencialidades de cada uno, así como sus defectos, virtudes, inclinaciones, tendencias y temperamento. No nos deben guiar aquí las preferencias personales: - "Voy a incluir a fulano o mengana porque me gusta él o ella." Es esencial que todos se estimen en el grupo, mas esto sólo no basta. Podemos amar profundamente a una criatura que no ofrezca condiciones mínimas para un trabajo tan serio como ese. Es claro, por otro lado, que no es aconsejable incluir aquellos que, felizmente ofrezcan otras condiciones favorables, se coloquen en la posición de adversarios y críticos demoledores de cualquier otro componente del grupo. Hasta la discordancia ideológica acentuada mismo en otros sectores del pensamiento, puede crear dificultades al trabajo. Esto no quiere decir que todos tengan que pensar igual, o transformarse en criaturas invertebradas, sin ideas propias, sin personalidad ni opinión. La franqueza es también uno de los ingredientes necesarios al buen trabajo, desde que no alcance los ejercicios de la rudeza que hiere, mas la homogeneización de los ideales y de las aspiraciones es condición importante para el buen entendimiento que precisa prevalecer durante todo el tiempo. Un sólo miembro que desafine de esa atmósfera de armonía, podrá transformarse en brecha por donde Espíritus

desajustados introducirán sutilmente factores de perturbación y eventual desintegración del grupo.

Es preciso entender, desde el inicio, que los componentes encarnados de un grupo son apenas la parte visible. El papel que les cabe es importante, por cierto, mas nada se compara con las complejidades del trabajo que se desarrolla del otro lado de la vida, entre los desencarnados. Allá es que se realiza la parte mas critica y delicada de las responsabilidades atribuidas a cualquier grupo mediúmnico, desde el cuidadoso planeamiento de las tareas hasta su realización en el plano físico, en el tiempo apropiado. Los componentes encarnados ya hacen bastante cuándo no confunden, no perturban, no interfieren negativamente. Es obvio que ayudan de manera decisiva, cuándo se portan con dignidad, en perfecta armonía con el grupo; mas si no pudieran ayudar, que por lo menos no dificulten las cosas. Es mejor, por eso, recusar, desde el principio, a un participante en perspectiva, sobre el cuál tengamos algunas dudas más serias, que ser constreñidos, después, a decirle que, infelizmente, tiene que dejar el grupo, por no estar adoptando las condiciones exigidas por el trabajo.

Es por eso que se recomienda una larga meditación antes de decidir en cuanto a la composición humana del grupo, para no invitar sino aquellos de los cuales podemos contar con un mínimo de comprensión, entendimiento y organización con los demás.

Esto nos lleva a otra cuestión, que debe ser luego decidida:

¿Cuántos componentes encarnados debe tener un grupo? La experiencia recomienda que los grupos no deben ser muy grandes, pues, cuanto mayores son, más difícil es mantenerlos en clima de disciplina y armonía. León Denis, en su libro "En lo Invisible", sugiere de cuatro a ocho personas. El grupo puede funcionar bien hasta con dos personas, pues, según la palabra del Cristo, bastará que **dos** o más se reúnan en su nombre, para que Él ahí esté.

Es claro, con todo, que un grupo muy pequeño tiene sus posibilidades también limitadas. En caso de solo dos, por ejemplo, uno tendría que ser el médium y otro el esclarecedor, y el médium no tendría condiciones de prolongar el trabajo sin gran desgaste psíquico, más es cierto que, aún así, alguna cosa seria podría ser realizada. Por encima de los ocho componentes sugeridos por Denis, se va haciendo más difícil la tarea, no sólo del dirigente encarnado del grupo, sino también de sus orientadores invisibles, porque el equipo se vuelve más heterogéneo, el pensamiento divaga, se quiebra con frecuencia el esfuerzo de concentración, y el perjuicio es real para la tarea. Es

posible, entretanto, alcanzar impecable homogeneización, hacer funcionar razonablemente bien un grupo con más de ocho personas, mas por encima de doce se va tornando bastante problemática su eficacia.

Es bueno comenzar sin grandes ambiciones o planes grandiosos. Lo más cierto es que al planear la formación de un grupo, aún no sepamos en cuanto a la intención de los Espíritus que nos son familiares, ni en cuanto a la naturaleza de los trabajos que pretenden realizar con nosotros. Es cierto, si embargo, que, siempre que un grupo se dispone a reunirse, con la finalidad de entrar en contacto con los desencarnados, estos se presentarán en el momento oportuno. Esto es válido, tanto para los que se dedican, con seriedad y buenas intenciones, como para aquellos otros que se reúnen para divertirse o, peor aún, para prácticas condenables. Si la intención es apenas hacer pasar el tiempo, vendrán los Espíritus livianos, embusteros, fútiles e inconsecuentes, cuando no claramente malintencionados, de lo que podrán resultar obsesiones penosas y tenaces.

Y, así, llegamos a otro aspecto de la cuestión: ¿Para qué deseamos un grupo? ¿Para simples estudios de la Doctrina? ¿Para conversar sobre Espiritismo? ¿Para ofrecer condiciones a la manifestación de Espíritus familiares, que vengan a traer pequeños mensajes, más o menos íntimos? ¿Para experimentación y observación de naturaleza científica? ¿Para tareas más serias, de carácter doctrinario? ¿Para los llamados trabajos de desobsesión?

Ese punto solamente puede ser decidido, en definitiva, después que tuviéramos seleccionados los compañeros encarnados que van a componer el equipo. Por eso, después que tengamos resuelto, en el silencio de la meditación y de la oración, de que nombres debemos contar para la composición del grupo, conviene convocar una reunión, para el examen y debate de las innumerables cuestiones que comienzan a surgir.

Esa reunión, obviamente no es mediúmnica, para la cuál deberá ser invitados aquellos cuyos nombres fueran recordados para una consulta, será abierta con una lectura de un texto evangélico y una oración. Enseguida, aquellos que tomaron la iniciativa de convocarla hará una breve exposición de sus objetivos e intenciones.

La reunión será conducida con desconstrucción y espontaneidad, a la medida que cada uno presenta su contribución al debate. Serán alistados los médiums presentes, ya actuantes, y los que tendrán potencial mediúmnico susceptible de desenvolvimiento.

No está previsto en el propósito de este libro un estudio sobre el desenvolvimiento de la mediumnidad, pues el asunto, bastante complejo, ha sido tratado en varias obras de confianza, especialmente en “El Libro De Los Médiums”, de Allan Kardec. León Denis también ofrece contribución valiosa, no sólo “En Lo invisible”, más, también en otras de sus obras. Se recomienda además, André Luiz, en “Mecanismos de la Mediumnidad”, “En Los Dominios de la mediumnidad” y “Liberación”, así como el libro interpretativo de Martín Peralva “Estudiando la Mediumnidad”, todos editados por la Federación Espírita Brasileña.

Creo oportuno acreditar que esos libros no se dedican específicamente a enseñar como desenvolver la mediumnidad, y si, a presentar un panorama, tan extenso como sea posible, de los diversos aspectos de esa notable facultad humana, mucho más común de lo que mucha gente estaría dispuesta a admitir.

No hay fórmulas mágicas, ni ritos especiales para hacer eclosionar la mediumnidad en una persona que la tenga en potencial.

El desenvolvimiento mediúmnico es trabajo delicado, difícil y muy importante, que exige conocimiento doctrinario, capacidad de observación, vigilancia, tacto, firmeza y mucha sensibilidad para identificar desvíos y desajustes que precisan ser prontamente corregidos, para no llevar al futuro médium a vicios funcionales y mismo hasta perturbaciones emocionales de problemática recuperación.

En el pasado remoto, ese encargo era de carácter iniciático. El instructor iba dosificando sus enseñanzas según las fuerzas y receptividad del discípulo, y este solamente llegaba a los estudios más avanzados del desenvolvimiento de sus facultades si a lo largo del proceso viniese demostrando, sistemáticamente, las condiciones mínimas exigidas para la tarea a que se proponga.

Evidentemente no hay, hoy, necesidad de un gurú que lleve el discípulo, por estudios sucesivos, hasta el punto ideal. El Espiritismo desmitificó el antiguo ocultismo, tornando el conocimiento básico accesible al hombre común. No nos olvidamos, entretanto, de que la técnica del desenvolvimiento mediúmnico aún exige atención, acompañamiento y orientación personal de alguien que tenga condiciones morales y doctrinarias para hacerlo. La mediumnidad, salvo casos especiales, no debe ser desenvuelta aisladamente y sin apoyo de los libros esenciales al entendimiento de sus componentes básicos.

Colocado un grupo armonioso y bien asistido, en el que funcionen médiums bien disciplinados y ya en plena actividad, es

posible al médium incipiente desenvolver, poco a poco, sus facultades. El dirigente del grupo debe mantenerse atento a esa posibilidad. De forma alguna, con todo, el entrenamiento mediúmnico debe ser intentado con base en obras sospechosas u organizaciones que prometan resultados rápidos y maravillosos en algunas lecciones. Es también una imprudencia forzar el desenvolvimiento sin ninguna preocupación de estudiar la cuestión en los libros que componen la Codificación de Kardec y la obra complementaria de sus continuadores.

*

Tras esta digresión acerca del desenvolvimiento mediúmnico, volvamos al asunto enfocado.

Al cabo de algunas reuniones de debate y ajustamiento, el perfil del grupo que se pretende implantar ya debe estar suficientemente definido. Cualquiera que sea la naturaleza de su trabajo – no debe iniciar sus tareas específicas sino al cabo de un aprendizaje más o menos prolongado de las cuestiones doctrinarias. Cuándo los componentes del futuro equipo se juzguen suficientemente informados y conocedores de la Doctrina de los Espíritus, vale la pena una revisión general. Aunque no nos guste admitirlo, nuestro conocimiento es menor de lo que pensamos. Además, es difícil reunir un grupo de personas – seis u ocho -, que conozcan igualmente, y con detenimiento, todas las obras esenciales para la tarea a que se proponen. Lo más probable es que el grupo se componga de gente en diferentes estados de conocimiento, desde aquél que apenas tiene vagas nociones, hasta el que ya poseyó conocimientos más profundos. Será útil para todos un período de actualización de conocimientos, comenzando, naturalmente, por “El Libro de los Espíritus”, seguido de “El Libro de los Médiúms”.

Para no prolongar demasiado este período de revisión, debe ser dada prioridad a la “Segunda Parte” de “El Libro de los Espíritus”, que trata “Del mundo espírita o mundo de los Espíritus”, y la Segunda Parte de “El Libro de los Médiúms”, a partir del capítulo 14 – “De los Médiúms”.

La duración y frecuencia de las reuniones de estudio serán objeto de debate y ajuste entre los componentes. No es preciso hacer la lectura de cada capítulo en el transcurso de las reuniones, desde el momento que todos lo tengan estudiado, según la programación acordada, durante el período que va de una reunión a la siguiente. La

reunión se destina a la verificación del progreso que cada uno realiza en la revisión, y al debate y esclarecimiento de las dudas surgidas. Su objetivo final será siempre el de homogeneizar los diversos grados de conocimiento doctrinario, para obtener la integración del grupo.

No debe subsistir ninguna preocupación con el tiempo empleado en ese trabajo preparatorio, que podrá ser más largo o más corto, según el grado de conocimiento de sus componentes, la buena voluntad y la dedicación de cada uno.

Por algún tiempo, hasta que se consiga alcanzar una fase de mejor preparación doctrinaria, se hace aconsejable ser evitadas las manifestaciones mediúmnicas, aunque haya en el grupo médiums ya desenvueltos. De cierto punto en adelante – y esto queda al criterio de aquél que se responsabiliza de esta fase de los trabajos –, las tareas mediúmnicas podrán ser iniciadas en paralelo con las de estudio. En ese caso, el estudio precederá a las manifestaciones y deberá, también por algún tiempo, que deberá ser largo, ocupar buena parte del horario. Nunca está de más enfatizar la importancia y utilidad de esta fase preparatoria, pues no sólo los encarnados se benefician de ella, sino también los desencarnados que, ciertamente, comenzarán a ser traídos por los benefactores espirituales, para aprovechar las enseñanzas suministradas. Ese período es, también, muy útil para afinar el grupo, ajustar a sus componentes, revelar las tendencias y potencialidades de cada uno y, hasta mismo, por un proceso natural de selección, excluir, sin disgustos, a aquellos que no se sintieran en condiciones de entregarse al trabajo, que exige, ciertamente, renuncia, dedicación, asiduidad, tolerancia, estudio y amor. Los impacientes dejarán el grupo espontáneamente, en proceso de exclusión natural. No es que sean impuros (por favor), mas por ser mejor que abandonen la tarea por la mitad, que insistir en quedar, en perjuicio de los resultados. En el primer caso, estarían perjudicándose sólo así mismos; en el segundo, sacrificarían a todo el conjunto. Tal vez en otra oportunidad, más adelante, resuelvan dedicarse con mayor entusiasmo y firmeza. Tareas como esas no pueden ser impuestas, ni forzadas; tienen que apoyarse en un impulso interior, en el deseo de servir, de apagarse, si es necesario, dentro del equipo, de modo que los resultados obtenidos sean impersonales, colectivos, no acreditables exclusivamente al trabajo individual de este o de aquel componente del grupo. Quién no estuviera dispuesto a aceptar esas condiciones no esta preparado para el trabajo.

A esa altura, por tanto, el grupo ya deberá estar con su perfil suficientemente nítido. Ya se sabe cuales son los que lo componen,

cuáles son los médiums, quién se revelo con mejores condiciones de liderazgo y tacto en la conducción del equipo, y cuál es la naturaleza del trabajo al que este debe dedicarse, así como la duración y frecuencia de las reuniones (sobre lo que hablaremos, también, en otro punto de este libro).

Es, entonces llegado el momento de especificar la finalidad y los objetivos del grupo.

La primera gran división consiste en saber si el grupo va a dedicarse sólo a estudios o a trabajos experimentales. No es que una cosa excluya a otra, mas la definición es importante porque, como decían los antiguos, quién navega sin destino no sabe dónde va.

La naturaleza del trabajo puede variar bastante, según los intereses e inclinaciones de sus componentes, especialmente de aquellos que se dedican a la organización del equipo. Es posible que sólo deseen la experimentación de carácter puramente científico, con énfasis en la fenomenología, lo que seria una tarea casi de laboratorio. No hay mucho que decir aquí sobre este aspecto, dado que el asunto escapa a mi área de competencia y experiencia.

Algunos grupos, desinteresados del aspecto practico, pueden ser constituidos solo para el estudio teórico de la Doctrina. También son válidos, está claro. Otros pueden combinar el estudio practico con la experimentación científica o mediúmnica. Este libro está más girado para esta última opción, y es sobre ella que nos fijaremos.

Supongamos, pues, que el grupo se decida por el trabajo de desobsesión.

Volvamos a la imagen del hijo. Ya decidimos que deseamos el trabajo, ya nos convencimos, tras algún tiempo de estudio teórico, de que estamos preparados para él. Estamos igualmente dispuestos para el sacrificio y las renunciias que el trabajo impone. La tarea precisa ser desenvuelta con mucha asiduidad y continuidad ininterrumpida. No siempre estaremos físicamente dispuestos a ella, en virtud del cansancio, de las luchas naturales de la vida diaria, del desgaste y de las tensiones provocados por la actividad profesional, de los inconvenientes oriundos de pequeñas indisposiciones orgánicas.

El día destinado a la reunión exige renunciias diversas, pequeñas, más a las cuales no siempre estamos acostumbrados: moderación y vigilancia, por ejemplo. Como los trabajos son usualmente realizados por la noche, no podemos destinarla a la convivencia de la familia, a los paseos, a las visitas, al relajamiento, a la lectura del libro recreativo o a la novela de la televisión. Es un día de

recogimiento íntimo, a lo cual tenemos que habituarnos. Estamos informados de eso.

De la misma forma, nos encontramos perfectamente concienciados de las responsabilidades que asumimos. Nos vamos a enfrentar con Espíritus desajustados que, en la desesperación en que se precipitaron, se vuelvan contra nosotros, muchas veces sin razón alguna, sino la de que estamos intentando despertarlos para la realidad extremadamente dolorosa, de la cual se esconden afflictivamente. La responsabilidad es grande, pues, y sabemos de eso. Encontraremos percances y nos empeñaremos en luchas reñidas por el bien. Aún así, deseamos el grupo. Un poco de humildad nos hará, aquí, un bien enorme. No planeamos un grupo para reformar el mundo, ni para conquistar todos los grandes Espíritus que se debaten en las sombras. Habremos de prepararnos apenas para nuestra pequeña ofrenda. Los orientadores espirituales sabrán lo que hacer de ella, porque, mucho mejor de lo que nosotros, están en condiciones de evaluar nuestras fuerzas. El planeamiento es realizado en el mundo espiritual. A nosotros, encarnados, cabrá ejecutarlo, dentro de nuestras limitaciones. De todo esto estamos conscientes. Todo esto aceptamos. Resta el compromiso del amor fraterno, que no puede ser parcial, condicionado, a medio corazón, reservado; tiene que ser total. Comienza con la relación entre los componentes del grupo, que precisa apoyarse en el perfecto entrelazamiento emocional de todos, para lo que, obviamente, es indispensable que todos se estimen y se respeten. Sin eso, impracticable sería donar el amor que necesitan los hermanos desencarnados que nos procurarán, movidos por la esperanza secreta de que los conquistemos para las alegrías del amor fraterno. Es en esa oportunidad, que se renovará en todos los encuentros, que pondremos en práctica aquella sabia enseñanza de Jesús, que nos recomienda amar a nuestros enemigos. Muchos Espíritus, en doloroso estado de desajuste emocional, se presentarán, delante de nosotros, como verdaderos enemigos, irritados, agresivos, hablar con violencia en alta voz, indignados con nuestra interferencia en sus quehaceres. Sin aquél amor incondicional que nos recomendaba el Cristo, ¿cómo iremos a ofrecerles la seguridad de la comprensión y de la tolerancia de que tanto necesitan?

*

Están resueltas, por tanto, las preliminares. Tenemos el grupo formado y ya definimos sus objetivos. La próxima cuestión que se plantea es: ¿dónde y cuándo reunirlo?

Consideremos primero la segunda parte. La frecuencia a las reuniones es usualmente de una vez por semana, por la noche. Difícilmente un grupo tendrá condiciones de reunirse regularmente, durante varios años, más de una vez por semana. Todos o casi todos sus componentes tiene compromisos sociales, familiares y hasta profesionales, que tornan impracticable reuniones más frecuentes. La noche es escogida justamente porque, a partir de cierta hora, están todos con las tareas del día concluidas. Una buena sugerión sería reservar, para los trabajos mediúmnicos, los lunes, a partir de las 20 horas o 20,30 horas, con una duración máxima de dos horas. Justifiquemos por qué escogemos el lunes. Es porque el lunes sucede al reposo más largo del fin de semana, cuándo ya tuvimos la oportunidad de rehacernos del cansancio de los días de actividad, tanto profesional como del propio grupo. Esto es especialmente válido para los médiums, en los cuales el desgaste psíquico es siempre grande en los días en que actúan.

El otro aspecto de la cuestión es respecto al local. ¿Las sesiones pueden ser realizadas en casa o conviene buscar otro lugar, de preferencia un centro, con comodidades especiales? Algunos colegas temen la realización de trabajos de desobsesión en casa, con recelo de la influencia negativa de los Espíritus desarmonizados que son atraídos. La cuestión es delicada y no puede ser respondida sintéticamente, sí o no. Hay una porción de condicionantes. Si fuera posible un lugar apropiado, en un centro espírita bien orientado, el trabajo debe ser hecho ahí. Por otro lado, en un hogar agitado por disputas, rivalidades, celos, pasiones subalternas y desajustes de toda suerte, la realización de trabajos de desobsesión podrá agravar las condiciones, pues será difíciles a los compañeros desencarnados, que orientan el grupo, asegurar un clima de equilibrio y protección, tanto para los Espíritus traídos para ser atendidos, como para las personas que viven en la casa. En un hogar normal, con todo, el trabajo mediúmnico equilibrado y bien dirigido, bajo la orientación de orientadores espirituales competentes y esclarecidos, puede funcionar sin problemas y hasta con beneficios para la vida doméstica.

Esto no excluye la necesidad de vigilancia y atenta observación, pues es evidente que Espíritus infelices por la desarmonía interior tenderán siempre a transmitir su perturbación a aquellos a los cuales tuvieran acceso, o sea, aquellos que dejaran caer sus guardias, creando

brechas por donde penetren emisiones negativas e inquietantes. Más esto acontece, haya o no haya grupo mediúmnico reunido en casa. Lo que nos defiende de la investida de compañeros infelices de las sombras no es la realización de sesiones bien distantes del lugar donde vivimos, es la oración, son las buenas intenciones, es el deseo de purificarse, de perfeccionarse, de servir. Para cobrar nuestros compromisos, los Espíritus desajustados nos buscan en cualquier lugar, hasta en las profundidades de escondrijos más abyectos en la carne, o en las cavernas del mundo espiritual inferior.

Por otro lado – y esto va dicho con bastante pesar -, no todos los centros ofrecen condiciones ideales para el difícil trabajo de la desobsesión. Puede haber casos en que el ambiente psíquico de una institución esté bajo la influencia de rivalidades, disputas internas, cuestiones de orden material o financiera, desorientaciones o prácticas que la Doctrina Espírita no endosa y hasta mismo condena formalmente. En tales condiciones, se torna muy difícil un trabajo mediúmnico serio y responsable. Los Espíritus perturbadores podrán encontrar medios para neutralizar tareas que se anuncian, de principio, promisorias. No quiere eso decir que no hay protección y amparo por parte de los Espíritus bien intencionados que nos asisten, mas, en toda relación con el mundo espiritual, hay siempre la parte que compete a nosotros realizar. Esa, los Espíritus no la harán por nosotros. Sería lo mismo que mandar a los hijos a la escuela y hacer por ellos todos los deberes.

Lo que garantiza la estabilidad de un buen grupo mediúmnico no es su localización física, geográfica; es el equilibrio psíquico, emocional, de aquellos que lo componen. En ambiente perturbado, en el hogar o en el centro, cualquier grupo se torna vulnerable al asedio constante de las vibraciones negativas que cercan a sus componentes. Si en la vida diaria, bajo condiciones perfectamente normales, ya somos tan asediados por los cobradores invisibles, es claro que podemos contar con un esfuerzo mucho mayor por parte de ellos, cuando nos dedicamos a la delicada tarea de interferir con sus pasiones, odios y rencores.

Por otro lado, antiguas comparsas de errores pasados procuran siempre impedir que caminemos por la senda áspera de la recuperación, pues saben que es con esos procesos que nos redimimos y nos colocamos al abrigo de sus investidas.

Nada de ilusiones, pues. El trabajo de desobsesión no es fácil, cualquiera que sea el ambiente en que se realice, y, por eso, no puede

ser recomendado para un medio que, desde el punto de vista humano, ya se encuentre perturbado y desequilibrado.

La habitación destinada a las sesiones debe ser escogida con criterio y extremo cuidado. Precisa ser suficientemente amplia y ventilada, para acomodar bien a todos los participantes. Debe ser aislada, tanto cuanto sea posible, de las demás dependencias del edificio, siendo inadmisibles, por ejemplo, para esa finalidad, un pasó obligatorio para aquellos que no participen de los trabajos, como una sala de entrada que dé a la calle. En cualquier momento, una persona de la casa o un visitante inesperado estaría tocando el timbre o llamando a la puerta, interrumpiendo el curso de las actividades. La habitación no debe tener teléfonos que puedan sonar súbitamente, causando choques y perturbaciones a aquellos que se hallan concentrados. Debe estar igualmente resguardada de ruidos de tráfico o gritos venidos de la calle, sonidos de televisión o radio en sus alrededores. Cuando sea posible, debe ser provisto de un acondicionador de aire, para las noches de verano intenso, dado que el malestar físico de los participantes dificulta sobremanera la buena marcha de los trabajos.

Igual en los demás días de la semana, la sala donde se realizan los trabajos mediúmnicos deberá ser preservada. Es preciso evitar allí reuniones sociales, conversaciones descuidadas, visitas inconvenientes, actos reprobables. El ambiente acostumbra ser mantenido en elevado tenor vibratorio por los trabajadores espirituales, lo que se nota, especialmente en los días de reunión, al entrar en la habitación.

Lo ideal, por tanto, es tener un compartimento destinado solamente a la tarea mediúmnica. Cuándo eso fuera imposible, que por lo menos se tenga el cuidado de usarlo sólo para actividades nobles, como la buena lectura, la música instructiva, la preparación de artículos y libros doctrinarios, el estudio serio.

Esa recomendación es tan válida para la hipótesis de desenvolverse el trabajo en casa, como en el centro espírita. La protección magnética de la sala mediúmnica debe ser preservada con todo el cuidado, para no viciar los dispositivos de seguridad del trabajo, no perturbar la armonía del ambiente, no interferir en los meticulosos preparativos realizados por los compañeros desencarnados que dirigen y orientan las tareas. Además, con frecuencia, algunos Espíritus en tratamiento quedan allí en reposo, por algunas horas, de un día para otro, por ejemplo, en cuanto no son apartados para instituciones apropiadas.

Quien no puede mantener esas condiciones mínimas, en su casa o en el centro, no debe intentar trabajo mediúmnico de responsabilidad.

La entrada en la sala debe ser hecha apenas minutos antes del inicio de la sesión. La recepción de los componentes y la conversación inicial serán realizadas en otra habitación, a la vez que, por mayor que sea el cuidado, puede escapar un pensamiento impropio o una expresión infeliz, una conversación inconveniente, especialmente porque, tras el espacio de una semana, que usualmente va de una reunión a otra, a casi todos gusta relatar experiencias y acontecimientos. Se torna, de esa manera, más difícil mantener un clima de absoluta vigilancia. Con frecuencia, los Espíritus nos demuestran, después, en el transcurso de los trabajos, que se hallaban presentes a la conversación previa. Siempre que la conversación es girada para asuntos menos nobles, ellos hacen una advertencia amigable, pidiendo que nos centremos en temas de carácter doctrinario o, por lo menos, en conversación neutra. Quiere esto decir que son proscritos de esas conversaciones previas, por motivos más que obvios, los comentarios sobre el crimen de la semana, sobre el último casamiento del protagonista de la novela, el chisme del día, o la derrota de nuestro equipo de fútbol.

En lugar de esos asuntos, que dejaremos para las frívolas reuniones sociales, la temática puede perfectamente girar en torno de cuestiones doctrinarias. Una buena sugerencia es la de recapitular la semana en aquello que puede contribuir para ayudar al desenvolvimiento del trabajo.

Frecuentemente, los médiums y otros participantes tienen sueños, reciben intuiciones o pequeños avisos y consejos de Espíritus amigos, o tienden a relatar contactos mantenidos, en desdoblamiento, con mentores del grupo o con los compañeros que están siendo tratados o que también vienen a manifestarse. Esa técnica se desenvuelve con el tiempo. Después que todos los componentes del grupo fueron alertados para sus posibilidades y ventajas, pasan a observar con mayor atención los acontecimientos y a anotar sueños, intuiciones y “recados” del mundo espiritual. Es evidente que ese material debe ser examinado y criticado con extremo cuidado, para que el grupo no se confunda por la fantasía.

La experiencia del pequeño grupo del cual hago parte ha sido bastante positiva en este particular. De modo general, los “sueños”, que son verdaderos desdoblamientos, traen informaciones valiosas, que

los Espíritus en tratamiento posteriormente confirman, en el transcurso del diálogo mantenido con el esclarecedor.

Generalmente, esos contactos son preliminares al trabajo, iniciado en el mundo espiritual, antes que la manifestación se torne ostensiva en el grupo mediúmnico. El tema es tratado más ampliamente en otro punto de este libro.

*

Minutos antes de iniciar la sesión, todos se dirigirán, en silencio, al cuarto destinado a los trabajos, y se sentarán en torno de la mesa. Cesarán, a esa altura, todas las conversaciones. Se tranquilizan las mentes, tranquilizándose los corazones, desligándose de las preocupaciones del día, relajando los músculos, y todos se predisponen al trabajo.

A esa altura, la sala ya está preparada por los responsables espirituales. El grupo del cuál hago parte, uno de los médiums vio, más tarde, después de acostado en su cama, en retrospectión, toda la sesión, desde la preparación de la sala. En este caso, el cuarto destinado a las reuniones queda completamente aislado del resto de la casa, teniendo acceso sólo por un pasillo externo. Cerca de dos horas antes, la sala está preparada físicamente para la reunión: mesa y sillas en posición, el agua destinada a la fluidificación, los libros que contienen los textos destinados a la lectura, material para eventual psicografía, papel, lápiz, plumas estilográficas, el cuaderno de oraciones, el grabador con la cinta ya en posición para captar el mensaje final de los mentores del grupo, una pequeña luz indirecta, preferentemente de color, pues la luz blanca es perjudicial a ciertos fenómenos mediúmnicos. Se sugiere el color bermejo.

Después de todos esos preparativos, los trabajadores del mundo espiritual, según vio nuestro médium, en retrospectiva, inspeccionan el cuarto, dando vueltas en torno de la mesa y providenciando para que fuesen establecidas ciertas “ligaciones” con el plano superior, a través de aparatos e “hilos” luminosos que se prendían a la silla de cada miembro. Esta es la razón por la cual cada uno debe tener su lugar fijo en torno de la mesa, una vez que los dispositivos ligados a las sillas se destinan a facilitar el trabajo, atendiendo a características específicas de sus mediumnidades, así como a las condiciones del Espíritu que será triado para el tratamiento.

Otra recomendación, que parece útil, a esta altura, también con relación a la distribución del personal en torno de la mesa: siempre que sea posible, el dirigente debe sentarse de forma a quedar al lado de los médiums y no, cara a cara. Este consejo es dictado para la buena técnica de las reuniones profanas, que recomiendan que dos o más personas, que van a debatir un asunto no debe enfrentarse para no exacerbar el antagonismo. La razón es puramente subjetiva y psicológica. Es más fácil, a cualquiera de nosotros, alcanzar un entendimiento con una persona a nuestro lado, a que ella estuviese exactamente delante de nosotros. La posición frente a frente parece levantar en nosotros los residuos y los depósitos acumulados por milenios en que nos enfrentábamos a nuestros adversarios en luchas por la supervivencia. En el caso de las sesiones mediúnicas, el objetivo no es disputar una pelea a vida o muerte, más dialogar amistosamente con un Espíritu en estado de confusión y desespero, que deseamos despertar para una realidad que él rechaza tenazmente a aceptar. Si oponemos, a su agresividad la nuestra, nada conseguiremos. Todo debe ser hecho, pues, para eliminar cualquier impedimento que pueda existir entre el comunicante y el esclarecedor.

Antes de proseguir, hagamos una revisión general en la sala.

Los muebles están en posición correcta y los lugares predeterminados. Todos deben ocupar los asientos en silencio, sin hacer ruidos y arrastrar las sillas. Si hay trabajos de psicografía, el material correspondiente debe hallarse sobre la mesa: papel en hojas sueltas, varios lapiceros y estilográficas, en un vaso u otro recipiente apropiado. Si los trabajos fuesen mixtos, o sea, de psicografía e incorporación, conviene que el material no esté al alcance de los médiums de incorporación, pues un Espíritu más turbulento puede, en un gesto brusco, tirar los objetos al suelo. Si hay psicografía, quién este de lado del médium debe estar preparado para retirar las hojas, a la medida que son escritas.

El cuaderno de oraciones se destina a recibir el nombre de los encarnados y desencarnados para los cuales deseamos solicitar ayuda espiritual. Los nombres deben ser escritos antes de comenzar la sesión, siempre en silencio sin comentarios. Puede ser adoptado el proceso de indicar con una pequeña señal, en forma de cruz, los nombres de las personas desencarnadas. A la hora de la oración, mentalizados por los interesados.

Allá esta, igualmente, sobre la mesa, el libro que contiene el material de lectura preparatoria, generalmente una obra mediúmica

de Emmanuel _ “Viña de Luz”, “Pan Nuestro”, “Fuente Viva” – o por otro autor de la preferencia del grupo.

El agua destinada a ser fluidificada debe estar en un jarro de vidrio, junto con pequeños vasos, de preferencia al lado de la mesa, para que, en un movimiento más violento, no sean tirados al suelo. No conviene que el agua este helada: un amigo espiritual nos dijo, cierta vez, que el agua a la temperatura normal del ambiente se prestaba más fácilmente a la fluidificación o magnetización.

En cuanto al grabador del sonido, debe estar preparado para entrar en acción con el mínimo de operaciones y ruidos: la cinta en posición, el micrófono ya anteriormente colocado, de preferencia puesto sobre un mueble al lado de la mesa principal. Si se emite luz intensa de una lampara esta debe ser cubierta con un objeto opaco. En el momento oportuno bastara dar comienzo. Es conveniente, para que quede constancia, grabar la fecha de la sesión. En el grupo que frecuentamos, el grabador es reservado para el mensaje final, usualmente transmitido después de atender a los compañeros necesitados. Esos mensajes acumulados a lo largo del tiempo, constituirán precioso deposito de enseñanzas y de experiencias en el trato con los problemas del mundo espiritual, que deben ser preservadas para referencia futura.

Todos se encuentran, así, dispuestos.

Las sugerencias ofrecidas a seguir no son, obviamente, de mandato, pues cada grupo acaba por encontrar su dinámica propia, dentro del derrotero más o menos común de ese tipo de trabajo. Proponemos, aquí, un camino típico, que puede, evidentemente, sufrir variaciones, a criterio de cada grupo.

Tras estar todos acomodados y en silencio, es hecha la lectura del texto del día, generalmente, en secuencia, o sea, uno para cada sesión. (La fecha de la sesión deberá ser anotada al pie de la pagina.) Algunos grupos acostumbran comentar el texto leído; tales comentarios no deben ser muy largos, ni elaborados, ni guardar tono oratorio: serán sinceros y sin retórica pomposa.

Después, la luz más intensa es apagada, quedando solo la lampara más débil, que proporcione iluminación discreta, de preferencia en color suave, indirecto, apenas suficiente para distinguirse el ambiente, las personas, y los objetos. Conviene retirar, en este momento, los objetos que se encuentren sobre la mesa, por las razones ya presentadas.

Es hecha la oración, que no debe ser larga, ni decorada, o en tono de discurso: una rogativa simple, en el cuál se solicite la

protección para los trabajos, la colaboración de los amigos espirituales, la inspiración y la predisposición para recibir los compañeros afligidos con amor, tolerancia y comprensión.

Finalizada la oración, todos quedan recogidos, en silencio, concentrados, atentos, más en estado de tranquilidad y relajamiento muscular.

En algunos grupos, el dirigente encarnado de los trabajos, o el mentor espiritual, acostumbra designar previamente a los médiums que irán a actuar, fijándoles asta el número de Espíritus que deberán atender, así como los médiums que no deberán “dar pasividad” a ningún manifestante. Aunque se trata de una posición respetable y bien intencionada, con el propósito aparente de disciplinar las actividades del grupo, no es recomendable el procedimiento.

Procurare presentar las razones.

La designación previa del médium puede crear en éste una expectativa, y hasta cierta ansiedad, que lo lleve a “forzar” una comunicación, y hasta mismo llevarlo al fenómeno del animismo, si no estuviera bien preparado para su tarea y habituado al ejercicio de la mediumnidad vigilante. No conviene correr ese riesgo, pues no todos los grupos estarían preparados para identificar la dificultad y corregirla. Por otro lado, no conocemos, con precisión, el planeamiento realizado en el mundo espiritual. Mas es posible que convenga encaminar primero determinado Espíritu, por determinado médium; y si, por desconocimiento, designamos otro médium, se altera la secuencia del trabajo programado, lo que acarreará adaptaciones de última hora, que van a sobrecargar a los compañeros desencarnados. Es que los Espíritus a ser tratados se encuentran allí, en el ambiente, y muchas veces, después de presenciar un atendimiento particularmente dramático o enternecedor, el próximo compañero ya viene predispuesto y mas receptivo a la adoctrinación. Los mentores del grupo conocen bien ese mecanismo y saben mejor como disponer las manifestaciones.

Agregar también una observación. Acreditan algunos que ese proceso de designar cada médium, cada vez, evitan que todos sean tomados al mismo tiempo y que se cree confusión perjudicial para el trabajo. En mi experiencia personal, nunca encontré esa dificultad. Es frecuente verificar que otros médiums ya se hayan ligados a los próximos manifestantes, más, en un grupo bien ajustado, los mentores tendrán recursos suficientes para contenerlos, hasta que le llegue el turno de hablar.

En resumen: la sucesión de la presentación de los desencarnados y la elección de los médiums, que irán a actuar o no,

deben quedar al criterio de los dirigentes espirituales del grupo, que no tienen necesidad de anunciarnos previamente el plan de trabajo de la noche, para que el se desarrolle armoniosamente. Por el contrario cuanto menos interferimos, mejor.

Es escusado decir que la sesión debe tener hora prefijada para comenzar y para terminar. Los compañeros necesitados deben ser atendidos rigurosamente dentro del horario a ellos destinado. En hipótesis alguna deben permitirse que, por iniciativa de los manifestantes, o no, sea ultrapasada la hora. Cierta vez, tuvimos a ese respecto una lección preciosa. Percibiendo que la hora se agotaba, el Espíritu manifestante, con mucho ardid, comenzó a maniobrar para ganar tiempo. Cuándo el dirigente le dice que precisaba partir, el apelo para la buena educación:

- ¿Usted me esta mandando ahora?

Y con esas, el dialogo aun se alargo por algunos minutos. Terminado el atendimiento, uno de los orientadores nos recomendó, en términos inequívocos, que evitásemos la repetición de lo ocurrido. Explicó que el trabajo mediúmnico es protegido y asistido por un equipo de seguridad, compuesto de obreros del lado de allá. Agotado el plazo, ellos tienen que retirarse, toda vez que otras tareas inaplazables los aguardan en otro lugar, y el mecanismo de seguridad queda sustancialmente debilitado. Los Espíritus turbulentos, sabiendo eso, procuran demorarse para procurar disturbios y llevar el pánico al grupo, lo que seria desastroso. La lección es importante.

Terminado el atendimiento, en cuanto se aguarda la palabra final de los mentores, hay una pausa, que debe ser usada para una pequeña oración, que ayuda reponer el ambiente en términos más calmados, después de varias manifestaciones de compañeros afligidos, a veces turbulentas e indignadas.

Concluido el mensaje final, que, como vimos, conviene grabar, para futura referencia y estudio, los trabajos son cerrados con una oración.

Es hora de los comentarios finales.

Hay siempre el que comentar, después de una sesión mediúmnica. Es preciso, entre tanto, que tales comentarios obedezcan a una disciplina, para que pudenda ser útiles a todos. Es que, usualmente, los Espíritus atendidos aun permanecen, por algún tiempo, en el recinto. Seria desastroso que un comentario sin caridad

fuese hecho, en total disonancia con las palabras de amor fraterno que hace poco fueron dichas por el dirigente, durante la adoctrinación. Los manifestantes, en el estado de confusión mental en que se encuentran, hace de todo para permanecer como están. Aunque inconscientemente desean ser convencidos de la verdad, luchan desesperadamente para continuar en la creencia o la descreencia en aquello que les es indicado. Si percibe que toda aquella actitud de respeto, recogimiento y cariño es insincera, difícilmente podrán ser ayudados otra vez.

Por eso, decía que los comentarios deben ser disciplinados. El dirigente debe preguntar por la experiencia de cada uno, los médiums videntes tienen algo que decir, pues perciben la presencia de esta o aquella entidad, o tienen accesos a fenómenos que usualmente interesan para la buena marcha de los trabajos o traen indicaciones a ser utilizadas en la sesión siguiente. Si el dirigente no dispone de recurso de la videncia, los médiums videntes del grupo deben ayudarlo discretamente, con el mínimo de interferencia, durante los trabajos. Lo mismo se aplica a los médiums clariaudientes. Los comentarios finales no deben prolongarse por mucho tiempo. Generalmente, al terminar la sesión, es tarde, y los componentes del grupo, especialmente los que viven lejos, precisan retirarse, pues el trabajo los esperan por la mañana del día siguiente, con sus luchas y cansancios.

Mismo que la sesión haya terminado, el comportamiento de todos, aun en el recinto, debe ser discreto, sin elevar demasiado la voz, sin risas estrepitosas, aunque estén todos, usualmente, felices y de buen humor, por una noche de trabajo redentor.

Antes de retirarse, en orden y discretamente, es distribuida el agua.

Es preciso, con todo, observar que el trabajo de los componentes de un grupo mediúmnico no termina con el cierre de la sesión. Mismo durante el espacio de tiempo que va de una reunión a la próxima de cierta forma todos están envueltos en las tareas. Innumerables veces, los Espíritus en tratamiento nos dicen claramente que nos seguirán en nuestra actividad normal. Desean atestiguar la buena voluntad, evaluar la sinceridad, juzgar el comportamiento de cada miembro del grupo, especialmente el del médium por el cuál se manifestaron y del dirigente que se preocupó de adoctrinarlos. Es preciso que se tenga el cuidado para no predicar una cosa y hacer otra enteramente distinta. Por otro lado, aquellos compañeros particularmente enfurecidos tentarán, en la desesperación inconsciente en que se hallan, envolvernos con sus artificios. Si, en el transcurso de

la semana, ofrecemos brechas causadas por impulsos de cólera, de maledicencia, de intolerancia, de invigilancia, en fin, estaremos admitiendo, en la intimidad del ser emanaciones negativas que los compañeros infelices están siempre prontos a emitir contra nosotros, en la esperanza de neutralizarnos, para que puedan continuar en el libre ejercicio de sus pasiones y desvaríos. Todo cuidado es poco. En los momentos en que sentimos que vamos a flaquear, se recomienda una parada para pensar en una pequeña oración, cualquiera que sea el lugar donde nos encontremos. Los hermanos desesperados ciertamente nos cobrarán, en el próximo encuentro, las flaquezas que consiguieron identificar en nosotros. Es claro que no nos podemos colocar como seres purismos y redimidos, incapaces de errar. Estaremos, así, preparados para una interpelación, pues ellos lo harán, ciertamente.

Cierto Espíritu, en gran estado de excitación – desencarnación reciente, en circunstancias trágicas – me pidió que hablase con su madre, que yo conocía. Aunque yo no se lo había prometido, pues no tenía aun nada que decir a la pobre señora, el Espíritu me lo cobró luego en la sesión siguiente:

- ¡Usted no hablo con mi madre!

Le respondí que no tenía todavía una palabra tranquilizadora para decirle a ella, y no podía, evidentemente, hablar del verdadero estado de aflicción en que se encontraba él.

Otro me dice, al cabo de una semana particularmente angustiada para mí, en virtud de la terrible presión de problemas humanos, que nada tenían que ver con el trabajo mediúmnico:

- Esta semana yo casi té pegué. ¡Aun té pegó!

Es oportuno colocar, aquí, un argumento muy valido, en favor de la continuidad de los trabajos y de la asiduidad de los médiums. Como no ignoran, aquellos que cuidan de esos problemas, los Mentores Espirituales escogen, para cada manifestante, el médium que le sea más indicado por las características de la mediumnidad o por la naturaleza del trabajo a ser realizado. Hecha la ligación, el Espíritu, al volver, en consecutivas veces, vendrá usualmente por el mismo médium. Si el médium falta, el trabajo junto al sufriente queda como en expectativa, aguardando la próxima oportunidad. Así, al no ser por motivos muy fuertes y justificados, la asiduidad de los médiums y la continuidad del trabajo son vitales a su buen rendimiento.

* * *

Aún una sugestión. Es siempre útil que alguien se ocupe de anotar, en un cuaderno, un resumen del trabajo realizado en cada reunión. Esto no es, con todo, un acta, a no ser que la sesión sea de investigación. Cuándo se trata de tarea de desobsesión, no es preciso ir a esos rigores. La práctica de reproducir sumariamente los principales aspectos de cada manifestación se reveló siempre de gran alcance, no apenas en la conducción de los trabajos, mas también, para el aprendizaje constante que representan las tareas mediúmnicas.

Anótese la fecha y, si se quiere, el número de orden de la sesión, para referencia. Descríbase cada manifestación y hágase un resumen del diálogo mantenido con el Espíritu. Si la comunicación final fuera gravada, basta una referencia identificativa. Esa tarea debe caber, de preferencia, al dirigente o a alguna persona que se mantenga lúcida – sin trance mediúmnico – durante toda la sesión.

Se sugiere, como modelo, la serie de libros publicados por la Federación Espírita Brasileña, bajo el título “Trabajos del grupo Ismael”, preparados con extremo cuidado y competencia por el Dr. Guillón Ribeiro.

Lamentablemente, esos libros se hallan, hoy, agotados, mas bibliotecas especializadas disponen de ejemplares, para consulta.

II

LAS PERSONAS

1. Los encarnados

El trabajo del grupo mediúmnico se desdobra simultáneamente en los dos planos de la vida, en un intercambio tanto más provechoso cuanto mejor fuera la afinidad entre los diversos componente encarnados y desencarnados.

Estaría completamente equivocado aquel que juzgase el trabajo se realiza sólo durante la sesión propiamente dicha; es ocupación que toma veinticuatro horas por día. Mucho de lo que conseguimos obtener, en hora y media o dos horas de sesión, depende de innumerables tareas preparatorias, desenvueltas en desdoblamiento, durante la noche, y complementadas posteriormente. Además, no podemos olvidarnos de que los Espíritus disponen de mayor libertad de ir y venir, que nosotros. Ellos nos vigilan, nos observan, nos siguen por todas partes, en la intimidad del hogar, en la oficina, en la calle, en los restaurantes, en los cines. Nuestro procedimiento es minuciosamente analizado, con espíritu crítico y, casi siempre, sin piedad, por los compañeros invisibles que, aun desarmonizados, procuran, por todos los medios, descubrir nuestros puntos débiles, para mostrarnos que somos tan imperfectos y pecadores como ellos mismos y que, entre tanto, nos enarbolamos en santurrones de fachada, durante las dos horas de la sesión.

Por eso, la conducta diaria precisa ser correcta, mas no sólo por eso. Es que la “atmósfera” psíquica que acarreamos con nosotros resulta de nuestro pensamiento. Somos aquello que pensamos, como decía también el sensitivo americano Edgar Cayce. Y esto, que era sólo una afirmativa de carácter teórico, esta hoy perfectamente documentada a través de la cámara de Kirlian, que capta en la lámina fotográfica el espectáculo colorido y movimiento que se desdobra en el aura de los seres vivos. Aun no estamos, al escribir esta página, en condiciones de conferir científica y documentadamente las observaciones de los videntes del pasado, en cuanto a la interpretación de los fenómenos luminosos producidos en el aura, o en la región periespiritual del ser. Ya llegaremos, no obstante, y sabremos que el

aura del ser pacífico difiere mucho, en forma, color y movimiento, de la que circunda a la persona desequilibrada, colérica, celosa, sensual, agresiva. Cada actitud mental imprime al aura sus características, de la misma forma que la gradación espiritual es fácilmente identificable por la apariencia “visual” del Espíritu encarnado.

Un amigo mío, y hermano muy inteligente, cierta vez escandalizó a sus oyentes, en una charla pública, declarando que tenía miedo de morir. Al terminar su exposición, la palabra fue abierta, para preguntas y comentarios, y un Señor viejo, en el auditorio, declaró su espanto, al verificar que un espírita esclarecido, como él, tuviese miedo de desencarnar. El amigo confirmó y justificó:

- Mi querido hermano: la gente, aquí, en la carne, va llevando la vida escondido, disfrazado, como si estuviese detrás de una espesa máscara. Del lado de allá, esto es imposible: nos mostramos con toda desnudez de nuestra imperfección.

Es claro, pues, que aquel que resuelve dedicarse al trabajo mediúmnico, especialmente en el que se convenció ser llamado para la desobsesión, precisa convencerse de que debe estar en permanente vigilancia consigo mismo, con sus pensamientos, con lo que dice y hace. Principalmente con los pensamientos. Es preciso desenvolver un mecanismo automático interior, que encienda una lucecita roja a cualquier “fuga” o distracción mayor. No quiere decir esto que tenemos que transformarnos en santos de la noche al día, mas significa que tenemos que vigilarnos constantemente. No vamos a dejar de tener nuestros fallos, mas estaremos siempre prontos a advertirnos interiormente y reajustar la mente que, con la mayor facilidad, puede llevarnos a resbalones de imprevisibles consecuencias.

¿Ejemplos? Hay muchos: el involucramiento en una conversación malediciente; el distraído mirar de reojo a una mujer atrayente, en la calle; en una alusión maliciosa, grosera y pesada; en un pensamiento de rencor o de rebeldía, con relación al camarero o compañero de trabajo, o de envidia, con relación a alguien que se destacó por cualquier motivo; la lectura de un libro pornográfico; la asistencia a una película pernicioso. Hay millones de motivos, delante de nosotros, a cada momento, pues vivimos en un mundo extraviado, exactamente porque refleja el extravío de la masa de seres desajustados que viven en su psicósfera.

Toda atención es poca. La vigilancia dispara la señal de alarma: la oración, la defensa y la corrección. Nadie precisa llegar, con todo, a los extremos del misticismo, al punto de vivir rezando por los rincones, de mirada baja por la calle, temiendo el “contagio” con los pecadores.

También somos pecadores, en el sentido de que todos tramos heridas no cicatrizadas, de fallos clamorosos, en el pasado más distante y en el pasado reciente. Por otro lado, la Providencia Divina se vale precisamente de los imperfectos para ayudar a los más imperfectos. ¿Quién podría alcanzar a estos, sino aquellos que aun están en el camino con ellos? La distancia entre nosotros y los que ya se redimieron es tan grande, en términos vibratorios – para usar una palabra más o menos correcta –, que difícilmente consiguen ellos alcanzarnos, para un trabajo directo, junto a nuestro Espíritu.

El mismo principio opera, además, en fenómenos de efecto físicos. La Doctrina nos explica que tales fenómenos son usualmente realizados por Espíritus de condición vibratoria compatible con la nuestra. Los Espíritus elevados no participan directamente de tareas de esta naturaleza, aunque la supervisen cuidadosamente, como se ve en André Luiz.

Como seres imperfectos, tenemos, pues, que vivir con el semejante, también imperfecto. No hay como huir de nadie y aislarse en torres de marfil, monasterios inaccesibles, grutas perdidas en la soledad. Nuestro trabajo está aquí mismo, con el hombre, la mujer, el viejo, el niño, seres humanos como nosotros mismos, con las mismas angustias, inquietudes, llagas e imperfecciones. El que ve un poco más, ayuda al ciego, mas, tal vez, este disponga de piernas para caminar y puede, así, amparar al cojo. ¿Y quién sabe si el incapacitado dispone de conocimiento constructivo que pueda transmitir al mundo? Éste, un día, en el futuro, volverá a hablar, para enseñar y construir. Somos, pues, una tremenda multitud de estropeados espirituales, y la diferencia evolutiva entre nosotros, aquí en la Tierra, no es allá gran cosa. Vivimos en un universo enteramente solidario, en el cual unos deben soportar y amparar a los otros, o, en el lenguaje evangélico: amarnos unos a otros. No es difícil. Y es necesario. ¡Y como!...

De ahí la recomendación de la vigilancia. No es que tengamos que aislarnos, en una urna u en una coraza, para defendernos de los parias, que nos cercan por todas partes. ¿Será que aún no descubrimos que somos parias también? La vigilancia es para que quedemos apenas con los males que nos afligen íntimamente, y hagamos un esfuerzo muy grande para librarnos de ellos. Ay de nosotros, con todo, si a las deficiencias que cargamos, sumamos las que recibimos por “contagio espiritual”. Esto se dará, ciertamente, si en vez de cuidarnos, por ejemplo, de aniquilar nuestra arrogancia, pasamos a imitar la avaricia del hermano que está a nuestro lado, o la irresponsabilidad de otro, o el egoísmo de un tercero. Es en ese sentido que debe funcionar el

mecanismo de advertencia. Ya bastan nuestras llagas. ¿Para que captar otras que hacen infelices a los compañeros de jornada?

* * *

Estas recomendaciones y sugerencias nada tienen de puramente teórico o académico. Son esenciales, especialmente si el grupo mediúmnico se va a desenvolver en tareas de desobsesión. Los Espíritus traídos a las reuniones, para tratamiento, se presentan hostiles, agresivos, irónicos. Que no se cometa, a respecto de ellos, la ingenuidad de pensar que son ignorantes. Con gran frecuencia son inteligentes, y más bien informados que nosotros, encarnados. Generalmente son traídos porque fueron incomodados en su actividad lamentable. Llegan impetuosos y dispuestos a hacer cualquier cosa, para continuar a proceder como hallan de su derecho y hasta de su deber. En la desesperación en que viven sumergidos, no vacilarán en promover cualquier medida defensiva, y esa defensa, generalmente, consiste en atacar a aquellos que interfieren con sus planes. Cuidado, pues. Si en lugar de vigilancia y oración, les ofrecemos el lado desprovisto, sintonizamos con sus vibraciones agresivas y acabaremos por ser envueltos.

De ahí la advertencia de que el trabajo mediúmnico, en ese campo especializado, es tarea para todas las horas del día y de la noche. Las recomendaciones de comportamiento adecuado son particularmente rígidas para el día en que las sesiones se realizan.

“En el día marcado para las tareas de desobsesión” – escribe André Luiz -, “los integrantes del equipo precisan, en rigor, cultivar actitud mental digna, desde temprano.” (1)

Resguárdense todos en la oración, en la vigilancia. Huiremos al involucramiento en discusiones y desajustes de variada naturaleza. Alimentación sobria, leve.

No cuesta mucho, por lo menos ese día, abstenerse de carne; y es necesario prescindir del alcohol y del tabaco. Siempre que sea posible, durante el día o en las horas que preceden a la reunión, un poco de reposo físico y mental, con relajamiento muscular y paz interior.

Enfrentemos con disposición y coraje los obstáculos naturales que puedan impedir la comparecencia a la reunión: un malestar de última hora, por ejemplo. (Muchas veces, principalmente en el caso de los médiums, ya se trata de aproximación de Espíritus angustiados, o coléricos, que transmiten sus vibraciones depresivas.) Es posible que, a la hora de la salida para la reunión, llegue una visita inesperada, o una

criatura se ponga a llorar, inexplicablemente agitada o inquieta. Otras veces, llueve o hace mucho frío, o calor excesivo, y un pensamiento de comodismo y pereza nos murmura la palabra de desánimo. Muchos obreros promisores han sido apartados de tareas redentoras por pequeños incidentes como estos, que se van sumando, hasta neutralizarlos de todo. No perciben que los compañeros de las sombras sabrán obtener buen partido de los acontecimientos, o hasta mismo los provocarán, como en el caso del súbito malestar propio o de un miembro de la familia. En el día siguiente u horas después, el malestar habrá pasado, como por encanto, mas el trabajo de las tinieblas ya está hecho: un obrero menos en la siembra, por lo menos en aquél día. La gran victoria comienza con las pequeñas peleas. Cuidado, atención, serenidad, firmeza.

En cuanto a los componentes encarnados del grupo, una vez más recordamos: es vital que los unan lazos del más sincero y descontraído afecto.

“Desobsesión”, Francisco Cándido Xavier y Waldo Vieira, capítulo 1, 3ª ed., FEB.

El buen entendimiento entre todos es condición indispensable, insustituible, si el grupo anhela tareas más nobles. No puede haber desconfianzas, reservas, restricciones mutuas. Cualquier disonancia entre los componentes encarnados puede servir de instrumento de desunión. Los Espíritus desarmonizados saben obtener partido de tales situaciones, pues esta es su especialidad. Muchos de ellos no han hecho otra cosa, infelizmente para ellos mismos, a lo largo de los siglos, sino esto: arrojar a las criaturas unas contra las otras, dividiendo para conquistar. No siempre lo hacen por maldad intrínseca. Es preciso entenderlos. Ellos viven en un contexto que les parece tan natural, justificable y lógico, como el de cualquier otro ser humano. Se juzgan con derecho de hacer lo que hacen y, por eso, no se detienen delante de ningún escrúpulo o temor.

Si los componentes del grupo ofrecieran condiciones de desentendimiento, provocarían la disgregación impiadosamente, por qué para ellos es cuestión de vital importancia, a fin de continuar la actuación en la impunidad temporaria en que se atrincheraron.

Siendo así, es mejor que un grupo con disensiones internas cierre sus actividades, por lo menos por algún tiempo, hasta que se aparten los elementos disonantes. No se admite, un grupo responsable y

empeñados en trabajos serios, cualquier desarmonía interna, como disputa por los diversos puestos: dirigente, médium principal y otras infantilidades. El dirigente del grupo no es el que se sienta a la cabecera de la mesa y da instrucciones – él es sólo un compañero, un cooperador, un auxiliar, en suma, de los verdaderos responsables por la tarea global, que se hallan en el mundo espiritual. Cualquier síntoma de rivalidad entre médiums debe ser prontamente identificado y combatido. También hablaremos de eso, más adelante. Por ahora, vasta decir, y nunca lo diremos con bastante énfasis, que debe predominar entre los encarnados un clima de libertad consciente, franqueza sin agresividad, lealtad sin sumisión, autoridad sin prepotencia, afecto sin preferencias, y perfecta unidad de propósitos.

En el momento en que el desentendimiento y el desafecto comienzan a medrar entre los encarnados, el grupo esta en proceso de disgregación. Esto implica decir que los elementos perturbadores de esa armonía interna deben ser prontamente identificados. El responsable del grupo, o quien fuera para eso designado, debe procurar a los desajustados para entendimiento particular, reservado. Si no fuera posible reconducirlos a una actitud constructiva, no resta otra alternativa si no el alejarlos, pues el trabajo de los equipos encarnado y desencarnado debe ser colocado por encima de nuestras posiciones personales.

La decisión de apartar a alguien no es fácil, y no debe ser tomada precipitadamente por lo que oye decir, pues una acción de naturaleza grave. No sólo el grupo se privara de su concurso, cualquiera que sea su posición, como él mismo, sintiéndose como que “expulsó”, a un “excomulgado”, podrá caer en una faja de desanimo, cuando no de rebeldía, que lo desprotege espiritualmente y lo precipita en imprevisibles aflicciones. No se trata de crear una atmósfera inquisitorial de espionaje mutuo, de desconfianzas y rivalidades, con rencores absurdos, pues de eso también se aprovecharían los hermanos desencarnados que precisan de nuestro afecto y comprensión; mas los objetivos y finalidades del grupo deben quedar a salvo de nuestras pasiones. Si, para eso, fuera necesario apartar a uno o a otro compañero, tenemos que hacerlo. Cumplir el desagradable mandato con amor, equilibrio y serenidad, mas también con firmeza. Tal vez el compañero perturbado pueda retornar a la tarea más adelante, ya regenerado, mas entre sacrificarlo personalmente y sacrificar todo el programa, no hay que vacilar.

Este aspecto es aquí abordado con franqueza y sin temores, porque, aunque no mencionado usualmente en las anotaciones sobre trabajo mediúmnico, es una de las grandes y frecuentes dificultades ocurridas en innumerables grupos. Precisamos estar preparados para ella porque, más temprano o más tarde, habremos de encontrarla. Atención, con todo: nada de procesos inquisitoriales, repetimos. El buen sentido y la oración serán siempre los mejores consejeros, en situaciones como esa.

Por otro lado, esas y otras decisiones, esto es, toda aquella que dicen respeto, por así decir, a la gestión terrena del grupo, cabe a los encarnados. Los benefactores espirituales, ligados a la tarea, difícilmente nos darán **ordenes** para admitir a este componente o apartar a aquel. Ellos desean que nosotros seamos capaces de discernir y asumir la responsabilidad por nuestros hechos. Lo que esperan de nosotros es un clima de armonización, para que puedan, en cada reunión, colocar delante de nosotros la tarea que desean que realicemos. Es preciso que ofrezcamos a ellos un mínimo de condición indispensable.

LOS MÉDIUMS

El capítulo 32, de “El Libro de los Médiums”, se titula “Vocabulario Espírita”, y sugiere la siguiente definición:

- Médium – (Del latín médium, medio, intermediario). Persona que puede servir de intermediario entre los Espíritus y los hombres.

Revelando el cuidado y el extraordinario poder de síntesis que Kardec siempre demuestra, esa definición es un primor de claridad. Vemos, por ella, que el médium es una **persona**, esto es, un ser encarnado, sujeto por consiguiente, a las imperfecciones y llagas que nos afligen a todos y, por tanto, tan propenso a la caída como cualquiera de nosotros, o tal vez más aun, porque su capacidad de sintonizarse con los desencarnados lo expone a un grado más elevado de influenciación.

Sabemos, por otro lado, del aprendizaje Espírita, que la mediumnidad, lejos de ser la señal de nuestra grandeza espiritual, es, lo contrario, o indicio de obstinadas imperfecciones. Representa, por cierto, una facultad, una capacidad concedida por los poderes que nos asisten, más no en el sentido humano, como si el médium fuese colocado por encima de los viles mortales, como seres de elegidos. Es, antes, un peso, un peligro, un instrumento con el cuál el médium puede trabajar, para sembrar y plantar, para coger más tarde, o herirse una vez más, con la mala utilización de los talentos sobre los cuales nos hablan los Evangelios. El médium fue realmente distinguido con el recurso de la mediumnidad, para producir más, para apresurar o abreviar el rescate de sus faltas pasadas, no se trata de un ser aureolado por el don divino, más depositario de ese don, que le es concedido en confianza, para uso adecuado. En resumen: el médium se vale de una aptitud que no hace de él un privilegiado, en el sentido de colocarlo, en la escala de los valores, por encima de sus compañeros desprovistos de esas facultades.

Cuanto más amplias y variadas son las facultades, más expuesto estará al asedio de los compañeros invisibles que se oponen a su esfuerzo evolutivo.

En cierta forma, eso es válido para todos nosotros, mas aquellos que disponen de facultades mediúmnicas están como si hubiesen traspasado su mundo interior a seres desconocidos e invisibles, que pueden ser buenos y amigos, como también pueden ser antiguos e inflexibles desafectos o compañías de crímenes hediondos.

Eso me hace recordar un film que vi hace algún tiempo. El joven **héroe**, por el esfuerzo de un trabajador social comprensivo, que acreditaba en la capacidad evolutiva del ser humano, obtuvo libertad condicional. Estuvo algunos años en la prisión, en virtud de la práctica de asaltos audaces, bien planeados y, naturalmente, muy rentables financieramente. Fue el líder de su grupo, el cerebro de la organización, el planeador eficiente y hábil que fácilmente sometió a todos los demás a su voluntad. Al salir de la prisión desea olvidar el pasado tenebroso, encuentra el amor en la prisión de una joven, y se dedica al trabajo humilde, de baja remuneración, mas honesto. Es en esa fase de reconstrucción íntima y esfuerzo regenerativo, que los antiguos compañeros lo encuentran. Comienza el acoso, el asedio, con propuestas, amenazas, y la dulce cantinela del éxito material. Todo es tentado para apartarlo del camino de la recuperación. Cualquier ardid sirve, cualquier presión, envolvimiento u oferta. Vale todo. Sus ex-compañeros de crimen desean su vuelta al grupo, a los placeres, a las locuras, a la irresponsabilidad.

La semejanza con la situación del médium es impresionante. Sus compañeros no se conforman y, de las tinieblas donde se esconden lo buscan incesantemente. Eso es particularmente agudo cuando la mediumnidad comienza a aparecer. Los primeros manifestantes son, casi siempre, atormentados seres del mundo de los dolores, obsesores impíos, verdugos que no desean escapar la presa por las puertas del trabajo regenerador. Entonces, son asociados de otros tiempos, que por muchos siglos planearon y ejecutaron juntos crímenes innominables.

El médium, más que aquellos que no disponen de la facultad, es un ser en libertad condicional. Cabe a él probar que ya es capaz de hacer buen uso de ella. La tarea no es fácil, porque, como todos nosotros, trae en sí el llamamiento del pasado, las “conquistas” para el error, las cicatrices, mal curadas, de fallos dolorosos, el peso específico, que lo arrastra hacia abajo, intentando impedir que él se escape, como un pequeño globo, para el azul infinito de la liberación espiritual. Más que cualquiera de nosotros, él precisa estar vigilante, atento, ligado a un buen grupo de trabajo, consultando libros doctrinarios de confianza, observando sus propias facultades, corrigiendo, mejorando, modificando, eliminando, acrecentando.

Nada de pánico, por tanto. El hecho de ser él una persona dotada de antenas psíquicas, que lo ponen en relación con el mundo espiritual, desee él o no, no quiere decir que él este a la merced de los compañeros desvariados de las sombras, a no ser que el mismo deje caer sus guardias. Él contara siempre con la protección cariñosa y atenta de sus guías, de aquellos que están interesados en su progreso espiritual. Procure mantener un buen clima mental. Estudie, lea, viva con simplicidad, vigile sus sentimientos, como cualquier uno de nosotros. Participe de la lucha diaria, enfrente los problemas de la existencia: profesionales, familiares, sociales, humanos, en fin. No le faltarán recursos, asistencia, informaciones y, por encima de todo, trabajo mediúmnico, que es de la esencia misma de su compromiso.

No tema, mas no sea temerario. No deje de estudiar sus facultades, mas no se envanezca de lo que aprendió ni de los recursos que consiguió desenvolver. En la hora de la tarea, es un simple trabajador, como cualquier otro: ni mejor, ni peor, ni inferior, ni superior.

Los dirigentes de grupos deben combatir sin treguas el “protagonismo” de algunos médiums; el buen combate, es claro, de que nos habla Pablo, sin rencores, sin humillaciones, sin prepotencia. Es común, en los grupos mediúmnicos, darse destaque indebido al médium que recibe, por ejemplo, al orientador desencarnado, para las palabras de esclarecimiento y las directrices generales. Lo ideal sería que los orientadores se alternasen, utilizándose de los demás médiums, más ellos no están interesados en preservar nuestras ridículas susceptibilidades y vanidades. Si el médium que los recibe se siente envanecido, trate de corregirse; si los médiums que no lo reciben quedan encelados, el problema es de cada uno. La experiencia con los Espíritus nos enseña que ellos son compasivos, amorosos, pacientes, tolerantes y serenos, mas son también firmes y rigurosos, cuándo es necesario. Eso está ampliamente documentado en la Codificación, pues ni aún a Kardec dejaron ellos de decir lo que era necesario de decir, a veces con inesperada severidad.

- ¿Por qué Dios ha permitido que los Espíritus puedan tomar el camino del mal? – pregunta Kardec, según “El Libro de los Espíritus”, cuestión 123.

Y ellos responden:

- ¿Cómo osáis pedir a Dios cuentas de sus actos? ¿Supones poder penetrarle los designios? Podéis, todavía, decir lo siguiente: La sabiduría de Dios está en la libertad de escoger que Él deja a cada uno, por cuanto, así, cada uno tiene el mérito de sus obras.

¡Y el interlocutor era Kardec! ¿Por qué razón andar con “paños calientes” con nosotros, meros aprendices primarios de una verdad que trasciende, en muchos aspectos, a nuestra comprensión?

Así, no que se espere que los benefactores espirituales tomen precauciones especiales para preservarnos el orgullo y la vanidad.

No cuidaremos, en este libro, de la formación o del desenvolvimiento del médium. El asunto es demasiado complejo para un tratamiento sumario y huye a los objetivos de nuestras especulaciones aquí. Hay obras que cuidan del problema, mas es preciso no olvidarse que el punto de partida de cualquier trabajo, en ese sentido, es “El Libro de los Médiums, de Allan Kardec.

Es posible, entre tanto, que las tareas del grupo mediúmnico vengan, en transcurrir del tiempo, a revelar la existencia de otros médiums en potencia. No es necesario, en este caso, colocar a la persona en cuarentena, ni desligarla del grupo. Que ella se mantenga junto a los compañeros, en la posición que siempre ocupó y aguarde a su vez. Los benefactores espirituales sabrán como conducir el trabajo necesario, proveyendo ocasionales indicaciones e instrucciones, hasta que la mediumnidad naciente comience a brotar y pueda ser utilizada.

El dirigente humano acompaña atentamente el trabajo, ayudando al compañero, o compañera, en las lides iniciales de su empresa. Los fenómenos comenzarán espaciados e indecisos: rápidas videncias, clariaudiencia, tal vez intuiciones, impulsos de decir o escribir algo. Cuando estos pequeños fenómenos ocurrieran, el componente del equipo debe comunicarse, tan pronto le sea posible, con el dirigente, sin interrumpir los trabajos en curso, a no ser por motivos imperiosos; de preferencia, con todo, después de cerrada la sesión. Nada de precipitación, de excitaciones, de fantasías, de euforia, ni de temores. En un grupo bien orientado, todas las potencialidades serán debidamente estudiadas y aprovechadas, cuando sea posible y necesario.

La mediumnidad que mejor se presta a los trabajos de desobsesión es la psicofonía, o de incorporación. El dialogo con el desencarnado, es de la propia esencia de la tarea, y difícilmente la palabra hablada, directa y viva, podría ser sustituida, sin pérdida considerable de la eficacia del proceso. En casos extremos, podrá ser utilizada la psicografía: el esclarecedor hablaría y el Espíritu respondería por escrito, más la experiencia revela que nada sustituye a la palabra hablada, en ese tipo de trabajo. Con ella, sentimos con mayor facilidad las reacciones que se procesan en el manifestante, su

personalidad, sus manías, su estado de irritación o de serenidad, sus ironías, sus vacilaciones, su sinceridad, sus emociones.

No quiere eso decir que el grupo deba reunir solo médiums de incorporación. Los benefactores espirituales tendrán mejores oportunidades de desenvolver sus tareas por nuestro intermedio, cuándo dispusieran de más amplia variedad de facultades, operando a través de la videncia de uno, de la clariaudiencia de otro, de la intuición de un tercero, o hasta utilizándose, en trabajos especiales que también discutiremos, de la facultad, que tienen otros, de exteriorizar ectoplasma, o sea, de la mediumnidad de efectos físicos.

Tal variedad de facultades es particularmente deseable cuando el esclarecedor no fuera dotado de mediumnidad ostensiva, como videncia, o audiencia. En ese caso, los médiums presentes serán, a veces, los encargados de auxiliarlo con pequeñas y discretas observaciones y recomendaciones recibidas de los benefactores, en cuando el se halla adocrinando. Eso debe ser hecho con mucha sutileza y de manera breve y resumida.

Como la psicografía es la mediumnidad más indicada para ese tipo de tarea, André Luiz nos ofrece, en su ya citado “Desobsesión”, un valioso decálogo de recomendaciones y sugerencias. Mismo que el lector disponga de un ejemplar, que vale la pena reproducir aquí el texto. André considera tales cuidados “esenciales al éxito y a la seguridad de la actividad” atribuida a los médiums.

Es aconsejable, pues, a los médiums psicofónicos:

- Desenvolvimiento de la autocrítica.
- Aceptación de los propios errores, en el trabajo mediúmnico, para que se les depure la capacidad de transmisión.
- Reconocimiento de que él médium es responsable por las comunicaciones que transmite.
- Abstención de susceptibilidades ante indicaciones de los esclarecedores o de los compañeros, aprovechando observaciones y avisos para mejorarse en servicio.
- Fijación en un sólo grupo, evitando las inconveniencias del compromiso de desobsesión en varios equipos al mismo tiempo.
- Dominio completo sobre si mismo, para aceptar o no la influencia de los Espíritus desencarnados, inclusive reprimir todas las expresiones y palabras obscenas o injuriosas, que esa o aquella entidad quiera pronunciar por su intermedio.

- Interés real en la mejoría de las propias condiciones de sentimiento y cultura.
- Defensa permanente contra adulación y elogios, por cuanto sepa agradecer el estímulo y la amistad de cuantos le incentiven el corazón al cumplimiento del deber.
- Discernimiento natural de la cualidad de los Espíritus que les procuran las facultades, sea por las impresiones de su presencia, lenguaje, fluidos magnéticos, sea por su conducta general.
- Uso del vestuario que le sea más cómodo para la tarea, alejando, con todo, los objetos que acostumbren traer unidos al cuerpo, como son relojes, pluma estilográfica, lentes y joyas.

* * *

Las personas que lidian con médiums, que trabajan junto a ellos, que desempeñan, en fin, cualquier actividad paralela con ellos, no deben olvidarse de que esos compañeros de siembra son criaturas dotadas de cierto grado de exaltación de la sensibilidad. O por otra parte: son médiums exactamente por que tienen la sensibilidad más aguda que el común de los hombres y de las mujeres. En el suceso de esa particularidad que, en el fondo, es de la propia esencia de la mediumnidad, son más susceptibles, más sensibles también a la crítica, a la aptitud antifraterna, a la palabra agresiva, a la reprimenda, tanto cuanto al elogio y a la adulación, a que se refiere André Luiz.

Es preciso, pues, tener atención especial con los médiums, en aquello que diga respecto a su condición peculiar de sensibilidad. Intentaremos esclarecer, tanto cuanto sea posible, este asunto extremadamente delicado y complejo.

Evidentemente, el médium no debe y no puede ser endiosado, por que eso expondría, a él y al grupo, a imprevisibles y desastrosas consecuencias. En breve, estaría recibiendo “mensajes” directos de Dios... No vamos, con todo, a caer en el otro extremo, de someter al médium a un régimen disciplinario inadecuado, dictado por la prepotencia y por la arbitrariedad, en nombre del buen orden de los trabajos. Médium disciplinado es una cosa, médium inhibido es otra. Es preciso que el dirigente de los trabajos tenga el suficiente buen sentido para distinguir hasta donde llega la disciplina, que precisa ser preservada, y donde comienza el rigor dictatorial que lleve al médium al pánico o a la rebeldía. El médium no es ni la “estrella” del grupo, su pontífice máximo, ni el esclavo encadenado a los caprichos de los imprudentes que, en nombre de

la disciplina y del orden, imponen condiciones inaceptables al ejercicio de las facultades mediúmnicas.

La mediumnidad es un mecanismo extremadamente delicado y susceptible, que debe ser tratado con atención, cuidado y cariño.

En el grupo en que predomine legítimo sentimiento de afección, y comprensión entre sus diversos componente, difícilmente surgirán problemas de esa naturaleza, mas es preciso estar atento para que tales cuestiones no vengan a perturbar la tarea. El dirigente deberá tratar al médium con todo cariño y atención, procurando ayudarlo en la solución de los problemas que surgieran en el ejercicio de su facultad, dándole apoyo y consejos, donde y cuando sea necesario. Debe serle grato por su contribución al grupo, sin, entre tanto, distinguirlo con ningún favor especial. El médium equilibrado y disciplinado sabe que nada debe esperar de diferente, exclusivo o extraordinario. Es apenas uno de los componentes del grupo, nada más, y como tal, acreedor de la misma estima y respeto debidos a los demás compañeros. Es, también como los demás, merecedor de una palabra de estímulo y gratitud, por una tarea particularmente difícil, exhaustiva y bien realizada. No cuesta a quién por derecho, una expresión de agradecimiento y una palmada afectuosa en el hombro, que deberá estimular su responsabilidad y no su vanidad.

Hay manifestaciones difíciles, dolorosas, que dejan residuos vibratorios perturbadores. En casos así, el médium no debe ser abandonado a su suerte, con los dolores y los cansancios resultantes. Si el dirigente no puede socorrerlo con un pase restaurador, designe a alguien en el grupo para hacerlo, más dígame una breve palabra de cariño o hágale un gesto de solidaridad, para que el médium sienta el apoyo y la comprensión por su ardua tarea.

El lector deberá notar, a lo largo de este libro, que algunos puntos son repetidos en diferentes contextos. Es que tales asuntos se presentan muy íntimamente interligados, a la semejanza de los hilos de colores que hacen el dibujo de un tapete, y que desaparecen aquí, para reaparecer allí, con nuevo énfasis.

Uno de esos puntos es la relación entre los componentes del grupo, sea entre los encarnados, sea entre estos y los desencarnados.

Repetiremos aquí uno de ellos. Es el de la relación del médium con el esclarecedor. Para que el trabajo se desenvuelva con seguridad y eficacia, esa relación precisa ser impecable. Intentemos explicar lo que significa, en este caso, ese adjetivo algo pomposo. Más allá de su sentido etimológico – incapaz de pecar, no sujeto a pecar – impecable quiere decir perfecto, correcto, sin mácula o defecto.

Médium y esclarecedor deben estimarse y respetarse. Estima sin servilismo y sin fanatismo; respeto sin temores y sin reservas íntimas. En cuanto la relación médium-esclarecedor es imperfecta o sufre estremecimientos más serios, se pone en riesgo la calidad del trabajo mediúmnic. La razón es simple y obvia: al incorporarse, el Espíritu manifestante viene a trabajar con los elementos o instrumental que encuentra en el médium. Si existe allí alguna reserva con relación al esclarecedor, o peor aun, alguna hostilidad más declarada, es normal que su tarea negativa será bastante facilitada, de la misma forma que un médium más culto proporciona mejores recursos para una manifestación de tenor más instruido o un médium de temperamento más violento ofrece condiciones más propicias a manifestaciones más violentas.

Por la misma razón, si existe entre médium y esclarecedor un vínculo más fuerte de afecto, el Espíritu agresivo queda algo contenido, y aunque agrede al esclarecedor con palabras o gestos, no consigue hacer todo cuanto deseaba. Muchos son los que se quejan de eso, durante sus manifestaciones, exactamente por qué no logran dar salida a sus impulsos e intenciones, porque las vibraciones afectivas entre médium y esclarecedor enfrían inevitablemente tales impulsos.

Es preciso aún considerar que si el médium realiza ese trabajo de impregnación fluídica en el periespíritu del manifestante, este también trae una carga, a veces pesada y agresiva, que actúa enérgicamente sobre el periespíritu del médium, habiendo, por tanto, cierta “contaminación” mutua, para la cual el médium debe atentar con toda su vigilancia, pues, de lo contrario, el Espíritu lo dominaría y haría con él lo que desease, como lamentablemente acontece con frecuencia. Esa contaminación, aunque transitoria, es demostrada, sin ninguna duda, en las reacciones preliminares y posteriores del médium, o sea, cuándo aún se halla consciente en el cuerpo y después que lo recupera. Con frecuencia nuestros médiums declaran que, al sentir la aproximación del Espíritu manifestante, experimentan tal o cuál sensación: fuerza, odio, tristeza, angustia o amor, paz, serenidad. De la misma forma, los residuos vibratorios que permanecen en la intimidad del periespíritu del médium, tras la desincorporación, son bastante conocidos, siendo necesario, casi siempre, cuándo son desagradables y agresivos, dispersarlos por medio de pases, a fin de que el médium se reponga. Cuándo, por el contrario, se trata de un Espíritu pacificador y bondadoso, el médium despierta, como acostumbro a decir, “en estado de gracia”, feliz, armonizado, conmovido, a veces, hasta las lágrimas.

Una insistente palabra final para el médium: estudie, lea, haga preguntas, discuta los diferentes aspectos y problemas de la mediumnidad, con quien demuestre tener experiencia. “El Libro de los Médiums” debe ser lectura y relectura constantes. Hay siempre aspectos e informaciones que a una o dos pasadas dejamos escapar. Manténgase unido a las cinco obras de la Codificación, a los libros de André Luiz, que desenvuelven, de manera tan amplia, no sólo aspectos científicos de la mediumnidad, como trabajos desenvueltos en el mundo espiritual: “Mecanismos de la Mediumnidad”, “Entre la Tierra y el Cielo”, “Misioneros de la Luz”, “En los Dominios de la Mediumnidad”, “Liberación”, “Desobsesión”, o también, “Estudiando la Mediumnidad”, de Martins Peralva, “En el País de las Sombras”, de Madame d’Esperance, “Memorias de un Suicida”, de Camilo Cândido Botelho, “Dramas de la Obsesión”, del Dr. Bezerra de Menezes, “En los Bastidores de la Obsesión”, de Manoel Philomeno de Miranda.

La literatura es amplia y no hay aun límites visibles en este vasto campo. El médium, tanto cuanto todos nosotros, que lidiamos con la comunicación entre los dos mundos, precisa estar bien cierto de que es aun muy poco lo que sabemos sobre esa notable facultad humana. Toda la humildad y todo el respeto ante ella aun serán pocos. Además, solamente podemos estudiar la mediumnidad asistiéndola en acción, observándola con atención, anotando sus peculiaridades, discutiendo sus innumerables facetas con los compañeros que constituyen el equipo de trabajo, leyendo las enseñanzas de aquellos que, antes de nosotros, ya se han dedicado a sus misterios y grandeza.

Nadie precisa estudiarla más, y con mayor respeto y cariño, que el propio médium, porque es a través de él que se abre la puerta por la cuál dialogamos, mundos abajo, con los compañeros que se hallan encadenados a las más negras y tormentosas pasiones y sufrimientos, y, mundos encima, de donde recibimos rayos de luz que, a través de un pequeño rectángulo, ilumina, por algunos momentos, de tiempo en tiempo, los ambientes de media luz en que vivimos.

EL ESCLARECEDOR

En un grupo mediúmnico, se llama esclarecedor a la persona que se encarga de dialogar con los compañeros desencarnados necesitados de ayuda y esclarecimiento. Cualquier buen diccionario laico dirá que **adoctrinar** es instruir en una Doctrina, o simplemente, enseñar. Y aquí ya comenzamos a tropezar en las dificultades que la palabra esclarecedor nos ofrece, en el contexto de la práctica mediúmnica.

En primer lugar, porque el Espíritu que comparece para debatir con nosotros sus problemas y aflicciones, no está en condiciones, tras los primeros contactos, de recibir instrucciones doctrinarias, o sea, acerca de la Doctrina Espírita, que profesamos, y con la cuál pretendemos ayudarlo. El no viene dispuesto a oír una predicación, ni predispuesto al aprendizaje, como oyente paciente ante un gurú evolucionado. Muchas veces el está perfectamente familiarizado con innumerables puntos importantes de la Doctrina Espírita. Sabe que es un Espíritu sobreviviente, conoce sus responsabilidades delante de las leyes universales, admite, ante evidencias que le son más que obvias, los mecanismos de la reencarnación, reconoce ante el mismo la existencia de Dios. En cuanto a la comunicabilidad entre encarnados y desencarnados, el no discute, pues está justamente produciendo una demostración práctica del fenómeno, y sería infantilidad de su parte intentar ignorar la realidad.

Por tanto, el compañero encarnado, con quien establece el dialogo, no tiene mucho que enseñarle, en términos generales de Doctrina.

Por otro lado, el llamado esclarecedor no es el sumo-sacerdote de un culto o de una secta, que se coloque en la posición de maestro, a dictar normas de acción y a predicar, presuntuosamente, una situación ideal de moral, que ni él mismo consiguió alcanzar. A respecto de eso, él precisa estar preparado para ejercer, en el momento oportuno, la autoridad necesaria, que toda persona encargada de una tarea, por más modesta, debe tener. No se olvide, con todo, de que, en el grupo mediúmnico, él es apenas uno de los componentes, un trabajador, y no maestro, sumo- sacerdote o el rey.

Su **formación doctrinaria** es de extrema importancia. No podrá hacer jamás un buen trabajo, sin conocimiento íntimo de los

postulados de la Doctrina Espírita. Entre los Espíritus que le son traídos para entendimiento, hay argumentadores prodigiosamente inteligentes, bien preparados y experimentados en diferentes técnicas de debate, dotados de excelente dialéctica. Esto no significa que todo esclarecedor tiene que ser un genio, de enorme capacidad intelectual y de impecable formación filosófica. La conversación con los Espíritus desajustados no debe ser un frío debate académico. Si el dirigente encarnado de los trabajos esta bien familiarizado con las obras fundamentales del Espiritismo, él encontrará siempre que decir al manifestante, aunque no este al mismo nivel intelectual de él. La comparación aquí no es de inteligencias, ni de culturas; es de corazones, de sentimientos. El conocimiento doctrinario se torna importante como base de sustentación. El esclarecedor precisa estar convencido de que la Doctrina Espírita dispone de todos los informes que él necesita par cuidar de los manifestantes en desequilibrio, mas eso no es todo, porque él puede ser un buen conocedor de los principios teóricos de Espiritismo y ser completamente desinteresado del aspecto evangélico; o, también, conocer la Doctrina y recitar rápidamente cualquier versículo evangélico, más no apoyar su conocimiento en la emoción y en el legitimo deseo de servir y ayudar. Volveremos al asunto cuando tratemos del problema especifico del esclarecimiento. Los Espíritus en estado de perturbación, que nos son traídos a las sesiones mediúmnicas, no están, desde el principio, en condiciones psicológicas adecuadas a la predicación doctrinaria, como ya dijimos. Necesitan afflictivamente de primeros socorros, de quién los educa con paciencia y tolerancia. El esclarecimiento vendrá en el momento oportuno, y, antes que el esclarecedor pueda dedicarse a este aspecto específico, el debe estar preparado para discutir el problema personal del Espíritu, a fin de obtener de él la información que necesita. Es en ese momento que él precisa utilizarse de sus conocimientos generales, intercalando aquí y allí un pensamiento evangélico que se adapte a las condiciones desenvueltas en el dialogo.

Esto nos lleva a otro aspecto importante: el “**status**” **moral** del esclarecedor. Su **autoridad moral** es importante, por cierto, ¿más cual de nosotros, encarnados, aun en luchas heroicas contra imperfecciones milenarias, puede arrojar una actitud de superioridad moral sobre los compañeros más desordenados de las sombras? Aún tenemos imperfecciones y aún erramos gravemente. El Espíritu que debate con nosotros, sabe de nuestras innumerables flaquezas, tanto cuanto nosotros, y hasta más que nosotros, a veces, por ser, frecuentemente, compañeros de antiguas encarnaciones, en que fuimos, tal vez,

comparsas de desaciertos hediondos. El nos vigila, nos observa, nos analiza y nos estudia, en una posición ventajosa para él: en la invisibilidad. Tiene condiciones de contrastar nuestra personalidad y nuestros propósitos, a la manera como hacemos en nuestras relaciones con los semejantes. Percibe más nuestras intenciones, la intensidad y la sinceridad de nuestro sentimiento, que de la pureza de nuestras palabras que pronunciamos. Si estuviéramos recitando lindos textos evangélicos, sin sustentación en la afección legítima, él lo sabría también.

Muchas veces, se refieren irritados a una u otra franqueza íntima nuestra, como, por ejemplo:

- ¿Usted no tiene fuerza para dejar el vicio de fumar, como quiere obligarme a dejar de perseguir a aquel que me perjudicó?

O entonces, nos recuerda una situación irregular en que nos encontramos, o un error más grave cometido en el pasado reciente, o crímenes que practicamos en vidas pretéritas. Todo sirve. Es preciso que el esclarecedor este preparado para estas situaciones. No adelanta nada al exhibir virtudes que no posee aún. Debe recordarse, con todo, de que somos juzgados y valorados, no por los resultados que obtenemos, más por el esfuerzo que realizamos para alcanzarlos. No es preciso ser santos, para esclarecer. Aquellos que ya se purificaron hasta ese punto, se dedican a tareas más complejas, de mayor responsabilidad, compatibles con el adelantamiento espiritual que ya alcanzaron.

Por otro lado, no podemos esperar la perfección para ayudar al hermano que sufre. Es exactamente por que aun somos tan imperfectos como él, que estamos en condiciones de servirlo más de cerca. Muchos son los desafectos antiguos, que aun no nos perdonaron. Es aquí que vemos el valor de la palabra sabia del Cristo:

- Reconcíliate con tu adversario, mientras estas con él en el camino.

No podemos imponer al compañero infeliz una superioridad moral inexistente. El esclarecedor es también un ser falible y consciente de sus imperfecciones, más esto no puede y no debe inhibirlo para la tarea. Es preciso tener en cuenta, también, que muchos compañeros espirituales desaparecidos, que nos conocieron en el pasado tenebroso, ven en nosotros más a aquellos que fuimos de lo que somos hoy, o pretendemos ser. Si tuviéramos paciencia y tolerancia, el manifestante acabara por admitir que, aunque no hallamos alcanzado los estados

superiores de la evolución, nuestra buena intención es legítima, el esfuerzo que desenvolvemos es digno, y nos respetarán por eso.

El esclarecedor precisa, también, ser una criatura de fe viva, positiva, inalterable. El no puede dar aquello que no tiene. Si me preguntase cuál es el elemento más importante en la estructura de la personalidad del esclarecedor, yo no sabría decir, más quedaría indeciso entre la fe y el amor, sobre lo cuál también hablaremos más adelante. ¿Qué tipo de fe? La fe Espírita, tal como la conceptuó Kardec: sincera, convicta, lógica, plenamente sostenida por la razón, más sin dejarse contaminar por la frialdad hierática del racionalismo estéril y vacío.

Hagamos una pausa en la exposición, para un examen de la fe, que tanto nos interesa, en este, como en tantos otros contextos.

Quiero hablar aquí de aquella fe sobre la cuál Pablo escribió su bellísimo poema, en el capítulo 11 de la Epístola a los Hebreos:

- La fe - dice él - es la garantía de lo que se espera; la prueba de las realidades invisibles. Por la fe, sabemos que el universo fue creado por la palabra de Dios, de manera que el que se ve resultase de aquello que no se ve. (1)

En Pablo, la fe era el soporte de las realidades que el conocimiento aun no alcanzó; en Kardec es la certeza de aquello que el conocimiento, al final alcanzado, confirmó en el corazón del hombre.

Para el Cristo, la fe del tamaño de un grano de mostaza bastaría para remover montañas. Para Él, es la fe que cura al siervo doliente del romano pagano y corta la hemorragia de la mujer que Él toca. Es la ausencia de fe que Él censura dulcemente en los discípulos que temieron la tempestad y la muerte.

Es aun la falta de fe que Él reprende en los discípulos, al expulsar el Espíritu que atormentaba al joven lunático (Mateo, 17: 14-20):

- Los discípulos vinieron, entonces, a hablar con Jesús, aparte, y le preguntaron: “¿Por qué no pudimos nosotros expulsar a ese

demonio?”. Jesús les respondió: “Por causa de vuestra incredulidad. Pues en verdad os digo, si tuvieseis fe del tamaño de un grano de mostaza, diríais a esa montaña: Transportate de ahí para allí, y ella se transportaría, y **nada os sería imposible.**”

El episodio es de gran fuerza y belleza. Los discípulos ya habían intentado, sin éxito, esclarecer al poseedor que hacia lo que quería con el infeliz joven. Vencidos por el fracaso, y ante la facilidad con que el Cristo resuelve el problema, piden explicaciones. Respuesta: fe. Sin ella, poco o nada podemos; con ella, “nada es imposible”. Es una afirmativa de extraordinario vigor, hecha por quien poseía autoridad más que suficiente para hacerla. Coloquémosla de forma positiva: todo es posible a aquél que cree.

Marcos narra el episodio en el capítulo 9 (versículo 14 a 29). Jesús cura al infeliz poseso que, según el Padre, era poseído por un Espíritu mudo, que se apoderaba de él en cualquier lugar, derrumbándolo al suelo, haciéndole echar espuma, crujir los dientes, y lo dejaba rígido, probablemente perturbado. Los discípulos nada pudieron hacer, y, después de curarlo, el Cristo insiste en que todo es posible a aquél que cree, y aún más: que aquella clase de Espíritus no podría ser tratada sino con la oración.

Al comentar el, pasaje en “El Evangelio según el Espiritismo” Kardec escribe que “la confianza en sus propias fuerzas torna al hombre capaz de ejecutar cosas materiales, que no consigue hacer quién duda de sí. En el contexto, con todo, las palabras deben ser entendidas en su sentido moral. No se trata, es cierto, de remover montañas de tierra y piedra, imagen usada por el Cristo para fijar su pensamiento en la memoria de los oyentes. “De la fe vacilante – dice Kardec más adelante – resulta la incertidumbre y la

(1) El texto citado es de la Biblia de Jerusalén.

vacilación, de que se aprovecha los adversarios que se tienen que combatir; esa fe no procura los medios de vencer, **por que no acredita que pueda vencer.**” (Mi evidencia).

El comentario de Kardec es de transcendental importancia. Para no transcribirlo entero, aquí es preferible recomendar que el lector no deje de estudiarlo y de meditar pausadamente acerca de todas sus implicaciones, pues él ocupa todo el capítulo 19 de “el Evangelio según el Espiritismo”, paginas 284 a 293, de la 57 edición de la FEB.

Es también ahí que el codificador escribió su famosa sentencia:

- fe inalterable sólo es la que puede encarar de frente a la razón en todas las épocas de la Humanidad.

Difícilmente se podría decir mejor, con tan pocas palabras. La conceptualización de fe se tornó, con Kardec, definitiva. Precisa ser inalterable, teniendo que “encarar la razón” sin temor, confiadamente, siempre, en todas las épocas. Solamente así será inalterable. Fuera de eso, puede ser creencia, sospecha, opinión, parecer, conjetura, presunción, mas no será fe.

Sin ella, el esclarecedor estará desarmado, sin preparación para su tarea, por más bien dotado que esté, con relación a los demás atributos necesarios a su función.

Él precisa confiar en los poderes espirituales que sustentan su trabajo, sin los cuales ninguna tarea de desobsesión es posible, y todos los riesgos son eminentes e inevitables. Él tiene que saber, al levantarse para dar un pase, la fe le traerá los recursos de que necesita para servir. Él debe saber que, al formular su oración, va a encontrar la respuesta a lo que implora, en beneficio del compañero que sufre.

Más allá de eso, es la fe que le da el apoyo de la confianza que él necesita para aventurarse por las ásperas y tenebrosas regiones del más terrible sufrimiento, de la más angustiada desesperación, de la más violenta rebelión. Si no tiene fe, no estará en condiciones de realizar el trabajo que se propone.

Otro ingrediente necesario, en la psicología del esclarecedor, es el **amor**. No es por acaso que en los textos evangélicos **caridad** y **amor**

son tratados como sinónimos. Imposible sería considerar la caridad sin el amor, tanto cuanto el amor sin caridad. Por eso, traducciones modernas del Evangelio sustituirán por **amor** la expresión **caridad**, que aparecía en los textos más antiguos, del bellísimo capítulo 13, de la primera Epístola de Pablo a los Corintios:

- Aunque yo hable el lenguaje de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor, soy como el bronce que no suena y el címbalo que retiñe... Si no tengo amor, nada me aprovecha... El amor es paciente y servicial... El amor no es envidioso, ni pretencioso, no es temerario, ni precipitado, no tiene orgullo, no es interesado, no se irrita, no se alegra con la injusticia y sí con la verdad. El amor todo cree, todo espera, todo soporta. El amor no se acaba nunca. Si todo se acabase, disminuirían la fe, la esperanza, y el amor.

La Biblia de Jerusalén recuerda, en nota a pie de página, que la expresión del original griego **ágape**, caracteriza bien la gradación cuidadosa del sentimiento que Pablo deseó transmitir a sus amigos de Corinto. **Agape** es el amor- benevolencia, que se dirige, como fuerza constructiva del bien, a favor del prójimo, diferente, por tanto, del amor pasional y egoísta.

Es de ese amor-donación que precisa el esclarecedor. Del amor que, según el Cristo, debemos sentir, con relación a nuestros propios enemigos. Esto es verdad, en el caso del esclarecimiento de Espíritus conturbados, porque, al presentarse delante de nosotros, vienen con la fuerza y la agresividad de enemigos implacables. Si respondemos a su agresividad con la nuestra, y el trabajo se pierde y desencadenamos contra nosotros la reacción sustentada de la cólera, del rencor, del odio. Sin ninguna figura de retórica, es preciso tener, en el trabajo de desobsesión, la capacidad de amar a los enemigos.

- “Es preciso – escribía yo en “Reformador” de Febrero de 1975 – tener mucho amor a dar, para distribuirlo a sí, indiscriminadamente, a cualquier compañero espiritual que se manifieste. Muchas veces, el médium esclarecedor no se encuentra, en su vida de encarnado, cercado por el sentimiento de afecto de familiares y compañeros. Tienen sus parientes, viven rodeados de conocidos, en el ambiente de trabajo, más no cuentan con grandes afectos y dedicaciones. La sustentación de su tenor vibratorio, en el campo del amor, deberá venir de lo Alto, y, para eso, precisa estar ligado a los Planos Superiores, que lo ayudan y asisten a distancia. Sin amor profundo, pronto en la donación, incondicional, legítimo, sincero, es impracticable el trabajo mediúmnico realmente productivo y libertador.

Esta claro que estas observaciones son validas para todos los componentes del grupo, mas particularmente se dirigen al esclarecedor, porque él es su portavoz, es en él que los Espíritus desequilibrados identifican la petulante intención de interferir en sus planes personales, es él, usualmente, el responsable por la dirección de los aspectos, por así decirlo, terrenos, del trabajo. Es lógico y natural, por tanto, para los hermanos desorientados, que se concentre en el esclarecedor gran parte del esfuerzo de involucramiento, bien como sus cóleras y sus amenazas. El médium esclarecedor tiene que devolver todo ese concentrado vibratorio transformado en comprensión, tolerancia y, principalmente, amor fraterno.

Esto no agota, aún, el rol de las aptitudes que deben integrar la personalidad del esclarecedor. No pretendemos agotarlo aquí, o afirmar que solamente puede investirse en la función de esclarecedor a aquel que posea acumulativamente todas esas virtudes. No estamos aún en ese estado evolutivo.

Prosigamos, entre tanto, también en el examen de los componentes morales y psicológicos de la personalidad de un buen esclarecedor.

Si no dispone de un mínimo de aptitudes, el candidato a tal función debe procurar desenvolverlas, o asumir otra tarea, para la cuál sus recursos personales sean más adecuados. Una de esas virtudes es la **paciencia**. Él no puede, sin perjuicio serio para su trabajo, desempeñar ávidamente el interrogatorio del Espíritu manifestante. Tiene que oír, soportar atrevimientos e improprios, agresiones verbales e impertinencias. Tiene que aguardar el momento de hablar. Para eso, necesita de otra cualidad personal, no particularmente rara, más que precisa ser cultivada, cuándo no despertada: la **sensibilidad**, que lo llevara a **sentir** pacientemente el terreno extraño, difícil y desconocido en que pisa, las reacciones del Espíritu, procurando localizar los puntos en que el manifestante, a su vez, sea más sensible y accesible. Esto se hace con una cualidad personal llamada **tacto**, según la cuál, vamos, por observación cuidadosa, serena, informándonos de determinada situación u acontecimiento, hasta que estemos seguros de poder tomar una posición o una decisión sobre el asunto.

La paciencia, la sensibilidad y el tacto nos facultan las informaciones que buscamos, mas no disparan, por si mismos, los mecanismos de la acción, o sea, no nos indican la providencia a tomar,

ni nos sustentan en lo que hacemos. Para eso, se pide otra disposición que podríamos llamar de **energía**, que debe ser controlada y oportuna. A de llegarse a un punto, en el esclarecimiento, en que se torna imperiosa la toma de una actitud firme, enérgica, que no puede ser contundente, ni agresiva. Es la hora de la energía, y el momento tiene que ser el oportuno. Ni, antes ni después de la oportunidad. Veremos esto, cuándo cuidamos del trabajo propiamente dicho.

Hay más aun.

El esclarecedor debe estar en permanente estado de **vigilancia**, en la más amplia acepción del termino. Vigilancia en cuanto a sus propios sentimientos y pensamientos, como a sus suposiciones e intuiciones, en cuanto a lo que se cuente en las entrelineas de lo que dice el manifestante, en cuanto a lo que ocurre a su espalda, con los demás componentes del grupo, en cuanto a su propia conducta, no sólo durante el trabajo mediúmnico, propiamente dicho, más en su proceder diario. Conviene repetir: no precisa ser un santo, y no lo será. Vigilancia y buena intención no son santidad. El esclarecedor precisa servir en estado de alerta constante.

Una cuestión cabe introducir aquí: ¿conviene que él disponga de alguna forma de mediumnidad ostensiva? En el Espiritismo, no hay posiciones dogmáticas. Mi opinión personal es la de que algunas formas de mediumnidad son deseables. Colocaría en primer lugar la intuitiva, a través de la cuál el esclarecedor pueda recibir las inspiraciones de sus amigos espirituales, responsables por el trabajo, y desenvolverlas junto al manifestante, con sus propios recursos y sus propias palabras.

En segundo lugar, pondría la videncia, que ciertamente auxiliará en la visión de escenas y cuadros, o de la apariencia personal del Espíritu manifestante y de sus eventuales compañeros. Será también útil disponer de la facultad de la clariaudiencia, y, en este caso, oiría directamente las instrucciones y “recados” del mundo espiritual, que fuesen de interés para su trabajo. Esto, no obstante, no lo coloca enteramente a salvo de alguna palabra, insinuada imprudentemente, que lo lleve a falsos caminos.

Creo poder afirmar que no sería deseable cualquier forma de mediumnidad que colocase al dirigente, o esclarecedor, en estado de inconsciencia. Él precisa mantenerse lucido durante todo el periodo del trabajo.

Una colega, experimentada en las lides espíritas, me contó que cierta vez se encontró ante la contingencia de dirigir una sesión de desobsesión. Resistentemente, concorde en asumir el encargo, pues

temía que su ostensiva mediumnidad de incorporación interfiriese con la buena marcha del trabajo. Realmente, fue lo que aconteció. Al iniciar la tare del dialogo con un Espíritu manifestante, comenzó a sentirse envuelta, perdió el hilo de la conversación y, sintiéndose girar “como un tornillo” – dice ella -, de ahí a poco estaba, a su vez, también incorporada, creando cierto pánico en la sesión. Después de esa experiencia, ella pasó a recusar con firmeza, cualquier solicitud para funcionar como esclarecedora, dedicándose a otras actividades, tan nobles como esa, para las cuales estaba perfectamente preparada, con la bendecida mediumnidad de cura. Supongo que, por eso, la facultad más comúnmente encontrada en un esclarecedor es, precisamente, la intuición. Si él procura sintonizarse con el mundo espiritual, esta vía de comunicación basta para su trabajo. Por ella, sus compañeros más esclarecidos se comunicaran, con eficiencia y oportunidad, para la ayuda de que él no puede prescindir. De una vez por todas, saquemos de nuestra cabeza la idea falaz de que el buen esclarecedor puede dispensar la colaboración de los Espíritus Superiores. Más de una vanidad ha sido explotada por causa de eso, y no pocas obsesiones pertinaces tienen resultado de esa ingenua y peligrosa inmadurez. Ya hacemos mucho cuándo no embarullamos a los dedicados compañeros de la Espiritualidad Mayor. Si manifestamos la tonta pretensión de dispensarles la ayuda, ellos se apartaran, con tristeza, es cierto, más con serenidad y sin remordimientos, toda vez que jamás imponen su presencia, ni su voluntad. No hay buen esclarecedor sin la colaboración y el apoyo de los Espíritus más esclarecidos. Y, en breve, no habrá ni bueno ni malo, porque el pretencioso quedará literalmente aniquilado por la obsesión o por la fascinación de Espíritus maliciosos, que se presentan con nombres pomposos y se ensalzan, a su vez, en adoctrinadores del esclarecedor, pregonando extrañas y confusas ideas.

Con esto, llegamos a otra facultad necesaria en el esclarecedor: la **humildad**. Él va a precisar de ella, con frecuencia impresionante. Al principio, para aceptar las ironías, agresiones e impertinencias de los pobres hermanos atormentados. Después, es cuando debe conseguir convencer, al compañero, de sus engaños y de sus errores para no asumir la actitud del vencedor que pisa en la garganta del vencido, para mostrar su poder y confirmar su vanidad y su orgullo.

Es a partir del momento en que el turbulento manifestante de a poco se convierte en un verdadero trapo humano, arrepentido y en llanto, que el esclarecedor debe mostrar toda su compasión humilde y su respeto por el dolor ajeno.

Tiene, también, que ser humilde en el aprendizaje. Cada manifestación trae su lección, su información, su sorpresa. En el trabajo mediúmnic, estamos siempre aprendiendo y nunca sabemos lo suficiente. Si no nos aproximamos a él con humildad, poco o ningún progreso conseguiremos realizar.

La humildad es necesaria, también, cuándo no conseguimos convencer al compañero infeliz. Precisamos estar preparados para la derrota, en muchos casos. Nada de pretensiones tontas de que el trabajo fue cien por cien positivo. Claro que positivo, en sentido genérico, el siempre lo es. Así como en aquel que no conseguimos disuadir de sus propósitos, si hubiéramos tenido humildad y tacto, habríamos realizado, en su corazón, la siembra de la verdad. Un día – no importa cuándo – él va a acordarse de lo que le dijimos y conforme con la realidad. No contemos, con todo, con el éxito total de la conversación inmediata y definitiva, al amor, de todos los Espíritus que nos son traídos. Muchos de aquellos dramas, que se desarrollan delante de nosotros, se arrastran hace siglos. No se ajustan en minutos de conversación. Humildad, pues, para aceptar esos casos y continuar luchando. No somos superhombres, ni semidioses.

Humildad, también, cuándo precisamos reconocer el potencial intelectual del hermano espiritual con el cuál nos enfrentamos. Y eso es muy frecuente. No quiere decir que nos debamos curvar servilmente delante de él, rindiendo homenaje a su inteligencia y a su conocimiento; quiere decir que precisamos admitir, a veces, que no estamos en condiciones de superarlo en aquello que constituye su punto fuerte. Tampoco es esa la técnica recomendada. Supongamos que comparezca, para conversar con nosotros, un Espíritu de elevada cultura, que estudio en Facultades, ocupó asiento en Academias, recibió, en fin, las honras que tantos buscan, en vez de la paz interior. No es en el terreno de él que nos vamos a medir, no es discutiendo Filosofía, con él, que vamos a convencerlo de sus engaños. En ese campo, él dispone de más recursos que nosotros. Y fue justamente el debate inútil y el vano filosofar que arruinaron su vida espiritual. Él precisa de atención, fraternidad, respeto y sinceridad, no de debates estériles, en los cuales fácilmente nos vencerá, para consolidar su vanidad lamentable. Un poco de humildad, de nuestra parte, lo llevara, a respetarnos también, en cuanto la exhibición inútil de precarios conocimientos filosóficos, y de mediocre cultura intelectual, sólo podrá estimular en él el desprecio por nosotros y por nuestra posición. Nada, pues, de aparentar lo que aun no somos. Y, si lo fuésemos, la humildad, aun así, sería lo más indicado.

Recordemos aun una cualidad: el **destemor**. Ya dicen en otro lugar que, en trabajo mediúmnic, tenemos que ser destemidos, sin ser temerarios. Coraje no es lo mismo que imprudencia.

El destemor es de extrema utilidad en las tareas de esclarecimiento. Fustigados por la interferencia de los grupos mediúmnicos en sus tenebrosos quehaceres, los Espíritus violentos comparecen poseídos de irritación, rencor y odio. Se manifiestan dando berridos, dando puñetazos en la mesa, amenazan cielos y tierras, procuran intimidad y se proponen a vigilarnos implacablemente, a atacar nuestros puntos débiles o hacer un cerco impiadoso en torno de nuestra familia, provocar accidentes, dolencias, perturbaciones. El arsenal de amenazas es vasto, y ellos manipulan con extrema sagacidad, las armas de la presión. Si nos dejáramos impresionar por las verdaderas escenas que hacen, estaremos realmente perdidos, porque nos colocaremos en la faja vibratoria deseada por ellos. Los benefactores espirituales siempre nos advierten, de manera tranquila y segura:

- Nada de temores infundados. Sufrimos apenas aquello que esta en nuestros compromisos espirituales, y no en transcurso de los trabajos de desobsesión.

Eso es verdad. Seria injusto, por parte de las leyes supremas, que, evidentemente, gobiernan el Universo, si la paga de la dedicación al hermano que sufre resultase en sufrimiento indebido y en punición inmerecida. Estarían subvertidos todos los principios de la Justicia Divina, si así fuese. Es hasta posible que una u otra, de las amenazas vociferadas contra nosotros, se cumplan, o sea, acontezca accidentalmente, como dolencias inesperadas en uno de nosotros, o en miembros de nuestra familia. Estemos ciertos de que, en la sesión siguiente, vendrá de nuevo el hermano infeliz, para vanagloriarse.

- ¿No lo dije yo?

No tema, siga adelante. El trabajo esta bajo la protección de fuerzas positivas y bendecidas. Esto, con todo, no significa que deberemos y podremos dejar caer las guardias. La protección existe, más no para dar cobertura a la imprudencia, a la irresponsabilidad.

No cuesta, pues, anotar una más de las actitudes necesarias el buen desempeño del trabajo mediúmnic, en general, y del esclarecedor, en particular: la **prudencia**.

Si, con todo, un acontecimiento desagradable realmente acontece con nosotros, o con alguno de nuestra convivencia,

nítidamente ligado al trabajo mediúmnic, ni así nos deberemos desesperarnos e intimidar: estemos ciertos de que estaba ya en nuestros compromisos, y más: los recursos socorristas vendrán, sin duda alguna.

La larga digresión a cerca de las aptitudes deseables para un esclarecedor no deben necesariamente desalentar a aquel que se pretende prepararse para la tarea. El precisa saber que el trabajo es arduo, los riesgos son muchos, las cualificaciones son, idealmente, rigurosas y numerosas, y ninguna proyección especial lo espera. Al contrario, cuanto más apagado sea su trabajo, más eficaz y productivo. Difícilmente un esclarecedor reunirá tantos y tan grandes atributos personales. Procuramos, aquí, trazar un perfil ideal y, con todo ideal, difícil, si no imposible de obtener. Que eso no desaliente a nadie la responsabilidad del trabajo. Los Espíritus amigos sabrán dosificar las tareas, según las fuerzas y las posibilidades de cada grupo.

Por otro lado, el esclarecedor es, usualmente, el pararrayos predilecto del grupo, porque los Espíritus atribulados, traídos para el diálogo, se entienden y se desentienden con él. Es en él que identifican el origen de sus problemas. Es él, normalmente, el organizador o responsable del grupo, así como su portavoz junto al mundo espiritual. Aún volveremos a este tema fascinante, tendiendo una mano de una acumulación de experiencias personales preciosas.

En resumen, el esclarecedor no puede dejar de disponer de cinco cualidades o aptitudes básicas:

- Formación esclarecedora muy sólida, con el apoyo insustituible en los libros de la Codificación Kardeciana.
- Familiaridad con el Evangelio de Jesús.
- Autoridad moral.
- Fe.
- Amor.

Las demás son deseables, importantes también, mas no tan críticas:

- Paciencia.
- Sensibilidad.
- Tacto.
- Energía.
- Vigilancia.
- Humildad.

- Prudencia.

Con respecto al esclarecedor, falta aún abordar un aspecto final, antes de proseguir.

Como es también el dirigente humano del grupo, precisa, como ya dijimos, estar consciente de esa responsabilidad y usar su autoridad con mucho tacto, sin abandonar la firmeza. Disciplina no es sinónimo de dictadura. Cuándo el grupo se reúne, para debatir problemas referentes al trabajo, el dirigente debe comportarse como simple participante, para estimular la creatividad y la contribución de los demás miembros. En el momento de tomar la decisión, cabe a él soportar las obligaciones y las responsabilidades correspondientes. Precisa tratar a todos, médiums o no, con el mismo cariño y comprensión, sin paternalismos ni preferencias, mas sin mala voluntad contra cualquiera de los miembros del equipo. Precisa despertar, en sus compañeros, el afecto, la camaradería y el respeto. Podrá ser el primero entre ellos; ciertamente deberá ser el único para hablar con los Espíritus; mas no es “el mayor”.

A esa altura, dirá el lector, algo inquieto:

- Es muy difícil ser esclarecedor...

Es verdad. Así es.

OTROS PARTICIPANTES

Un grupo mediúmnico no se constituye apenas de un esclarecedor y algunos médiums ya desarrollados y preparados para sus encargos. Siempre hay otros compañeros, sin mediumnidad ostensiva, que pueden y deben participar, respetados el límite numérico y la cualidad personal anteriormente referidos.

Tales participantes merecen atención y cuidados, como cualquier otro que integre el grupo. Deben obedecer a la misma disciplina, y entregarse al mismo aprendizaje esclarecedor y a la misma atenta observación a que cada uno de los demás es sometido, pues, aunque no-manifestante, también traen al grupo su contribución. Son generalmente amigos y parientes de uno u otro miembro, y se sienten atraídos por el trabajo. Es necesario estudiar bien y discutir con franqueza sus motivaciones. ¿Están interesados en un trabajo serio, cansativo, continuo y disciplinado? ¿Se hallan apenas impulsados por la curiosidad pasajera? ¿Se integran bien en el grupo, manteniendo buenas relaciones de amistad con los demás componentes? ¿Están dispuestos a contentarse con una tarea aparentemente inútil y sin importancia?

El trabajo, en los grupos de desobsesión, no ofrece atractivos a aquellos que no estén preparados para la dedicación, sin escoger funciones y sin buscar posiciones de relevancia. No presenta, además, fenomenología espectacular, para distraer a aquellos que buscan en los actos mediúmnicos apenas la manifestación más dramática, como las de efectos físicos (materializaciones, transportes, levitación y otras), ni comunicaciones de Espíritus luminosos o célebres. Nada de eso. El trabajo es mucho más humilde, exige dedicación, esfuerzo concentrado, renuncia, paciencia. El grupo no se reúne para divertirse con Espíritus, y sí para servir y aprender. No esperemos revelaciones extraordinarias, destinadas a conmover al mundo, ni convivencia con los Espíritus redimidos, que queden a nuestra disposición, para responder a cualquier pregunta o hacer cualquier favor.

Por otro lado, el compañero, o compañera, sin mediumnidad ostensiva, puede dejarse envolver por la frustración, si no tiene condiciones de “recibir” Espíritus, escribir páginas psicográficas, ver u oír a los compañeros desencarnados. Muchos buscan adherir a los grupos en la esperanza de que esto acontezca y, de un momento para

otro, pasen a funcionar como médiums perfectamente ajustados. Raramente la mediumnidad eclosiona así, espontánea y fulminante, pronta y afinada. Eso sólo acontece excepcionalmente. La norma general es el aparecer lento, muchas veces penoso, a exigir estudio, dedicación, orientación y renunciaciones bastantes serias. Cuando asistimos a la manifestación de un Espíritu sufriente, o de uno de los instructores anónimos del Mundo Superior, a través de un médium perfectamente ajustado, no imaginamos cuanto trabajo preparatorio fue necesario desenvolver, hasta llegar a aquél punto; cuantos dolores, cuanta vigilancia, y oraciones, incertidumbres, dificultades y desengaños. Quién oye el consumado virtuoso del piano, fácilmente es llevado a olvidar los largos años de aprendizaje, el cansancio de horas de ejercicio, el esfuerzo constante de perfeccionamiento. Es como si contemplásemos un producto de apurada terminación, sin la menor noción de su génesis y de la técnica y adiestramiento que su confección exigió del artífice. Y es por eso, también, que muchas mediumnidades quedan, por así decir, inacabadas, toscas y primitivas, como obras que el artista no tuvo suficiente dedicación y tenacidad para concluir. Dicen que el genio es el diez por ciento inspiración y el noventa por ciento transpiración; la mediumnidad tal vez guarde relación semejante. Por tanto, al presenciar el suave fluir de una bien entrenada mediumnidad, manifestemos, íntimamente, nuestro respeto por el médium. Él trabajó mucho y luchó mucho para que así fuese. Nada de celos por lo que él hace, ni de elogios superficiales que lo pierdan, mas nuestro aprecio, este sí le es debido.

¿Serán, entonces, dispensables los componentes del grupo que no ofrezcan condiciones mediúmnicas? No. Su participación es deseable. Si están bien compenetrados con las demás personas y mantienen actitud constructiva, contribuyen para la concentración de las mentes en el clima de seguridad y de armonía, y prestan servicios relevantes de apoyo. Aunque inconscientemente, muchas veces tienen papel importante en el grupo, suministrando recursos vibratorios de alto valor.

Es muy frecuente oír de esos compañeros una palabra de desánimo y desinterés, por creer que nada están haciendo en el grupo, lo que es falso. Nuestros instructores espirituales están cansados de insistir en que todos los recursos humanos colocados a la disposición del trabajo son aprovechados. No es necesario que todos, indistintamente, sean médiums, ni mismo deseable. Los compañeros sin mediumnidad ostensiva precisan convencerse de que deben mantener, en cualquier circunstancia, a lo largo de los años, una

actitud constructiva y dispuesta a la cooperación. Dejen a los operadores desencarnados la incumbencia de decir en cuanto a la utilización de los recursos de cada uno. La actitud negativa acarrea dificultades y desarmonías que perjudican seriamente las tareas mediúmnicas, de la misma forma que el Espíritu crítico, o de fría observación, como si el miembro del grupo fuese mero espectador.

Más de una vez, tuve oportunidad de verificar casos específicos de actitudes así, cuando el compañero, o la compañera, cuestionó la validez de su presencia en el grupo. A uno de esos, uno de los Espíritus que se incumbía de la orientación del grupo afirmó que, al contrario, tal persona nos prestaba excelentes servicios, como “dinamo de vibraciones amorosas”, de que estaba pleno su corazón. Esos recursos eran ampliamente utilizados en el trabajo, sin que ella tuviese conciencia del acto.

Más allá de eso, es común que se desenvuelvan en esos compañeros preciosas mediumnidades, que se hallan apenas en potencial, en período de expectativa y de pruebas, para experimentarles la paciencia y la tenacidad. Con el transcurrir del tiempo, comienza a ensayarse tímidamente la facultad, en una rápida videncia, en la captación de una u otra palabra o intuición. Casi siempre muchos también pueden ser útiles como médiums de pases, dado que prácticamente todos los seres humanos disponen de esa condición en potencial, si tuvieran deseos de servir y pureza de intenciones. Hay condiciones para desenvolverla armoniosamente, bajo la supervisión de alguien más experimentado. En este caso, aquellos que no disponen de facultades para incorporación, psicografía o videncia, podrán hacerse cargo de la noble tarea del pase reparador, tan necesaria en un grupo de trabajos prácticos. A juicio del dirigente, y por él orientados, darán pases a los médiums, tras comunicaciones particularmente penosas, a fin de ayudarlos en el reequilibrio de sus energías y aliviar aflicciones residuales dejadas por las vibraciones dolorosas del manifestante en desarmonía. Pueden aún contribuir para la fluidificación del agua.

En cuanto a lo demás, tengan paciencia y sopórtense con humildad y respeto. Es posible que, con el tiempo, vengan a manifestar indicios indudables de excelentes facultades, que podrán ser cultivadas y aprovechadas. Manténgase en calma, sin apresuramiento o excitación. Estudien y observen.

El dirigente del grupo deberá tener bastante sensibilidad para identificar los indicios y acompañar cada caso individual, con sabiduría y buen sentido.

El participante, con todo, precisa estar preparado para la eventualidad de convivir con el grupo por largos años, sin que ningún fenómeno ostensivo pase en la intimidad de su ser. No piense, por tanto, que es inútil, sólo porque no incorpora, no ve o no oye a los Espíritus; a veces, su participación es preciosa. Consérvese firme y tranquilo; contribuya para mantener un buen ambiente de vibraciones amorosas, vigile sus pensamientos, permanezca concentrado y en oración en los momentos más críticos. No se aflija si su contribución es menos ostensiva. En un grupo bien armonizado, todos son útiles y necesarios, como ya enseñaba Pablo, hace tantos siglos:

- En efecto – decía él a los Corintios (Primera Epístola, capítulo 12, versículos 14 y siguientes) – el cuerpo no se compone de un solo miembro, sino de muchos. Si el pie dijese: “Cómo no soy la mano, no pertenezco al cuerpo”, ¿dejaría de ser parte del cuerpo, por eso? Y si el oído dijese: “Cómo no soy el ojo, no pertenezco al cuerpo”, ¿dejaría de ser parte del cuerpo, por eso? ¿Si todo el cuerpo fuese el ojo, donde quedaría el oído? ¿Y si fuese todo oído, donde quedaría el olfato?

Nada, pues, de ambicionar o mismo desear, facultades para las cuales no estamos preparados, o por lo menos, **aún** no estamos preparados. Tengo, bajo este aspecto, una experiencia personal. Durante varios años frecuenté un grupo mediúmnico, sin saber de cierto lo que hacía. Me sentaba entre los compañeros, procuraba portarme con respeto, atención y vigilancia interior. Ningún fenómeno, ninguna forma de mediumnidad, ni mismo una palabra perdida, que yo hubiese captado, o la fugaz visión de un compañero desencarnado. Todo oía, participando de los dramas y aflicciones de los hermanos desordenados, que entonces nos procuraban, acompañando con interés las instrucciones y observaciones de nuestros benefactores desencarnados. Ese grupo, constituido de personas que mucho se estimaban y se mantenían bien afinadas, no tenía, con todo, la rigidez de una disciplina más rigurosa. Varios de sus componentes conversaban con los Espíritus, al sabor de los acontecimientos. Los resultados eran buenos, por cierto, porque nos esforzábamos por mantener la armonía. Sentíamos, entretanto, que podríamos hacer mejor nuestra tarea, y, una noche, antes de la reunión, tomamos algunas decisiones más drásticas. Como el grupo no tenía un liderazgo claro y específico, las tareas fueron distribuidas por una especie de consenso general: A, B y C se limitaron a sus respectivas mediumnidades. D hará las oraciones de apertura y cierre. Y, volviéndose para mí, dice aquél que estaba con la palabra:

- Sólo usted hablará con los Espíritus.

Sentí un “frío por dentro”. ¿Yo? ¡Qué diría Dios mío! ¿A los hermanos afligidos y desarmonizados?

El aprendizaje de los tiempos en que era como simple observador se reveló precioso, y, aunque tímidamente, y sintiendo cuidadosamente el difícil terreno en que pisaba, comencé la tarea que me fuera atribuida, procurando corresponder a las esperanzas de aquellos que me la concedían.

Y fue así que, inesperadamente, me hallé investido de una responsabilidad que no sospechaba me sería conferida.

No puedo decir si dí buena cuenta de ella, mas, como me conservaron en el puesto por el resto del tiempo en que el grupo funcionó, creo que correspondí a la confianza que en mí depositaron.

Este episodio es documentado aquí, sólo para enfatizar la circunstancia de que, muchas veces, estamos, en el grupo, siendo imperceptiblemente preparados y testados para responsabilidades futuras. Esperemos con paciencia. Y si no llega el día de una participación más dinámica y efectiva, por otra más ostensiva, no importa; no perdemos el tiempo, ofreciendo lo poco de que disponemos: alguien se benefició, mismo con ese pequeño óbolo de la viuda. No somos juzgados por los resultados, mas por la buena voluntad que evidenciamos.

El dirigente del grupo debe estar bien atento a toda y cualquier contribución de esa naturaleza, estimulándola con interés, colocando a la disposición del compañero su experiencia y orientación, procurando ayudarlo, asistirlo en el esclarecimiento de dudas, estudiando junto con él (o ella) las dificultades de la tarea, ofreciendo sugerencias, sin colocarse en la posición de Maestro infalible que todo lo sabe, pues en cuestión de mediumnidad precisamos ser humildes y sensatos para admitir que no lo sabemos todo, lejos de eso; aquél que sepa un poco, utilice sus conocimientos de manera constructiva, siempre dispuesto a aprender más, a observar puntos de vista, a reaprender. Cada caso es diferente, cada manifestación es diferente, una vez que cada uno de nosotros es un ser diferente, a atestiguar la infinita capacidad creadora de Aquél que nos formuló en su pensamiento y nos dio forma, vida y consciencia.

LOS ASISTENTES

Difícilmente un grupo mediúmnico dejará de ser frecuentado por personas que desean asistir a sus trabajos. Unos por mera curiosidad, otros en la esperanza de dejarse convencer, o de mantenerse en su vanidosa y tonta incredulidad, otros en la expectativa de una cura, sean de males orgánicos, sean de desarmonías espirituales, como la obsesión, estados de angustia o de desesperación, ante la partida de personas queridas.

Los motivos son muchos, ciertamente relevantes, y a nosotros, espíritas, cuesta negar pedidos de ayuda a personas que, muchas veces, nos son muy queridos. Lo cierto, con todo, es que no estaremos negando ayuda simplemente por no estar de acuerdo con el eventual comparecimiento de alguien a los trabajos del grupo.

Sabemos que esta reserva es quebrada, con frecuencia, en muchos grupos, en cuanto otros adoptan a práctica de abrir sus puertas, con carácter permanente, sea a un público reducido y seleccionado, sea a cualquier persona que se presente.

En mi opinión, solamente en casos excepcionales se justifica la presencia de personas extrañas al grupo, en los trabajos de desobsesión. Bajo condiciones normales, ella no es necesaria a la tarea que nos incumbe junto a los obsesados que buscan el socorro de un grupo mediúmnico. Además de innecesaria, la presencia de personas perturbadas, en el ambiente donde se desarrolla el trabajo mediúmnico, puede provocar incidentes y dificultades insuperables. Sé que algunos dirigentes de grupo objetarán a ese radicalismo; juzgo, con todo, que, como regla general, debe ser preservada la intimidad del trabajo mediúmnico. Es preferible pecar por exceso de rigor, que arriesgarse a poner en peligro la armonía y la seguridad de las tareas. En casos excepcionales, grupos que cuenten con excelente cobertura espiritual podrán admitir esa práctica, mas, es bueno repetir, no como norma de procedimiento. El grupo puede perfectamente asistir a los compañeros encarnados bajo las pruebas de la obsesión, sin introducirlos en su ambiente de trabajo. No es la presencia física de ellos, junto al grupo, que va a facultar o facilitar la tarea; al contrario, esa presencia puede causar considerables trastornos. Los benefactores espirituales disponen de recursos más seguros y eficaces para eso, no habiendo necesidad de correr riesgos indebidos. Así, a no ser que los responsables espirituales

por el trabajo recomienden taxativamente la presencia de la persona, en el ambiente en que se realizan las sesiones, eso debe ser formalmente evitado.

Aunque aquellos que solicitan nuestra ayuda interpreten la negativa como falta de caridad, o ausencia de espíritu de colaboración, sabemos que no es así. Tampoco se torna necesario proceder a los pormenores explicativos y justificativos de esa actitud. Basta decir al interesado que no es necesaria su presencia física, para que el trabajo sea hecho. Y es lo mismo, en la inmensa mayoría de los casos. Por lo menos esa es la experiencia que he tenido, en varios años de práctica.

Lo que acontece es que personas bajo el dominio de obsesores implacables y vengativos, rencorosos y violentos, presentan invariablemente un componente mediúmnico, o sea, son también médiums, aunque no obstante desordenados, desajustados e ignorantes de sus facultades y posibilidades.

En el libro “En los Dominios de la Mediumnidad”, narra André Luiz el tratamiento de un caso de posesión. Hilario pregunta al Instructor si debe considerar al doliente, de nombre Pedro, como médium:

- “Por la pasividad con que refleja el enemigo desencarnado, será justo denominarlo así, con todo, precisamos considerar que, antes de ser un médium en la acepción común del término, es un Espíritu endeudado a redimirse.”

Y más adelante, en la página siguiente (76, de la 6ª edición de la FEB):

- “... Por ese motivo (compromisos del pasado), Pedro trae consigo aflictiva **mediumnidad de prueba.**” (Destakes míos.)

Así, en la condición de médium desgobernado, y no integrado en el equipo que constituye el grupo que se preocupa de socorrerlo, el obsesado, o poseso, fácilmente introducirá en él un factor de perturbación y desequilibrio, que podrán traer serias complicaciones, si el grupo no estuviera muy bien preparado para esa responsabilidad.

En resumen: a mi modo ver, como regla general, el grupo mediúmnico no debe permitir la presencia de personas extrañas a sus tareas. Solamente en condiciones muy especiales, excepcionales incluso, deberá hacerlo, si dispusiera de cobertura y consentimiento expreso de los benefactores espirituales. Esos casos serán previamente seleccionados por los mentores del grupo, y no siempre conocemos las razones por las cuales así deciden. Puede ser que el tratamiento exija ciertos tipos conjugados de mediumnidad, o de otros recursos, de que el grupo no disponga en ese momento, como, por ejemplo, un número mayor de médiums, o un esclarecedor especial. Puede ser, también,

que sea necesaria la presencia de determinada persona encarnada, con la cuál desean poner al Espíritu manifestante en contacto directo. Puede ser, aún, que no deseen, como un caso especial, interferir en el transcurrir normal del trabajo. O entonces, habría dificultad en atraer al Espíritu a ser tratado, hasta el lugar donde habitualmente se realiza la sesión. En fin, hay siempre razones respetables, cuándo un dirigente espiritual de nuestra confianza propone que el trabajo sea hecho aparte. Evidentemente, en esa hipótesis, la sesión exige tales cuidados que, obviamente, no podrían ser realizadas bajo las condiciones normales. En estos casos, los Espíritus orientadores solicitarán una sesión especial, en día y hora previamente combinados, designando, también, quién debe participar de ella.

Eso no quiere decir respecto a personas perturbadas, bajo el dominio de rencorosos obsesores o poseores; mas, ¿y aquellos que apenas desean “asistir” a los trabajos? ¿Deben ser admitidos? En mi opinión, no. No es que el grupo mediúmnico sea una sociedad secreta, cerrada, esotérica y misteriosa, mas, porque es de su esencia una actitud de recato, de sigilo, de discreción. El trabajo mediúmnico, especialmente el de desobsesión, no es para ser divulgado, ni exhibido, como espectáculo público.

Hace algún tiempo, un amigo al que mucho respeto y admiro, por las nobles cualidades de carácter y cultura, comenzó a observar, en su propio hogar, la formación de un pequeño grupo mediúmnico. Sin ser espírita, mas dotado de curiosidad intelectual y pragmatismo, pasó a asistir, a distancia, algunas sesiones, y a solicitar libros, para informarse del asunto. Al observar que los trabajos se encaminaban, como acontece con frecuencia, por el atendimento a los sufrientes desencarnados, me hizo una pregunta perfectamente válida:

- ¿Usted no cree que existe ahí un problema ético bastante grave?

Quería referirse, como explico más adelante, a las interferencias, voluntarias o involuntarias, del grupo, en problemas de otras personas, encarnadas o no, y al trato de las revelaciones de carácter íntimo, que ocurren en el caminar de los trabajos mediúmnicos.

Es cierto, realmente, que el diálogo con los Espíritus que se alzan en cobradores de faltas ajenas traen revelaciones e informaciones que invaden la intimidad ajena.

La pregunta, como dije, es válida y el problema, antiquísimo. Volvamos, una vez más, a la experiencia y a la sabiduría de nuestro amado Pablo:

- Por el contrario – escribe él, en la Primera Epístola a los Corintios, capítulo 14, versículos 24 y 25 -, si todos profetizan (1), y entra un infiel, o no iniciado, será convencido por todos, juzgado por todos. **Los secretos de su corazón serán descubiertos** y, postrado cara al suelo, adorará a Dios, confesando que Dios está verdaderamente entre vosotros.

Ya en aquellos tiempos pasados, por consiguiente, se daba el fenómeno de la indiscreción de Espíritus osados, con relación a los secretos de la intimidad ajena. Pablo, en su pragmatismo, veía en el caso su aspecto positivo, o sea, el de llevar al incrédulo, que él llama de infiel, o no iniciado, a la creencia y al conocimiento de la presencia de Dios entre los primitivos cristianos. Y esto es legítimo y provechoso, sin duda, porque muchos de los que se hallan más fuertemente atrincherados en sus descreencias y revueltas precisan de un impacto mayor para desalojarse de su comodismo o de su vanidad; no podemos, entretanto, perder de vista el hecho de que la norma es el respeto a la intimidad ajena, con todas sus flaquezas, sus angustias, sus desengaños y sus errores, por más clamorosos que sean. Cuando, en el transcurrir del trabajo mediúmnic, surge una denuncia, o revelación, acerca de las flaquezas ajenas, esa información es recibida con reserva y, si es verdadera, con redoblado respeto y discreción. No es para ser proclamada, divulgada o comentada, no en la intimidad del equipo de trabajo.

Todos nosotros estamos en posición vulnerable, con relación a esas impiadosas indiscreciones, que ponen a muestra aspectos de nuestra pobre persona, que desearíamos continuasen en secreto. Por eso, precisamos estar preparados para que tales revelaciones no nos cojan de sorpresa y no nos alcancen de manera a desequilibrarnos.

En una ocasión, en la desesperación angustiada de herirme, un compañero, con poderosos recursos de hipnotizador, trajo a nuestro grupo el Espíritu de un hermano mío, desencarnado recientemente y aún en difíciles condiciones de desajuste en el mundo espiritual. O, tal vez, no lo había traído, mas apenas imaginado el episodio con estratagema, en la desesperada tentativa de desarmonizarme. Él decía que mi hermano estaba presente, bajo su dominio, y aparentemente dirigiéndose a él, decía:

- No intente escapar, que yo aprieto más el lazo.

Y volviéndose para mí:

- A él le gustaba tomar unas y a otras, ¿no es así?

Gracias a Dios, no me dejé impresionar. Le di la razón. Sí, infelizmente, mi hermano se atormentó con el vicio del alcohol,

probablemente bajo la influencia obsesiva de algún antiguo compañero, o víctima. ¿Quién sabe si del mismo que ahora me lo traía? Felizmente, el ardid no produjo los resultados que él esperaba. La conversación se prolongó por mucho tiempo y extravasó para otras sesiones. El compañero acabó convenciéndose, gracias a Dios, y partió arrepentido y en llanto.

(1) A lo que se desprende del texto, Pablo da el nombre de profeta al médium de incorporación o psicofónico.

De modo que, si el grupo está bien ajustado e integrado, todos se estiman y se respetan, no es la liviandad de un pobre Espíritu, en estado de angustia, que a desequilibrarlo; mas, si hay extraños en la sala, el problema se vuelve mucho más serio.

Por otro lado, mismo abstrayendo esos casos más graves, no podemos ignorar que hay un clima de sintonía espiritual entre los que participan de trabajos mediúmnicos, tanto entre los encarnados como entre estos y los orientadores desencarnados. La introducción de un extraño causa cierto desajuste, que no siempre es posible corregir con facilidad y rapidez.

Tuve, también, algunas experiencias en ese sentido.

Por dos veces rompimos, en un grupo mediúmnic, la regla que habíamos establecido, de no admitir personas extrañas a las tareas. No había problemas particularmente graves con esas personas, y ni las movía la simple curiosidad. En un caso, se trataba de un colega de trabajo de dos de los miembros del grupo. Aunque no espírita, encaraba con simpatía nuestra Doctrina. Su esposa desencarnara relativamente joven, y él estaba profundamente abatido. A instancias de uno de nuestros compañeros, resolvemos concordar con su comparecimiento a una de las sesiones semanales. Tal vez él alimentase la esperanza de una noticia acerca de la esposa ¿o, quién sabe?, hasta una palabra de ella misma... Se sentó en una silla aparte, fuera del círculo que componía la mesa, y allá quedó, en silencio y en actitud respetuosa.

En verdad, su presencia no impidió la realización de los trabajos de la noche, mas se realizaron dificultosamente; había grandes espacios entre una manifestación y la siguiente, y parecía haber en el

aire cierta disonancia, que no conseguimos vencer, y que causaba innegable obstrucción al flujo normal de las tareas de la noche. Es cierto que, conscientemente, él no contribuyó para dificultarnos el curso del trabajo, y eso no pasaría por nuestras mentes; mas es evidente que su presencia desarregló cualquier cosa imponderable y acarrió la necesidad de cuidados adicionales, por parte de nuestros benefactores, para que la sesión pudiese realizarse.

Ese aspecto negativo se repitió, con las mismas características, en circunstancias semejantes, con una joven a quién concedimos permiso para asistir a los trabajos.

Después de esas dos experiencias, volvimos a la rígida política de no admitir a nadie, a no ser los componentes regulares del equipo.

Esa, por tanto, es la regla, impuesta por la disciplina y por la seguridad de la tarea.

RENOVACIÓN DEL GRUPO

Ya discutimos ligeramente el problema de la exclusión de algún participante del grupo mediúmnic. No creo que el asunto esté agotado, mas no parece necesario desmenuzarlo más. La disciplina y la cohesión del equipo deben ser mantenidos serenamente y con firmeza. Si alguien desentona, al punto de introducir un factor de perturbación, debe ser apartado, temporaria o definitivamente, si fuera el caso. Nada, por tanto, de persecuciones, de espionaje y de reglas policiales. La disciplina debe ser consciente, para que todos puedan trabajar de espíritu desarmado y tranquilo. Si los componentes del grupo no se entendieran, ¿cómo podrán ofrecer, a los compañeros desarmonizados del mundo espiritual, el ejemplo de la solidaridad y de la comprensión? Las organizaciones espirituales generadas y mantenidas en las sombras pueden tener innumerables defectos, mas son implacablemente disciplinadas. Guardémonos de imitar esas formas de disciplina brutal y cruel, mas estemos siempre conscientes de que ningún trabajo de equipo se realiza sin un mínimo de orden.

Por más que nos pese, y por más que luchemos íntimamente, es preciso dispensar al compañero que traiga para dentro del grupo el fermento de la disidencia, de la inquietud, de la indisciplina, que puede neutralizar las mejores intenciones y provocar hasta la disgregación del equipo.

Hay, no obstante, el anverso de la medalla. ¿Cómo nos portamos delante de las solicitudes de adhesión a nuestros trabajos?

Siempre habrá un pariente, o amigo que, teniendo conocimiento de nuestras actividades, deseen participar del grupo, en carácter permanente. ¿Debemos admitirlo?

En primer lugar: si ya alcanzamos el número de componentes inicialmente fijado como el máximo deseable, no podemos pensar en recibir más compañeros, aunque sean bastante credenciados.

Si aún no alcanzamos el número prefijado, podemos considerar la posibilidad. En cualquier caso, es necesario un examen bastante criterioso, franco y leal, de las cualificaciones e intenciones de aquél que se ofrece.

No contemos, para ayudarnos a la decisión, con una palabra decisiva de los compañeros desencarnados que nos orientan. La experiencia indica que, en grupos responsables, dirigidos por Espíritus discretos y esclarecidos, las deliberaciones en cuanto a los negocios, digamos terrenos, del grupo, son dejadas a los encarnados. Los benefactores espirituales, mismo consultados, se recusan a dar ordenes o decidir si un nuevo compañero debe ser admitido, o si otro debe dejar el grupo. El problema es nuestro, de los que están del lado de acá de la vida. Respetemos ese punto de vista y no intentemos forzarlos a decir lo que no pretenden. En las diversas veces en que me vi delante del problema de la admisión de un nuevo miembro, encontré siempre, en diferentes grupos, la misma actitud, por parte de los amigos espirituales: el problema era nuestro. Estemos, pues, preparados para enfrentarlo.

¿Cómo se hace eso?

Es preciso considerar, desde el principio, que la decisión final deberá resultar de un consenso general de los componentes del grupo, evitando, tanto cuando sea posible, que predomine la imposición o la simple voluntad de uno solo. La admisión de un nuevo componente puede alterar profundamente la estructura de los métodos de trabajo del equipo, tanto en un sentido como en otro, o sea, tanto para el lado positivo como para el negativo.

El nuevo compañero puede traer un buen acervo de conocimiento o de experiencia trayendo una contribución constructiva, dinamizadora y eficiente. Si, con todo, está mal preparado, o infestado de frustraciones, o si desea brillar, podrá, con su influencia, aniquilar el grupo.

Nos cabe, pues, examinar con serenidad, y desapasionadamente, sus credenciales. ¿Qué tiene él que ofrecer? ¿Cuál es su experiencia en otros grupos o en tareas semejantes? ¿Cuál es su tipo de personalidad? ¿Ajustado, tranquilo, leal, disciplinado? ¿O agresivo, crítico, cerrado, malhumorado? ¿Qué tipo de trabajo pretende realizar? ¿Es médium? ¿Qué facultad mediúmnica tiene en desenvolvimiento o ya desenvuelta? ¿Tiene conocimiento teórico de la Doctrina? ¿Se relaciona bien con las personas?

Si esas y otras innumerables indagaciones fueran atendidas satisfactoriamente, será considerada la posibilidad de recibirlo en el grupo. En este caso, y sólo entonces, deberán ser expuestas a él, también con franqueza y serenidad, las condiciones de trabajo, a las cuales él deberá subordinarse, como los demás miembros. Será

debatida con él la naturaleza de su encargo, o sea, lo que le competirá hacer en el equipo, y lo que se espera de él.

Nada de procesos iniciáticos, de rituales de “bautismo”, de simbolismos, de vestimentas especiales o ceremonias de cualquier naturaleza. Si nos convencemos de que él, o ella, está en condiciones de integrarse en el equipo, sólo resta presentarlo a los demás compañeros y comenzar el trabajo.

Apreciemos el problema, ahora, desde el punto de vista del candidato.

Si desea participar de las tareas de determinado grupo, debe convencerse de que está dispuesto al trabajo constructivo y disciplinado. Ciertamente, también, de que el grupo le ofrece las condiciones que él entiende como necesarias y deseables. ¿Es un grupo serio, apoyado en buena base doctrinaria, bien integrado y formado de personas que se estiman y se respetan? Mas también: él debe tener algo que dar. Unirse a un grupo para hacer partido, para buscar ventajas y privilegios, no es estar pronto para el trabajo de tanta responsabilidad.

El candidato no debe imponer condiciones, ni insistir en su admisión a cualquier precio. Si percibe que su adhesión es inoportuna o mismo indeseada, aunque no indeseable, debe tener suficiente equilibrio y buen sentido para aguardar otra oportunidad. Su presencia no debe ser aplicada bajo condiciones.

Supongamos que sea admitido.

Debe procurar integrarse en el trabajo, observando todo sin espíritu crítico negativo, sin deseo de herir virtudes y defectos ajenos. Manténgase discreto y tranquilo. Aguarde la maduración de sus impresiones y a su perfecta sintonización con los demás compañeros. Si tuviera alguna contribución positiva a hacer, con la intención de mejorar el trabajo, precisa de tacto y buen sentido al presentarla. Hágalo, de preferencia, a solas, con el dirigente del grupo, con habilidad y en la oportunidad adecuada.

Es posible que su sugerencia sea acogida, mas puede ser que el grupo tenga razones para actuar de la forma que, de principio, puede haberle parecido susceptible de corrección. Actúe con prudencia, mas no deje de expresar sus puntos de vista, si los juzga oportunos y aplicables. No se enfade si no fueran acogidos; no se vanaglorie, si lo fueran.

Para resumir: los trabajos mediúmnicos deben ser realizados en grupos cerrados, mas no herméticos, inaccesibles, inabordables. Tiene que haber tiempo para la renovación de la persona y de métodos. El propio estudio, y la práctica en el trato con nuestros compañeros

desencarnados – tanto instructores y orientadores como Espíritus en desequilibrio – nos traen contribuciones importantes que, aquí y allí, aconsejan correcciones y reajustes en el método de acción. Precisamos tener el coraje y la humildad de abandonar prácticas inadecuadas y adoptar nuevos métodos, cuándo los antiguos se revelen insuficientes o impropios. Oigamos con atención las recomendaciones y las sugerencias de los dirigentes espirituales de la tarea. Empeñémonos en aprender con nuestros propios errores. Como estudiantes que somos, y nada más que eso, aprendamos más y mejor, para nunca más olvidar, exactamente aquellos puntos sobre los cuales cometemos nuestros peores errores, pues son ellos que hacen bajar la **nota** de nuestras **pruebas**. Y si estamos sinceramente dedicados al progreso espiritual, deseamos con todo el interés y el certificado de conclusión del curso, a fin de ser, tan rápido como sea posible, promovidos a la admisión en la próxima escuela que nos espera.

2. Los desencarnados

LOS ORIENTADORES

Siempre que un grupo de personas se reúne para trabajos de naturaleza mediúmnica, un grupo correspondiente de Espíritus se aproxima. Todos nosotros tenemos, en el mundo espiritual, compañeros, amigos y guías, así como desafectos y obsesores en potencia o en actividad. Tenemos que aprender a trabajar con ambos grupos.

No vamos a convivir apenas con aquellos que vienen para ayudarnos, y no sería esta la finalidad de un grupo que se prepara para la difícil tarea de la desobsesión. Más allá de eso, no podemos olvidarnos de que somos todos hermanos, apenas distribuidos en diferentes estados evolutivos. En cuanto algunos se hallan delante por haber caminado un poco más que nosotros, otros nos siguen un paso o dos atrás. Es de la ley universal de la fraternidad que todos se apoyen mutuamente, para llegar a la paz interior, que es el reino de Dios en cada cual.

Hablemos primero de los hermanos que vienen a ayudarnos a servir.

Es siempre un momento de emoción la primera reunión mediúmnica de un grupo. Los resultados pueden no ser espectaculares – y generalmente no lo son – porque los compañeros incumbidos de nuestra orientación aún están trabajando en los ajustes y en los textos, como el maestro competente que verifica si todos los instrumentos están perfectamente afinados. Si el grupo dispone de uno o más médiums desarrollados, es cierto que un Espíritu amigo se manifieste, para las primeras palabras de estímulo y ánimo.

A esa altura, es raro que tengamos conocimiento de la naturaleza del trabajo que pretenden realizar con nosotros. Es cierto, con todo, ellos ya disponen de un plan, muy bien estudiado, compatible con las fuerzas y posibilidades de los trabajadores encarnados. Los Espíritus siempre nos dicen que precisan de nosotros para determinadas tareas, que solamente pueden ser llevadas a cabo con el concurso de la mediumnidad, o sea, en contacto con el ser humano encarnado.

En “Reformador” de febrero de 1975, en el artículo titulado “La Adoctrinación: Variaciones sobre un tema complejo”, recordé los

preciosos esclarecimientos cogidos en el libro “Memorias de un Suicida”, que debemos a la bendita mediumnidad de Yvonne A. Pereira.

Se tornó imperioso encontrar un grupo de médiums en condiciones de socorrer Espíritus de suicidas:

“Llegara a un “impasse” el proceso de recuperación. A respecto del desvelo y competencia de los técnicos y mentores de la organización espiritual especializada en el tratamiento de los suicidas, un grupo de ellos se mantenía irreductiblemente fijo en sus angustias. Los casos estaban distribuidos, según su naturaleza, a tres ambientes distintos: el hospital propiamente dicho, el aislamiento y el manicomio. Unos de esos, con todo, “permanecían atolondrados, semi-inconscientes, inmersos en lamentable estado de inercia mental, incapacitados para cualquier adquisición facultativa de progreso”. Tornárase, pues, urgente despertarlos para la realidad que se negaban, más inconsciente que consciente, a enfrentar. Se trata aquí de un conocido mecanismo de fuga defensiva. Inseguro y temeroso delante del dolor que él sabe es agudo, profundamente inexorable, el Espíritu culpable se aliena, en la esperanza de por lo menos aplazar el momento duro y fatal del despertar. En casos como esos es necesario, casi siempre, recurrir a la terapia de la mediumnidad. El Espíritu precisa retomar su marcha y el recurso empleado con mayor eficacia es el del choque, a que el autor de “Memorias de un Suicida” llama de “revivencia de vibraciones animalizadas”. Habitados a tales vibraciones más groseras, ellos se mostraban inalcanzables a los procesos más sutiles de que disponen los técnicos del Espacio. Para que fuesen tocados en la intimidad del ser, era preciso alcanzarlos “a través de la acción y de la palabra humanas”. Como estaban, no entendían la palabra de los mentores y ni los distinguían visualmente, por más que estos redujesen su tenor vibratorio, en un esfuerzo considerable de automaterialización.”

Es para ese trabajo que los Mentores Espirituales solicitan el concurso de los encarnados, que se torna, en muchos casos, insustituible, como vimos. No sabemos, pues, al iniciar una actividad mediúmnica, qué tipo de tarea nos será atribuida; podemos estar ciertos, no obstante, de que los orientadores espirituales del grupo solamente nos traerán encargos que estén a nuestro alcance. Sin duda alguna, ya estudiaron nuestras posibilidades e intenciones.

“Memorias de un Suicida” nos habla de los largos y cuidadosos preparativos, conducidos en el mundo espiritual, como preliminares a la tarea mediúmnica propiamente dicha. Es preciso encontrar un

grupo que ofrezca las condiciones de seguridad y amparo de que necesitan los Espíritus extraviados.

“En la Sección de Relaciones Externas – prosigue el mencionado artículo de “Reformador” – son consultadas las indicaciones sobre grupos espíritas que puedan ofrecer las condiciones deseadas para el delicado trabajo.”

Y más adelante:

“Se verifica la existencia de grupos en Portugal, España y Brasil. Se decide por este último y, enseguida, son examinadas las **“fichas espirituales de los médiums”** que componen los grupos bajo examen.” (Destaque de esta transcripción.)

Por ahí se ve que nuestros grupos y nuestros médiums se hallan meticulosamente catalogados en las organizaciones del Espacio. Conviene acreditar que registros semejantes – obviamente para otras finalidades – existen también en los reductos tenebrosos.

En varias veces tuve la oportunidad de testimoniar personalmente esa realidad. Espíritus desarmonizados me informaron que estábamos rigurosamente observados y estudiados. Nuestros menores gestos y palabras eran como filmados y grabados para examen y debate, más tarde, en las cúpulas administrativas del mundo de las sombras, a fin de conocernos mejor y poder planear la estrategia a ser usada contra nosotros. Cierta vez, un Espíritu, particularmente agresivo y desesperado, se dirigía, de cuando en cuando, a su equipo invisible y recomendaba:

- ¡Graben esto!

O entonces:

- ¿Grabaron lo que él dijo?

No alimentemos, pues, ilusiones. Contamos con la ayuda y el apoyo de compañeros bien esclarecidos y competentes, mas precisamos ofrecerles un mínimo de condiciones.

Son enormes las responsabilidades de esos amigos invisibles, y las cualificaciones exigidas, para las tareas que desempeñan junto a nosotros, son rígidas. Podríamos decir que cada grupo tiene los guías y protectores que merece. Si el grupo se empeña en servir desinteresadamente, dentro del Evangelio del Cristo, amparado en la Doctrina Espírita, dispuesto a amar incondicionalmente, tendrá como apoyo y sustentación un equipo correspondiente, de compañeros desencarnados del más elevado padrón espiritual, verdaderos técnicos de la difícil ciencia del alma.

El trabajo de esos amigos es silencioso y sereno. La competencia acostumbra a pasar desapercibida, porque parece muy

fácil hacer aquello que aprendemos a hacerlo bien. Cuándo vemos un operario altamente cualificado en su especialidad, o un deportista bien entrenado, experimentamos el placer de contemplar los gestos bien merecidos, la suave facilidad con que se desenvuelven. Recordemos, con todo, de su largo período de adiestramiento, de estudio, de renuncia, y de sus cansadas horas de trabajo monótono, de repetición y corrección.

Así son los compañeros que nos amparan. Se presentan, muchas veces, con nombres desconocidos, hablan con simplicidad, son tranquilos, evitan dar ordenes, se niegan a imponer condiciones. Prefieren enseñar con el ejemplo, discurrendo sobre la anatomía del trabajo, delante del cuerpo vivo del propio trabajo. Son modestos y humildes, mas se revisten de autoridad. Amorosos, más firmes, leales y francos. Aconsejan, sugieren, recomiendan y se ponen de lado, a observar. Corrigen, rectifican y estimulan. Su presencia es constante, a lo largo de los años y años de dedicación. Unidos emocionalmente a nosotros, a veces desde antiguas experiencias reencarnatorias, nos traen la ayuda anónima de que precisamos para dar un paso más adelante. Vuelven bajo sus pasos, para extendernos la mano, a fin de que, a nuestra vez, podamos ayudar a aquellos que se hallan caídos por los caminos. Nos inspiran a través de la intuición, nos acompañan hasta mismo en el desarrollo de nuestras tareas humanas. Guardan, no obstante, el cuidado extremo de no interferir en el mecanismo de nuestro libre albedrío, pues no se encuentran a nuestro lado para resolver por nosotros nuestros problemas, y sí para darnos la solidaridad de su afecto. Mismo en el trabajo específico del grupo, interfieren lo mínimo posible, pues saben muy bien que el Espíritu desajustado precisa de ser abordado y tratado desde un punto de vista muy humano. Si fuese posible resolver sus angustias en el mundo espiritual, no precisarían traerlos hasta nosotros.

Esa misma técnica fue usada con el propio Allan Kardec. Podrían los Espíritus Superiores, que se preocuparon de transmitir los fundamentos de la Doctrina a los hombres, simplemente dictar los libros que expusiesen las líneas maestras del pensamiento doctrinario. No lo hicieron así, y eso habría sido, tal vez, más fácil. Prefirieron colocarse a la disposición de Kardec, para que él formulase las preguntas, desde una óptica esencialmente humana. Las enseñanzas se destinaban a los hombres, y cabría a los hombres, por tanto, colocar las cuestiones, desde su propio punto de vista, de forma que las respuestas viniesen ya acomodadas a las estructuras del pensamiento del ser encarnado.

Las tareas de los grupos mediúmnicos de desobsesión se apoyan en los mismos principios, pues también es trabajo de cooperación y entendimiento entre los dos planos de la vida. Los benefactores espirituales no van a dictar un breviario de instrucciones minuciosas. Es preciso que haya margen suficiente para la iniciativa de cada uno, para el ejercicio del libre albedrío, para que tengamos el mérito de los aciertos, tanto como la responsabilidad por los errores cometidos. En suma, los Espíritus no nos toman por la mano, mas no dejan de indicarnos el camino y seguirnos amorosamente.

No desean, de forma alguna, que nos tornemos dependientes de ellos, para cualquier paso que tengamos que dar. Dificilmente nos dicen lo que hacer, ante dos o más alternativas. ¿Debemos o no acoger un compañero que se propone trabajar con nosotros? ¿Debemos excluir a otro, que no está organizado? Son problemas nuestros, y tenemos que resolverlos dentro del contexto humano, según nuestro entendimiento y buen sentido. La función de los orientadores espirituales más responsables no es dictar normas. Mismo con relación a la esencia del trabajo, se limitan a aconsejar y sugerir, mas no imponen su voluntad. Y si insistimos en seguir por los caminos que nos apartan del derrotero de la verdad y de la seguridad, no nos faltarán con sus advertencias amigas, mas nos dejarán recorrer los caminos de nuestra preferencia. Sólo que, por esos atajos, no podremos continuar contando con el mismo tipo de apoyo y sustentación. Tendrán que seguirnos a distancia, amorosos y preocupados, mas respetando nuestras decisiones, aunque erradas.

Jamás nos recomiendan ritos especiales, ni nos obligan a fórmulas dogmáticas rígidas e insustituibles, como oraciones exclusivas, o símbolos místicos y vestimentas características.

Nada tenemos contra los grupos que siguen tales recomendaciones, bajo orientación de sus compañeros desencarnados. Pueden ser bien intencionados y realizar trabajos de valor, con éxito, mas no son grupos integrados en la Doctrina Espírita, entendiéndose como tal la Doctrina contenida en los libros básicos de la Codificación Kardeciana. Merecen todo nuestro respeto y cariño; nuestra experiencia enseña, no obstante, que pueden realizar el mismo tipo de trabajo, o mejor aún, sin necesidad de recurrir a prácticas exteriores de soporte. El soporte de que los grupos mediúmnicos necesitan viene del mundo espiritual superior, donde cualquier exteriorización vuelta para los aspectos materiales es dispensable. Nada, pues, de velas, símbolos, imágenes, ritos o vestidos especiales. No es preciso. Y si un compañero

comienza a recomendar tales procesos, podemos tranquilamente disuadirlo, con buenos modos, esta claro, pero con firmeza.

*

Los amigos espirituales que se incumben de orientar el grupo raramente revelan toda la extensión de sus responsabilidades y encargos. Solamente la observación atenta, en el recorrer de mucho tiempo de trabajo, nos permite evaluar parcialmente la importancia de sus presencias junto a nosotros. Generalmente hacen parte de amplias organizaciones socorristas, que se incumben de orientar y asistir innumerables grupos, donde se reúnen personas de buena voluntad, aunque de limitados recursos. El trabajo que nos trazan obedece a planeamientos cuidadosos, cuya vastedad y seriedad no podemos alcanzar, para entender. Todo su esfuerzo es conjugado con el de otros Espíritus, encarnados y desencarnados. Son ellos los preparadores de las tareas específicas del grupo, y son ellos que se incumben de dar continuidad al servicio, después que el Espíritu necesitado es atendido. Sabemos muy bien que la mayor parte del trabajo, la más delicada y de mayor responsabilidad, es hecha en el mundo espiritual. Los Espíritus desarmonizados, sea por cualquier razón que fuera, ya vienen para la manifestación mediúmnica con una cierta preparación previa. Los benefactores espirituales son los que se preocupan de localizarlos y desalojarlos de sus posiciones, muchas veces tenidas por inexpugnables, para traerlos hasta nosotros. Innumerables recursos son utilizados para eso. Técnicas de magnetización y persuasión, aún desconocidas para nosotros, son aplicadas con enorme competencia y sentimiento de la más profunda fraternidad. Frecuentemente, los Espíritus atormentados no saben por qué se hallan en una sesión, hablando a través de un médium. Ignoran cómo fueron traídos, o se dicen invitados, juzgando que vinieron por libre y espontánea voluntad. Muchas veces admiten estar violentos, contenidos, bajo control, mas no saben de donde viene la fuerza que los contiene.

Los benefactores asisten a la sesión, nos socorren con sus recursos, en los momentos críticos, hacen pequeñas recomendaciones o dan indicaciones sumarias, a través de la intuición o de la mediumnidad ostensiva de algún compañero. Otras veces, en casos más difíciles, se incorporan en otro médium, para ayudar en el trabajo de esclarecimiento o de pases.

Cerrada la sesión, les cabe recoger a los compañeros afligidos, estén o no despiertos para la realidad mayor.

Los Espíritus arrepentidos y dispuestos a la recuperación son llevados a centros de reeducación y tratamiento, y entregados a otros

equipos espirituales, ya adiestrados para ese tipo de encargo, en cuanto la tarea en el grupo mediúmnico prosigue.

Durante la noche, en cuanto adormecemos en el cuerpo físico, nuestros Espíritus, desprendidos, parcialmente liberados, se unen a los benefactores, para la preparación de futuras tareas mediúmnicas. Descendemos, con ellos, a las profundidades del dolor y, muchas veces, realizamos, con ellos, auténticas sesiones en pleno Espacio, para el tratamiento preliminar de compañeros ya seleccionados para la experiencia mediúmnica, o hermanos que, ya atendidos por nosotros, necesitan, más que nunca, de asistencia y amparo, para las readaptaciones y el aprendizaje que los llevará a la reconstrucción de sus vidas, desde el descondicionamiento a dolorosas y lamentables concepciones, hasta la preparación de una nueva encarnación.

Cabe a los equipos de esclarecidos compañeros desencarnados todo ese trabajo invisible, del cual participamos, a veces, como figuras siempre secundarias, en nuestros desprendimientos.

El nivel espiritual y el “status” moral de esos compañeros se revela por su manera de actuar y hablar. Tenemos que aprender a formular sobre ellos nuestro propio juicio. Con algún tiempo de vivencia en la tarea mediúmnica, estaremos en condiciones de hacerlo con relativa seguridad, si nos mantenemos atentos y vigilantes. El grupo bien orientado, y sustentado por la oración, por el conocimiento esclarecedor y por la práctica evangélica, contará siempre con el apoyo de compañeros desencarnados esclarecidos. Esto no quiere decir, por tanto, que deberemos aceptar todo cuanto nos viene del mundo espiritual, sin análisis crítico. La Doctrina Espírita no recomienda la aceptación ciega de cosa alguna; al contrario, nos incentiva a examinar todo, para coger apenas lo que la razón sanciona. Los Espíritus esclarecidos no se aborrecen ni se irritan con esos cuidados, que entienden necesarios. Es preciso, entretanto, no caer en el extremo opuesto de tratar a cualquier compañero espiritual con aspereza y desconfianza injustificables. Al cabo de algún tiempo de convivencia, formulado el juicio sobre nuestros orientadores, sabremos identificarlos y conoceremos sus métodos de acción. La delicadeza del trabajo y su punto crítico están exactamente en ese balanceamiento entre vigilancia y confianza. Sin un perfecto entendimiento entre los equipos encarnado y desencarnado, es impracticable un trabajo productivo y positivo. Tenemos que buscar el terreno común de la armonía y de la integración, lo que no es lo mismo que aceptar todo sin examen.

Esa vigilancia, insistimos, es indispensable. Si el grupo se extravía, y va insensiblemente apartándose de las buenas prácticas

doctrinarias, queda entregado a su propia suerte. Ese es el momento en que otros compañeros desencarnados se aproximan, para sustituir a los más esclarecidos. En casos así, podrán intentar asumir también la identidad de los que se apartaron. No nos olvidamos de que todos los métodos son válidos para aquellos que se endurecieron en el extraviamiento moral. Si no estuviéramos atentos, no sentiremos el cambio, y, dentro de poco, estaremos enteramente dominados, exactamente por aquellos que se oponen a nuestros planes, envueltos en una vasta y bien urdida mistificación, cuando no desordenados también, con el grupo en vías de disgregación, y hasta obsesados o fascinados por Espíritus que se presentan con nombres importantes.

*

Los orientadores del grupo generalmente dirigen una breve palabra de salutación, al principio de la reunión, y una u otra recomendación sumaria. Eso lo hacen para señalar su presencia, como si desearan simplemente decir: “Estamos aquí, amigos. No teman.”

Durante el desarrollo de los trabajos, se portan con discreción y serenidad, interfiriendo lo mínimo posible, sin, entretanto, dejar de proporcionarnos toda la asistencia de que necesitamos.

En casos extremos pueden provocar la atención del manifestante, con sus recursos magnéticos, o incorporarse para un diálogo más directo con el Espíritu, mas esto no es común.

Al final de la sesión, cesado el trabajo de atendimiento a los sufrientes, comparecen para una palabra de estímulo y de consuelo. Este es el mensaje que, si es posible, debe ser grabado, porque contiene, usualmente, preciosos esclarecimientos acerca de los trabajos, en particular, y sobre la Doctrina, en general.

Ningún trabajo mediúmnico serio es posible sin el apoyo de esos dedicados y muchas veces anónimos compañeros, que situados, casi siempre, en planos muy superiores a los nuestros, concuerdan en volver sobre sus pasos y venir a extendernos las manos generosas y seguras. La colaboración que les prestamos es mínima, con relación a la que ellos nos ofrecen. Hacen mucho más por nosotros de lo que nosotros por ellos. Y todo en el silencio y en la seguridad de aquellos que no buscan reconocimiento ni aplausos.

Si tuvieran que transmitirnos alguna instrucción específica, se utilizarían preferentemente del tiempo destinado a la comunicación inicial.

“Esa medida – escribe André Luiz, en “Desobsesión” – es necesaria, por cuanto existen situaciones y problemas, estrictamente

relacionados con el orden esclarecedor del servicio, apenas visible a él, y el amigo espiritual, en la condición de conductor del grupo, delante de la Vida Mayor, precisará dirigirse al conjunto, recordando menudencias y respondiendo a alguna consulta ocasional que el dirigente le quiera hacer, transmitiendo algún aviso o proponiendo determinadas medidas.”

La consulta no deberá ser encaminada para asuntos de naturaleza puramente personal, mas ceñirse a las tareas específicas del grupo. Cuando la orientación personal se tornase imperiosa, los compañeros desencarnados usualmente tomarán la iniciativa de decir una palabra de esclarecimiento y ayuda. Las preguntas deberán ser formuladas de manera sintética, y objetivamente, para no tomar tiempo a las tareas de atendimiento. No debemos intentar envolver a los orientadores espirituales en problemas que estemos en condiciones de resolver con nuestros propios recursos.

LOS MANIFESTANTES

Varían mucho las categorías de los Espíritus que comparecen a un grupo mediúmnico. Vimos aquellos que pertenecen a los equipos socorristas, dedicados al bien, al trabajo constructivo, a la renuncia, al amor fraterno. Claro que no son, ni se juzgan, seres redimidos, al umbral de la perfección. Aún traen, como todos nosotros, impurezas e imperfecciones, por lo que combaten sin treguas, en las luchas redentoras en que se empeñan. El propio trabajo al que se dedican, de socorro a las almas que sufren dolores mayores, es uno de los más eficaces instrumentos de auto-rescate. Nadie precisa, y nadie debe esperar perfección, para servir, porque, entonces, nunca llegaríamos a hacerlo.

En el anverso de la medalla encontramos los Espíritus envueltos en dolorosos procesos de aturdimiento moral. No nos engañemos con sus rencores, su griterío, su violencia y agresividad: son terriblemente infelices, a respecto de todo cuanto digan o hagan. La coraza de odio de que se revisten no pasa de una defensa desesperada contra la infiltración benéfica del amor. Temen más al amor que al odio, mas lo desean por encima de todo en este mundo. No buscan, en el fondo, otra cosa, sino ser convencidos de sus errores, para retomar el camino evolutivo, abandonado, a veces, hace siglos o milenios. Y, cosa aún más extraña, traen también amor en el corazón, aunque sepultado en profundas condiciones de desesperación y desengaños.

Sin la pretensión de cubrir todo el terreno y agotar el asunto, intentaremos presentar y estudiar algunas de esas categorías.

EL OBSESOR

Todo el capítulo 23 de “El Libro de los Médiums” está dedicado al problema de la obsesión, que Kardec considera, con la lucidez que lo caracteriza, uno de los mayores problemas del ejercicio de la mediumnidad. Define él como obsesión “el dominio que algunos Espíritus logran adquirir sobre ciertas personas”. En artículo para “Reformador” (1), escribe lo siguiente: “... la palabra obsesión es término genérico de un fenómeno que puede desdoblarse en tres principales variedades: la obsesión simple, la fascinación y la subyugación. La primera de ellas es la menos perniciosa porque, usualmente, el médium – pues todo obsesado tiene fuerte componente mediúmnico – está consciente de las maniobras y disimulaciones del Espíritu, lo que ciertamente lo incomoda, mas no lo perturba hasta el punto de provocar desarreglos mentales.”

Ese artículo prosigue comentando Kardec, para decir que la fascinación es mucho más grave, “porque el agente espiritual actúa directamente sobre el pensamiento de su víctima, inhibiéndole el raciocinio y llevándola a la peligrosa convicción de que las ideas que expresa, por más fantásticas que sean, provienen de un Espíritu de un elevado nivel intelectual y moral. Su engaño es evidente a todos, menos a él mismo, que sigue, fascinado y servil, al Espíritu que se apoderó sutilmente de su mente”.

“En la subyugación” – dice aún el artículo –, “Kardec distingue dos aspectos: la moral y la corporal. En el primer caso, el ser encarnado es forzado a tomar actitudes absurdas, como si estuviese completamente privado de su propio sentido crítico. En el segundo caso, el obsesor “actúa sobre los órganos materiales y provoca movimientos involuntarios”, obligando a su víctima a gestos de dramático y lamentable ridículo.”

Habla, por eso, el Codificador, “que el término **subyugación** es más apropiado que el de posesión, de uso más antiguo”. En esa línea de raciocinio, por tanto, lo que conocemos por **posesión** no sería sino un caso grave y extremo de **obsesión**.

Al examinar el problema, en “La Génesis”, Kardec llama la obsesión de “acción persistente que un Espíritu malo ejerce sobre un individuo”, en cuanto que en la **posesión**, “en vez de actuar exteriormente, el Espíritu actuante sustituye, por así decir, al Espíritu

encarnado; le toma el cuerpo para domicilio, sin que este, entretanto, sea abandonado por su dueño, pues eso sólo se puede dar por la muerte. La posesión, consiguientemente, es siempre **temporaria e intermitente**, porque un Espíritu desencarnado **no puede tomar definitivamente el lugar de un encarnado**, por la razón de que la unión molecular del periespíritu y del cuerpo sólo se puede operar en el momento de la concepción”. (Destakes de esta transcripción).

“Enseña Kardec” – prosigue el artículo – “que, en la obsesión grave, el obsesado queda envuelto e impregnado de fluidos perniciosos que cumple dispersar por la aplicación “de un fluido mejor”, o sea, por procesos magnéticos, a través de pases, por ejemplo.”

“No siempre, con todo” – advierte Kardec -, “basta esta acción mecánica; cumple, sobre todo, **actuar sobre el ser inteligente** (destaque del original) al que es preciso se posea el derecho de hablar con autoridad que, entretanto, falla a quién no tenga superioridad moral.

Nadie podría describir mejor, en tan pocas palabras, el programa – síntesis del proceso de obsesión: el obsesor no debe ser arrancado a la fuerza o expulsado. Él precisa ser convencido a abandonar sus propósitos y ser llevado al arrepentimiento. Esto se hace buscando con él un entendimiento, un diálogo, por el cual procuremos educarlo moralmente, mas sin la arrogancia del maestro petulante, y sí con el corazón abierto del compañero que

(1) “Reformador” de mayo de 1974, artículo “Posesión y exorcismo”

procura comprender sus razones, el núcleo de su problemática, el porqué de su rebeldía, de su odio. Por más violento y agresivo que sea, es invariablemente un Espíritu que sufre, aunque no lo reconozca. La argumentación que utilizemos tiene que ser convincente.

La obsesión es, a menudo, un proceso de venganza. Sin educación moral, como dice Kardec, el Espíritu perseguidor busca alivio para su sufrimiento haciendo sufrir a aquél que lo hirió, tornándose ambos infelices y envolviendo también a otros en las tramas de sus desgracias. Es preciso observar, entretanto, que todo está previsto en las leyes divinas, que, al mismo tiempo en que permite el cobro de nuestras faltas, nos liberan, por rescate. La obsesión es impotente delante de Espíritus redimidos.

Volveremos a cuidar del problema, cuando tengamos que conversar más adelante, acerca de las técnicas y recursos sugeridos para el trabajo.

EL PERSEGUIDOR

La víctima de la obsesión es siempre un alma envidiada delante de la ley. De alguna forma grave, en el pasado más reciente, o más remoto, no respetó la ley universal de la fraternidad, viniendo a coger, como consecuencia inexorable, el sufrimiento.

La falta cometida contra el semejante expone a su autor a los azares del rescate, a no ser que la víctima lo haya perdonado inmediatamente. Muchas veces, la venganza como que se despersonaliza, pasando a ser ejercida no por aquél que fue perjudicado, mas por alguien en su nombre, aunque no sea autorizado por él. No importa que el perseguido, u obsesado, esté en el cuerpo carnal o en el mundo espiritual. No importa que se acuerde o no de la ofensa. No importa que la falta haya sido cometida en esta vida o en remotas existencias. El vengador implacable acaba descubriendo a su antiguo verdugo, aunque este se oculte bajo los más bien elaborados disfraces, ligándose a él por largo tiempo, vida tras vida, aquí y en el Espacio, alucinado por el odio, que no conoce límites ni barreras.

En “Dramas de la Obsesión”, narra el Dr. Bezerra de Menezes, por la mediumnidad de Yvonne A. Pereira, un caso de esos:

“Aterrorizado ante las puniciones atroces movidas por los Espíritus de sus antiguos amos de Lisboa, el Espíritu Juan José prefirió ocultarse en una encarnación de formas femeninas, esperanzado de que, así disfrazado, no pudiese ser reconocido. Se engañó, con todo, visto que su propia organización psíquica lo traicionó, modelando trazos fisionómicos y anormalidades físicas idénticas a las que arrastrara en la época citada.”

Una vez identificado el antiguo deudor, bajo formas femeninas, se desencadenó sobre él toda la tormenta de la obsesión.

Hemos tenido, en nuestra experiencia directa, casos semejantes.

Uno fue particularmente doloroso y aflictivo, porque los compromisos del obsesado eran muy graves y sus deudas cármicas acusaban reincidencias lamentables, que lo dislocaban de la posición de ex-verdugo para de juguete impotente de implacables vengadores. Comenzamos a cuidar de él, en la esperanza de aminorarle los dolores, cuándo aún estaba encarnado. Por algún tiempo, conseguimos aliviar la presión que se ejercía, día y noche, sobre él y su familia. En nuestro

grupo, asistimos a un trágico e incesante desfile de compañeros desarmonizados que examinaban en torno del él, cada cuál más rebelde y odioso. Sus compromisos eran tantos y tan serios, que no conseguimos librarlo de sus dolores, no obstante, habremos alcanzado, con la gracia de Dios, apaciguar muchos de sus terribles verdugos y atraerlos para las tareas de recuperación.

Como su caso tenía implicaciones profundas con nuestro plano general de trabajo, según nos explican nuestros mentores, tratamos con él por mucho tiempo aún, haciendo en este libro varias referencias esparcidas sobre él, con los cuidados necesarios para no identificarlo.

Lo seguían en sus quehaceres diarios y lo atormentaban durante el desprendimiento del sueño, le atravesaban “agujas” de todos los tamaños, le imponían largos períodos de alienación, le intuían constantemente la idea del suicidio, le tomaban el cuerpo, innumerables veces, para las más dislocadas actitudes, para fugas, encaminadas, crisis de mutismo; se mostraban delante de su visión espiritual, bajo formas monstruosas; neutralizaban el efecto del intensivo tratamiento médico y espiritual; lo indisponen con la familia y le descontrolaban el pensamiento, desordenándole las ideas.

Por lo que nos fue indicado, en tiempos de la Roma antigua, ejerció, con destaque, el poder, y ayudó a desencadenar una de las más terribles persecuciones a los cristianos. Es cierto que sus víctimas de aquella época le perdonaran, si fueran realmente fieles seguidores de Cristo. Mas, ¿y los otros, que le guardaban rencor? ¿A cuántos habría mandado él quitar la vida, los bienes, los amores, las esperanzas, sin que estuviesen preparados para soportar esas pérdidas, con equilibrio y resignación?

Al cabo de algunos años de implacable persecución de sus adversarios, engeguado por el odio, y a despecho de todo el cuidado de que fue cercado, el pobre compañero desencarnó trágicamente.

La persecución continuó, tal vez aún más encarnizada del otro lado de la vida. Estaba ahora más expuesto, más accesible al abordaje de sus verdugos, pues las obsesiones no se limitan a alcanzar a los encarnados. Al contrario, los desencarnados son más vulnerables que los encarnados, pues estos disponen del “escondrijo” del cuerpo físico y se hallan beneficiados por el olvido temporario de sus faltas, lo que, de cierta forma, les da alguna tregua, en virtud del descondicionamiento vibratorio. El recuerdo constante de los crímenes que cometemos nos mantienen sintonizados con los perseguidores, y ellos todo lo hacen para que no nos olvidemos de los errores

practicados. En cuanto removemos nuestras faltas, continuamos ligados a los obsesores.

¿Debemos, entonces, olvidar todo, como si nada hubiese ocurrido? No, ciertamente. El arrepentimiento, con todo, tiene que ser constructivo, o sea, él no debe paralizarnos. Ciertos o no de la gravedad de nuestras faltas – y, sin duda alguna, las practicamos abundantemente en el pasado – es imperioso que nos volvamos para las tareas de reconstrucción interior, de dedicación al semejante que sufre, de vigilancia de nuestras actitudes, palabras y pensamientos. Es preciso orar, servir, buscar reencender la llama del amor, que existe en todos nosotros.

- Ves y no peques más – dice el Cristo.

Por mucho tiempo sé penso que eso fuese apenas un tema sugestivo, para pregonar sermones bonitos; hoy sabemos de la profunda realidad que encierra la enseñanza evangélica. El Cristo siempre ligó el problema del sufrimiento, físico o espiritual, al del error.

- Estas curado – dice Él al paralítico, a quién mando tomar su cama y andar -, no peques más, para que no te suceda algo aun peor. (Juan, 5: 14.).

De esa forma, el error – que los evangelistas llaman de pecado – acarrea el sufrimiento, la punición, el rescate. No es que tengamos que redimirnos necesariamente a través del mecanismo del dolor. El dolor no es inevitable, porque el proceso de la liberación puede darse también por medio del servicio al prójimo, del perfeccionamiento moral, de la oración y de la vigilancia. De la misma forma, aquel que fue herido por su compañero, por mas gravemente que lo haya sido, no debe ni precisa tomar la venganza por sus manos, para que el otro rescate su falta. La ley del equilibrio universal se ocupará de él, si no es hoy, en el próximo siglo, o en el próximo milenio. El rescate puede ser despersonalizado, esto es, nadie debe ni precisa erguirse en su ejecutor. Esto no significa que, al ser ofendidos, debemos transferir nuestro impulso de venganza a las leyes de Dios. Son muchos los que no toman realmente la venganza en sus manos, mas piensan, en la intimidad de su ser con el mismo rencor:

- ¡Él pagará!

Es verdad, él pagará, sea con la moneda del dolor, sea con la del amor, mas si emitimos nuestro pensamiento de venganza y odio, continuamos ligados al error, reasumimos los compromisos que podríamos tener rescatado con aquella humillación o aquel

sufrimiento, pues cierto que nadie sufre por acaso, dado que no hay reparaciones dolorosas como forma de punición a los inocentes.

En este punto, encontramos mas de una lección, aún y siempre, en el Evangelio de Jesús. Y es por eso que ningún trabajo de desobsesión, digno y serio, debe ser intentado sin apoyo en las enseñanzas del Cristo.

La cuestión es tan importante, tan vital a la problemática del Espíritu, que Jesús la inmortalizó en el texto de la oración dominical, el Padre Nuestro:

- "...Perdónanos nuestras deudas – relata Mateo, 6:12 -, así como perdonamos a nuestros deudores..."

En el versículo 14, de ese mismo capítulo, Jesús es aún más explícito:

- "Que si perdonaseis a los hombres sus ofensas, también os perdonará vuestro Padre Celestial; mas si no perdonaseis a los hombres, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras ofensas."

Bajo las luces de la Doctrina Espírita, el texto adquiere una dimensión que antes no habíamos notado. Es que el perdón que concedemos a aquel que nos hirió no lava al ofensor de su pecado, o sea de su falta, mas libera al ofendido, que, con el perdón, evita que se reabra el círculo vicioso del crimen para rescatar el crimen. En ese angustioso círculo de fuego y lagrimas, de revuelta y dolor, quedan presas, por siglos y siglos, multitudes enceguecidas por el odio y nunca saciadas por la venganza, pues la venganza no sacia cosa alguna, ella apenas echa mas leña a la hoguera que arde.

Por mucho tiempo hallamos que toda esa doctrina del perdón fuese apenas un bello conjunto de figuras de retórica. La Doctrina de los Espíritus vino a proporcionarnos un entendimiento infinitamente más racional y objetivo: el de que el perdón libera. No es una simple teoría, es una verdad, que el Cristo nos enseñó, que tanto hemos obstinado en experimentar.

También en este punto tuvimos, cierta vez, una experiencia inolvidable. Un compañero desencarnado, en lamentable estado de desorientación, perseguido por una pequeña multitud de implacables obsesores, acabó por ser recogido por los trabajadores del bien. Algunos de sus perseguidores fueron tratados y reeducados moralmente, como enseña Kardec. Otros se apartaron, por sentir que la víctima se ponía fuera de su alcance. Algunos de ellos continuaron a ser llevados al grupo de desobsesión, a fin de ser esclarecidos, y, en la desesperación en que vivían, descargaban todo su rencor y agresividad sobre los componentes del equipo de socorro, especialmente contra el

esclarecedor, por ser este el portavoz, aquel que habla y procura convencerlo de abandonar sus propósitos, que el juzga justísimos.

Pues bien. Cierta noche, volvió para recibir nuestros cuidados, el compañero que había sido recogido. Estaba nuevamente en poder de un impiadoso hipnotizador, de quien ya lo habíamos sustraído, a duras penas. El mismo confesó su drama: recayera en la faja vibratoria de sus perseguidores, al dejar caer las guardias que lo protegían. ¡En el transcurrir del dialogo se reveló más impaciente que nunca, exigiendo, casi, solución inmediata para su caso, pidiendo la presencia de parientes, sin ningún deseo de entregarse a la oración y, encima de todo, pronto para la venganza! “Así que estuviese en condiciones” – y exactamente por eso no conseguía alcanzar tales condiciones – “él”, él obsesor, “iría a ver...”

Dios mío, ¿cómo podremos negar el perdón al que nos hirió, si lo exigimos para nosotros, exactamente para los dolores que resultaron de nuestra imprudencia al herir a los otros?

El obsesado sólo piensa en librarse de sus adversarios, a cualquier precio, mas si olvida, o ignora, que el también esta en deuda delante de la ley, pues, de otra, manera, no estaría sujeto a la obsesión. El obsesor, a su vez, procura punir al compañero que lo hizo sufrir, sin recordar que el mismo creó, con su incuria, las condiciones para merecer el dolor que le es infringido. Se juzga en el derecho de cobrar, pensando así cumplir la ley de Dios, para que la “justicia” se haga. Y, de hecho, la ley del equilibrio universal coloca al ofensor al alcance de la punición, que es, en suma, la oportunidad del reajuste. Por eso, decía nuestro Pablo, en su penetrante sabiduría:

- Todo me es lícito, mas no todo me conviene.

Con frecuencia, los perseguidos se presentan en nuestros grupos, en los primeros momentos de la liberación. ¡Cuántos dramas, Señor! Vienen transidos de pavor, cansados de prisiones tenebrosas, huyendo de obsesiones que les parecen haber durado una eternidad. Agotarán todo el cáliz de profundas amarguras, sufrirán todos los tormentos, pasarán, por todas las humillaciones, se someterán a caprichos y desobediencias, cumplirán órdenes inicuas.

Uno de esos nos dice que estuviera en uno de los calabozos infectos de las tinieblas, donde ni llorar podía. Se pasaron siglos. Sólo nos puede decir que fue un sacerdote y que traicionó a alguien. Siente ahora el peso de un enorme arrepentimiento y, cuando invitado a orar conmigo, no tiene el valor de dirigirse a Dios, pues se juzga el último de los réprobos. Con mucho esfuerzo, consigue murmurar una palabra:

- ¡Jesús!...

Y habla bajito, consigo mismo:

- ¡Qué sacrilegio, Dios mío!

Otro, también salido de un calabozo, no conseguía articular la palabra; hacía entenderse por gestos. Traía un peso en la cabeza, que lo obligaba a mantenerse curvado sobre sí mismo y, además de todo, estaba ciego.

Un tercero se presenta con las “carnes” roídas por los “ratones” y “cucarachas”, tras un largo período de reclusión.

Casi todos traen aún en el periespíritu los estigmas de sus penas: ceguera, deformaciones y mutilaciones, y, en la mente, el recuerdo de torturas y horrores inconcebibles.

Súbitamente, al cabo de agonías seculares, durante las cuales se rescataron a través del dolor, escapan a la saña de sus perseguidores, se tornan inaccesibles a sus procesos, se evaden de las mazmorras y se liberan del dominio magnético bajo el cual se encontraban. En suma: ¡la Ley dice “Basta”! La que hasta mismo el más terrible perseguidor tiene que obedecer, al asistir, impotente, a la escapada de la víctima. Llegó al fin el proceso correctivo y reajustador. Antes, era imposible: ninguno conseguía interrumpir el curso del dolor.

Este es el ejemplo vivo de la experiencia mediúmnica. Espíritus sufrientes, y ya redimidos, nos siguen los pasos, incluso a las profundidades del dolor más horrendo, sin poder interferir sino con una oración, o una vibración amorosa, pues el pobre compañero extraviado no puede percibir la presencia de los amigos mayores. Llegado, con todo, el momento, todo se precipita. Los mensajeros del bien están apenas a la espera de una oración, aunque solamente esbozada, de un impulso de arrepentimiento, de un gesto de buena voluntad o de perdón. ¿Se recuerdan de la advertencia del Cristo?

- Reconcílate con tu adversario mientras estás en el camino con él, para que no te arrastre él al juez, y el juez te entregue al oficial de justicia, y este te ponga en la cárcel. Te digo que **no saldrás de allá hasta no haber pagado el último centavo.**

¿No está bien claro?

Y muchos aún hallan que el Evangelio es sólo literatura... o sólo poesía, ideal, inalcanzable... Razón de sobra tuvo Kardec para optar por la adopción de la moral evangélica, pues hay más sabiduría y ciencia en los textos allí preservados, que en todos los tratados de psicología jamás escritos y en los que aún se escribirán. La problemática del ser humano, sus complejidades y sus mecanismos de

reajuste, están inseparablemente ligados a los conceptos fundamentales de la moral. Un día, la psicología y la psiquiatría descubrirán el Cristo.

DEFORMACIONES

El periespíritu es el vehículo de nuestras emociones. El Espíritu piensa, el periespíritu transmite el impulso, el cuerpo físico ejecuta. De la misma forma, las sensaciones que vienen de fuera, recibidas a través de los sentidos, son llevadas al Espíritu por los mecanismos periespirituales. Es el periespíritu que preside la formación del ser, funcionando como molde, a ordenar las sustancias que van a constituir el cuerpo físico. Es en él que se graban, como en un “vídeo tape”, nuestras experiencias, con sus imágenes, sonidos y emociones. Esto se demuestra en el proceso de regresión de la memoria, espontáneo o provocado, en el cual vamos a descubrir, con todo su impacto, escenas y emociones que parecían diluidas por los milenios. Es él, pues, nuestra ficha de identidad, con el registro intacto de la vida anterior, la hoja de nuestro recorrido, nuestro compendio.

Él es denso, en cuanto caminamos por los oscuros caminos de muchos engaños, y se va volviendo cada vez más diáfano, a medida que vamos subiendo estados más avanzados en la escala evolutiva. Es en él, por tanto, que se graban alegrías y conquistas, así como los dolores. Mas, como todo en el universo obedece a la ley irrevocable de la sintonía vibratoria, parece que, al deshacernos de los fluidos más pesados y oscuros, que envuelven nuestro periespíritu, en los primeros estados evolutivos, vamos también liberándonos de las llagas que en aquellos fluidos se fijaban, o sea, nos vamos purificando. Sería casi inadmisibles la deformación periespiritual en un ser de elevada condición moral. Es, entretanto, muy común en aquellos que se hallan aún tanteando en las sombras de sus pasiones, y los trabajadores de la obsesión encuentran actos dramáticos de esa naturaleza, a cada paso.

Muchos casos de ese tipo tengo presenciado, desde pequeños defectos, o apenas sensaciones casi físicas, hasta deformaciones y mutilaciones terribles, culminando con los más dolorosos acontecimientos de zoantropía. (1)

Vimos, líneas atrás, algunos ejemplos de mutilación provocada por “ratones” y “cucarachas”, en mazmorras tenebrosas del mundo trágico de los dolores. Encontramos en la práctica mediúmnica, innumerables ejemplos aflictivos de desequilibrio periespiritual.

Un antiguo sacristán portugués, desencarnado, era recompensado, por la tarea de lanzar discordias, con abundantes “refecciones”, regadas con buen “vino” de su tierra.

Un ex-oficial nazi, que no se identificó, se mostró desesperado de hambre. Renunció a toda la arrogancia, conque al principio se presentó, y se humilló, para pedirnos, en voz baja, para que nadie lo oyese, un simple pedazo de pan.

Tuvimos casos de deformaciones “físicas”, como la de aquél hermano atormentado que traía el brazo paralítico. Cuándo me ofrecí para curarlo con un pase, él declaró que, así, tendría un brazo más para vibrar el látigo con que castigaba a sus víctimas.

Otras veces, se presentaron pobres infelices, que no podían expresarse sino por gestos, porque la lengua les había sido extirpada. Uno de estos, después de reconstruida su condición, en vez de agradecer a Dios el beneficio que acababa de recibir, declaró que se vengaría de aquél que, en antigua existencia, mandara mutilarlo. Le fue mostrado, entonces, que, en existencia anterior a aquella, él mismo mandara cortar la lengua de aquél mismo que, después, ordenó su mutilación. Ni así él se dio por descubierto: aquél a quién él privara de la lengua no pasaba de un perro, pues era un mero esclavo... había, con todo, llegado a su vez, y él, no resistió a la realidad, entró en una crisis de arrepentimiento que lo salvó.

Uno de los casos más dramáticos que presencié fue el de un compañero que había sido reducido, por métodos implacables de hipnosis, a la condición de un animal. Estaba de tal manera preso a su inducción, que no podía hablar, pues un animal no habla.

Respecto a todo, no obstante, acabó hablando inteligiblemente, para enorme sorpresa suya. Haciendo el médium exhibir sus manos, dijera:

- Vea. No tengo manos, y sí cascos.

Estuviera sumergido, por siglos seguidos, en un tenebroso antro, donde convivió, bajo las más abyectas condiciones sobrehumanas, con otros seres reducidos a condiciones semejantes a la suya, y que no se concienciaban de haber sido criaturas racionales. Fue también un poderoso, ahí por el siglo XV, en la Alemania, y debió haber cometido errores espantosos.

Uno de los compañeros del grupo nos suministró recursos ectoplásmicos y, con nuestros pases y el apoyo que obtuvimos a través de la oración, fue posible restituirle la forma periespiritual de ser humano. Alcanzado ese punto, uno de los benefactores presentes nos informó de un nombre, pues él no sabía quién era. Retomada su identidad, cayó en una crisis de llanto conmovedor y tuvo un impulso de generosidad, lamentando no tener condiciones de volver sobre sus pasos, para salvar a los compañeros que continuaban retenidos en las horribles mazmorras de donde consiguieran rescatarlo.

Tuvimos, en cierta ocasión, un doloroso caso de licantropía. Al presentarse, incorporado en el médium, el Espíritu no consigue articular ninguna palabra. Enteramente animalizado, apenas sabe rebuznar, esforzándose por morderme. No obstante el médium se mantenía sentado, él enviste contra mí, procurando alcanzarme con las manos, dobladas como si fuesen patas; de vez en cuando, amenaza a otro componente del grupo. Me recuerdo de vagas escenas de actividades en desdoblamiento nocturno, cuándo rescatamos, de siniestra región de las tinieblas, a un ser vivo que, en estado de vigilia, no conseguí caracterizar.

(1) Zoantropía, según el diccionario, es una variedad de monomanía en que el doliente se juzga convertido en animal.

Como él no tenía condiciones de hablar, hablé yo, intentando convencerlo de que era un ser humano, y no un animal. La conversación fue larga y difícil. Sabía que, directamente, él aún no tenía posibilidades de entender con claridad las palabras que yo le decía, mas estaba cierto de que, enseguida, se volvería sensible a las vibraciones de cariño y comprensión que sustentaban aquellas palabras. Le hablé, pues, continuamente, por largo tiempo, procurando desimantarlo, para liberarlo de su terrible condición. Le repetía que era un ser humano y no un animal; que tenía manos, y no patas, uñas y no garras. A veces, él tenía crisis temerarias, riendo, alucinado. Insistía en herirme, con sus “garras”, e intentó, así, agredirme, con las dos manos, como si intentase abrirme el pecho, para arrancarme el corazón. Mantuve calma inalterada, a respecto de la profunda y dolorosa compasión, y de la ternura que sentía por él. Fue un momento que exigió mucha vigilancia y enorme cobertura espiritual, para que el grupo no entrase en pánico, y no se perdiese la oportunidad de servir a un hermano tan desesperado. No podíamos olvidar, por un momento, que él **no era un animal irracional**, mas sí una criatura humana que se tornó temporariamente irracional, en el transcurso de su terrible compromiso ante las leyes divinas. Teníamos que hablarle a él como a un hermano en crisis, no a un lobo feroz. Aparentemente, estaba en estado de inconsciencia total, mas, en lo profundo de su ser, él preservaba los valores inmortales del Espíritu, con todas las adquisiciones hechas en la pluralidad de vidas que ya había vivido. Es casi cierto que tuviese un bagaje respetable de conocimientos y recursos, pues en la escala espiritual nada se pierde, de

lo que hemos aprendido. Es cierto, también, que deudas así tan grandes y penosas solamente pueden haber sido asumidas en posiciones de relieve, en las cuales hubiese oportunidad para oprimir al semejante impunemente, bajo la protección de inmunidades incontestables. Difícilmente tenemos oportunidad de endeudarnos tan gravemente, errando apenas contra nosotros mismos. Invariablemente, la falta cometida sacrifica y martiriza a muchos hermanos, que juzgamos meros instrumentos de nuestro gozo y poder. Además, es preciso recordar que el reajuste nunca es en desproporción a la gravedad de la pena, y la pena es siempre compatible con el grado de consciencia con el cual practicamos la falta. No es que Dios nos castigue, como un Padre severo y frío, mas es que nuestra consciencia exige de nosotros la reparación, mismo porque la ley universal, código sagrado que deshonramos, nos coloca a merced de la cobranza. A cada falta cometida, firmamos una promisión inexorable, que un día vencerá y nos será presentada para rescate. Si hubiéramos acumulado la moneda limpia del servicio al prójimo, tendríamos con qué pagar; caso contrario, no resta alternativa sino el dolor, y podemos estar ciertos de que no faltarán cobradores, que se presentarán como instrumento de la justicia Divina, ávidos ante la oportunidad de vengarse, o simplemente de dar ocasión a sus frustraciones lamentables.

Al cabo de prolongado monólogo con el hermano alienado, una oración conmovedora y algunos pases, él comenzó a calmarse, mas aún insistió en atacarme, de vez en cuando. No había dicho aún una palabra, mas, a la medida que se calmaba, comenzó a reconocer el ambiente. Palpó la mesa que tenía delante de sí, las sillas, el tapizado, la madera, los grabados, las cortinas, el sofá, el suelo, el tapete. Todo lo que estaba al alcance de su mano, él palpó, investigó, examinó. Pacientemente, yo le iba explicando lo que era cada cosa que él tocaba. Parece que él estuvo encerrado en alguna caverna oscura, por tiempo que no se estimar, y allá perdió la visión y el sentido de las cosas. Estaba aún aterrorizado. (El médium, realmente, se quejaba de una terrible sensación de miedo, poco antes de la incorporación de ese Espíritu.) Miraba para atrás, como si intentase sorprender algún verdugo. A cierta altura, parece que alguien lo azotaba violentamente, pues él se dobla y grita, desesperado. Al poco tiempo, no obstante, vamos transmitiendo a él una sensación de seguridad y calma. Le digo que él fue retirado de allá, y que está, ahora, en una sala limpia, y no va a volver más para su prisión.

Insistimos en los pases, y, al cabo de mucho tiempo, él pareció haber adquirido la forma humana y comenzó a “verificar” sus manos,

el rostro, el cuerpo, mas aún no conseguía divisar: pasó las manos delante de los ojos, para atestiguar. De pie, al lado del médium, oré fervorosamente, con una de las manos sobre sus ojos y la otra en la nuca. Mientras hacía eso, él procuraba reconocermé, también por el tacto, palpándome las manos, el brazo, la cabeza, el rostro. El ambiente estaba tenso de emoción y de deseo de servirlo, y creo que, por eso, se realizó, una vez más, el suave milagro del amor. Él comenzó a percibir los objetos, por la visión, y volvió a verificar todo en la sala, como si estuviese colocando juntas, por primera vez, en mucho tiempo (siglos, tal vez) las sensaciones del tacto y de la visión. Miró los muebles, la sala, sus propias manos. Examinó a los componentes del grupo, uno por uno.

Está sereno ahora. Parece que rayos de luz intensa lo alcanzan en los ojos, porque él se contrae y protege la vista con los brazos. Como continuó insistiendo en que él puede hablar, consigue decir una palabra:

- ¡Agua!

Y vuelve a repetirla, en cuanto agarro el jarro, que conservamos sobre otro mueble, y le servimos varios vasos, que él bebe con ansiedad, desesperadamente.

Por fin, percibo que está orando un Padre Nuestro, en el cual yo le acompaño, emocionado hasta el fondo de mi ser. Al terminar la oración, me abraza, en silencio, sin una palabra, oprimido por la emoción, y se desprende, dejando al médium desorientado, por algunos momentos, en cuanto a su posición por la sala.

Todo el trabajo duró una hora.

*

¿Cómo puede una criatura humana ser reducida a una condición como esa? Es evidente que aún no disponemos de conocimientos suficientes para entender el fenómeno en todas sus implicaciones y pormenores, mas la Doctrina Espírita nos ofrece algunos datos que nos permiten entrever la estructura básica del proceso. La génesis de ese proceso es, obviamente, la culpa. Solamente nos exponemos al rescate, por el dolor o por el amor, en la medida en que erramos. La extensión del rescate y su profundidad guardan precisa relación con la gravedad de la falta cometida, pues la ley no cobra sino lo necesario para el reajuste y el reequilibrio de las fuerzas universales no respetadas por nuestro libre albedrío. Somos libres para errar y somos forzados a rescatar. No hay como huir a ese esquema, del cual

no nos libra ni la tregua con que somos beneficiados al renacer. Es exactamente para que tengamos la iniciativa de la corrección espontánea, que la ley nos proporciona el beneficioso olvido y nos concede la oportunidad de recomenzar en cada vida, como si naciésemos puros, sin faltas y sin pasado. No podemos, entretanto, olvidar que el pasado está en nosotros, en los registros indelebles del periespíritu, determinando todas nuestras condiciones, las buenas y las otras.

Por consiguiente, la falta crea en nosotros el “molde” necesario al reajuste. De eso se valen, con extrema habilidad y competencia, nuestros adversarios espirituales, aquellos a quién infligimos dolores y penas atroces en un pasado reciente o remoto. Muchos son los que actúan personalmente contra nosotros, otros, no obstante, se valen de organizaciones poderosas, donde la división del trabajo detestable quedó como que racionalizado, tantas son las especializaciones lamentables. Se realiza, entonces, un intercambio de favores, a través de contratos, acuerdos, pactos y convenios de toda suerte, en que la víctima del pasado – olvidada de que fue víctima precisamente porque también erró – se asocia a alguien que pueda ejercer por ella actos de venganza.

Ahí entra en escena, el frío equipo de las tinieblas. Si el caso conlleva, digamos, la “solución” de la deformación periespiritual, es encaminado a competentes manipuladores de la hipnosis y del magnetismo, que inmediatamente se aproximarán a sus víctimas, contra las cuales nada tienen, a veces, personalmente, iniciando el trabajo en el campo fértil del endeudamiento de cada uno. ¿Quién no debe a la ley de Dios? (1)

Claro que el hipnotizador, o el magnetizador, no puede modelar, a su voluntad, el periespíritu de su víctima, mas él sabe como poner en movimiento fuerzas naturales y los dispositivos mentales, de forma que el Espíritu, manipulado con pericia, acaba por aceptar las sugerencias y promover, en su cuerpo periespiritual, las deformaciones y condicionamientos inducidos por el operador de las tinieblas, que funciona como agente de la venganza, por cuenta propia o ajena. En esas condiciones, la víctima acaba por asumir formas grotescas, pierde el uso de la palabra, asume las actitudes y las reacciones típicas de los animales y es segregado, por tiempo imprevisible, de la toda convivencia con criaturas humanas normales y equilibradas. En antros delante de los cuales el infierno es una tosca y apagada imagen, imperan el terror, la alienación más dolorosa, la angustia más terrible, las condiciones más abyectas.

En esas cavernas de dolor superlativo, criaturas que, a veces, ocuparon en la Tierra elevadas posiciones, rescatan crímenes tenebrosos, que entre los hombres permanecieron impugnes.

(1) Léase, a propósito, el cap. V, “Operaciones selectivas”, de “Liberación”, volumen VII de la serie André Luiz.

El trabajo de rescate de esos pobres hermanos, que llegan hasta perder la consciencia de su propia identidad, es tan difícil cuanto doloroso, y jamás podrá ser hecho sin la más amplia cobertura espiritual. Más allá del dolor que experimentamos al presenciar tan espantosa aflicción, estamos seguros de que la audacia de socorrer a tales hermanos desata sobre los grupos que la manifiestan toda la cólera de las organizaciones que los subyugan. Además, ese es un recurso de que se valen los trabajadores del bien, para desalojar de sus reductos a los verdaderos responsables por esas atrocidades innominables. Furiosos por la temeridad de los sembradores del Cristo, ellos se vuelven contra el grupo mediúmnic, que precisa estar preparado, resguardado en la oración y en inmaculada pureza de intenciones. Es esa, a veces, la única manera de traerlos al esclarecimiento y a la tentativa de entendimiento. Este, con todo, el grupo, atento y preparado para recibirlos, porque ellos vendrán realmente fuera de sí, trastornados de odio, ante el atrevimiento de aquellos que osan provocarlos. Ellos precisan “lavar su honra”, recuperar el prestigio delante de sus comandados e imponer castigo ejemplar al grupo que tuvo la insensata osadía de exasperarlos. Los casos más graves de deformaciones periespirituales, como la zoantropía, en general, y la licantropía, en particular, son relativamente raros, consideradas las incontables multitudes de seres aprisionados en las tinieblas por sus aflicciones íntimas. Ellos constituyen importantes figuras, en el tenebroso ajedrez de las tinieblas, y son guardados a siete llaves y defendidos con uñas y dientes, como tuvimos oportunidad de verificar personalmente, en una excursión a esas cavernas del dolor. Llegado, con todo, el momento del rescate, no hay defensa que consiga resistir a la voluntad soberana de Dios, y los trabajadores humildes de la siembra del Cristo consiguen traerlos, en los brazos amorosos, para la expectativa de la liberación. La promisoría mayor está pagada, y es preciso comenzar la reconstrucción interior, piedra por piedra, con los escombros de un pasado calamitoso. Generalmente, como vimos, son Espíritus de considerables recursos y posibilidades, que se extraviaron muy gravemente. Ellos tienen condiciones de retomar el camino

evolutivo, no obstante aún con muchos errores a rescatar. Reciben a cambio la consciencia de su propia identidad y recomienzan el aprendizaje. Son usualmente recogidos en instituciones especializadas, donde va a realizarse la tarea del descondicionamiento. Es nuevamente la hora de innumerables especialistas: médicos del alma, cirujías del periespíritu, profundos conocedores de la biología transcendental y de las complejidades de la mente. Comparecen proyectores, esclarecedores, médiums, magnetizadores, para reconstruir, con amor, lo que fue destruido con odio, por los proyectores, esclarecedores, médiums y magnetizadores de las tinieblas. Las fuerzas son las mismas, los mecanismos son idénticos, los recursos son semejantes, solamente la dirección es la que cambia, invirtiéndose las señales de la operación, pues casi siempre los dedicados operadores que nos ayudan a reconstruir el Espíritu, arrasado por el dolor del rescate, son aquellos mismos que, en épocas remotas, se utilizaron de sus conocimientos para oprimir, para imponer angustias y aflicciones, en nombre de incontrolladas ambiciones personales. El conocimiento quedó, porque los archivos del alma son permanentes, mas cambió la motivación, y lo que antes hería, ahora quiere curar. Si antes conseguía realizar tanta cosa espantosa, trabajando al pavor de las leyes divinas, sin la sustentación de los poderes de la Luz, ¿qué no conseguirá ahora, al volverse para el lado bueno de la vida, donde cuenta con el apoyo de sus hermanos mayores?

EL DIRIGENTE DE LAS TINIEBLAS

Esta es una figura frecuente en los trabajos de desobsesión. Comparece para observar, estudiar las personas, sondear al esclarecedor, sentir más de cerca los métodos de acción del grupo, a fin de poder tomar sus “providencias”. Fue generalmente un encargado poderoso, que ocupó posiciones de mando. Acostumbrado al ejercicio de la autoridad incontestada, es arrogante, frío, calculador, inteligente, experimentado y violento. No dispone de paciencia para el diálogo, pues está habituado apenas a expedir órdenes y no a debatir problemas, aún más con seres que considera inferiores e ignorantes, como los pobres componentes de un grupo de desobsesión. Se sitúa en un plano de olímpica superioridad y nada viene a pedir; viene a exigir, ordenar, amenazar, intimidar.

Tales dirigentes son ágiles de raciocinio, envolventes, inescrupulosos, pues el poder de que disfrutan no puede ampararse en la dulzura, en la tolerancia, en la humildad, y sí en la agresividad, en la desconfianza, en el odio. En cuanto odian e infligen dolores a los otros, están olvidados de las propias angustias, como si la contemplación del sufrimiento ajeno provocase en ellos generalizada insensibilización.

Evitan descender del pedestal en que se colocan para revelarnos sus problemas personales, mismo porque, consciente o inconscientemente, temen tales revelaciones, que personalizan los problemas que enfrentan y los colocan en la “peligrosa” faja de sintonía emocional que abre las puertas de acceso a la intimidad del ser.

No son ejecutores, les gusta de dejar bien claro, que son jefes. Están allí solamente para coger elementos para sus decisiones; la ejecución quedará siempre a cargo de sus admiradores. Comparecen cercados de toda la pompa, envueltos en imponentes “vestimentas”, por tanto símbolos, anillos, indicadores, en fin, de “elevada” condición. Están rodeados de servidores, acólitos, guardias, esclavos, asesores, a veces “armados”, “montados” en “animales” o transportados bajo “palios”, como figuras de grandes sacerdotes y emperadores.

Uno de ellos me dijo, cierta vez, que yo no lo estaba tratando con el debido respeto – lo que no era verdad – porque hallaba impertinentes mis preguntas y comentarios. Para darme una idea de su grandeza, me informó que, cuando se trasladaba, iban delante de ellos

cortesanos, tocando campanillas portátiles, para que todos abriesen alas y supiesen quién venía.

¡Pobre hermano desorientado! En un irresistible proceso de regresión de memoria, invisible a nuestros ojos, mas de tremendo realismo para él, contempló, con horror, su antigua condición: participará del doloroso drama de la Crucifixión del Cristo. El impacto de esta revelación, o sea, de este recuerdo, que emergió, incontrolable, de los registros indelebles de su periespíritu, lo dejaron en estado de choque y desesperación, pues venía afirmándonos, desde la primera manifestación, que era uno de los trabajadores del Cristo y no deseaba sino restablecer el poderío de “su” Iglesia.

EL PLANIFICADOR

Este es frío, impersonal, inteligente, culto. Maneja muy bien el sofisma, es excelente dialéctico, pensador sutil y se aprovecha de cualquier descuido o palabra infeliz del esclarecedor para procurar confundirlo. Se muestra amable, aparentemente tranquilo y sin odios. No se envuelve directamente con los métodos de trabajo de las organizaciones tenebrosas, o sea, no da órdenes, ni las ejecuta; se limita a estudiar la problemática del caso y trazar los planes con extrema habilidad. Los planificadores son elementos altamente credenciados y respetados en la comunidad del crimen invisible.

Tuvimos varios casos de esa naturaleza. Citaré uno.

Se presentó mansamente. Nada de gritos, de puñetazos o de violencias. Hasta, sonreía. Era un sacerdote, se decía muy importante y luego se declaró que no era de los que ejecutaban, pues en su organización el trabajo era bien distribuido. Además, informó, pertenecía a otro sector de actividad, mas había sido invitado – y gentilmente accedió, por cierto – para dar “parecer” sobre el caso que estábamos tratando, un complicado problema de obsesión. Consultará la lista de “bajas” que la organización solicitante había sufrido, entendiéndose por “baja”, naturalmente, aquellos que se dejaron convertir a la Doctrina del amor, a través de la reeducación moral de que nos habla Kardec. Se siente, evidentemente, muy envanecido de su brillante inteligencia y del poder y satisfacción que eso le da. Su meta: restablecer el prestigio de la Iglesia, muy abatido en estos tiempos. Halla que fue un mal sofocar el pensamiento y no permitir que la razón imperase en la Iglesia, que hoy estaría aún dominando a los hombres. A cierta altura, propone un acuerdo entre **dos líderes**: él y yo. Le digo, con toda honestidad, que no soy líder y no tengo condiciones de negociar con él; que procuré a mis superiores.

Con el pasar de las semanas, él verifica que el problema es más complejo de lo que esperaba, y se presta a abandonar el caso, con el cual no pretende involucrarse, ya que su tarea es otra organización. Nos da una tregua. Tiene un momento de honesta inocencia, o realismo, como quieran: se halla un cínico, pues siempre despreció, mismo “en vida”, a aquellos que, en elevadas posiciones jerárquicas, le consultaban a él, simple mortal, valiéndose de su brillante inteligencia. Es evidente,

con todo, que siente enorme satisfacción al recordar que, desde su “humilde” posición, manipula a los grandes, que le pedían consejos y sugerencias, porque ya en aquél tiempo era un hábil articulador.

Hace un “post scriptum” a esta narrativa: la conversión de este compañero representó una pérdida irreparable para las huestes de las sombras, porque los impetuosos y agresivos jefes, y los ejecutores teleguiados, se sienten sin condiciones de estudiar meticulosamente y trazar fríamente un plan de trabajo que se desdoble como vasta y compleja operación de un ajedrez psicológico. Es preciso prever reacciones, estudiar personalidades, proponer concesiones y construir alternativas y opciones, en caso de alguna falla o cambio de condiciones básicas. Nada puede ser dejado al acaso, a la improvisación, al impulso. Por eso, los planificadores gozan de enorme prestigio y respeto en las organizaciones tenebrosas.

Por las reacciones de hermanos, también desequilibrados, que se presentaron posteriormente a nuestro grupo, para tratamiento, supimos de la pérdida irreparable que representó, para las huestes de la sombra, el despertar de ese compañero. Sus comparsas comparecían dispuestos a todo para rescatarlo, pues lo juzgaban nuestro prisionero. Es preciso comprender bien tales reacciones. Los hermanos desorientados se empeñan en verdaderas campañas belicosas, en las cuales todo vale y todo es permitido, desde que los fines sean alcanzados. Forman sus estructuras organizacionales según las afinidades, por cierto, mas, por encima de todo, según los intereses que tengan en común. Para alcanzar los objetivos que tienen en mira, organizan verdadero estado mayor de líderes brillantes, experimentados y audaces. Toda campaña es estudiada, planeada y ejecutada con precisión militar y dentro de riguroso régimen disciplinario, donde no se admite el fracaso. Quien falla pierde la protección de que disfruta, por hallarse ligado a la organización poderosa, que domina por el terror impiadoso, sin temor, agresivo, implacable. Ellos saben muy bien que, al desligarse de la organización, estarán solos delante de sus propios problemas personales.

En esas estructuras rígidas, el planificador ejerce una función importantísima, por qué son de los pocos, allí, que conservan la cabeza fría para concebir los planes estratégicos indispensables. Sus compañeros de dirección acostumbran ser impetuosos hombres de acción, que se entregan fácilmente al impulso desorientado de partir para la acción personal aislada, si no tuvieran quién los contengan dentro de un inteligente planeamiento global, que proteja no sólo los intereses de cada uno de los componentes, aisladamente, mas también

la seguridad de la organización. El planificador es el poder moderador, dotado de bastante habilidad para demostrar, y probar a los “cabecillas”, que el interés colectivo precisa sobreponerse al individual, por más fuerte que sea este. Es preciso que cada componente de la siniestra mafia espiritual comprenda que los casos personales de cada uno – venganzas, persecuciones, conquistas de posiciones – pasan a constituir objeto de meditación colectiva, y, como tal, tienen que esperar la vez y la oportunidad, sometiéndose a la misma estrategia: estudio, planeamiento y acción, todo a su tiempo y hora. Nada de acciones aisladas, precipitadas, que desperdician esfuerzos y ponen en riesgo la seguridad de la comunidad. Todo se hará en el tiempo debido, y todos tienen derecho a la utilización de los recursos de la organización: sus técnicos, sus instrumentos, sus “soldados” y trabajadores de toda naturaleza. En el interés de todos, por tanto, la cosa tiene que funcionar con mucha precisión y firmeza. El planificador es, pues, figura importantísima en la ordenación de esas tareas maquiavélicas. Su pérdida acarrea una desorientación general. Es difícil, sino imposible, para los compañeros que permanecen en la organización de las sombras, admitir que alguien tan lúcido y brillante se haya dejado convencer por un esclarecedor encarnado.

Como no consiguen admitir eso, solamente pueden concluir por la alternativa más viable: el compañero fue secuestrado, violentado en su voluntad y llevado prisionero a una mazmorra perdida. Es preciso reunir fuerzas y desencadenar una acción fulminante para rescatarlo. Por eso, tras la pérdida de un elemento importante – planificador o ejecutor -, fatalmente comparece al grupo un cruel representante de las tinieblas, para llevarlo “de cualquier forma”. Es hora, entonces, de la amenaza, de los gritos, de los puñetazos, o, de las confabulaciones, de las ofertas de tregua. A esa altura, con todo, ya están actuando a la base del impulso emocional, que nunca fue buen consejero, aún más en situaciones de crisis. Es cuándo más precisan de un competente planificador. Y la desesperación de no tenerlo lleva al desvarío, que muchas veces los deja completamente desordenados. De ahí la importancia que los trabajadores del bien confieren a los planificadores. De ahí el prestigio y el respeto que esos brillantes estrategistas gozan en las comunidades tenebrosas. Los líderes militares son buenos en la acción, mas casi nunca disponen de condiciones para estudiar meticulosamente y trazar fríamente un plan de trabajo, que se desdoble como vasta y compleja operación de un ajedrez psicológico. No están lidiando con datos concretos, como en los tiempos en que ejercían tales funciones en la Tierra. No basta preparar soldados y

equipos, estudiar el terreno, comprar armamentos y entrar en acción. La tarea es mucho más sutil, porque envuelve innumerables factores imponderables, que súbitamente emergen de la imprevisible condición humana. Es preciso prever tales reacciones, estudiar personalidades, proponer concesiones y construir alternativas y opciones, en la eventualidad de alguna falla o cambio de las condiciones básicas iniciales articuladas. Nada puede ser dejado al acaso, a la improvisación, al impulso.

Hace poco, hablaba uno de esos líderes de las tinieblas sobre la sofisticación de su instrumentación. Andaron grabando nuestras reuniones en “vídeo-tape” – la expresión es de él mismo – para estudiarnos. Tenían nuestras “fichas” completas, minuciosamente estudiadas, así como grabaciones y relaciones a nuestro respecto, siendo todo ese material cogido en la vigilancia que ejercen sobre nosotros. Después de tener todo documentado, estudiarnos en grupos de trabajo, cabiendo, entonces, a los planificadores elaborar la programación de la “campaña”. Mismo en cuanto conversan con nosotros, en el transcurso de la sesión mediúmnica, se hallan ligados a sus reductos, por hilos e instrumentos de transmisión, con el propósito de mantenerse firmes, apoyados por los compañeros que allá quedan, para que no sean arrastrados por la “flaqueza” de la conversión al bien. Se olvidan de que, por aquellos mismos dispositivos, la conversación del esclarecedor también es transmitida y producida allá, en aquellos reductos, ciertos impactos, en uno o en otro corazón más predispuerto al llamamiento del amor fraterno.

* * *

Uno de esos sutiles planificadores nos causó profunda impresión. No viniera específicamente para debatir con nosotros, mas para intentar recuperar un Espíritu que habíamos conseguido atraer y convencer de sus engaños. Al incorporarse en el médium, demuestra indisfranzable embarazo por encontrarse allí. Vacila y engaña, pareciendo estar realmente desarmado y perplejo. Por momentos, interrogado con prudencia paciente, va revelando su historia.

Fue realmente cogido desprevenido, pues no sabía que el grupo era aquél y, si lo supiese, no hubiera venido. (Es extraño que ignorese esto...) Conoce nuestro mentor y, al verlo, intentó retroceder y volver sobre sus pasos, mas ya era tarde. Identifica, en un miembro encarnado del grupo, a una persona que había conocido en Francia, en el siglo pasado. Es, por tanto, contemporáneo de Kardec y no esconde que

conoce la Doctrina Espírita, hasta más que nosotros, según informa, sin falsa modestia. Se declara consejero y planificador de la organización a la cual se encuentra afiliado. Está convencido de que el Espiritismo precisa de una “revisión” actualizada y él es uno de los que colaboró en la preparación de cierta **matriz** (palabra suya) que dará origen a una forma “moderna” de Espiritismo. Esa matriz era sustentada por las emanaciones mentales de algunos compañeros encarnados, actuantes en el movimiento y a los cuales fue prometida una ganancia de poder.

Está perfectamente consciente de sus responsabilidades y no desea retroceder del pacto hecho con sus superiores, que prevé, para él, una substancial parcela de poder y protección para una hija que estaría encarnada y muy asediada por Espíritus tenebrosos. Encajo, a esa altura, un comentario, diciéndole que ningún pacto la protegerá de sus compromisos cármicos, con lo que él parece concordar con su silencio. Al final, admire que no hizo acuerdo con la obscuridad: él es la propia obscuridad, y continúa sintiéndose confuso delante de nosotros.

Después de una larga conversación, meramente informativa, en que él va revelando su historia, parece tomar una decisión más drástica y comienza a hablar en altos gritos, a dar con las manos en la mesa, mas siento en él falta de convicción. Lo dejo hablar, para vaciar su cólera, su frustración y su temor, hasta que él se calma un poco y comienza a darme consejos y hacer algunas confidencias. Está en crisis. Se recuerda de pasadas encarnaciones y de la constante presencia del Cristo en sus vidas, mas también de las innumerables veces en que, a su parecer, traicionó al Maestro. Le gustaría volver a ser un humilde galileo. Por fin, agarra nuestras manos, llamándonos amigos y nos advierte – ahora con total sinceridad – de los riesgos de nuestra tarea, y parte en llanto, orando al Cristo.

También su pérdida desencadenó sobre el grupo un proceso de agresiones violentas y pasionales. Es difícil encontrar un buen planificador para reponer una “baja” importante como esa...

LOS JURISTAS

Muchas veces nos encontramos con esos trabajadores de las sombras, tan compenetrados de sus tareas como cualquier otros. Son los terribles juristas del Espacio.

“Estos también – dice el artículo ya citado, en “reformador” de febrero de 1975 -, autoritarios y seguros de sí, exonerándose fácilmente de cualquier culpa porque, según informan al esclarecedor, cíñense a los autos del **proceso**. En su opinión, cualquier juez terreno, medianamente instruido, proferiría la misma **sentencia** delante de aquellos actos. Todo formalismo procesualístico está allí: las denuncias, las renuncias, las audiencias, los pareceres, los laudos, las pericias, los despachos y, por fin, la sentencia – invariablemente condenatoria. Y hasta las revisiones, y los llamamientos, provistos en los “códigos” por los cuales se orientan (o mejor: se desorientan).”

Son también impersonales y fríos aplicadores de las “leyes”.

Uno de esos jueces me hizo la honra de traer, para argumentar conmigo, los **autos del proceso**. Abrió sobre la mesa el cuaderno, invisible a mí, y comenzó a citar la lista de crímenes que el acusado había cometido, desde la perversión de jóvenes ingenuos, hasta asesinatos. ¡Sólo después, pobre hermano, descubrió que estaba leyendo los autos de su propio proceso! Trajo consigo un servidor de su equipo apenas para “cargar” los autos, cosa indigna de su elevada condición de magistrado. Cuándo pidió al siguiente que le pasase los autos, este le dio la documentación errada... el engaño fue, además, el suyo mismo, porque el bedel le diera primero uno de los procesos, y él en tono áspero e imperioso:

- ¡No es este, es el otro!

¡Y el “otro” era el de él!

Ya me trajeron también los autos del proceso de mi “herejía”, como también autos ya archivados, con **sentencia** proferida, en caso que, según este jurista invisible, yo había **apelado**.

EL EJECUTOR

Se siente también totalmente desligado de la responsabilidad en cuanto a las atrocidades que practica, pues no es el que manda; apenas ejecuta órdenes. Usualmente, nada tiene de personal contra sus víctimas inermes. Se abrigan en la crueldad agresiva y fría, sin temores, sin remordimientos, sin dramas de consciencia.

¡Cuántos de ellos encontramos en los trabajos de desobsesión! Son remunerados de las maneras más ingeniosas y diversas, las que más se ajustan a su psicología, a sus vicios y a sus deformaciones.

Ya vimos el ejemplo del sacristán que era pagado con succulentas refecciones y vinos deliciosos. Hay los que son compensados con los placeres más viles. Otros son estimulados a actos de particular “bravura”, con vistosas **condecoraciones**. Uno de ellos me exhibía, con orgullo y frialdad, una preciosa condecoración por un gesto de enorme dedicación a la causa de sus mandones: ¡se empeñara en castigar a su propia hermana!

Otro, de esos compañeros desordenados, nos dejó una de las más conmovedoras lecciones, escrita, al principio, con los sombríos colores del rencor, y después, con las luminosas tintas del amor y de la emoción.

Se empeñara en un proceso tenebroso y complejo, de obsesiones violentas, al servicio de un grupo que disponía de vasto plan de actividad. Al manifestarse, mal conseguía contener su odio y su irritación. Revela su elevada jerarquía, ridiculiza, golpea, amenaza y se dice uno de los trabajadores del Cristo. No se había dignado comparecer delante de nosotros, si no nos hubiéramos metido en cosas que no eran de nuestra incumbencia. Me conoce desde hace mucho tiempo: siempre fui un herético impenitente, metido a reformista. Sus “soldados” están afuera, a su espera. Cuando, sustentados por luminosos trabajadores espirituales, comenzamos a conseguir de él alguna reacción positiva, parece entrar en pánico y no consigue ocultar cierto temor, él que siempre fue un valiente hombre de acción.

Al cabo de algún tiempo de diálogo, en varias veces en que compareció al grupo, me ofrecí para ayudarlo, en alguna cosa que necesite. Le pregunto si no tiene a alguien a quién podamos servir.

Es justamente eso lo que él no entiende: descubriera que, aunque sin saberlo, estábamos ya sirviendo, con todo nuestro afecto y dedicación, a un Espíritu muy querido a su corazón, que en antigua encarnación fuera su hijo y que nunca más olvidaría. No podía comprender como estábamos ayudando al “niño”, a cambio de nada, sin exigir cosa alguna, cuando él todo hacía para perseguirnos. Aquello era demás para su comprensión. Había más, no obstante. ¡Descubriera que los más terribles obsesores de su hijo eran precisamente los compañeros de su propia organización! Y, entretanto, entrenara “soldados” para darnos combate sin tregua, a nosotros, que tanto nos esforzamos por ayudar al hijo... Era, de hecho, incomprensible...

Pasadas algunas semanas, obtuvo permiso para transmitirnos un mensaje de gratitud, de amor, de arrepentimiento. Considerándola una de las cosas más lindas y más emocionantes que tuvimos, a lo largo de muchos años de práctica mediúmnica. Cuando me acuerdo de eso, aún me parece oír su voz pausada, embargada, sufrida, llorar el tiempo perdido, la ausencia del hijo amado, que no le era posible ni visitar, mas que lo dejaba a nuestros cuidados. Estaba de partida para una nueva encarnación, que se pronunciara de muchos dolores y renunciadas, como él precisaba, para el reajuste. Sustentábalo la esperanza de un encuentro, en el tiempo y en el espacio, un día... un día...

Así son ellos, pobres hermanos desorientados. No nos impresionemos con su violencia y agresividad. Traen dolores milenarios y, a respecto de sí mismos, se preservó en sus corazones la pequeñita llama del amor. Basta un soplo de comprensión y afecto para que ella sé reencienda.

EL RELIGIOSO

Es impresionante la elevada participación de extraviados “religiosos” en el trágico y doloroso desfile de Espíritus en lamentable desequilibrio, en las sesiones de desobsesión. Multitudes de ex-prelados se debaten, en el mundo póstumo, en angustias y rencores innominables, que se arrastran, a veces, por siglos.

Se presentan, casi siempre, como celosos trabajadores del Cristo, empeñados en la defensa de “su” Iglesia. Son agudos, inteligentes, agresivos, violentos, orgullosos, impiadosos y arrogantes. Parece haber frecuentado la misma escuela en el Más Allá, pues acostumbrar traer los mismos argumentos, la misma teología deformada, con la cual justifican sus impulsos y su táctica. Tienen sus temas predilectos, como la escena de la expulsión de los mercaderes del templo, que invocan como ejemplo de que la violencia es, a veces, necesaria y justificable, olvidándose deliberadamente, de las motivaciones de aquél gesto: la vergonzosa comercialización de las cosas sagradas y la industria del sacrificio de pobres animales inocentes. El gesto no es gratuito, ni queda sin explicaciones.

- Al mismo tiempo – escribe Mateo (21:13) – **los instruía**, diciendo: No está escrito: ¿“Mi casa será llamada casa de oración, por todas las naciones? ¡Entretanto, hicisteis de ella un cubil de ladrones!”

A ese comercio vil, estaban asociados los propios sacerdotes. Muchos de aquellos cambistas y negociantes no pasaban de meros “cabezas de hierro” de los dueños de la verdad... y del dinero. Emmanuel informa, en “Pablo y Esteban”, que Zacarías, el protector de Abigail, consiguió, mediante influencia de Alexandre, pariente próximo de Anás, “incluirse entre los negociantes privilegiados, que podían vender animales para los sacrificios del Templo”.

Los “religiosos” desorientados invocan también otros pasajes, bien escogidos a sus propósitos, como aquél en que el Cristo declara que no vino a traer la paz, mas la espada. (Mateo, 10:34). Kardec trató de esas cuestiones en el capítulo 23 de “El Evangelio según El Espiritismo”, al cual dio el título de “Extraña moral”. También comentaremos tales problemas, en cuanto cuidaremos específicamente de las técnicas y recursos sugeridos para el trabajo de desobsesión.

El gran problema de esos queridos compañeros desarmonizados es el poder. Casi siempre ejercieron, en las organizaciones religiosas a

que se filieron, vida tras vida, posiciones de mando y destaque. Están acostumbrados a dominar a los otros, no así mismos, pues todo se permite, desde que los objetivos que escogieron sean alcanzados. Constituyen equipos inmensos, que se alternan en la carne y en el mundo espiritual, manteniendo estricto intercambio, porque también se alternan en el poder, aquí y allá, y, por eso, sus organizaciones siniestras e implacables parecen eternizarse en el comando de las vastas masas humanas, encarnadas y desencarnadas.

El intercambio, a la noche, cuándo se hallan parcialmente liberados los encarnados, es intenso. Se realizan reuniones, para debate, estudio y planeamiento. André Luiz nos da una pequeña muestra de esa actividad en “Liberación”, en el capítulo “Observaciones y novedades”.

- “No mediste, aún – dice Gúbio, el instructor -, la extensión del intercambio entre encarnados y desencarnados. A determinadas horas de la noche, tres cuartas partes de la población de cada uno de los hemisferios de la Costra Terrestre se hallan en las zonas de contacto con nosotros y el mayor porcentaje de esos liberados del cuerpo, por la influencia natural del sueño, permanecen detenidos en los círculos de baja vibración como este en que nos movemos provisoriamente (1). Por aquí, muchas veces se forjan dolorosos dramas que se desarrollan en los campos de la carne. Grandes crímenes tienen en estos sitios las respectivas nacientes y, si no fuese por el trabajo activo y constante de los Espíritus protectores que se desvelan por los hombres en la labor sacrificial de la caridad oculta y de la educación perseverante, bajo la égida del Cristo, acontecimientos más trágicos aterrarían a las criaturas.”

¿Prestaron bien atención? ¡Tres cuartos de la población encarnada en la Tierra, o sea, tres personas de cada cuatro, esto es, 75 por ciento! André no habla específicamente de reuniones promovidas por religiosos, mas estas son activas, frecuentes y tenebrosas. Comparecen, vestidos de enorme autoridad, aquellos que la conquistaron por la astuta sagacidad, por la prepotencia y total desinterés por los aspectos éticos de las cuestiones envueltas. ¡Ay de aquellos que se entrometen en sus quehaceres e intentan impedir la realización de sus planes criminales! Precisa estar muy bien preparado, vigilante, guardado en la oración y asistido por Espíritus del más elevado tenor vibratorio.

A lo largo de muchos siglos de intriga política, y del ejercicio de la opresión y de la intimidación, esos pobres “ministros de Dios”

desenvolvieron apurada técnica de trituración. Disponen de recursos extremos y no vacilan en emplearlos, para alcanzar sus fines.

Conservan, en el mundo espiritual, sus paramentos, sus joyas y todos los símbolos de sus posiciones. Viven en “construcciones” suntuosas y silenciosas, se sientan en “tronos”, se rodean de cortesanos prontos a ejecutarles el menor deseo. Celebran sus “misas”, pregonan sermones, manteniendo un ritual pomposo y meramente exterior, tal como hacían aquí en la Tierra.

Una joven desencarnada, de quién cuidamos cierta vez, nos contó, con penosa ingenuidad, que vivía alegremente, en la irresponsabilidad de su inconsciencia. Se unió a un ser encarnado, a quién estamos interesados en ayudar, además, sin que él lo supiese. Comparecía una vez por semana a la presencia de nuestro amigo encarnado y lo inducía a los desatinos de los sentidos desorganizados, participando, ciertamente, de esas orgías. Era “remunerada” con “ropas” lujosas y bonitas y, evidentemente, le gustaba su tarea. Totalmente teleguiada, era simple instrumento bajo el poder implacable de sus señores.

Procediendo bajo hipnosis, actuaba precisamente en aquello que constituía el principal problema del compañero encarnado: sexo. Estaba muy bien preparada por sus instructores. Cuando yo le dije que era mero instrumento en manos ajenas, ella respondió que no, pues gozaba de entera libertad. No es maliciosa, es irresponsable y perturbada. Cuenta que “también antiguamente, en la misa, Monseñor habló que era preciso evitar el aguijón”. Saben, así, que si salen de allí, por fuga y flaqueza, encontrarán el espectro temido del dolor, las lágrimas, la desesperación.

(1) La organización visitada, enorme ciudad de las tinieblas, era dirigida por un ex-papa, cuya liberación es el tema central del libro.

En cuanto estando allí, tienen diversiones, placeres, vestidos bonitos y hasta mismo los “tranquilizantes” psicológicos para la consciencia atormentada, porque ex-sacerdotes fanatizados y duros les suministran “sacramentos”, las llevan a las misas que celebran y las absuelven de los pecados que por ventura hayan cometido. Es, sin duda, un plan maquiavélico, con lo cual ex-“ministros de Dios” consiguen manipular, a voluntad, pobres inocentes útiles que caen bajo su poder. A respecto de sus desvaríos, la siento interiormente ingenua, casi pura. Podría ser mi hija, le digo, y ella responde que, si yo fuese su

padre, ella no tendría valor para venir a verme. Aprovecho la enseñanza para decirle que, en ese caso, no anda haciendo buenas cosas, como alega, lo que parece impresionarla. En ese punto, ella me confiesa que vino escondida. “Ellos no pueden saber...”

- Por tanto – le digo yo – usted no tiene libertad, como dice...

Un argumento más que ella reconoce legítimo. Mas prosigue, charlando inconsecuentemente, para decir que “cuándo yo voy allá, todas se esconden”.

Por fin, hago una oración y ella se siente perdida, sin saber lo que hacer. Viene una joven serena y bella que la llama, mas ella teme y vacila; acaba cediendo y parte con ella.

En la sesión siguiente compareció un **sacerdote**. Tenía fuerte acento alemán y era el “guía espiritual” de nuestro compañero encarnado, entonces bajo tratamiento en nuestro grupo. Viniera en busca de la hija que desapareciera, precisamente la moza de la semana anterior. ¡Pobre hermano desarmonizado! ¡Ignoraba que ella estaba siendo vergonzosamente explotada por la misma “organización” a la que él servía!

Decía Pablo que todo nos es lícito, mas no todo nos conviene; para estos hermanos religiosos extraviados, todo conviene, sea lícito o no, desde que los ayude a alcanzar sus objetivos. Y así, mezclan los conceptos de una deformada teología con los ritos de la magia negra y con las técnicas de la hipnosis y del magnetismo, realizando verdaderos lavados cerebrales, provocando pavorosas desfiguraciones periespirituales, desencadenando procesos obsesivos penosísimos.

Una de las infelices criaturas a la que atendimos cierta vez, nos contó la siguiente historia: en una existencia anterior, fuera traicionada por una mujer. Localizando a esta ahora en otra vida – no supimos si casada con su antiguo marido -, la atormentaba libremente, con rencor y consciencia tranquila, porque un sacerdote, amigo suyo, la **perdonaba** y la estimulaba a proseguir en su deplorable tarea.

Hay, también, entre ellos, los ex-inquisidores. Aún rencorosos, más fanáticos que nunca, mantienen los mismos procesos de tortura y de encarcelamiento, en horrosas mazmorras infectas. Cuántos compañeros no socorremos, aterrorizados, roídos por los ratones, enceguedidos por las tinieblas, sintiendo aún las sensaciones de estrangulamiento, cargando cadenas imaginarias, con los ojos o la lengua arrancados, muertos de hambre, tuberculosos, desmembrados, alienados, atontados, muchos sin condiciones ni siquiera de llorar...

Todo arsenal alucinante de opresión y miseria tiene como soporte una teología que les es propia. Sus artífices no ignoran las

verdades contenidas en la Doctrina Espírita, ni tienen como negarla, delante de lo que saben, mas justifican sus atrocidades con frases estereotipadas, siempre las mismas, en el fondo, no obstante variadas en la forma. Si, reconocen, que es verdadera la doctrina de la reencarnación, por ejemplo. La Iglesia la admite hace mucho tiempo, dicen, mas conserva tales conocimientos limitados a una elite pensante, pues esas informaciones no deben ser transmitidas a la masa popular. Un día, cuando consiguieran restaurar todo el poderío de la Iglesia, esos conocimientos serán liberados y el Evangelio del Cristo será nuevamente pregonado tal como es, o sea, como ellos entienden que sea. Uno de ellos me declaró, cierta vez, que existe, pronta, una nueva versión del Evangelio, cuidadosamente preparada, para ser lanzada en el momento oportuno. Ese momento es siempre el mismo: cuando restablecieron nuevamente el dominio total sobre la Humanidad, tal como en el pasado, en que era honra concedida a los reales besar los pies de los Papas.

En cuanto a eso, traman, envuelven, planean y ejecutan, con la complicidad de muchas flaquezas humanas, propias y ajenas.

Es claro, pues, que el blanco de preferencia de sus investidas es el Espiritismo, que muchos combatieron “en vida” y que prosiguen combatiendo, con redoblado ardor, cuando pasan al mundo póstumo. Los grupos espíritas de trabajo mediúmnico interfieren directa o indirectamente en sus planes. Muchas veces, tales grupos se envuelven en auténticos avisperos, al intentar ayudar a compañeros encarnados o desencarnados, bajo el guante de terribles obsesiones. Es que, en no pocas oportunidades, los obsesados son piezas importantes en el complejo juego de ajedrez de las sombras. Verdaderas batallas se traban en torno de determinadas figuras humanas, y los grupos que intentan salvarlas de sus aflicciones precisan estar realmente bien preparados, o serán impiadosamente aplastados por la agresividad de los poderosos dirigentes de las tinieblas.

Por otro lado, el movimiento espírita moderno, especialmente en Brasil, cuenta con enorme cantidad de antiguos sacerdotes, arrepentidos de sus desatinos pasados, procurando, en nueva encarnación, lavar las manchas de crímenes hediondos que cometieron. Para los antiguos compañeros, entretanto, son tráfugas despreciables, que hay que aplastar, apóstatas que tienen que ser destruidos, heréticos que precisan callar a toda costa.

¡Cuántos me han interpelado, con las más terribles injurias! Uno de ellos, conociendo mi pasado, tanto en la Iglesia Católica como en la Protestante, me dice, con odio y desprecio:

- Protestante y espírita, dos puercos en uno sólo...

Otro, fanático y no malo, me buscaba hace más de cuatro siglos, pues desde la última vez que fuimos compañeros, éramos sacerdotes católicos, antes de la Reforma Protestante.

Otros se empeñan en “recuperarnos”, sea con amenazas, sea con promesas seductoras o mentiras inaceptables.

A esta altura, el lector, algo impresionado, estaría preguntando si no hay sacerdotes de buena índole, en el mundo espiritual. Ciertamente que sí, y, gracias a Dios, en gran número; con mucha más frecuencia, no obstante, entre aquellos que fueron pequeños y humildes servidores de la Iglesia, conscientes de las grandezas del Evangelio de Jesús. Son ellos los serenos párrocos de aldea, monjes y frailes que se dedican a la caridad y al servicio al prójimo. Son muchos los que rápidamente se adaptan a las condiciones del mundo espiritual, donde no encuentran ni el cielo de goces inefables, ni el infierno aterrador, ni tampoco el purgatorio legendario, mas apenas las condiciones que crearon para sí mismos. Algunos de los más destacados miembros de la jerarquía eclesiástica también vencen, con sorprendente brevedad, el período de perplejidad en que se sumergen con la desencarnación.

Uno de ellos, manifestado en el Grupo Ismael, declara, en su segunda comunicación:

- “Es estupenda la metamorfosis que se operó en mi Espíritu, desde la visita que os hice. Extraordinario fenómeno, capaz de confundir la inteligencia más perfeccionada y la criatura mejor provista de conocimientos teológicos y profanos. Estupenda, grandiosa, diría más aún, fenomenal, es la obra en que colaboráis, vosotros, hombres terrenos, mal visto por la sociedad perversa de vuestros días. Medito y considero: yo, servidor de la Iglesia, elevado a la más alta dignidad eclesiástica, en la Tierra de Santa Cruz, vengo entre vosotros, criaturas simples, la mayoría sin preparación intelectual, beber del agua de la vida que la enseñanza de la Iglesia romana nunca puede proporcionar a mi Espíritu sediento. Cuando regresé de aquí, mis hermanos, el Infinito como que se había transformado y nuevo escenario me deparó. La corte de los que me acompañaban, cabizbaja y encogida en un rincón, demostraba su contrariedad por los efectos que a mi vista produjera en mi Espíritu.” (1)

Era de aquellos que, “en vida”, según sus propias declaraciones en la sesión anterior, “procuraba, juntamente con otros dignatarios de su Iglesia, medios de conseguir que cesasen las actividades de la Federación, en la propaganda del Espiritismo, por considerar falsa y

errónea esa doctrina, perjudicial al Catolicismo”. Era, ahora, socorrido exactamente en la organización que intentara hacer callar.

Nótese, también, en su comunicación, la referencia a la corte de los que lo seguían y la desilusión en que quedaron, al ver al bravo cardenal rendirse espontáneamente a aquellos que todos consideraban como adversarios, que no merecían piedad ni consideración.

De otro cardenal desencarnado oí, cierta vez, la lamentable queja del arrepentimiento, no por el combate al Espiritismo, mas por lo que dejara de hacer de bueno, cuando disponía de tantos recursos y poderes, en virtud del íntimo conocimiento de los secretos políticos de la Iglesia.

-
- (1) “Trabajos del Grupo Ismael”, vol. Junio/1939 a diciembre/1940. Compilación del Dr. Guillón Ribeiro, edición de la FEB, 1941, pág. 137.

Conmovedoras, no obstante, son las pequeñas manifestaciones anónimas, en servicios preciosos, de que solamente tenemos conocimiento por vía indirecta. Uno de los poderosos “Príncipes de la Iglesia”, impetuoso y arrogante, que nos trataba con superior condescendencia, fue acogido por un viejo y humildísimo criado de cuarto, que lo sirviera en sus días de gloria.

*

Muchas son las lecciones dolorosas que nos suministran los dramas vividos por esos pobres hermanos que insisten en declararse trabajadores del Cristo. Examinando sus tendencias, estudiando sus actitudes y pronunciamientos, creo que podríamos identificar dos posiciones básicas, en ellos: ambición y fanatismo. A veces, la ambición y el fanatismo parecen coexistir en el mismo Espíritu, mas ocurre, también, separados. Los ambiciosos desean el poder, el ejercicio de la autoridad. No saben vivir sin mandar, sin oprimir, sin imponer su voluntad y sus ideas.

Nos mueven ambiciones desmedidas, sustentadas e impulsadas por la filosofía de la restauración de la “verdadera” Iglesia del Cristo. ¡Cuántos de ellos no nos han confesado su impaciencia e irritación ante la desagregación de la autoridad de la vieja organización eclesiástica! No es esa la imagen de la Iglesia con que sueñan. La quieren fuerte, poderosa, autoritaria, incontestada, dictatorial, como en los tiempos pasados; no esa que está siempre retrocediendo y entregándose, como arrinconada. En el mundo espiritual en que viven, conservan los modelos medievales, con todo su cortejo de vicios. Sólo

les resta reimplantar esos modelos entre los encarnados, respondiendo a la esclerosa organización terrena en su antiguo “esplendor”.

Es cierto que, para esos objetivos, encuentran apoyo en los más insospechados sectores de la actividad humana, tanto aquí, como en el mundo espiritual. Para esto, se ligan a otros poderosos del pasado, con los cuales celebran pactos siniestros de apoyo mutuo, para participar del gran pastel del poder cuando lo reconquistaren. Es común encontrarnos, entre los desencarnados, sacerdotes de elevada jerarquía eclesiástica, perfectamente encontrados con antiguos gobernantes legos que se revelaron indiferentes a las cuestiones puramente religiosas o francamente hostiles al movimiento cristiano, que algunos de ellos llegaron hasta combatir tenazmente, cuando se encontraban en sus pasajes por la carne. No importa. Desde que constituyan buenos compañeros en la conquista de las posiciones, las tenebrosas alianzas se realizan.

En cuanto a los fanáticos, no siempre son ambiciosos, en el sentido de la disputa del dominio político. Están convencidos de que su forma de pensar es la única cierta, con exclusión de todas las demás. Combaten el Espiritismo, no porque desean posiciones de mando, mas porque lo consideran una odiosa herejía. En el fondo, el fanático puro sirve de instrumento al ambicioso, pues este no se interesa por el pensamiento religioso en sí, y sí por el poder que una teología deformada y bien manipulada puede proporcionar.

Muchos de esos Espíritus repiten incesantemente sus engaños por siglos a seguir, buscando siempre los núcleos del poder, cualquiera que sean las creencias en que se apoyan. Fueron hierofantes de decadentes cultos egipcios, por ejemplo; repitieron la experiencia, como sacerdotes judíos, y vuelven a insistir, como prelados católicos, siempre disputando posiciones relevantes, desde donde puedan maniobrar. Para que esos cambios tan radicales de posición teológica no los incomode, se condicionan a un olvido de las antiguas circunstancias, para no tener que enfrentar conscientemente una realidad extraña, como la de declararse en lucha por la restauración de la Iglesia del Cristo, cuando toda su actividad y todas sus verdaderas convicciones son un desmentido formal a la Doctrina de amor contenida en los Evangelios. A veces, despiertan para la realidad, ante el impacto traumático de revelaciones que dormitaban en sus indelebles registros periespirituales, como aquel imponente “servidor” del Cristo que acabó descubriendo que participara personalmente del drama de la cruz... Otro ayudó a apedrear a Magdalena... Un tercero lamentaba haber quemado a una santa. ¿Sería Juana de Arco?

Todos esos saben muy bien por qué huyen a los recuerdos del pasado: es que los recuerdos les arrastran, inapelablemente, a enfrentar sus propias contradicciones íntimas, sus hipocresías, sus desvíos, sus flaquezas. El olvido deliberado y auto-inducido son una fuga, un escondrijo. En cuanto están allí, se hallan abrigados del dolor. Por eso, no están interesados, específicamente, en esta o aquella teología – lo que importa es la acción, el poder. En el fondo, saben muy bien que no son trabajadores del Cristo, mas hace tanto tiempo que se condicionaron a esa actitud, que acaban por convencerse de su autenticidad. Es preciso un impacto más violento para desalojarlos de sus terribles auto-ilusiones.

EL MATERIALISTA

Este no constituye problema difícil, en el trabajo de esclarecimiento. Vive, en la carne, convicto de que más allá de la materia nada existe; de que, más allá de la muerte, sólo hay el silencio y la oscuridad del no ser. A veces, tales posiciones fueron meramente filosóficas, esto es, platónicas. A despecho de la descreencia en cualquier tipo de realidad póstuma, no fueron intrínsecamente malos, apenas desencantados, indiferentes, desorganizados íntimamente, no obstante, en la apariencia, seguros y tranquilos. Son más accesibles, y más prontamente aceptan la nueva realidad.

Otros, no obstante, son de aquellos que, descreyentes de la vida espiritual, se entregaron de cuerpo y alma al culto desenfrenado de la materia. Al contrario de los teóricos del materialismo, estos son los que lo practican, en todos los sentidos. Disputaron fortunas a hierro y fuego, intrigando, matando, si preciso fuese, promoviendo negocios engañosos, robando, falsificando, al mismo tiempo en que se dejaron arrastrar por el sensualismo pesado, que envilece todos los sentidos y anestesia cada vez más las facultades y la sensibilidad. Para estos, nada es sagrado, nada importa, sino la satisfacción de sus ambiciones, de sus deseos, de sus voluntades.

La objetiva realidad de la vida póstuma los pone en total confusión. Algunos de ellos, endurecidos en sus convicciones, continúan viviendo en el mismo clima de maquinaciones y articulaciones, aún presos a sus intereses terrenos, persiguiendo a aquellos encarnados y desencarnados que se atraviesan en su camino. Generalmente desean la vuelta a la carne, pues solamente en ella se sienten relativamente felices, no apenas por el olvido de sus miserias, mas porque les proporciona los placeres más groseros a que se habituaron.

En otros, el choque despierta para una condición que ellos no podrían jamás admitir sin el impacto de la desencarnación. Cuando incorporados a los médiums, no obstante confusos, al principio, acaban por reconocer que continúan vivos después de la “muerte”, pues están pensando y hablando, viendo y sintiendo, a través de un cuerpo que, evidentemente, no es el suyo. Se recuerdan de las dolencias que tuvieron, mas se niegan admitir que “murieron”, porque esto implicaría reconocer que el materialismo que profesaban es

enteramente falso. La obstinación es, también, vanidad. Prefieren continuar negando, por algún tiempo, que admitir, honestamente, que fueron engañados por su propia descreencia en la verdad superior.

Es preciso conducirlos con tacto y paciencia. La súbita e inoportuna revelación de la nueva condición en que se encuentran, podría colocarlos en lamentable estado de choque emocional. Tenemos que comprender que es difícil a aquél que no cree en la sobrevivencia admitir que, a despecho de la descreencia en sí mismo, él sobrevivió.

En “Reformador” de septiembre de 1975, en el artículo “Leyendo y Comentando”, está relatado un caso de esos, tratado con extrema habilidad y cariño por una excelente esclarecedora inglesa. El Espíritu, de nombre Tom, viviera agarrado a sus bienes y, especialmente, a su oro, en su imaginación, continuaba manipulando las **monedas**, en el mundo espiritual, totalmente desligado de la nueva realidad que vivía. Al poco tiempo, va siendo conducido a admitirla.

EL INTELLECTUAL

No siempre es materialista. La escala cromática aquí es amplia y variada. Los encontramos de todas las formas, variedades y tendencias. Les hay descreyentes, indiferentes, materialistas, espiritualistas, religiosos o no. Fueron escritores, sacerdotes, artistas, poetas, médicos, abogados, nobles, ricos, pobres. Casi siempre se dejaron dominar por invencible vanidad, fracasando en la prueba de la inteligencia.

En el binomio cerebro/corazón, en el cual el hombre debe buscar equilibrio, dejaron disparar en la frente uno de los componentes, en sacrificio del otro. Brillantes, demóranse en la dulce y venenosa contemplación narcisista de la propia inteligencia, fascinados por sus mecanismos, su ingeniosidad y los bellos pensamientos que producen. Se juzgan geniales – y muchas veces lo son mismo. Son buenos argumentadores y, cuándo movidos por objetivos bien definidos, se tornan verdaderamente difíciles de ser despertados, pues se hallan sólidamente convencidos del poder y de la fuerza de sus propias fantasías, sus doctrinas, sus sofismas y sus autojustificaciones.

Los vemos, a veces, en la condición de ex-sacerdotes también, como eximios creadores de tales sofismas. Estudiaron profundamente los Evangelios y la teología ortodoxa. Leyeron a sus filósofos, escribieron tratados, pregonaron sermones bellísimos, desde el punto de vista literario, y tanto consolidaron sus constituciones, que acabaron creyendo en ellas. Son estos los que constituyen el diálogo más difícil para el esclarecedor. No se exaltan, ni dan golpes. Parecen, mismo, suaves y tranquilos. Tienen respuestas prontas e ingeniosas para todo, hacen preguntas bien formuladas, procurando confundir, para desorganizar al interlocutor.

Al cabo de algún tiempo de observación atenta, descubrimos que el intelectualismo es como cualquier otra forma de fuga; es también un escondrijo, para el Espíritu que rehusa enfrentar una realidad dolorosa.

Si conseguimos restablecer el vínculo, que siempre deberá existir, entre cabeza y corazón, estaremos en camino de ayudarlo. Narraré un caso práctico, para ilustrar lo que quiero decir con eso.

El compañero se presentó irónico, aparentemente muy seguro de sí. Es culto, inteligente, buen sofista, versado en filosofía, en teología y hasta en los textos evangélicos, que cita con la mayor facilidad y propiedad. Conversamos largamente, y él no pierde oportunidad de

ridicularizarme, ante mi pobreza intelectual. En un momento de incontenida irritación, me llama débil mental e idiota, mas tras contenerse, al ser llamado la atención por un compañero desencarnado de más elevada jerarquía, como después verificamos.

Con la voz pausada, deja escapar sus terribles amenazas, diciendo que nuestro barco va a virar y seremos empujados para el fondo, con barco y todo.

- De esa vez – dice él – no va a ser fácil. ¡Usted va a caer de la rama del árbol, macaco!

Según dice, hace mucho que me sigue y tiene la voluntad de decirme algunas verdades en mi cara, porque aún tengo mucho del hombre viejo, con lo que concuerdo plenamente. No sabe por qué no las dice, pues está cierto de que, si eso aconteciese, en aquella misma noche el grupo estaría liquidado. (Está, ciertamente, sintiendo los controles del médium.) Habla del cerco que me viene haciendo, hasta en mis actividades profesionales, y refiere episodios verídicos, para demostrar su familiaridad con lo que dice respecto a mi vida particular. Concluye diciendo que, hace tiempo, casi consiguieron derrumbarme. (Hay siempre un *casi*, en la bondad infinita de Dios, cuando nos empeñamos en la bendita tarea de servir.)

Al cabo de larga conversación, se despide, algo soñoliento, mas firme en sus convicciones. Oro por él durante toda la semana y, en la siguiente reunión, él vuelve.

No está tan irónico y seguro de sí, como en la primera vez. Perdió la aparente serenidad, revelándose profundamente irritado, furioso mismo, amenazador, agresivo, impaciente. Debe ser por causa de la pérdida del valeroso compañero que en la semana anterior lo advertiera, cuando me llamó débil mental y que, con la gracia de Dios, conseguimos despertar.

Se declara un líder, y que, si yo tuviese visión espiritual, vería que todos sus compañeros están allí, detrás de él, como un bloque. Están prontos y dispuestos a desencadenar la lucha. Las amenazas son terribles, mas lo siento más desesperado que rencoroso. Dice que traspusimos todas las barreras y que es preciso un **bast**a final.

En cuanto conversamos, otro médium del grupo me avisa que oye repicar muchas campanas al mismo tiempo y, enseguida, sonidos de órgano. El también oye, mas se rehusa a reconocer la situación, que, obviamente, teme, e insiste en retomar el combate filosófico-religioso. Es la fuga desesperada ante toda y cualquier aproximación de la emoción, que no sea el frío juego de palabras a que está habituado y que lo anestesia espiritualmente.

De vez en cuando, se dirige, irritado, a alguien invisible, que le cita trozos evangélicos. En una de esas, dice, nervioso:

- Yo sé. 4:19, Primera a los Corintios. (1)

Según me dice el otro médium, la música prosigue a vibrar dentro de él. A esa altura, él comienza a palpar a su médium: la cara, los ojos y el cuerpo, demorándose en las manos. Comienza sutilmente la crisis. Él concluye con voz alta, que son manos de un organista (que el médium fue, realmente, en antigua encarnación, en la Alemania.) ¡Poco después, aún irritado, ante mi evidente falta de agudeza, me dice que es ciego! ¡Y aún así domina, es un líder!, informa, satisfecho consigo mismo. Siento por él una compasión infinita y me dirijo a él con ternura, a pedirle que me perdone por no haber notado eso antes. Pregunto si permite que intentemos curarlo, y él recusa enérgicamente.

A esa altura, no consigue más que la música domine todo su ser. Habla sobre acordes que le causan verdaderos choques. La crisis se profundiza y él oye ahora, irresistiblemente, la música sublime de un organista incomparable. Intenta desesperadamente huir de ella, tapa los oídos, bate con los codos en la mesa, canturrea una canción, y dice a sí mismo:

- ¡Reacciona, flojo!

Mas el torrente de aquella música Divina, que él tiene el privilegio de oír, lo arrastra irresistiblemente. Según me informan del mundo espiritual, él acostumbra oír los recitales siempre del mismo lugar, en la tercera fila a la derecha. Le digo eso, en cuanto él parece también reconocer, de aquél tiempo, a su médium actual.

Por fin, gracias a Dios, la emoción de aquella música inolvidable lo domina inapelablemente. Está fatigado y murmura:

- Él es un monstruo... Todo en él es grande...

Se refiere, por cierto, al organista que, desde lo invisible, toca para él en este momento. Seguidamente, comienza a llorar, vencido por la emoción que hace tanto sofocó en su corazón generoso. La música que él amaba, y comprendía como pocos, fue el instrumento sutil que la misericordia Divina utilizó para restablecer el perdido contacto entre corazón y mente, que andaban separados.

(1) “Mas, iré luego donde estéis, si fuera de la voluntad del Señor; y entonces, conoceréis, no la palabra de esos orgullosos, mas su poder.”

Lo trato con infinito cariño y amor fraterno, y cuando le pido perdón por el dolor que le causamos en aquella crisis necesaria, él responde, entre irritado y confuso:

- ¡No pida perdón, tonto!
Enseguida parte, también en llanto y con la visión recuperada.

EL VENGADOR

Vengarse es punir a alguien por aquello que hizo al vengador y, por eso, venganza es una palabra clave en los trabajos de desobsesión y esclarecimiento. Aquél que se dedica a esas tareas, precisa estudiarla a fondo, sus orígenes, sus motivaciones, sus mecanismos y las soluciones que tiene a su alcance.

Es preciso atender al vengador y aceptarlo como él se presenta, si es que pretendemos ayudarlo, pues él es, antes de todo, un prisionero de sí mismo, a través de su cólera y de su frustración. Su mayor ilusión es la de que la venganza aplaca el odio, cuando, en la realidad, lo alimenta y lo mantiene vivo. Su lógica es, al mismo tiempo, fría y apasionada, calculada e impulsiva, paciente y violenta, y siempre implacable. Envuelto en su proceso, él ni siquiera admite el perdón, y es capaz de perseguir a su víctima a través de siglos y siglos, a lo largo de muchas vidas, tanto aquí, en la carne, como en el mundo espiritual.

Casi siempre la venganza se desdobra a partir de un caso personal, mas es común encontrarnos también al vengador impersonal, aquél que trabaja para una organización opresora. También veremos eso más adelante.

El vengador observa, planea y espera la oportunidad y el momento favorable. No se precipita, mas no olvida: siempre que puede, interfiere, aunque sea solamente para atravesar con un aguijonazo a su víctima indefensa.

Casos tremendos y persistentes de obsesión vengativa resultan de amores frustrados traicionados o indiferentes. Pasiones no realizadas o envilecidas despiertan sus más profundos sentimientos de rebeldía. Otras veces, son crímenes horribles, como asesinatos, expoliaciones, deshonras, difamaciones, iniquidades de toda suerte.

El vengador es aquél que tomó en sus manos los instrumentos de la justicia Divina. No confía en ella, la ignora o no tiene paciencia de esperar por ella. No sabe, aún, que el reajuste vendrá fatalmente, a través de la ley de causa y efecto. Todo aquél que hiere con la espada, ha de ser herido por ella, según nos advirtió el Cristo. Es cierto, no obstante, que llegado el momento del rescate, la ley no exige que alguien – sea quién fuere – tenga que empuñar la espada para herir al hermano deudor. Puede darse muy bien que él se hiera accidentalmente, cayendo sobre un instrumento, por ejemplo,

muriendo en una intervención quirúrgica, en principio destinada a preservarle la vida y, por tanto, sin ninguna intención de cortar el hilo que mantiene unidos cuerpo físico y periespíritu.

En mensaje transmitido a Francisco Cándido Xavier, el “Hermano X” narra un episodio de esos, en que una atrocidad practicada en el año 177, en tiempo de Marco Aurelio, vino a ser cobrada por la ley, en la tragedia de 17 de diciembre de 1961, en la ciudad fluminense de Niterói. Las simetrías son perfectas. No faltó un solo elemento en esa cobranza colectiva y despersonalizada. Aquellos que ayudaron a promover el dantesco episodio de Lyon, hace casi dieciocho siglos, se reunieron en el circo de Niterói. Las mismas carreras, el mismo atropellamiento, el mismo pasaje estrecho por donde algunos escaparon al infierno. (1)

Tuvimos, cierta vez, un caso de venganza que mucho nos marcó. Alguien nos pidiera ayuda espiritual para una joven en constante estado de rebeldía, angustia y desajuste. Colocamos su nombre en nuestro cuaderno de oraciones y aguardamos. Sin mucha demora, dos o tres semanas después, compareció al grupo un Espíritu indignado de su perseguidor, y la historia se desarrolló.

Fue su esposo en antigua existencia, en la Edad Media. Eran gente rica y probablemente de la nobleza, pues vivían en un castillo. Su drama es que, según él, **todos los días**, a través de los siglos transcurridos, a la misma hora, él abre determinada puerta, sabiendo ya lo que va a encontrar: la escena inolvidable flagrante de traición. La mató y se suicidó, según los deformados “códigos de honra” de aquella época. Entretanto, la tragedia, lejos de

(1) “Tragedia en el Circo”, “Reformador” de marzo de 1962.

pacificar su corazón o aplacar su rencor, lo exacerbó más aún, porque sufrió horrores, no solo por causa del asesinato de la esposa, sino, también, en razón del horrendo crimen del suicidio. Los dolores que le siguieron consolidaron su odio, y, desde entonces, él persiguió al Espíritu de la antigua amada. Tanto él, como ella, tuvieron otras vidas, en ese ínterin, y ella estaba nuevamente encarnada. Su deseo, ahora, el de llevarla al suicidio (la joven sufría realmente de impulsos suicidas), para tenerla totalmente bajo su dominio. Él sabe de su responsabilidad y está bien consciente de que responderá por los nuevos crímenes que practica para vengarse, mas eso, para él, no importa; lo que interesa en el momento – y ese momento dura siglos – es la venganza por sí misma. Por otro lado, los vengadores siempre se olvidan, o ignoran,

que no hay sufrimiento sin motivo. En el caso, si él sufrió traición, es porque, a su vez, ya traicionó también, en el pasado. ¿Y cómo podremos negar indefinidamente el perdón de una falta cometida contra nosotros – por más grave que sea – si también precisamos que nuestras propias faltas sean perdonadas?

Mas, en situaciones como esa, hay un curioso proceso emocional que el esclarecedor precisa conocer y emplear. Es la paradoja del odio-amor. El vengador piensa odiar a una criatura que él aún ama, a pesar de todo. Si la odiase simplemente, ya la habría olvidado y no se mantendría preso a ella durante tanto tiempo. Parece que le restó una esperanza de reconquista, dolorosa, tenue, inconsciente, mas persistente.

En el caso examinado, fue realmente lo que los salvó del tenebroso drama. Me acordé de preguntar si no habían tenido hijos. Realmente tuvieron, dos criaturas encantadoras, en un matrimonio, que él tiernamente decía que eran dos ángeles. Me dice, también, que tras de la puerta siguiente, que él se recusaba siempre trasponer, sabía que encontraría a los hijos amados. Era preciso, entretanto, mantener encendida la llama roja del odio que, temía él acertadamente, no podría subsistir al lado de la locura del amor paterno, que lo colocaría en una posición de ternura que él quería evitar.

En la sesión siguiente trajeron, por desdoblamiento, el Espíritu de la ex-esposa. Hubo un diálogo emocionante, del cual percibíamos apenas sus faltas. Se siente vacío y cansado. No tiene ánimo, ni para vengarse.

- Usted es un trapo, y yo también – dice ella. – somos dos trapos. Vaya en paz, que no la perseguiré más. Que Dios nos bendiga... Y adormeció.

* * *

Es extremadamente complejo el proceso de la venganza. De cierta forma, la ley universal nos proporciona los elementos para ejercerla, porque, con su falta contra nosotros, aquél que nos hirió se coloca a la mercé de la reparación, casi siempre dolorosa. Y, por eso, el vengador se siente un instrumento de la justicia Divina, con todo el derecho de ejercerla, olvidado de que está asumiendo un compromiso que, en parte, había rescatado por la propia aflicción que procura punir a su modo. Por otro lado, al mismo tiempo en que él se venga, el ofensor se libera por el dolor, y acaba, a lo largo del tiempo, por situarse fuera de su alcance, en cuanto él, el perseguidor, continúa preso a su

problemática y, por tanto, a sus angustias, con un pasivo enorme de faltas aún por rescatar.

Al vengarse, él reabre el ciclo de la culpa y se expone, a su vez, nuevamente a la ley, que se volverá contra él, a lo largo en el tiempo y en el espacio.

Si conseguimos convencer al vengador de la lógica férrea de ese mecanismo, estaremos en condiciones de ayudarlo a liberarse; caso contrario, él seguirá esclavo de su propia venganza, a la vez que el libre albedrío, que le faculta la decisión de actuar, responde del mismo modo, por las consecuencias amargas e ineluctables que provoca. No hay otras opciones: o él perdona y sigue adelante, o insiste en cobrar, y demorarse en las sombras del sufrimiento.

Consideremos diferentemente al obsesor y al vengador. Aunque tengan mucho en común, en sus métodos de acción y en el que podríamos llamar de su filosofía, ellos difieren sutilmente: obsesión muchas veces es venganza, mas la venganza no es, necesariamente, un proceso obsesivo. No sé si me hago entender. El Espíritu puede vengarse larga y profundamente, sin desencadenar obsesiones a su víctima, empeñándose apenas en crearle dificultades y dolores, angustias y frustraciones. Es que el Espíritu, encarnado y desencarnado, que sufre un proceso vengativo, está, en cierta forma, a la mercé de su verdugo, porque al errar se expone al reajuste; mas, así debiendo, delante de la ley no respetada, podrá estar a salvo de la obsesión en sí misma. Asistimos, a veces, a la venganza indirecta. Sin poder, por cualquier razón, alcanzar a la víctima legal, los “cobradores” alcánzanla haciendo sufrir a aquellos que la rodean y que, por sus faltas personales y por sus conexiones espirituales con la víctima, son impiadosamente sacrificadas al odio.

De un pobre hermano, envuelto en antiquísima trama vengativa, alguien oyó decir, cierta vez:

- Soy el responsable por todos los dolores que los tuyos vienen sufriendo hace mucho tiempo...

Esto no quiere decir que la víctima indirecta sea invulnerable o inalcanzable, por la santificación; es que, empeñada en sincero y honesto proceso de recuperación, dedicado a la oración, al servicio al prójimo, a la mejora íntima, se coloca bajo la protección de la propia ley Divina, que le concede un crédito de confianza, pues las culpas son rescatadas también a través del amor y no apenas del dolor...

Atención, no obstante, para un pormenor: esto no significa que sufran los justos por los deudores, ni los padres por los hijos, o la esposa por el marido. No hay sufrimiento inocente en la justicia

Divina. Lo que ocurre, en esos casos, es que el vengador alcanza la víctima (que se colocó fuera de su alcance) a través de aquellos que le son queridos, pero que también se hallan en débito delante de la ley, por otros motivos.

MAGOS Y HECHICEROS

Los trabajadores de la obsesión no deben ignorar la realidad de la magia negra, a fin de no ser tomados por sorpresa en sus tareas redentoras. Con frecuencia, tendrán oportunidad de observar tentativas de involucramiento del grupo y de sus componentes, o de personas que de él se socorren, promovidas por antiguos magos y feticheros que, en el mundo espiritual, persisten en sus prácticas y rituales.

Extremamente complejo y delicado, especialmente porque es escasa, en ese particular, la literatura esclarecedora de confianza existente, el asunto precisa ser abordado con mucha prudencia y lucidez.

El tema no quedó indiferente a Kardec, como podemos verificar del examen de las cuestiones números 551 a 557, de “El Libro de los Espíritus”, bajo el título “Poder oculto. Talismanes. Feticheros”. Los Instructores del eminente Codificador colocaron la cuestión en aquél clima de prudencia y lucidez de que hace poco hablábamos. Obviamente, la época no estaba madura para profundizar el problema, ni sería esto apropiado en el libro básico de la Doctrina Espírita, cuyo propósito era el de entregar a los hombres una síntesis didáctica acerca del Espíritu y sus manifestaciones, de su relación con Dios y con el Universo. Dijeron, con todo, lo suficiente para formarse un juicio sobre la materia, llevando en cuenta las supersticiones que prevalecían en aquél tiempo.

Fueron muy sobrios los Espíritus, limitándose a respuestas sumarias que, no obstante, dejaron aberturas para futuros desdoblamientos. Enseñaron, por ejemplo, que un “hombre malo” no podría, “con el auxilio de un Espíritu malo que le sea simpático, hacer mal a su prójimo”, porque “Dios no lo permitiría”.

A despecho de la notable economía de palabras, el pensamiento contenido en ese período es, al mismo tiempo, amplio y exacto. En aquello que Dios no permite, realmente, nada pueden hacer los Espíritus aún envueltos en el mal – y esa es nuestra protección, pues ¿qué sería de nosotros si todo les fuese permitido? ¿Cuándo, no obstante, nos hacemos acreedores de ese amparo? Tal vez sea mejor reformular la cuestión: ¿Cuándo nos tornamos vulnerables y, por tanto, expuestos a la cobranza? A partir del momento en que nos

desavenimos con las leyes divinas, nos colocamos, por tanto, no fuera de su protección, no abandonados por Dios, mas sí sometidos a las consecuencias de nuestras propias acciones. Es así que un Espíritu culpable se coloca, por ejemplo, al alcance de dolores innominables, como el de la obsesión. Realmente, sería desastroso que cualquier Espíritu desajustado pudiese hacer con nosotros lo que bien entendiésemos, mas estamos ciertos de que, al cometer nuestros desatinos, abrimos a él las puertas de nuestra intimidad. El propio Cristo nos advirtió de que, si no nos reconciliásemos con nuestros adversarios, ellos nos llevarían a juicio, y el juez nos mandaría a la prisión, de donde solamente seríamos liberados después de cumplida toda la pena, hasta el último centavo.

En cuanto a la creencia en el poder de hechizar, los Espíritus fueron cautelosos, declarando que tales actos son naturales, mal observados y, sobre todo, mal comprendidos, solo que “algunas personas disponen de gran **fuerza magnética**, de la que pueden hacer mal uso, si malos fueran sus propios Espíritus, caso en que posible se torna ser secundados por otros Espíritus malos”.

Sobre las fórmulas, esclarecen que todas son mera charlatanería, y prosiguen:

“No hay palabra sacramental ninguna, ninguna señal cabalística, ni talismán, que tenga cualquier acción sobre los Espíritus, por cuanto estos sólo son atraídos por el pensamiento y no por las cosas materiales.”

Kardec, entretanto, insistió, con la pregunta 554, así formulada:

“¿No puede aquél que, con o sin razón, confía en lo que llama la virtud de un talismán, atraer un Espíritu, por efecto mismo de esa confianza, visto que, entonces, lo que actúa es el pensamiento, no pasando el talismán de una señal que apenas le auxilia la concentración?”

“**Es verdad** – responden los Espíritus -; mas, de la pureza de la intención y de la elevación de los sentimientos **depende la naturaleza del Espíritu que es atraído.**” (Destagues míos).

De lo que se desprende que el talismán, en sí, nada vale, mas funciona como una especie de condensador de energías psíquicas emanadas del operador que, por el pensamiento, atrae los seres desencarnados que le son afines.

Realmente, como muy bien observa Kardec, en nota de su autoría, seguida a la cuestión número 555, “El Espiritismo y el magnetismo nos dan la llave de una inmensidad de fenómenos sobre

los cuales la ignorancia tejió un sin número de fábulas, en que los actos se presentan exagerados por la imaginación.”

Lamentablemente no tenemos aún un estudio profundizado de esa curiosa temática, mas es cierto que el Espiritismo tiene condiciones para desmistificar mucho de la complicada y, a veces, ingenua ritualística de la magia, retirándole la aura de misterio y ocultismo, para explicarla en términos de conocimiento científico, abierto, racional, dentro del contexto de las leyes naturales. El Espiritismo no ignora el fenómeno, ni lo niega, como vimos. Lo que se empeña en negar la Doctrina es el carácter sobrenatural que algunos procuran atribuir a los fenómenos, así como las inútiles complicaciones de los ritos, fórmulas, invocaciones, posturas, símbolos, utensilios e instrumentos de que se valen los operadores, que no pasan de médiums actuando en consonancia con sus compañeros desencarnados.

Sobre la influencia de los astros, por ejemplo, enseña Emmanuel (1) que:

- “Las antiguas asertivas astrológicas **tienen su razón de ser**. El campo magnético y las conjunciones de los planetas influencias en el complejo celular del hombre físico, en su formación orgánica y en su nacimiento en la Tierra; no obstante, la existencia planetaria es sinónimo de lucha. Si las influencias astrales no favorecen a determinadas criaturas, urge que estas luchen contra los elementos perturbadores, porque, por encima de todas las **verdades astrológicas**, tenemos el Evangelio, y el Evangelio nos enseña que cada cual recibirá según sus obras, hallándose cada hombre bajo las influencias que merece.” (Destagues míos.)

Dentro de esa misma línea de pensamiento, reconoce, el esclarecido mentor, las influencias que pueden ejercer, sobre Espíritus encarnados o desencarnados, los nombres que reciben, por causa de la “simbología sagrada de las palabras”. También los números “poseen su mística natural”, según sus vibraciones. Los propios objetos almacenan energías que aún no están bien definidas para nosotros.

- “Los objetos – responde Emmanuel a la cuestión número 143 - , mayormente los de uso personal, tienen su historia viva y, a veces, pueden constituir el punto de atención de las entidades perturbadas, de sus antiguos poseedores en el mundo; razón por qué parecen tocados, a veces, de **singulares influencias ocultas**, no obstante, nuestro esfuerzo debe ser el de la liberación espiritual, siendo indispensable luchar contra los hechizos, para considerar tan solamente los valores morales del hombre en su jornada para lo Perfecto.” (Destagues míos.)

(1) “El Consolador”, cuestión número 140.

El asunto mereció también observaciones, aunque sumarias, de André Luiz, en “Evolución en dos Mundos” – libro que tal vez aún llevemos medio siglo para desdoblar en todas sus implicaciones. Dice el autor espiritual que, a cierto punto de la historia evolutiva...

- ...”iniciase el correo entre el plano físico y el plano extrafísico, mas, porque la ignorancia embotase aún la mente humana, los médiums primitivos nada más pudieron realizar que la **fascinación recíproca**, o **magia elemental**, en que los desencarnados, igualmente inferiores, eran aprovechados, **por vía magnética**, en la ejecución de actividades materiales, sin cualquier base en la sublimación personal.”

Y prosigue:

- “Apareció entonces la goecia o **magia negra**, a la cual las inteligencias superiores opusieron **la religión por magia divina**, acentuándose la formación de la mitología en todos los sectores de la vida trivial.”

.....

“La lucha entre los Espíritus retardados en la sombra y los aspirantes de la luz encontró seguro apoyo en las almas encarnadas **que les eran hermanas**. Desde esas eras pasadas, empeñase el bien y el mal en tremendo conflicto **que aún está muy lejos de terminar**, con base en la mediumnidad consciente o inconsciente, técnica o empírica.”

Esa digresión introductoria se tornó indispensable para que nuestra penetración en el crepúsculo de la magia cuente con un soporte de buen sentido y racionalismo, a funcionar como hilo de Ariadne, que nos permita transitar por sus meandros, sin el menor temor de perder el camino de vuelta.

No hay duda de que los fenómenos elementales de la magia se reportan a las eras primitivas, como nos asegura André Luiz. Sin embargo los autores especializados procuran distinguir magia de hechicería – y aún veremos esto un poco más adelante – la Enciclopedia Británica recuerda que el término inglés para esta última – “witchcraft” – quiere decir el arte u oficio del sabio, a la vez que la raíz semántica de la primera sección de la palabra – “witch” – está asociada con la palabra “wit”, saber.

Realmente, los magos, originarios, según Lewis Spence (1), de la antigua Persia, eran cultores de la sabiduría de Zoroastro. Posiblemente de la raza media, adquirieron enorme prestigio, especialmente, a lo que parece, después que Ciro institucionalizó, al fundar el imperio persa, sobre el cual ejercieron considerable influencia político-religiosa. Es evidente que ese prestigio tenga que ser cimentado en rico acervo de conocimientos, pues el hombre siempre respeta y, a veces, teme a aquél que sabe.

“Religión filosofía y ciencia – escribe Spence – estaban todas en sus manos. Eran médicos universales que curaban a los dolientes del cuerpo y del Espíritu y en estricta consistencia con esas características, socorrían las enfermedades del Estado que es apenas el hombre en sentido más amplio.”

Distribuíanse en tres grados: los discípulos, los profesores y los maestros, lo que vale decir que el conocimiento de que disponían los grandes maestros era suministrado por procesos iniciáticos, a la medida que el discípulo revelaba condiciones de absorberlo y aplicarlo rigurosamente, según los métodos e intereses de la Orden.

La organización correspondió generosamente al apoyo que recibió de Ciro, contribuyendo mucho, con sus recursos, para consolidación de las conquistas del rey persa, mas, por el año 500 antes del Cristo, entró en desagregación, especialmente por causa de la tenaz persecución de Darío Histaspes. Emigraciones en masa se dispersaron por la Capadocia y por la India, mas aún eran una fuerza respetable en el tiempo de Alexandre, el Grande (356-323 a. C.) que, según Spence, se sintió celoso de sus poderes.

Son profundas las implicaciones de la magia en algunos cultos religiosos, más intensamente, es claro, en los primitivos, tanto cuanto en la medicina, en la astrología, en el magnetismo, en la alquimia y en ciertas corrientes místicas que prevalecen hasta hoy.

Lewis Spence declara, en su erudito apunte, que, a su ver, misticismo y magnetismo son idénticos para algunos ocultistas, entre los cuales cita, en tiempos recientes, Auguste Comte, el Barón du Potet y el Barón de Guldenstubbé, este último autor del libro “La Realidad de los Espíritus”, publicado en 1857. (1)

(1) “An Encyclopedia of Occultism”, University Books, New York, 1960.

Sir James Frazer (2) considera magia y religión una sola cosa, tan identificadas se hallan entre sí. Esto es probablemente verdadero para las primitivas creencias, mas no para las religiones más recientes, que

aunque conserven señales exteriores de los antiguos cultos – símbolos, ritos, fórmulas, encantamientos -, perdieron contacto con sus aspectos esotéricos.

Un concepto reproducido por Spence nos informa que el llamamiento a los dioses constituía práctica religiosa, en cuanto a la práctica de la magia intenta forzarlos a la complacencia. La religión es frecuentemente oficial y casi siempre organizada, en cuanto a la magia es, usualmente, prohibida y secreta.

Aunque Spence nos hable de la magia en la Persia, sabemos que ella floreció ampliamente en Egipto, mucho antes de la época citada en su obra. Los libros mediúmnicos de Rochester, varios de ellos publicados por la FEB, narran, con minucias de extremo realismo, procesos terribles de magia y ocultismo, como en “El Canciller de Hierro” y “Romance de una Reina”.

El segundo libro del Antiguo Testamento – Éxodo – especialmente en los capítulos números 5 al 13, narra el duelo entre los magos egipcios y hebreos, ante la aturdida expectativa de todo el país.

Ya antes de eso, en el capítulo 4, los guías espirituales de Moisés le confieren poderes ostensivos, pues ciertamente él debería conocer bastante acerca de los rituales y de la teoría que los sustentaba.

El Espíritu que se presenta como Jehová ordena que conduzca al pueblo hebreo fuera de Egipto, mas Moisés revela su impotencia en convencer a su gente a seguirlo.

- No creyeron en mí – dice él – no oyeron mi voz, pues dirán: Jehová no te presentó cosa alguna.

- ¿Qué tienes tú en la mano? – le pregunta Jehová.

- Un cayado.

- Tíralo al suelo.

(1) Ver el artículo “El Tiempo, el preconceito y la humildad”, en “Reformador”, agosto /1975.

(2) “The Golden Bough”, MacMillan, New York, 1951, eruditismo tratado sobre magia y religión que, mismo en forma condensada, se presentó con 827 páginas de texto. La obra completa consta de 12 volúmenes.

Mal tirado al suelo, el cayado se transforma en una serpiente. Ante el temor de Moisés, el Espíritu le dice que la agarrase por el cuello, lo que él hizo, volviendo la serpiente a ser un mero cayado.

Esa misma “magia”, en el mejor sentido de la palabra, haría Moisés delante del Faraón y su corte.

Según Will Durant (1), la creencia en la hechicería, en la Edad Media, era prácticamente universal. “El Libro de la Penitencia”, del Obispo de Exeter, condena a las mujeres “que profesan la facultad de modificar la mente de los hombres por la hechicería, o encantamiento, como del odio para el amor o del amor para el odio, bien como hechizar o robar los bienes de los hombres”, o también las que declaran “cabalgar durante ciertas noches ciertos animales, con una bandada de demonios en formas femeninas, o estar en compañía de tales”.

Cuando la Iglesia resuelve entrar en escena para cohibir la práctica, creose un clima de terror que, al mismo tiempo en que combatía a los crédulos, parecía atribuirles cierta sustancia, que más las autentizaban en la imaginación del pueblo inculto, porque nadie combate aquello que no teme. Las consecuencias de esas impiadosas persecuciones fueron dañosas y lamentables para el entendimiento del fenómeno mediúmnic, y es muy probable que la noticia que los Espíritus superiores vinieron a traer a Kardec, en el siglo XIX, pudiese haber sido anticipada de un siglo o más, si en vez que quemar a los médiums medievales, bajo la acusación de que mantenían pactos con el demonio, procurasen estudiarlos con respeto e interés. A respecto de eso, no fueron pocos los prelados católicos que, durante toda la existencia, mantuvieron cultos paralelos de magia negra, con sus extraños rituales.

Al escribir este libro, el mundo moderno asiste, algo perplejo, a un fantástico resurgimiento de la magia negra y de la hechicería, por todas partes y, de esta vez, no en los países menos desarrollados, o primitivos, y sí en los de más avanzada tecnología y más sofisticada cultura, como Inglaterra, Estados Unidos, Francia, Italia.

A Bretaña, tanto cuanto Sir James Frazer, atribuye a la magia orígenes nítidamente religiosos, bajo la forma de cultos a la base de animales sacrificados. Ofrendas de sangre y de extrañas

(1) “The Age of Faith”, Simon and Schuster, New York, 1950.

sustancias eran hechas para propiciar los dioses a cambio de favores, fuese en beneficio de alguien o con la intención de destruirlo.

Entre los ritos destinados a destruir a un enemigo, por ejemplo, el más antiguo, dramático y conocido, consiste en modelar una pequeña estatua representativa de la víctima, generalmente en cera, y, con los métodos apropiados, atraviésala con agujas y puñales.

Sería impracticable, en un resumen como este, repasar todo el campo de la magia y emprender su evaluación en términos de

Doctrina Espírita; podremos, no obstante, intentar ofrecer algunas nociones cogidas en alentados libros, fácilmente encontrables en el mercado, prácticamente en todas las lenguas vivas.

Uno de esos autores es el médico francés, Dr. Gérard Encausse, contemporáneo de Allan Kardec que, bajo el seudónimo de Papus, escribió abundantemente sobre el asunto. Su hijo, el Dr. Philippe Encausse, también médico, reveló igual interés por la materia, produciendo algunas obras sobre el asunto, como “Sciences Occultes et Desequilibrio Mental”.

Cogeremos algunas informaciones en la obra de Papus intitulada “Tratado Elemental de Magia Práctica”. (1)

Antes de sumergirnos en su libro, creo útil transmitir al lector espírita una idea de la posición de Papus en relación al Espiritismo:

“Existe, no obstante – escribe él, en la página 11 de su libro -, una forma de experiencias mágicas propias para las personas pusilánimes, y que aconsejaremos a cuantas desearan divertirse, dedicando, en la sobremesa, algunos momentos a los fenómenos de espiritismo. Nada tienen de difíciles y sí muy consoladores, y, al final de cuentas, se sitúan a tal distancia de la verdadera magia, que no hay que temer ningún accidente serio, siempre que no se olvide de la precaución de dejar las cosas en el momento oportuno.”

Al apreciar algunos aspectos de la magia, de la cual el Dr. Encausse es admirador ardiente, intentemos no ser tan radicales y superficiales como él, con relación al Espiritismo.

(1) Traducción de Eneziel Shaiah, 1974, 5ª edición de la Editorial Kier, Buenos Aires, del original francés “Traité Elementaire de Magia Pratique”.

Papus acata el principio, también recordado por Sir James Frazer, arriba citado, según el cual el mecanismo de la magia precisa de un vehículo entre la voluntad humana y las cosas inanimadas. En la opinión de Sir James Frazer, toda la magia se basa en la ley de la simpatía, o sea, “las cosas actúan sobre las otras, a distancia, por estar secretamente ligadas entre sí por lazos invisibles”.

“Para eso – escribe Papus – el operador deberá **aplicar su voluntad**, no sobre la materia, mas sobre aquello que incesantemente la modifica, lo que la ciencia Oculta denomina el plano de formación del mundo material, o sea, el **plano astral**.” (El primer destaque es mío; el segundo, del original.)

Ese plano, los magos conciben como siendo las fuerzas de la naturaleza, de las cuales, por cierto, tanto se utilizan los trabajadores del bien, como los otros.

“No cabe duda – prosigue Papus – que son las fuerzas de la naturaleza que el mago deberá poner en acción, **bajo el influjo de su voluntad**; ¿mas qué clase de fuerzas son esas?”

Dice él que son las fuerzas hiperfísicas, entendidas así las que apenas difieren de las energías meramente físicas en sus orígenes, pues emanan de seres vivos y no de mecanismos inanimados.

En el fenómeno de la pronta germinación, crecimiento de la planta y producción de frutos, que algunos faquires tendrían realizado, según testimonios en los cuales Papus acredita, acontecería apenas una abundante donación, a la simiente, y después a la planta y al fruto, de las energías orgánicas del faquir, que se pondrían en consonancia con las energías almacenadas en la mente.

“La voluntad del faquir – dice Papus – pone en acción una fuerza capaz de desenvolver, en algunas horas, la planta, que, en condiciones normales, llevaría un año para alcanzar aquél punto de crecimiento. Dicha fuerza no tiene muchos y diversos nombres de buen sentido; pura y simplemente, se llama vida.”

La magia sería, por tanto, una acción consciente de la voluntad sobre la vida. La definición completa propuesta por Papus es la siguiente:

“Es la aplicación de la voluntad humana dinamizada a la evolución rápida de las fuerzas vivas de la naturaleza.”

En la página 91, él resume su teoría, al decir que son tres las maneras de actuar sobre la naturaleza:

“1^a.- **Físicamente**, modificando la estructura del ser o de un punto cualquiera en la naturaleza, por la aplicación exterior de fuerzas físicas, que hace útil el trabajo del hombre. La agricultura, en todas sus categorías, la industria, con todas sus transformaciones, entran en este cuadro.

2^a.- **Fisiológica o astralmente**, modificando la estructura de un ser, por medio de la aplicación de ciertos principios y de ciertas fuerzas, no a la forma exterior, mas a los fluidos que circulan dentro del aludido ser. La Medicina, en todas sus ramas, es un ejemplo de ese caso, y habremos de declarar a la Magia (él lo escribe con letra mayúscula, aunque escriba Espiritismo con letra minúscula) admite la posibilidad de influir sobre los fluidos astrales que actúan en la naturaleza y sobre los que actúan en los hombres.

3ª.- **Psíquicamente**, actuando directamente, no sobre los fluidos, mas sobre los principios que los ponen en movimiento.”

Vamos a verificar:

“Colaboradores desencarnados – escribe André Luiz (1) – **extraían fuerzas de personas** y cosas de la sala, **inclusive de la Naturaleza** en derredor, que unidas a los elementos de nuestra esfera hacían de la cámara mediúmnica precioso y complicado laboratorio.” (Destiques míos.)

El resto es aplicación práctica de esos principios: si los orientamos para el bien, obtendremos resultados positivos; si los dirigimos para el mal, cargaremos con la responsabilidad correspondiente. Y es precisamente en la aplicación en la que más vehementes restricciones el Espiritismo tendría que hacer a la magia, aunque sin tocar los tenebrosos dominios de la magia negra.

Al cuidar de los problemas de la obsesión, por ejemplo, también los adeptos más bien informados de la magia, revelan poca preparación, atribuyendo la base del fenómeno a la formación de las llamadas **larvas**, que se alimentarían de la “substancia astral” emanada del “imprudente que les dio vida”. Para la creación de esas larvas, basta que se tenga miedo de los ataques de odio de otra persona, y según Papus, la práctica mediúmnica espírita sería una de esas causas.

Papus ofrece dos métodos diferentes para el tratamiento de esas “obsesiones”: uno de acción indirecta, otro de acción directa.

Ejemplifica ambos. Uno de ellos, en Londres, optó por el método indirecto, magnetizando a una señora en presencia del obsesado. La mujer, en trance, veía una faja fluídica en cierto lugar de la residencia de la víctima. Orientado por la descripción de la mujer, Papus dibujó la faja en un trozo de papel blanco, “consagrado y perfumado”, y prosiguió:

“Terminado el dibujo, una fórmula y una oración pusieron en comunicación la imagen física con la forma astral y entonces cortamos el dibujo en varios trozos, con la ayuda de una gran y afilada lámina de acero. La mujer adormecida declaró que los cortes influirían, incontinenti, en la forma astral, que, igualmente, se deshace en trozos.”

Y, con esto, estaría curada la “obsesión”...

El segundo método (directo) sería recomendable para “los casos en que la obsesión toma un carácter especialmente grave”.

Se basa en el principio de que las **larvas** y los **elementales** – seres algo animalizados que sirven a los magos – se alimentan de la substancia astral de la que es muy rica la sangre. El método consiste, pues, en lo siguiente: se toma una mezcla de cabellos del obsesado, que

deberán ser incensados, consagrándolos según el procedimiento habitual. Enseguida, el paciente deberá aproximarse y delante de él se mojará un puñado de sus cabellos en la sangre de una paloma o de una cobaya, también consagrados bajo la influencia de Júpiter o de Apolo, pronunciándose el Gran Conjuro de Salomón. Para esto, el oficiante deberá vestirse con ropas blancas.

Enseguida, colocar el cabello, mojado en sangre, sobre una pequeña plancha, trazar a su alrededor un círculo, dibujándolo con una mezcla de carbón e imán pulverizado. Escribir en el interior del círculo, en los cuatro puntos cardinales, las cuatro letras del tetragrama sagrado. Seguidamente, con la espada mágica (o a falta de esta, con una punta de acero común, con extremidad de madera barnizada) investir enérgicamente contra los cabellos, ordenando a la larva que se disuelva.

(1) “En los Dominios de la Mediumnidad”, capítulo 28 – “Efectos Físicos”, edición FEB.

Según el autor, el proceso raramente falla, por lo menos después de haber sido repetido tres veces, de siete en siete días.

La reproducción de estos métodos no tiene por objeto de ridicularizar aquí el procedimiento de aquellos que los practican, pues como seres humanos, y hermanos nuestros, merecen respeto y consideración; limitándonos a exponerlos. Aquellos que lidian con graves problemas obsesivos, saben muy bien que poca diferencia existe entre ese procedimiento y el recurso igualmente inicuo del exorcismo eclesiástico. En uno o en otro caso, pueden, entretanto, producir resultados positivos, enteramente aleatorios, sea porque el Espíritu obsesor quedó algo impresionado con las complejidades del ritual, o porque resolvió, “sponte sua”, abandonar su víctima; mas es raro que un obsesor inflexible y tenaz desista definitivamente de la lucha, apenas porque alguien lo amenazó con una espada.

Por ejemplos como estos, podemos admitir que los verdaderos secretos de la magia se perderían muy pronto. Restaran apenas fragmentos de una técnica que, en tiempos pasados, fue manipulada con habilidad y competencia. Los magos caldeos, persas y egipcios no ignoraban fenómenos elementales como los de la obsesión, al punto de intentar curarla con prácticas tan ingenuas. Sus recursos y conocimientos eran mucho más amplios y profundos. Mas, si esa técnica se perdió para los encarnados – por lo menos para los que han

escrito los tratados más conocidos de magia -, ella se preservó para los Espíritus desencarnados, antiguos magos que llevaron para la vida póstuma los conocimientos especializados.

A propósito, es también oportuno reproducir una de las normas deducidas por Papus:

“Tratar de no servios jamás de este arte contra vuestro prójimo, a **no ser para una venganza justa**. Así mismo, no obstante, os aconsejo que es mejor imitar a Dios, que perdona, y que os a perdonado a vosotros mismos. Y no hay ocasión más meritoria que la de perdonar.”

Respecto al llamamiento al perdón, ¿quién creará que su venganza es justa? Buscan nuevamente André Luiz, encontramos en “En los Dominios de la Mediumnidad” esta observación preciosa de Áulus:

- “Abstengámonos de juzgar. Conforme la lección del Maestro que hoy abrazamos, el amor debe ser nuestra única actitud para los adversarios. **La venganza, Anésia, es el alma de la magia negra**. Mal por mal, significa el eclipse absoluto de la razón. Y, bajo el imperio de la sombra, ¿qué podremos aguardar sino la ceguera y la muerte?”

Otro autor bastante conceptuado entre los entendidos es Elhipas Levi. El Dr. Gerar Encausse le tiene en elevado concepto y, en varias veces, en sus obras, se refiere a él con respeto y admiración. Eliphaz Levi también vivió en el siglo XIX y su obra “Dogma y ritual de la Alta Magia” (1), por ejemplo, fue escrita en 1855, cuando el Espiritismo estaba aún en la fase preliminar de las mesas giratorias.

Aunque sin declararse católico, Levi acata los principales dogmas ortodoxos: la divinidad de Jesús, la Trinidad, la existencia del cielo y del infierno. A respecto de eso, no se hurta a algunas críticas vehementes, como esta, por ejemplo:

“La Iglesia ignora la magia, porque debe ignorarla o perecer, como nosotros lo probaremos más tarde; no reconoce al menos que su misterioso fundador fue felicitado en su principio por tres magos, esto es, por los embajadores hieráticos de las tres partes del mundo conocido, y de los tres mundos análogos de la filosofía oculta.”

La obra de Papus es más bien didáctica y ordenada que la de Levi, mas los principios fundamentales se identifican en varios puntos importantes y ambos consideran al mago como el verdadero conocedor y al hechicero como simple imitador. Papus usa una imagen, diciendo que el mago es el ingeniero de la magia, en cuanto al hechicero es simple obrero.

“Hay una verdadera y una falsa ciencia – escribe Levi –; una magia Divina y una magia infernal, esto es, mentirosa y tenebrosa; tenemos que revelar una y descubrir otra; tenemos que distinguir al mago del hechicero; y al adepto, del charlatán.”

El estilo de Levi, como el de otro modo, el de Pappus, también, es algo pomposo, a veces obscuro y no siempre muy coherente.

(1) Editora Pensamiento, San Pablo.

Ambos concuerdan, no obstante, en que el concepto fundamental de la magia está en el movimiento, en provecho propio, de los secretos y fuerzas de la naturaleza.

Levi defiende la tesis de que la resistencia, en un sentido, es indispensable para que la fuerza aplicada, en sentido contrario, se robustezca y la venza. Sus dogmas no son menos sorprendentes, como este, por ejemplo:

“Así, para el sabio, imaginar es ver; como, para el mago, hablar es crear. Aquél que desea poseer, no debe darse. Sólo puede disponer del amor de los otros aquél que es dueño del suyo, o sea, no lo entrega a nadie.”

En cuanto al fenómeno de las mesas giratorias, dice él, “no son otra cosa sino corrientes magnéticas que comienzan a formarse, y sollicitaciones de la naturaleza invita, para la salvación de la Humanidad, a reconstituir las grandes cadenas simpáticas y religiosas”. Por eso, atribuye “todos los hechos extraños del movimiento de las mesas al agente magnético universal, que procura una cadena de entusiasmo para formar nuevas corrientes”. Los golpes, “raps” y los instrumentos que tocan, aparentemente solos, “son ilusiones producidas por las mismas causas”.

Su descripción de la evocación del Espíritu de Apolonio de Triana, en Londres, es de una riqueza impresionante de minucias y comienza con un sabor de romance de capa y espada, cuando él recibe, dentro de un sobre, en el hotel, un cartón cortado transversalmente, con este recado:

“Mañana, a las tres horas, delante de la abadía de Westminster, os será presentada la otra mitad de este cartón.”

Era una señora, que puso a disposición de él, tras los juramentos debidos, un arsenal completo, con toda la instrumentación necesaria a una evocación. Al cabo de complicadísimo ritual, un Espíritu se manifestó, realmente:

- “Llamé tres veces a Apolonio, cerrando los ojos; y, cuando los abrí, un hombre estaba delante de mí, envuelto enteramente en una

especie de lienzo, que me pareció ser más ceniciento que blanco; su forma era flaca, triste y sin barba, lo que no combinaba exactamente con la idea que al principio tenía de Apolonio. Experimenté una sensación extraordinaria de frío, y cuando abrí la boca para interrogar al fantasma, me fue imposible articular la voz. Puse, entonces, la mano sobre el signo del pentagrama, y dirigí a él la punta de la espada, **ordenándole**, mentalmente, por este signo, **a no amedrentarme y a obedecerme**. Entonces, la forma quedó más confusa y él desapareció inmediatamente. **Le ordené** que volviese: entonces sentí pasar, junto a mí, como un soplo, y, alguna cosa habiéndome tocado en la mano que aseguraba la espada, tuve inmediatamente el brazo adormecido hasta los hombros. Juzgué entender que esta espada ofendía al Espíritu, y la clavé por la punta, en el círculo junto a mí. La figura humana reapareció después; mas sentí tan grande flaqueza en mis hombros y un repentino desfallecimiento se apoderó de mí, que di dos pasos para sentarme. Desde que quedé sentado, caí en un adormecimiento profundo y acompañado de sueños, de los que me quedó, cuando volví a mí, solamente un recuerdo confuso y vago.” (Destakes míos.)

Así fue realizada la evocación que, sin ningún ritual complicado, sin sustancias, círculos, espadas y vestimentas especiales, y sin evocación, se realiza, en cada instante, en incontables sesiones mediúnicas.

En cuanto a la magia negra, presenta el autor lo que llama nueva revelación y que consiste en lo siguiente:

“El diablo, en magia negra, es el gran agente mágico, empleado para el mal por una voluntad perversa.”

También el hechizamiento está dentro de esa línea de racionios.

“El instrumento del hechizamiento no es otro sino el propio gran agente, que, bajo la influencia de una voluntad mala, se torna, entonces, real y positivamente el demonio.”

A veces, entretanto, deja entrever que el dominio que muchos buscan ejercer sobre el semejante no está en los ritos y en las prácticas, mas en la propia psicología humana:

“Halagar las flaquezas de una individualidad es apoderarse de ella y hacer de la misma un instrumento, en el orden de los mismos errores y de las mismas depravaciones.”

Entonces:

“Todos nosotros tenemos un defecto dominante, que es, para nuestra alma, como el ombligo de su nacimiento pecador, y es por él

que el enemigo siempre nos puede agarrar; la vanidad, para unos, y la pereza para otros, el egoísmo para el mayor número. Que un Espíritu hábil y malo se apodere de este instigador, y estáis perdidos.”

Otras veces, percibimos, rápidamente, por que tanto se empeñan en conquistar la sensibilidad los Espíritus encarnados y desencarnados que hacen del dominio sobre el semejante la meta de sus vidas:

“Sólo el adepto de corazón sin pasión – escribe Levi – dispondrá del amor u odio de aquellos que quisiera hacer de instrumento de su ciencia.”

“El mago – prosigue más adelante – debe, pues, ser impasible, sobrio y casto, desinteresado, impenetrable e inaccesible a toda especie de preconceptos o terror. No debe tener defectos corporales y estar a prueba de todas las contradicciones y de todos los sufrimientos. La primera y más importante de las obras mágicas es llegar a esta rara superioridad.”

En suma, él tiene que aprender a querer, para poder imponer su voluntad. La instrumentación es secundaria, cuando una voluntad firme y dinámica sustenta sus intereses. Es preciso creer que se puede, y esta fe debe traducirse inmediatamente en actos.

Vean este otro consejo:

“Tener el mayor respeto por sí mismo y considerarse como un **soberano desconocido**, que así hace para reconquistar su corona.”

Por causa de ese y de otros principios y nociones, no es fácil lidiar con los magos desencarnados. No exactamente por causa de los daños que puedan hacernos. Si estamos en un grupo mediúmnicó bien constituido y armonizado, nada conseguirán contra nosotros. Nada sufriremos en razón del propio trabajo de desobsesión, lo que sería injusto, mas es claro que, como seres imperfectos que somos, tenemos abiertas las brechas de nuestras propias imperfecciones. Como nos dijo un amigo espiritual, cierta vez, sufriremos, en el decorrer del trabajo de desobsesión, apenas aquello que estuviera autorizado por nuestra ficha cármica. Es claro, pues, que los trabajadores de las sombras empeñan lo mejor de sus esfuerzos en el levantamiento de nuestras fichas, o sea, de nuestra vida progresiva, estudiándonos bajo todos los ángulos, vigilándonos, a fin de sorprendernos en el momento en que mostramos dónde está nuestra valla derrumbada... Entrarán en acción inmediatamente. Están convencidos de que podrán alcanzarnos; es sólo cuestión de tiempo y oportunidad, piensan ellos, y, como decía Levi, “para poder es preciso creer que se puede y esta fe debe traducirse inmediatamente en actos”.

Estemos vigilantes, aunque tranquilos y guardados en la paz del Cristo. Si nuestro trabajo es de Dios, sigamos al frente, serenos, confiantes, sin temor. Estemos preparados, con todo, para enfrentar a los compañeros desarmonizados. Aquellos que por largos siglos vienen practicando la magia, están habituados a vencer por la voluntad disciplinada – que aprendieron a dominar – todos los obstáculos. No nos impresionemos, no obstante, con sus rituales, sus gestos, sus talismanes, sus evocaciones, sus palabras misteriosas y secretas.

Tenemos que actuar no sobre esas señales exteriores de sus cultos, mas sus Espíritus atormentados, aunque aparentemente seguros y fríos. Toda aquella serenidad aparente desmorona, cuando conseguimos convencerlos de sus trágicos engaños. Estemos prontos para ayudarlos, pues este es el momento más grave, más serio, más profundamente humano de sus vidas: cuando entrevén un haz de luz a iluminarles el propio corazón, los escombros de los antiguos sueños, los fantasmas que traen en lo íntimo, los desengaños, los remordimientos, las angustias, el desespero. Es preciso tratarlos con cariño, con sinceridad y sincera comprensión, porque el dolor del despertar es, casi siempre, abrumador. Quien lo presencié puede hacerse una idea, porque sentirla, en toda su profundidad, solamente lo puede hacer, aquél que lo experimentó.

Recordémonos de que los Espíritus que en la Tierra estuvieron envueltos en las prácticas de la magia no desaparecieron, ni se perdió el conocimiento de los mecanismos de ciertas leyes del magnetismo, de la hipnosis, de la manipulación de drogas y fluidos, de fuerzas naturales y de toda la parafernalia que les proporcionaba poderes secretos y misteriosos, mucho más reales.

Con los esclarecimientos contenidos hoy en la Doctrina Espírita, estamos en condiciones de entender muchos de esos secretos y misterios, pues, en el fondo, el mago siempre fue un médium, asistido por compañeros desencarnados, con los cuales se afina bien, en el interés de ambos. Los Espíritus viven en grupos, ligados por intereses comunes, y se alternan en la carne y en el más allá, apoyándose mutuamente, algunos empeñados en finalidades nobles, constructivas y reparadoras, y otros envueltos, siglo tras siglo, en lamentables y tenebrosas prácticas de dominación y venganza, tortura, persecución, infligiendo sufrimientos atroces a los infelices que les caen bajo el poder maligno e infeliz.

El concepto de Sir James Frazer, de que la magia se basa en la simpatía, es válido. En Espiritismo, diríamos que se trata de sintonía vibratoria. No es que la magia tenga poderes por sí misma, pues ella no

encuentra resonancia y, por consiguiente, no alcanza éxito junto a aquellos que ya se redimieron, o que, por lo menos, se hallan defendidos por la oración, por la vigilancia y por la práctica de la caridad, en el servicio al prójimo.

Más de una vez hemos tenido experiencias con procesos de magia, en trabajos de esclarecimiento mediúmnic. Magos del pasado, que continuando en el Más Allá sus estudios y prácticas, comparecen, excepcionalmente, a los trabajos de desobsesión en los cuales se hallan envueltos, pues no les gusta ser descubiertos. Entre ellos encontramos hasta ex-sacerdotes católicos que, en tiempos pasados, practicaron la magia y, regresados al mundo espiritual, retomaron sus experiencias.

A la vista espiritual de nuestros médiums se presentaban con las vestimentas y los símbolos de su preferencia, o portando “objetos”, pociones, signos, velas, substancias y hasta acompañados de acólitos, para vestirlos.

Uno de ellos nos trajo – ciertamente para intimidarnos – un pobre ser espiritual enteramente dominado, reducido a una deplorable condición subhumana de pavor y deformación periespiritual. Nuestro médium lo vio arrojar a ese pobre espíritu, en un círculo magnético infernal, del cual la infeliz víctima no podía librarse, por más que se debatiese. Era un ejemplo para nosotros, a fin de que dejásemos de interferir en su actividad, dijo él.

Otro vino a trazar signos y hacer invocaciones contra uno de nosotros, específicamente. Había recibido una solicitud, sellada con sangre, en un desafío. No podía dejar de atender al “hermano de sangre”. Después de su ritual, efectuado a nuestra vista, declaró que su víctima “estaba amarrada”, y partió.

Más tarde se manifestó otro de su equipo – ¿o sería el mismo? – con la propuesta de “deshacer” el trabajo. Y repetía, incesantemente:

- Quiere que **vuelva**, yo **vuelvo...** Quiere que **vuelva**, yo **vuelvo...**

No; no queríamos que él **volviese**, con lo que él quedó muy contrariado, pues obviamente habría sido mucho más fácil, para él, alcanzar sus objetivos ocultos y lamentables, si aquél a quien él apuntaba propusiese un “pacto”, que entregaría a él su víctima, atado de pies y manos, pronta para el “servicio”. Viéndose recusado, pasó para otro médium, en el mismo grupo, presentándose ahora con otro nombre, aunque reclamando que su “caballo” no prestaba, porque no

lo obedecía. Tenía delante de sí un plato de sangre, con el cual pretendía alcanzarnos.

Otra vez, uno de esos visitantes siniestros dejó sobre la mesa, según el relato de nuestros videntes, pequeñas calaveras con las órbitas iluminadas por una luz bermeja. Una para cada uno de nosotros.

Acontece, no obstante, que, empeñado en trabajos redentores, el grupo dispone de protección y ayuda de compañeros redimidos, también antiguos magos, profundos conocedores de esos trabajos, siempre presentes para contraponer sus conocimientos y recursos a las desesperadas tentativas de esos hermanos, agarrados aún al lado oscuro de la vida, intentando dominar por el terror. Uno de esos compañeros infelices confesó que veía a nuestro lado quién, mejor que él, conocía los secretos de su arte y lo neutralizaba. Más que eso: por procesos que no se revelaron a nuestros sentidos, el mago fue completamente desarmado de sus tácticas, tan cuidadosamente planeadas. Nuestro médium vio apenas que, en torno de él, colocaron siete lámparas, o linternas, de colores diferentes.

Un caso marcó época, por su extraordinaria sofisticación. El mago era realmente profundo conocedor de su arte e inventó un mecanismo magnético, a través del cual mantenía, subyugadas a sus propósitos, las mentes de cuatro seres encarnados.

En suma, la magia es más común de lo que desearíamos admitir, y ofrece riesgos realmente serios, contra los cuales los grupos mediúmnicos tienen que estar muy bien preparados y asistidos. Es claro que ella actúa apenas donde y cuando encuentra las necesarias brechas y el condicionamiento de la culpa, de la falta, del error, que nos sintoniza con el mal y nos expone a la aproximación de los implacables cobradores de las tinieblas.

Los magos desencarnados son, las más de las veces, inteligentes, experimentados y conocedores profundos de las llagas y flaquezas humanas, pues viven de eso, en sus prácticas funestas. No se detienen delante de ningún escrúpulo, no temen represalias, son poco accesibles al esclarecimiento, al llamamiento del amor y del perdón. Saben, como todo Espíritu envuelto en las sombras de sus pasiones inferiores, que solamente estarán protegidos del dolor en cuanto mantuvieran en torno de sí mismos aquél clima de terror. Atacan para no ser atacados, oprimen para no ser oprimidos, esparcen el dolor para huir a los suyos propios. Saben muy bien que en el día en que “flaquearán”, o sea, aceptarán la realidad mayor, que conocen muy bien, llegará el duro momento de la verdad y comenzará la larga escalada de vuelta. Y quien descendió sembrando sufrimientos, sólo puede contar con sufrimientos

durante la subida. No hay otro camino. Por eso son implacables y, por eso, se demoran en el error que, paradójicamente, los compromete cada vez más. Están perfectamente conscientes, entretanto, de que un día – no importa cuando – tendrán fatalmente que enfrentar la realidad de sí mismos, pues el mal no es eterno.

En cuanto a eso, se utilizan de la voluntad bien entrenada, para poner en movimiento, en su provecho, las fuerzas de la Naturaleza.

MAGNETIZADORES E HIPNOTIZADORES

Son ampliamente utilizados, en los procesos obsesivos, los métodos de la hipnosis y del magnetismo, que cuentan, en el Más Allá, con profundos conocedores y hábiles experimentadores de esas técnicas de inducción, tanto en los Espíritus esclarecidos y despiertos para las verdades mayores, como entre aquellos que aún se debaten en las sombras de sus pasiones.

Allá, como entre los encarnados, los métodos son los mismos. Para incumbencias de importancia secundaria, basta una inducción superficial, mas para los procedimientos más elaborados, los hipnotizadores del espacio se valen de recursos extremadamente sofisticados.

“... en los actos más complejos del Espíritu – enseña André Luiz, en “Mecanismos de la Mediumnidad” -, para que haya sintonía en las acciones que envuelvan compromiso moral, es imprescindible que la onda del hipnotizador se una perfectamente a la onda del hipnotizado, **con plena identidad de tendencias u opiniones**, cual si estuviesen **unidos**, moralmente, uno al otro, **en los recesos de la afinidad profunda**.

Es claro, pues, que en esto, como en casi toda la problemática espiritual, vamos a encontrar el mismo dispositivo de la sintonía vibratoria. Los Espíritus superiores utilizan la hipnosis para socorrer, para ayudar, para aliviar, para corregir desvíos. Los desajustados, para dominar y punir.

En “Memorias de una Suicida”, el autor espiritual ofrece ejemplos de esos trabajos redentores, en que Espíritus altamente acreditados, competentes y moralizados, mueven, con enorme respeto y cariño, los archivos de la mente, por métodos hipnóticos y magnéticos. (1)

- Los aparatos que ves – explica uno de los instructores -, armonizado en substancias extraídas de los rayos solares – cuyo magnetismo ejercerá la influencia del imán -, es una especie de termómetro o máquina fotográfica, conque acostumbramos medir, reproducir y poner en movimiento los pensamientos... los recuerdos, los actos pasados que se imprimieron en los dobles psíquicos de la mente y que, **por la acción magnética**, resurgen, como por encanto, de las ruinas de la memoria profunda de nuestros discípulos, para

impresionar la placa y tornarse visibles como la propia realidad que fue vivida...

Se desdobra allí un proceso de regresión irresistible, como recurso extremo para desalojar realidades enterradas en la memoria profunda del ser y que precisan ser traídas a la superficie para desencadenar el mecanismo de la recuperación.

Mas, como todo recurso del conocimiento humano, este también es neutro, esto es, tanto puede ser usado para ayudar a levantar al ser que cayó, como para hacer caer a aquél que está de pie.

“Defino la cuestión, en su sentido más extenso – escribe Bernheim, en “Hipnotismo y Sugestión” –, como el acto por el cual una idea es despertada en el cerebro y **aceptada por él.**”

Pasando por sobre la connotación materialista de la definición propuesta, pues la sugestión es transmitida al Espíritu, y no al cerebro, vemos que hay una condición básica, que es la de la **aceptación** por el “sujeto”. Para esta aceptación, que instaura el proceso del dominio, es preciso que hipnotizador e hipnotizado estén “unidos moralmente uno al otro, en los recesos de afinidad profunda”, como dice André Luiz.

Algunos magnetizadores e hipnotizadores adoptan el procedimiento de asegurar los pulgares de sus “sujetos”, por algún tiempo, antes de iniciar el trabajo propiamente dicho. Con esto se afinizan con él (o ella), en un intercambio vibratorio, que los coloca en condiciones de ajustarse flúidicamente.

Sea cual fuere, no obstante, el proceso – y no podemos hacer aquí estudio más profundo y extenso del fenómeno – los hipnotizadores y magnetizadores de las tinieblas acaban por alcanzar el dominio de sus víctimas después de obtener la aceptación de que nos habla Bernheim, mismo que forzada.

Para eso, manipulan con extrema habilidad los dispositivos de la culpa y cobranza, o sea, la propia ley de causa y efecto. El Espíritu culpable, convencido de esa culpabilidad, cede y se entrega.

Hemos presenciado algunos casos dramáticos, en ese campo. ya recordamos, a lo largo de este libro, aquél compañero desencarnado que, después de rescatado y puesto a salvo de la faja vibratoria de su hipnotizador, recayó bajo su dominio, por causa de su propia invigilancia.

Incorporado al médium, este hermano no se hurtaba con facilidad a la terrible influencia de su perseguidor que, en nuestra presencia, intentaba inducirlo a arrastrar a toda su familia, aún encarnada, a la desencarnación, sugiriéndole ideas de odio, venganza y muerte. El pobre hermano repetía incesantemente:

- Odio a mi madre... Odio a mi padre... Odio a mi madre...
Odio a mi hermano... Matar a mi madre... Matar a mi padre...

(1) “Memorias de un Suicida”, psicografía de Yvonne A. Pereira, 2ª parte, cap. 2º - “Los archivos del alma”, páginas 220 y siguientes, de la 4ª edición de la FEB.

Y así, sin parar, pues no solo la sugestión se le iba implantando cada vez más en la voluntad, como también, hablando continuamente, él era impedido a oír las observaciones del esclarecedor. Con un esfuerzo muy grande, por medio de pases de dispersión, de oraciones y de contra-sugestiones, fue posible liberarlo, por lo menos para una tregua. Paró, exhausto, con el médium cubierto de sudor, respiración oprimida y acelerada, y pidió la ayuda de Dios, pues conseguimos que él dijese que amaba a su madre y no que la odiaba.

Con frecuencia, también, los hipnotizadores procuran actuar sobre los miembros encarnados del grupo, lanzando las bases de inducciones preliminares, a ser desenvueltas después, durante el desprendimiento del sueño, o mismo durante la vigilia. No es nada fácil lidiar con esos terribles manipuladores de la mente humana. Nada los detiene y, para ellos, todo es válido, desde que alcancen los resultados que desean.

A veces, los compañeros que asisten al grupo, del lado de la luz, interfieren de manera sutil, más eficaz. Cierta vez, un Espíritu atormentado y, ciertamente, hábil magnetizador, pretendió usar conmigo su técnica. Me pidió la mano. La coloqué delante de sus ojos y le dije:

- Puede agarrar.

Él vaciló un instante y después la agarró fuertemente, sin que yo apretase la suya: mantenía mi mano extendida, con los dedos unidos. Entonces aconteció algo extraño y curioso. A través de mi mano, él recibió una especie de choque eléctrico, evidentemente una descarga magnética, que le alcanzó a la altura del plexo cardíaco. ¡Tal vez algo temeroso, pensó en retirar luego su mano y no lo conseguía! Por tanto él era el que aseguraba mi mano, y no yo la de él, y por más esfuerzo que hiciese, inclusive con la otra mano intentando desprender sus dedos, sólo a mucho coste se liberó del lazo magnético. Esto lo impresionó de tal forma que, en la próxima vez que compareció, comenzó a llamarme, con ironía, por cierto, mas evidentemente también con respeto, “el hombre de la mano”...

Otro intentaba dominarme por medio de pases magnéticos, tenía tras de sí, según nos informó, después de la sesión, el propio

médium que lo recibió – uno de nuestros querido compañeros, profundo conocedor del asunto, que neutralizaba todo su trabajo junto a mí.

Cierta ocasión, un hermano extraviado, que estaba siendo atendido, también se valía de procesos de magnetismo y magia contra el grupo. Trajera sus instrumentos y las sustancias necesarias. A cierta altura, percibió la presencia de aquellos que nos defendían, utilizándose, para el bien, de técnica superior a la de él. Como que pensando alto, él nos decía que sabía que nuestros amigos estaban haciendo, mas nada podía contra ellos.

Procedimientos magnéticos son también usados para reducir seres gravemente endeudados a condiciones de extrema y envilecida deformación periespiritual, como casos de zoantropía, sobre los cuales ya hablé en este libro. Y es por la magnetización (pases) positiva que se torna posible restituirles la condición normal.

- “Tenemos aquí – escribe André Luiz, en “Liberación” – la génesis de los fenómenos de licantrópía, complicado, aún, para la investigación de los médicos encarnados. ¿Te acuerdas de Nabucodonosor, el rey poderoso a que se refiere la Biblia? Nos cuenta el Libro Sagrado que él vivió, sintiéndose animal, durante siete años. El hipnotismo es tan viejo como el mundo y es recurso empleado por los buenos y por los malos, tomándose por base, por encima de todo, **los elementos plásticos del periespíritu.**”

MUJERES

El trabajo mediúmnico ofrece insospechadas condiciones de aprendizaje. Cada sesión trae sus sorpresas; cada manifestación sus lecciones y enseñanzas. La continúa observación de ese vaivén de compañeros desencarnados, el desfile trágico de problemas, angustias, dolores y odios, la fuerza irresistible del amor, las maravillas de la oración, el poder del pase, constituyen experiencia inolvidable para aquellos que, a lo largo de los años, se entregan a esas tareas redentoras.

Una pregunta podrá hacerse ahora. ¿Qué papel representan las mujeres, en esos dramas que se desarrollan entre los dos mundos? ¿Hay mujeres obsesoras? ¿Hay mujeres que se vengan, que persiguen, que odian? Sí, mas en número más reducido que los hombres.

* * *

Antes de proseguir, tal vez sean convenientes algunas observaciones de carácter esclarecedor.

El Espiritismo enseña que el Espíritu no tiene sexo, pudiendo encarnarse como hombre o como mujer, en diferentes existencias, mas acostumbra escoger, preferentemente, uno u otro sexo, renaciendo continuamente como hombre o mujer. (Preguntas números 200 a 202, de “El Libro de los Espíritus”). Al comentar las respuestas, Kardec escribe lo siguiente:

“Los Espíritus encarnan como hombres o como mujeres, porque no tienen sexo. Visto que les cumple progresar en todo, cada sexo, como cada posición social, les proporciona pruebas y deberes especiales y, con eso, ocasión de ganar experiencia. Aquél que sólo encarnase como hombre sólo sabría lo que saben los hombres.”

De esa forma, no son muy precisas las expresiones Espíritu femenino y Espíritu masculino, que son usadas a falta de otras. La cuestión es más compleja de lo que parece superficialmente.

Cierta vez, pregunté a un amigo espiritual por qué difiere tanto, en su estructura psíquica, el Espíritu encarnado como hombre, de aquél que se encarna como mujer. El hombre es más agresivo, dado a gestos de coraje físico, menos sentimental, al tiempo que la mujer se inclina más a la compasividad, a la renuncia, al recato, siendo, por

tanto, más accesible a la emoción y a los sentimientos. ¿Por qué esto, si, no teniendo sexo, los Espíritus deberían ser semejantes?

Él me dice, coherente con los postulados esclarecedores, que, como Espíritus, conservan características en común, mas al encarnarse, aceptan condiciones que les facultan desenvolvimiento de ciertas facultades, en detrimento de otras; o mejor, optan por el perfeccionamiento de algunos aspectos espirituales en que estén particularmente interesados.

Así es, realmente. Como la perfección deberá resultar, un día, del desenvolvimiento armonioso de todas las facultades posibles al ser humano, es natural que este tenga que ir por etapas, cultivándolas en ramilletes, hasta que, alcanzado el punto deseado, pueda empezar otras realizaciones.

Intentemos, no obstante, ampliar un poco más la cuestión, en la esperanza de alcanzar una visión más clara de sus dificultades. Al responder a la pregunta formulada por Kardec (¿Tienen sexo los Espíritus?), los instructores informaron lo siguiente:

“No como lo entendéis, pues el sexo depende de la organización. Hay entre ellos amor y simpatía, mas basados en la concordia de los sentimientos.”

Ciertamente que sintieran, esos instructores, que no era tiempo, aún, de profundizar más la cuestión, mas dijeron lo bastante para comprender algunos puntos esenciales. De hecho, la Doctrina nos enseña, a lo largo, que el ser encarnado resulta de un “orden” entre tres componentes distintos: espíritu, periespíritu y cuerpo físico. Al declarar que el sexo depende de la organización, dejaron bien entendido que la diferenciación sexual no alcanza el núcleo de la individualidad, representado por el Espíritu inmortal, pues queda contenida en los límites extremos de la organización periespiritual.

Por otro lado, Emmanuel informa, en respuesta a la pregunta número 30: “¿Hay órganos en el cuerpo espiritual?” (1), que sí, pues el cuerpo físico “es una exteriorización aproximada del cuerpo periespiritual”, y prosigue acrecentando que tal exteriorización “se subordina a los imperativos de la materia más grosera, en el mecanismo de las herencias celulares, las cuales, a su vez, se encuadran en las indispensables pruebas o testimonios de cada individuo”.

Esa interdependencia entre cuerpo físico y periespíritu es acentuada por André Luiz (2) al declarar que:

“Los cromosomas, estructurados en gránulos infinitesimales de naturaleza fisiopsicosomática, **participan del cuerpo físico** por el

núcleo de la célula en que se mantiene, y **del cuerpo espiritual** por el citoplasma en que se implantan.”

Es bastante comprensible, pues, que los seres que traen el periespíritu aún espeso, regresan al mundo póstumo, por la desencarnación, con una pesada carga fluídica, profundamente impregnada de materialidad y, por consiguiente, de sensaciones y necesidades bien semejantes a las que experimentaba en la carne.

Esto es confirmado por los relatos mediúmnicos, siendo la serie André Luiz bastante rica en informaciones de ese tipo. Para no alargar demasiado esta digresión, sugiero la relectura del capítulo 9º de “Nuestro Hogar”, bajo el título “Problema de la alimentación”.

Informa Lisias que, hace cerca de un siglo, la cuestión alimentaria era muy seria allí en la Colonia. Muchos de los recién llegados de la carne “duplicaban exigencias”. Querían mesas espléndidas, bebidas excitantes, “**dilatando viejos vicios terrenos**”. Cuando la dirección de la Colonia tomó providencias más enérgicas para cohibir los abusos, se estableció un comercio clandestino con los representantes de las tinieblas que, actuando, como siempre, a través de las brechas que nuestras pasiones inferiores les abren, se utilizaban de ese lamentable intercambio como instrumento de infiltración y asalto a la vasta organización regeneradora intitulada “Nuestro Hogar”.

Fueron implantadas severas medidas de corrección y reajuste, mas los alimentos no fueron totalmente abolidos, en virtud de la condición periespiritual, aún bastante densa, de la gran mayoría de los que habitan aquella Colonia.

En el capítulo 18 de esa misma obra, Laura informa que:

- “Al final nuestras refecciones son mucho más agradables aquí que en la Tierra. **Hay residencias**, en “Nuestro Hogar”, que las dispensan **casi** por completo; mas, en las zonas del Ministerio del Auxilio, no podemos prescindir de los concentrados fluídicos, teniendo en vista los servicios pesados que las circunstancias imponen. Gastamos gran cantidad de energía. Es necesario renovar provisiones de fuerza.”

Por tanto, la alimentación con sustancias concentradas es aún indispensable, igual para aquellos Espíritus más esclarecidos, que se entregan a tareas redentoras, aunque más humildes.

Así, de la misma forma que los problemas alimenticios, los de sexo no quedan totalmente eliminados por un pase de magia, simplemente porque se dio la desencarnación. Espíritus enredados en las tramas de la sensualidad, caen en situaciones calamitosas en el mundo póstumo. Solamente los más purificados consiguen liberarse de los llamamientos de la carne.

- “Entre los matrimonios más espiritualizados – informa Laura a André -, el cariño y la confianza, la dedicación y el entendimiento mutuos permanecen muy por encima de la unión física, reducida, entre ellos, a realización transitoria.”

“Inútil es suponer – dice un elevado instructor (1) – que la muerte física ofrezca solución pacífica a los Espíritus en extremo desequilibrado, que entregan el cuerpo a los desarreglos pasionales. La locura, en que se debaten, no procede de simples modificaciones del cerebro: dimana de la desasociación de los **centros periespiríticos**, lo que exige largos períodos de reparación.”

Y, más adelante:

“Convictos de esta realidad universal (la adquisición gradativa de las virtudes) no podemos olvidar que **ninguna exteriorización** del instinto sexual en la Tierra, cualquiera que sea su forma de expresión, **será destruida, sino transformada** en el estado de sublimación.”

No queda duda, por tanto, del estudio esclarecedor y de las observaciones cogidas, por Espíritus acreditados, en el inmenso laboratorio de la vida, que el sexo persiste en el mundo póstumo, hasta que sea sublimado. La sublimación ha de marchar, por eso, junto con la sutileza progresiva del Espíritu, pues, llegado a la condición de pureza, el sexo será, para el Espíritu, apenas el recuerdo de una experiencia valiosa que, entre otras, le sirvió de graduación para su escalada.

Retomando, con todo, nuestras preguntas iniciales, podremos responder que, infelizmente, Espíritus que pasaron por experiencias en el sexo femenino también odian, persiguen, obsesan. Algunos son hasta particularmente agresivos, rencorosos y violentos. Es que, llevando para el Más Allá sus frustraciones, sus desvíos, sus ansias, recaen, fatalmente, en fajas desarmonizadas, donde se consorcia con otros seres igualmente desorganizados, para dar prosequimiento al ejercicio de las pasiones incontroladas. En ese estado, continúan mujeres, sintiendo y actuando como tales. Ejercen sus poderes de seducción sobre otros seres, ganan “vestimentas”, “joyas”, “zapatos” y “perfumes”, a cambio de favores.

(1) “El Consolador”, FEB, 4ª edic. , cap. 1 – “Ciencias Fundamentales: Biología”.

(2) “Evolución en dos Mundos”, 3ª edic. cap. 6º, pág. 50.

Prestan servicios tenebrosos junto a compañeros encarnados, mancomunados a sus comparsas de las sombras, que les aseguran una

“buena vida” de placeres y protección contra el dolor que las espera fatalmente, para el reencuentro, un día, de frente.

Otras veces, son esclavizadas, reducidas a la condición más abyecta, y maltratadas, deambulando, dementes, en andrajos inmundos, por valles de sombras espesas, hasta que, consumidas por el sufrimiento, tengan un impulso de arrepentimiento que les posibilite el socorro de que tanto necesitan.

Hemos tenido algunas experiencias con Espíritus femeninos. Ya recordé, en otro punto de este libro, el caso de la hermana que se empeñaba en perturbar a una familia, intentando destruir un hogar, para lo que contaba con el apoyo de un sacerdote desencarnado, que la incentivaba, y la dispensaba de culpa, “absolviéndola”, probablemente en el confesionario, de la responsabilidad, bajo la alegación de que, en encarnación anterior, ella también fuera traicionada.

Tuvimos el caso de una joven que se suicidara por una pasión desviada, en una antigua encarnación en Escocia, cuando aquél a quien amaba la abandonó, embarazada y en la vergüenza. Localizándolo como encarnado, lo perseguía, intentando – y consiguiendo – inducirlo a errores bastante serios.

Otra – fue hermana de la caridad – atormentaba a una criatura encarnada, en cumplimiento de “órdenes superiores”.

Vimos, también, aquella pobre compañera, teleguiada por hábiles inductores, que extraviada a un hombre encarnado y era compensada con fiestas, vestidos bonitos y placeres.

En cierta oportunidad compareció una más difícil. Ya hacía algún tiempo venía intentando inducir a uno de los componentes del grupo a una actitud extremadamente arriesgada. El caso era presentado de manera sutil, inteligente, como si fuese la cosa más natural del mundo. Sería apenas la anticipación el que, según el Espíritu, estaba ya programado para más tarde. No habría culpa alguna, por tanto. Era “físicamente” simpática, se presentaba bien vestida, uñas muy pulidas, sonriente, educada, cordial.

(1) “En el Mundo Mayor”, FEB, 5ª edic., cap. 11 – “Sexo”.

Varias veces intentó influenciar a nuestro compañero, presentándose ante sus ojos espirituales, o durante el desdoblamiento del sueño natural. Finalmente, comparece a nuestros trabajos mediúmnicos.

Se ríe, muy divertida de la situación. Tiene la voz suave, envolvente y dulce. Se dice muy bella, elegante, esbelta, bien cuidada. Cuenta casos, sonríe, hace gestos graciosos y parece inmensamente segura de sí misma. Me trata con condescendencia y superioridad. Informa que “trabaja” junto a matrimonios y que su objetivo es liberar a la mujer, para que todas sean como ella, felices y libres para gozar la vida, sin preconceptos. De vez en cuando, para la exposición para reír, pues deja entrever que se decepcionó profundamente conmigo. Me conocía apenas de nombre y la realidad no confiere con la imagen que formuló a respecto de mi apariencia. Me halla, probablemente, feo, descoyuntado y ridículo. Dice que en el mundo en que vive es muy poderosa, porque es la **favorita**. Aún muy condescendiente, me aconseja, como amiga, a reunir mis cosas y partir mientras esté a tiempo, pues no tengo la menor idea de lo que estoy haciendo y donde me estoy metiendo. Esquiva hábilmente las preguntas, muy segura, inteligente y tranquila. Cuando le formuló cuestión más compleja, se disculpa, diciendo que es una mujer y no es dada a la Filosofía.

Del mundo espiritual, me sugieren que le pregunte por qué huyó de cierto castillo inglés. Ella continúa a engañar, mas se muestra visiblemente transformada. Por fin, pierde la calma, abandona la actitud de inconsecuente y superior condescendencia, y me ordena autoritariamente que me siente, lo que no quiero hacer, para permanecer junto al médium que la recibe.

Es llegado el momento de comenzar realmente el proceso de esclarecimiento. Hasta aquí – todo el trabajo duró cerca de una hora – el tiempo fue empleado en tantear su personalidad y sus problemas, a fin de obtener informaciones. Ahora, ya disponemos de algunos elementos más concretos. Le digo, de inicio, que su belleza física, de que tanto se enorgullece, es mera creación de su mente, mas ella está bien preparada para la comparación. Pide un espejo, para probarme que no tengo razón. En ese punto, no obstante, ve junto a ella un Espíritu de apariencia agresiva y repleto de vibraciones desarmonizadas. Es un antiguo esposo, de quien ella mató todos los hijos recién nacidos y los enterró en el jardín. No quería hijos, porque ellos “deforman el cuerpo”. Está igualmente preparada para ese reencuentro. En la organización en que vive, como favorita de un poderoso líder de las tinieblas, todo aquello le fuera mostrado en retrospectivo, por medio de imágenes vivas, en film, para que ella pudiese, en una emergencia como esta, soportar el recuerdo de sus propias atrocidades, sin perturbarse y perder el “equilibrio”. Ahora, en cuanto mira las escenas, está aparentemente segura y continúa riéndose

de todo, diciendo que no adelanta mostrarle nada. A respecto de su preparación, entretanto, no resiste mucho tiempo y entra en crisis dolorosa, la pobre y querida hermana. Su ex-marido se incorpora en otro médium y le lanza improperios, entre dientes, llamándola asesina. Le dice que está a su espera y ríe, de placer insano, ante el desespero en que ella se precipita. Dirijo a él algunas palabras, intentando calmarlo, y me vuelvo para ella, para ayudarla a enfrentar su problema, sus recuerdos y, principalmente, su futuro. Ella me responde en perfecto inglés:

- **I burned all the bridges behind me.** (Destruí todos los puentes por donde pasé.)

Le responde que intentó también destruir los puentes para el futuro y, por eso, se siente prisionera en una isla siniestra. ¡Es una larga y penosa agonía! Siente las manos sucias de sangre, detesta aquél vestido bermejo, que no consigue cambiar, y comienza a temer el momento fatal en que tendrá que dejar al médium para enfrentar la nueva realidad que se postró delante de ella súbitamente, mas, por cierto, no inesperadamente. Ella presiente los dolores que la esperan, pues muchas veces debe haber presenciado ese momento dramático, en otros Espíritus endeudados. De repente, comienza en ella un fulminante proceso de envejecimiento, al mismo tiempo en que sus ropas se presentan sucias y harapientas. Ella aún consigue decir que su vientre se secó y, por fin, se desprende con enorme sufrimiento para el médium, que quedó con los residuos de su profunda y dolorosa angustia.

Pocas semanas después de este caso, tuvimos otra manifestación de Espíritu femenino. También es de las que se dicen atrayentes y seductoras, estando, obviamente, empeñada en fascinar criaturas encarnadas y desencarnadas, al servicio de sus mandantes. Diciendo luego, muy sonriente, que no venga con mis conversaciones suaves. Aún si fuesen otras conversaciones... dice, maliciosamente. Se declara muy sutil y por eso es destacada para misiones delicadas. Había descubierto que el pobre esclarecedor es muy amado y tuvo el deseo de conocerlo personalmente; entretanto, mal puede esconder su decepción. Presa a sus condicionamientos, espera, por cierto, que yo fuese joven y bello, y no un insípido señor de cabeza blanca. Le digo que realmente soy un viejo sin gracia y cuando le pregunto si ella es joven, responde correctamente que el Espíritu no tiene edad. A otra pregunta mía, declara que vive en el cielo, pues el cielo es un estado de espíritu y ella es muy feliz. La conversación se prolonga aparentemente

sin rumbo, mas es la fase en que son cogidas las informaciones de que necesitamos para el trabajo real de esclarecimiento.

Después de reunidos los elementos que me parecen suficientes, me propongo orar. Ella protesta, alegando que yo oro demás y, mal me levanto, ella se echa de bruces sobre la mesa, en llanto, en una crisis emocionante, dolorosa. Siento por ella una infinita y paternal ternura y le hablo con mucho cariño. Ella deja caer todas las guardias y me cuenta que es una infeliz: fue explotada por los hombres aquí, en la carne, y continúa a ser explotada del lado de allá. Vive en un verdadero campo de concentración, con otras criaturas infelices. Cuando “ella” estaba allá – se refiere, como después averiguamos, a la hermana atendida semanas antes y que descubrimos haber sido una duquesa – fue protegida; después, no. Había sido incumbida en una tarea, junto a la esposa de alguien que estábamos interesados en ayudar; mas, al llegar junto a esa pobre señora, la vio en llanto, llorar a escondidas. Tuve pena de ella y quedó sin coraje de ejecutar fríamente su mandato. (Estaba presente también cuando telefonee a esa amiga encarnada, para consolarla de dolores que me había confiado). Aprovecho para decirle que fue aquél momento de compasión, delante de su víctima en perspectiva, que la salvó, permitiendo que fuese, a su vez, socorrida. Se siente muy desconcertada y arrepentida de haberme tratado como me trató, al principio. Cuando le digo que tengo edad para ser su padre, ella me interrumpe para afirmar que no tuvo la intención de ofenderme. Como estoy, precisamente aquella noche, conmemorando 56 años de edad, le digo que ella acaba de darme el más lindo regalo: su corazón. Ella teme a sus verdugos y está aturdida ante las perspectivas de ser arrastrada por ellos, al dejar al médium. Se siente muy emocionada ante el cariño y el respeto con que la tratamos, se dice cansada y confiesa que hasta a los míos perjudicó bastante, en sus actividades. Ve, ahora, a su lado, una joven pacífica y tranquila, que vino a recibirla, mas uno de los emisarios de su tenebrosa organización está presente, en otro médium, e intenta confundirla, diciendo que la moza que la espera también es de ellos, lo que no es verdad. Pregunto si ella confía en mí. Dice que sí. Le pido que siga a la moza, y ella parte, repitiendo una pequeña oración que le sugiero:

- ¡Jesús, me ayude!

Hubo, en este caso, una posdata. El compañero que se incorporó en otro médium, para amenazarla, preguntó si yo aún disponía de tiempo para atenderlo. Le respondí que, infelizmente, no, porque teníamos una disciplina de trabajo, que precisaba ser obedecida, mas podríamos conversar en la oportunidad siguiente, con lo que él

concordó, diciendo que volvería. En el transcurso de la semana, no obstante, nuestros mentores nos dijeron que él había sido esclarecido en el mundo espiritual, no siendo, por tanto, necesario traerlo nuevamente al grupo.

* * *

Son esas algunas experiencias con Espíritus femeninos.

A veces, ellas son obsesoras implacables, tan violentas y agresivas como los hombres, tan irracionales como ellos, en sus pasiones y en el deseo insaciable de venganza; mas son estadísticamente en número reducido, con relación a los Espíritus masculinos y, decididamente, más abiertas al entendimiento y predisuestas al despertar, porque son más sensibles al llamamiento de la ternura, de la emoción, del respeto a su condición femenina, aunque estén transitoriamente en una posición de envilecimiento, o tal vez, por eso mismo. Al sentirse que son tratadas como seres humanos, reaccionan como seres humanos, respondiendo, más temprano o más tarde, a las vibraciones de nuestro afecto.

Lo más común, con todo, en trabajos mediúmnicos, es encontrar mujeres que vienen a recoger en sus brazos amorosos a los compañeros recién despertados. Son viejos y seculares amores: madres, esposas, hijas, hermanas, que guardaron ternuras profundas, alimentadas en esperanzas que nunca se apagaron, ni desalentaron. Comparecen, a veces, aún enmarañadas, ellas mismas, en rescate doloroso, mas casi siempre ya más avanzadas en el camino de la pacificación. Algunas se encuentran desde hace mucho revestidas de luz y armonía. Uno de estos casos, intensamente dramáticos, está relatado por André Luiz, en “Liberación”. Matilde desciende a los subterráneos del dolor, para rescatar a su amado Gregorio, que se extraviara lamentablemente, y es como su amor apenas – ¡y es todo! – que enfrenta su cólera, en una escena inolvidable.

III

EL CAMPO DE TRABAJO

EL PROBLEMA

El ser humano, encarnado o desencarnado, vive en el clima de la emoción, presionado o sustentado por ella, llevado por ella a las cavernas más profundas del dolor y de la rebeldía, o elevado a las cumbres de la felicidad y de la paz. Ella nos afecta, incluso cuando, ocasionalmente, parece no existir en nosotros. Es oportuno recordar que emoción, etimológicamente, quiere decir **acto de desviar**, o sea, **mover**. Arrastrado por la emoción, el Espíritu se desvía, en un sentido o en otro, caminando para las tinieblas de sufrimientos inenarrables o subiendo para los planos superiores de la realización personal, según él se deje dominar por el odio o se entregue al amor. Ese desvío lo conduce a extremos de pasión, que lo aplasta, o a culminaciones de devoción, que lo santifica, y, muchas veces, en estados aún inferiores de la evolución, se confunde en nosotros la realidad odio/amor, y nos confundimos en ella y con ella, porque es común tocarse los extremos.

El trabajo de desobsesión no debe ignorar esa realidad. Frecuentemente, el proceso de la desobsesión se desencadena, de

manera paradójica, por amor, y es recordando ese aspecto que conseguimos, a veces, ayudar a los hermanos, que se atormentan mutuamente, y ponen un punto y final en sus angustias. Lo que ocurre es que tenemos en todos nosotros el instinto egoísta – de conservar la posesión total del objeto de nuestra preferencia o afecto: la esposa, el esposo, el hijo, el dinero, la posición social, el poder. Supongamos que la esposa nos traiciona, que el hijo nos rechace, que el dinero o el poder nos sean arrebatados. Pasamos inmediatamente a odiar a los que nos privaron de la posesión de aquello que amamos o valoramos. Con esto, percibimos que amor y odio son dos aspectos de una sola realidad, luz y sombra, que en determinado punto se absorbieran una a la otra, creando una opresiva atmósfera de penumbra, en la cual perdemos la visión de los caminos y el sentido de la dirección. Para deshacer ese clima de obscuridad, que angustia y desorienta el Espíritu, es preciso ayudarlo a identificar bien sus sentimientos, a fin de separarlos. Estemos ciertos, para eso, de una realidad indiscutible, aunque poco percibida: el amor, como decía Pablo a los Corintios, no acaba nunca. Aunque envuelto, enterrado en el rencor y en la venganza, él subsiste, sobrevive, renace, está allí. El odio no lo excluye; al contrario, lo fija aún más, porque en términos de relaciones hombre/mujer, el odio es, muchas veces, el amor frustrado. Odiamos a aquella criatura exactamente porque parece que ella no quiere nuestro amor, porque nos rehusa, nos traiciona, nos desprecia, porque la amamos...

En el momento en que conseguimos convencer al compañero desencarnado, en crisis, que él odia porque aún ama, él comienza a recuperarse, comprendiendo que esa es una verdad la cual él aún no había descubierto. Por más extraño que parezca, el rencor contra la amada, o el amado, que traicionó o abandonó, es que mantiene encendida la llama de la esperanza. Aquél que dejó de amar es porque no amó bastante y, con menor dificultad se desliga del objeto de su dolor. Pronto comprende que no vale la pena perder su tiempo, y angustiarse en el doloroso proceso de vengarse, dado que – y esto también puede parecer contradictorio – no podemos ignorar el hecho de que la venganza impone, también al vengador, penosas vibraciones de sufrimiento.

Así hemos encontrado varios casos en la experiencia de nuestros grupos.

Uno de esos fue conmovedor. El Espíritu manifestante era el de una mujer. Su antiguo compañero, ahora encarnado, formaba parte de nuestro grupo y ella aún traía en su corazón un rencor que 130 años

no consiguieron extinguir. Fue muy bella, inteligente, de elevada posición social, y rompiera con todas las convenciones de la época para seguirlo. Y por más de un siglo, recogida en el mundo espiritual, hallara que no valiera la pena su sacrificio y que él no diera valor a sus renunciaciones y ni las mereciera.

Fue muy difícil el diálogo con ella. Todo fue intentado por nuestros queridos amigos espirituales. Lleváronla a un encuentro con él – desdoblado por el sueño – en un lugar de Europa, donde vivieron momentos de intensa felicidad y embeleso. Ayudaban, como podían, al esclarecedor, en sus esfuerzos. Ella era muy brillante y estaba muy triste: tenía respuestas oportunas, encontraba en sí misma todas las justificaciones para continuar actuando de aquella manera. ¡Al final de cuentas, no pensara en otra cosa, por más de un siglo! Promovieron, los benefactores espirituales, encuentros con un hijo que el matrimonio tuviera en aquella ocasión y que se encontraba también en el mundo espiritual, bastante tranquilo y dedicado al trabajo constructivo. Se reencontró ella, también, con otra hija – esta reencarnada – a la cual se dirigía con cariño y afecto, a través del médium. Nada. Cierta vez, en lugar de ligarla a su médium habitual, la ligaron con el propio compañero, objeto de sus rencores, pues él también disponía de excelentes facultades mediúmnicas. Cuando ella percibió que hablaba por su intermedio, se retiró prontamente, muy agitada. Otras veces, él intentó dialogar con ella, más la experiencia fue negativa, pues su palabra parecía exacerbar el rencor que la hacía infeliz.

Ese drama duró meses, semana tras semana. Y ella, irreductible. Cierta vez, sintiendo que comenzaba a ceder a los argumentos o a los sentimientos de afecto que recogía en el grupo, ella se desligó súbitamente del médium. Nuestros benefactores, por dulce constreñimiento, trajéronla de nuevo, ya en llanto. Ella vino indignada, agitada, hablando entre lágrimas:

- ¿Cuándo va a terminar esta farsa?

Pacientemente, el esclarecedor le devolvió la pregunta con otra:

- ¿Usted encuentra, querida mía, que sus lágrimas también son una farsa?

Estaba llegando el fin de su larga y penosa agonía íntima. Comenzó a ceder, a la medida en que el amor reencendía su llama, al principio tímidamente, y después, con todo el vigor antiguo, mas ahora purificado, corregido de la pasión que fuera su pérdida. Acabó por reconciliarse con su antiguo amado.

Esta historia, tan verídica y dramática como la propia vida, tuvo un final emocionante y, gracias a ese episodio, viví una de las más bellas y conmovedoras emociones de mi experiencia en el trato con los Espíritus.

Cierta noche, ella vino sólo para despedirse. El drama y el dolor habían terminado. Ahora, era la reconquista del camino evolutivo, la perspectiva de nuevas experiencias redentoras: la querida hermanita se preparaba para reencarnarse, perfectamente reconciliada con la vida y el amor. Nos fue permitido identificarla en la nueva encarnación que se iniciaba bajo tan bellos auspicios y tan gratas alegrías para todos aquellos que la amaban.

Renació. Una bella criatura, en hogar feliz y equilibrado. Tras los primeros meses de su nueva existencia, tuve oportunidad de verla. Yo visitaba la familia, y la joven madre me llamó a la criatura. Entramos en el cuarto en el que ella dormía profundamente. La madre encendió la luz, bajo mis protestas, pues temía que ella recordase, más ella continuó durmiendo. Era linda, y durmió aún unos segundos. Después, abrió los ojitos, me contempló – su antiguo esclarecedor, con quien sustentó batallas impetuosas – y me dio el premio inesperado de una bellísima sonrisa... Enseguida, durmió nuevamente, como un ángel que era. Sentí en aquella sonrisa el mensaje de paz y de gratitud. Sus ojitos expresaban felicidad y amor. Su expresión me decía, en el lenguaje inarticulado de la emoción:

- ¡Ah! ¿Es usted? Ya estoy aquí, amigo...

Sin duda alguna, el amor también renaciera con ella. Su antiguo compañero recibe de ella, hoy, el amor transcendental de la nieta muy querida por el abuelo, que mereció también la bendición del reencuentro y de la reconciliación.

* * *

La cosa no es tan fácil cuando el Espíritu desajustado persigue a aquél que le hizo perder la posición, el poder, el dinero o el amor. Casi siempre se olvida el vengador de que él mismo desencadenó el mecanismo del rescate cuando, en el pasado olvidado, mas indeleble, cometió faltas idénticas contra el prójimo. En la confusión en que se envuelve, el culpable de su caída, de sus frustraciones, no son sus propios engaños, es aquél que está allí, encarnado o desencarnado. Su rebeldía y su angustia como que se personalizan, se objetivan, y es más fácil esforzarnos e intentar destruir a una persona, que identificarnos como causantes de nuestra derrota, que enfrentar la dura realidad de

que la causa está en nosotros mismos y que el ser a quién perseguimos fue apenas el infeliz instrumento de la ley. Nuestros errores son cometidos contra la ley divina; es preciso dejar a ella el trabajo de reajuste. Aquél que asume la posición de tomar la justicia divina en sus manos, está reabriendo el ciclo del dolor, en vez de cerrarlo con el perdón. Es preciso recordar una vez más aquí la técnica desobsesiva que el Cristo nos enseñó:

“Oíste decir: Amad a vuestro prójimo y odiar a vuestro enemigo. Pues os digo: Amad a vuestros enemigos y **rogad por los que os persiguen**, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace brillar el sol sobre los malos y sobre los buenos y llover sobre los justos y los injustos. (1)

Orad por aquellos que os persiguen no es **apenas** un precepto evangélico teórico – y ya sería mucho, por cierto – es una enseñanza del más elevado valor práctico, ante los compañeros con los cuales nos desentendimos en el pasado. El rencor que sienten por nosotros sobreexiste, o se diluye, según nuestras propias reacciones, siempre observadas atentamente por nuestros cobradores. Si los odiamos también, el odio que nos confieren se sustenta, queda estimulado, persiste, atraviesa los siglos y los milenios. Esto es una realidad terrible, que multitudes de sufridores ignoran, lamentablemente. Si dejamos de odiar y pasamos a orar por aquél que nos atormenta, liberamos por lo menos dos seres: a nosotros y a él, además de otros que puedan estar comprometidos en el proceso.

Nunca será suficientemente enfatizada la importancia de este concepto, en trabajos de desobsesión. Dejaremos para debatir ese aspecto más adelante, cuando cuidemos de las técnicas y recursos sugeridos para el trabajo. Conviene, entretanto, insistir y repetir: los Espíritus en estado de perturbación evalúan nuestras emociones y no nuestras palabras. Están, en el fondo, ansiosos de que los convenzamos de su error, aunque jamás reconocerían eso.

(1) Mateo, 5:43-45. La Biblia de Jerusalén esclarece, en nota a pie de página, que la expresión “odiar a vuestro enemigo” no se encuentra en el texto de la ley, lo que es verdad, pues no consta en Levíticos, 19:18, de donde fue extraída la cita. Esclarece, no obstante, que la expresión era forzada, por causa de la pobreza de la lengua. El vocabulario de la época, a lo que se desprende, no tenía una expresión correcta para describir el sentimiento que no sería ni amor ni odio, ni indiferencia y, por eso, todo aquél que no fuese amigo, sería enemigo; todo lo que no pudiese ser considerado amor, era odio. De cierta forma, esa pobreza semántica perdura.

Si en el debate opusiéramos nuestra irritación a la de ellos, nada conseguiremos sino confirmarlos en el error en que se enquistaron a través del tiempo, repitiendo engaños y desengaños.

Me recuerdo de un ejemplo, entre muchos, de esa curiosa posición espiritual. El compañero se manifestó impetuoso y luego se reveló indignado porque no consiguió despertar en mí una reacción idéntica a la suya, o sea, también de irritación, para que se crease el clima de la desavenencia que piensan les conviene. Como me mantenía sereno e imperturbable, él se desvaneció poco a poco de su ímpetu y partió, algo desilusionado, mas aún no convencido, tal vez pensando en descubrir un método cualquiera de irritarme, a fin de arrastrarme para su faja vibratoria, donde podría alcanzar mejor sus propósitos. En la semana siguiente se dio la cosa más linda. Se incorporó a su médium, a mi lado, me oyó y dijo, con voz emocionada, en tono y en palabras que nunca olvidaré:

- No precisa armarse. Usted ya me ganó...

Una simple frase de esas describe un mundo de emociones y de decisiones que un libro no podría contener. ¿Qué me restaba decir a él, sino de la profunda emoción y gratitud por su respuesta al sentimiento de fraternidad?

El esclarecedor tiene que estar, pues, muy atento, para no dejarse envolver por el rencor que el Espíritu trae en sí. Un hermano, experimentado en las lides espíritas, y que acumuló a lo largo de los años, extenso rol de casos curiosos, me contó que un esclarecedor invigilante, profundamente irritado con el desajustado Espíritu manifestante, le gritó, en el auge de la desarmonización:

-¡Materialízate, que quiero darte una bofetada!

* * *

La situación es considerablemente más difícil cuando el esclarecedor se enfrenta con su propio obsesor. En este caso, la tarea asume implicaciones de naturaleza muy personal, para las cuales el esclarecedor tiene que estar preparado. Más adelante, estudiaremos uno de estos casos. En este punto, basta extraer de la situación una enseñanza extremadamente preciosa y que nunca debe ser olvidada: la de que el arrepentimiento y el remordimiento también deben ser constructivos. Esto sirve, tanto para el que persigue, como para el perseguido.

Intentaremos explicar este delicadísimo mecanismo.

Imaginemos un Espíritu desencarnado, envuelto en un tenebroso proceso de obsesión. Él persigue y se venga de alguien implacablemente, siglo tras siglo, en un odio que parece no tener fin y que nunca llega a la saciedad, pues es de la naturaleza del odio que jamás satisface a sí mismo. Es cierto que él ignora, consciente o no, la causa anterior que determinó el efecto de su dolor. Digamos que él había sido asesinado, por alguien, cuando ejercía elevada posición de mando, como un rey, por ejemplo, o déspota medieval. Toda su cólera, en el mundo de las tinieblas, se concentra en aquél que provocó su desencarnación. Él no quiere saber que anteriormente, en aquella vida o en otra, remota o no, él mismo practicó falta semejante y ahora recibe la visita inevitable de la ley. Él sólo sabe que aquél miserable lo mató y, por tanto, merece todos los castigos y punitivos. Más allá de eso, él sabe también que, al errar, nos exponemos, a nuestra vez, a la cobranza, lo que, a su manera de pensar, le da el “derecho” de punir y de vengarse.

Supongamos, aún, que al cabo de un feliz esclarecimiento, aquél severo perseguidor resuelva, al final, encerrar el proceso de la venganza. Está cansado, llegó a la conclusión de que no vale la pena continuar, porque uno de los grandes infelices es él mismo; o, más grave aún, descubrió que, en el pasado, él mismo cometió faltas mucho más terribles que aquella que pretendió cobrar, en nombre de un Dios en el que él mismo no creía. Él puede, en tales circunstancias, descender a abismos de autoconmiseración y dolor. Hemos tenido oportunidad de presenciar arrepentimientos dramáticos, desesperados.

Es el momento de ayudarlo a construir algo con los restos de su tragedia, mostrándole que el remordimiento debe ser constructivo, si no él, que estaba parado en la carrera de la evolución, va a continuar paralizado por el remordimiento.

Por otro lado, veamos al perseguido, u obsesado. No siempre él sabe por qué sufre los rigores de la venganza. El error viene de muy lejos, y debe ser muy grave, para que él sufra de aquella manera, mas él desconoce las causas de su dolor y ni siquiera tiene oportunidad de enfrentar, en un diálogo, a su obsesor. Como Espíritu, él no lo ignora; apenas el velo del olvido le protege, como a todos nosotros, de recuerdos extremadamente dolorosos, que no tenemos condición de soportar con nuestra consciencia en vigilia. Si él tiene oportunidad, con todo, de conocer la razón de su obsesión, y se entrega al remordimiento desenfrenado, dificulta la liberación de su propio Espíritu y el de su verdugo. Por otro lado, él no puede ignorar el arrepentimiento, pues es exactamente este sentimiento que le da los

primeros recursos para liberarse del dolor. Sin arrepentimiento, nos colocamos en posiciones en las cuales no podemos siquiera ser ayudados. La situación es, pues, muy compleja y delicada, porque el mismo sentimiento de remordimiento que lo llevó a merecer ayuda, puede retenerlo a la merced de su perseguidor, si no fuera canalizado para fines constructivos. El remordimiento es, pues, una flor bellísima, de muchos y puntiagudos espinos. Es preciso estudiarlo, tratarlo con serenidad, equilibrio y humildad. Sí, estamos arrepentidos del error cometido contra el hermano; mas no podemos permitir que nuestro arrepentimiento alimente indefinidamente su rencor. Es en eso, además, que él se esfuerza: mantener a su víctima siempre recordando el error, porque el arrepentimiento sirve doblemente, tanto para hacerla sufrir, como para estimular la cobranza, que se eterniza.

- ¡Paga tu deuda! – gritó cierto compañero desordenado.

Más, pagar ¿cómo? ¿Qué entendería él por pagar la deuda? Ciertamente que con el dolor que rescata y con el arrepentimiento que nos retiene preso a ella. Es una situación extremadamente crítica y delicada.

Aún volveremos a este tema, que contiene otras implicaciones y connotaciones de gran interés para el trabajo de esclarecimiento.

EL PODER

Muchos dramas, cuyos entramados vienen a reventar en nuestras mesas de trabajo mediúmnic, tienen su núcleo principal en la terrible pasión por el poder. Un Espíritu me dice cierta vez en que dialogábamos:

- ¡Siempre fui grande!

En términos humanos, sí, fuera grande, desde remotísimos tiempos, desde el antiguo Egipto hasta la Europa moderna. Más, ¿qué es realmente la grandeza?

“El mayor de entre vosotros sea vuestro servidor” – dice el Cristo, según Mateo, 23:11, “pues el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado.”

En Lucas (22:24-27) el texto es aún más explícito:

“Entre ellos, hubo también una discusión sobre quién parecía ser el mayor. Él les dice: Los reyes de las naciones gobiernan como señores absolutos y los que ejercen autoridad sobre ellas se hacen llamar benefactores; más no así entre vosotros, sino que el mayor entre vosotros sea como el menor, y el que manda, igual al que sirve. Porque ¿quién es el mayor, el que está en la mesa o el que sirve? ¿No es el que está en la mesa? ¡Pues yo estoy entre vosotros como aquél que sirve!”

Por tanto, el concepto de grandeza formulado por el Cristo no fue el de servir a nuestras pasiones, más el de servir al semejante. Él mismo, cuya verdadera grandeza era imposible de ser ocultada, se confirmaba como simple servidor.

En otra oportunidad, se vale de su impecable didáctica, Jesús confirmó y amplió su pensamiento, para demostrarnos, sutilmente, que no teníamos noción real del concepto de grandeza:

“En verdad os digo que no hay, entre los nacidos de mujer, mayor que Juan Bautista; con todo, el menor en el Reino de los cielos es mayor que él.”

Vemos, así, que los parámetros humanos de comparación de la grandeza son inaceptables en términos espirituales. Entre nosotros, que todo valoramos según la insignificancia de nuestras medidas, todo lo que sobrepasa a la mediocridad de nuestros horizontes se torna grande, igual que del lado negativo de la ética. Es un **gran** criminal aquél que mata con esmero de crueldad a una persona o dos, más es un **gran** guerrero aquél que mata a millares. Es grande el que disputó y conquistó a sangre y fuego posiciones de mando y gobernó multitudes

con pulso de hierro. Son grandes los “príncipes” de la Iglesia, que ampliaron los poderes materiales de la organización. Es grande el escritor que obtuvo mucho suceso literario, quiere que su obra sea constructiva o desagregadora.

En esa invertida escala de valores, la criatura evangelizada, serena, amorosa, que lleva una existencia al servicio del prójimo, en renunciadas ocultas y en el silencio del anonimato, pasa desapercibida, ignorada y hasta despreciada.

Esto nos induce a colocar bajo sospecha nuestros criterios usuales de la valoración de la grandeza, pues ellos nos han llevado, a lo largo del tiempo, a cometer tremendos engaños. Confundimos, frecuentemente, el ejercicio del poder con la grandeza. Las señales exteriores del poder nada dicen sobre el molde moral del Espíritu que las detiene. Y muchos de nosotros, en el pasado y en el presente, nos hemos dejado llevar por la peligrosa ilusión de que somos grandes, solamente porque disponemos de autoridad incontestada; mas, ¿cuántas veces, como simples corderos espirituales, no hemos subido las escaleras del poder? Lo peor, entretanto, es que el virus del poder nos contamina, y la infección se instala en nosotros, por siglos y siglos. Espíritus alcanzados por ese deslumbramiento lamentable arrastran consigo, para el mundo espiritual, la pasión invencible del mando, y allá se unen a las organizaciones tenebrosas, que se utilizan de ellos para oprimir y esparcir la desarmonía por todas partes. Ellos se prestan a eso, con tal que les sean conferidas las señales externas del poder, las insignias, los séquitos, los tronos, así como el comando de vastas organizaciones opresoras, pues no aprendieron, aún, a vivir fuera de ese clima.

La decepción de algunos de esos Espíritus es terrible, cuando se encuentran privados de aquello que constituye el propio aire que respiran. Kardec nos preservó la comunicación de una reina indiana de D'Oude. (“El Cielo y el Infierno”, segunda parte, cap. VII.)

- “Vos, que vivisteis en los esplendores del lujo, rodeada de honores, ¿qué pensáis ahora de todo eso?”

- “Que tengo derecho.”

- “¿Vuestra jerarquía terrestre concurrió para que tuvieseis otra más elevada en ese mundo en que ahora estáis?”

- “Continúo siendo reina... ¡Envíenme esclavos, para servirme!... Mas... no sé... me parece que se preocupan poco de mi persona aquí... Sin embargo, yo... soy siempre la misma.”

Y después:

- “¿Tenéis envidia de la libertad de que gozan las europeas?”

- “¿Qué podría importarme tal libertad? ¿Se las sirve, acaso, de rodillas?”

Otra gran dama, ex-reina de Francia, en mejores condiciones que la infeliz reina indiana, encontró en elevada posición, en el mundo espiritual, a alguien que fuera obscuro servidor de su corte y de quien ahora ella dependía para ser ayudada.

Muchos son, entretanto, los que se alternan en los Puestos de mando, aquí y allá, montando y dirigiendo terribles organizaciones especializadas en el crimen espiritual.

Difícilmente comparecen a los trabajos de esclarecimiento los verdaderos jefes de esas organizaciones. vienen generalmente sus emisarios más credenciados, asesores de confianza, sus destacados líderes.

Uno de ellos, que se presentó como líder religioso, me dice:

- Mi Emperador es Fulano – y dice el nombre de alguien que, en tiempos pasados, comandó ejércitos y pueblos.

Mismo con los jefes menores, el trato es difícil, y no debemos alimentar esperanzas de rápidas y radicales conversaciones. Es preciso comprenderlos, en el propio contexto en que viven. ¿Cómo van a dejar el poder? Entregarlo ¿a quién? ¿Y por qué? ¿Cómo irán a vivir sin las pompas, las ordenes, las expediciones, los planeamientos, las verdaderas campañas que desencadenan contra aquellos que consideran sus irreductibles adversarios? ¿Cómo volver a ser un simple y endeudado Espíritu, despojado de sus propias “defensas”?

Sí, porque saben muy bien que, en cuanto permanecieran ligados a aquellas tenebrosas estructuras, están retardando el momento del encuentro consigo mismos, con sus llagas, sus consciencias, sus remordimientos. Mientras están allí, permanecen al abrigo de las miradas amargas de antiguos amores, que el tiempo no apagó. ¿Por qué cambiar la gloria, que llega a las fronteras de la “divinidad”, por el sufrimiento anónimo, por la reencarnación de rescate?

El único objeto, la única salida posible, está en agarrarse tenazmente al poder, que ejercen con la sensibilidad anestesiada. Es por eso, también, que se recusan terminantemente a un diálogo que pueda arrastrarlos hacia la faja de la emoción, de la blandura, de la compasión, del sentimiento. Mientras estén en el ejercicio del poder estarán al abrigo del dolor mayor, de enfrentarse a sí mismos. Es más fácil enfrentar el dolor de los otros.

VANIDAD Y ORGULLO

Muy ligado al problema del poder está el de la vanidad, y también el del orgullo. Vimos cómo se entrelazan, en el caso de la reina indiana.

La vanidad se presenta bajo muchos aspectos y esta claro que no siempre está asociada al ejercicio del poder. A veces, se limita a los cuidados con la apariencia “física”, las vestimentas, o a la inteligencia.

Muchos son los que nos visitan, en las sesiones mediúmnicas, en estado de exaltación vanidosa. Hay los que se juzgan muy bellos (o bellas), los que ostentan condecoraciones, joyas, mantos, séquitos de servidores y acólitos, así como los que alardean conocimientos intelectuales estupendos. Uno de esos fue enfático. Dirigía una organización que mantenía Espíritus aprisionados bajo las más abyectas condiciones del submundo de los dolores. Al presentarse, habló inmediatamente sobre sí mismo: era bello, poderoso, “divino”.

- ¿Usted me ve? – me pregunta.

Siempre fuera importante. Es el Señor de aquella región (el médium había sido llevado, por desprendimiento). Allí tiene muchos prisioneros, vigilados por un viejo que, en tiempos pasados, fuera su esclavo, y que azotó, en nuestra presencia. En cuanto a mí, le debo algo muy serio, pues le arrebaté a alguien que estaba destinado a quedar también, como prisionero, en sus tenebrosos dominios.

Cuando comparece la segunda vez, hace una escena, fingiendo ser un pobre ahorcado, necesitado de socorro urgente y de pases restauradores. Al percibir que no consiguió eludirnos, rió, desilusionado, diciendo que estamos siendo muy sabios y peligrosos. Retoma el diálogo irónico, envolvente, inteligente. Revela ser uno de los magistrados del Espacio. Le cabe hacer que la ley sea cumplida. No es él quién retiene sus prisioneros; son sus propios crímenes, y ellos quieren quedar allá, en una autopunición inevitable. Vuelve a decir que es bello, brillante y poderoso. Siente en él la evidente satisfacción consigo mismo, con aquello que hace, la alegría casi infantil con que se contempla a sí mismo, y a su obra siniestra.

Hizo con algunos compañeros encarnados un pacto. Poder **contra** poder. Él les ayuda a conquistar una ganancia de dominio, en el lado de acá de la vida, y ellos le dan, a su vez, la parte que le toca. A esa

altura, propone, también a mí, un trueque: liberará a aquellos en quien estoy interesado, a cambio de una condición: “debo deponer mis armas”. Y, muy vivo e inteligente, anticipa mi respuesta:

- “Sé que usted va a decir que el amor no es un arma...”

No sólo eso, le respondo, mas, tampoco tengo autoridad para hacer acuerdos. Hable con sus superiores, allá mismo, en el mundo espiritual. Él intenta todo, inclusive mi involucramiento, con elogios y lisonjas. Después, pierde la paciencia, indignado. No está acostumbrado a resistencias así, irracionales y tontas, él que es un “dios”...

¡Infeliz! Como es difícil caer del pedestal... mas va cediendo poco a poco, y en cuanto entra en crisis, lo peor le acontece, pues ve su belleza física desmoronarse lentamente, en cuanto un súbito y extraño proceso de envejecimiento le destruye las bellas facciones. Oye llanto de niños (¿los habría sacrificado?) y, por fin, confiesa que su odio “perdió la fuerza”.

Es una afirmativa desesperada, arrancada del fondo de sí mismo, y no debe haber sido fácil para él reconocerlo; la crisis comenzó a precipitarse en él, a partir del momento en que dejó de ser bello. Demostrada, a él mismo, la insuficiencia de la vanidad física, las demás vanidades también entraron en colapso.

* * *

En cuanto al orgullo, nos visita con igual frecuencia, y viene siempre asociado a la vanidad o al poder, o a ambos. Algunos nos invocan la vieja fórmula:

- ¿Usted sabe con quién está hablando?

Comandan vastas instituciones del terror. Se presentan aparentemente tranquilos y seguros, o bastante rencorosos y agresivos. A veces son, de hecho, muy brillantes y cultos, artificiosos en el raciocinio envolvente, en la formulación de preguntas embarazosas, y hábiles manipuladores del método socrático, con el objetivo de obtener la condenación del esclarecedor, a través de sus propias palabras. ¡Qué placer sienten en oprimir y dominar! ¡Qué orgullo por las posesiones que ocupan, conquistadas con dolores y sufrimientos aplicados a los semejantes! Viven, literalmente, en pedestales, de los cuales no piensan descender, porque, si lo hiciesen, encontrarán sus propios fantasmas, sus culpas, sus angustias personales. Algunos se creen realmente divinizados y omnipotentes. Uno de ellos me dice que creía en Dios:

- El hecho de yo existir – afirmó –, prueba que alguien me creó.

Más, cuanto al Cristo, fuera un débil. Nada tenía contra Él, contando que Él no interfiriese en sus planes, que eran grandiosos.

Otro compañero, ofendido con el tratamiento que habíamos dispensado a su “jefe”, a través de otro médium, se manifestó irritado, hasta algo asustado, diciéndonos que no tenía idea de quién era él, pues, por el contrario, no lo habríamos tratado de aquella forma. Él era muy importante:

- ¡Ah! Si usted supiese quién es él...

¿Y los antiguos “Príncipes” de la Iglesia, que comparecen tremendamente vanidosos, condescendiendo en conversar con nosotros, tráfugas miserables, traidores viles, envueltos con una doctrina maléfica, demoníaca, como el Espiritismo? ¡Que pompa, infelices! ¡Que olímpica indignación!

Uno de estos me conoció en antigua encarnación, durante la Reforma Protestante, donde fuéramos adversarios, en el campo teológico. En un “flash” de inspiración, pues estoy familiarizado con las minucias de la historia de la Reforma, lo identifiqué por el nombre. Era él mismo. Acabamos, ambos, descubriendo las fuentes ocultas de su fanatismo religioso: en tiempos pasados, él fue uno de aquellos que apedrearón a Esteban...

PROCESOS DE FUGA

La continúa observación de esos métodos, a lo largo de los años, va diseñando para nosotros un perfil más nítido de los secretos y misterios del extravío moral. Las actitudes se agrupan y, en cada una de ellas, se repiten los gestos, las palabras, los impulsos, las motivaciones. Entretanto, guardan todas, y cada una de ellas, su individualidad y sus sorpresas. No sé cómo explicar ese juego, entre lo inédito y lo esperado. Parece que las posiciones son básicamente las mismas, mas, dentro de ellas, cada uno toma el camino que le impone sus fantasmas interiores. En suma: hay ciertas constantes que se repiten, que se cristalizan, que constituyen modelos, padrones, o lo que sea, dentro de los cuales la individualidad de cada uno se preserva, manteniendo cierta autonomía. Es como si, en un concepto amplio de determinismo difuso, ellos actuasen dentro de un amplio radio de libre elección.

Vamos a algunos ejemplos.

Una de las constantes, identificadas en esos Espíritus que persiguen, que dominan, que esparcen el dolor, es la fuga. Huyen de sí mismos, de sus propios dolores, de sus angustias y frustraciones. Sean las que fueren las justificativas que invoquen para sus actitudes – cuando las presentan – el mecanismo es siempre el mismo: procuran olvidar sus propios crímenes y aflicciones, retardar el encuentro con la verdad, anesthesiarse en la sensibilidad, por el cruel y deshumano proceso de acostumbrarse a la fría contemplación del dolor ajeno. Es preciso entenderlos bien. No son monstruos irrecuperables, que merecen el santo horror y la condenación eterna. No son seres despreciables, que tengamos que abandonar a su propia suerte, para siempre. Tenemos que aproximarnos a ellos con sentimiento de amor fraterno y de comprensión, no con repugnancia, como si fuésemos los redimidos, y ellos los réprobos perdidos en sus crímenes. Tenemos que entender que están en fuga. La coraza de que se revisten es más frágil de lo que parece, y no es impenetrable a los fluidos sutiles del amor. Se defienden del dolor, atacando, agrediendo, maltratando. Intentan cicatrizar sus propias heridas abriendo heridas en otros corazones. En el fondo, saben que pueden solamente retardar el reencuentro con sus realidades interiores, mas no ignorarlas para siempre. ¡Cuántos de ellos han dicho que saben muy bien eso, mas sabrán “ser hombres”, cuando llegue, para ellos también, la cobranza! Mientras no llega, prosiguen

sus tareas abominables. Saben de sus responsabilidades, e imaginan, con bastante precisión, lo que les espera un día, cuando “caigan”. Por eso mismo es que resisten, cuanto pueden, buscando apoyo en las organizaciones a que pertenecen, pues esa es la ley a la que se apegan: la ley de la solidaridad incondicional, que los protege mutuamente del día del despertar.

Esa es la doctrina de la fuga.

Por otro lado, quien huye precisa de escondrijos para ocultarse. En el caso, ocultarse de sí mismos. Son muchos, esos refugios. Lo principal para ellos tal vez sea el olvido del pasado. Este recurso es básico, esencial incluso, para aquél que precisa, delante de su propia consciencia, justificar, por ejemplo, una venganza impiadosa, que se prolonga en el tiempo por siglos o milenios. En cuanto el perseguidor “olvida” los orígenes de su verdadero dolor, él siente fuerzas, en sí mismo, para perseguir a aquél que lo hirió. Si él volviera sobre sus pasos, a su pretérito, descubriría que sufre aquella herida exactamente porque, antes, causó dolor semejante a alguien, faltando, así, a la ley universal de la fraternidad. El olvido lo ayuda a mantener encendida la llama roja del odio y, por tanto, la de la venganza. Es víctima “inocente” de un crimen ignominable. Aquel miserable le robó la mujer, pisoteó su honra, lo llevó al crimen, al suicidio, a la miseria, a él, que siempre fue bueno y correcto, que ningún mal hizo a nadie...

Si un día él descubre, por ejemplo, que hace siglos vienen los dos disputando, a punta de puñal, aquella misma mujer, a través de varias encarnaciones infelices, su perplejidad es enorme, y muchas veces, el impacto de ese recuerdo es suficiente para sacudirlo fuera de su escondrijo psicológico y reubicarlo en la trilla evolutiva de la recuperación interior.

Otras veces, ni eso basta, pues son muchos los que, a través de una larga y tenebrosa experiencia espiritual, casi siempre en el lado errado de la vida, conocen bien el pasado y, así mismo, prosiguen en la fría ejecución de sus planes pavorosos. Estos también están en fuga, mas no buscan los escondrijos habituales, y sí el aturdimiento de la acción. Mientras están aturridos, organizando planes tenebrosos y llevándolos a efecto, viven a salvo de sus propios dolores. La desesperada actividad los mantiene, en cierta forma, ajenos a sus dramas y desesposos.

Uno de ellos me confesó que conocía bien su pasado. Ocupara, en cada vida, la posición que le convenía a los propósitos personales. Amaba la gloria y el poder, por encima de todo. Responsabilidades, claro que tenía muchas. ¿Y de ahí?

Otros dicen que no les importa el rescate. Lo que importa es lo que hacen en el momento. Eso les agrada. Es eso lo que desean hacer; sea la venganza, sea la disputa de mayores ganancias de poder, sean las campañas más amplias, en que prestan su colaboración a la organización a que pertenecen, y que, a su vez, también los protege.

La imaginación de cada uno crea su propio mecanismo de fuga. Están los que se prenden a los conceptos teológicos, después de desfigurarlos y corromperlos, para servir a sus propósitos. Esto es particularmente válido para los antiguos sacerdotes, que se apoyan en fantásticas teologías, y en textos escogidos con extremo cuidado, en el propio Evangelio del Cristo. ¡Cuántos de ellos hemos encontrado en las tareas mediúmnicas!

Me acuerdo de uno en particular. Montara su propia organización, en las tinieblas.

Se presenta aparentemente muy humilde y manso. Me informa que “consintió en recibirnos en su cámara”, porque la entrevista le fue solicitada por personas que él respeta y admira. Está claro que se ve en aquello que llama su propia “cámara”. Es la segunda vez, en muchos años, que concuerda en tratar directamente con alguien, pues tiene sus auxiliares para contactos y ejecución de los planes. Quiere saber lo que deseamos de él, aunque ciertamente lo sepa.

El diálogo prosigue, tranquilo, en cuanto él permanece escondido en su masedumbre aparente, mas las amenazas más claras comienzan a filtrarse: no nos dejará salir de allí, sin saber de lo que se trata, pues se dignó en concedernos la entrevista. Al final de larga conversación, difícil, en que él se mantiene amenazador, en su aparente tranquilidad, nuestros benefactores nos revelan que se trata de un antiguo franciscano extraviado. Al poco tiempo, conseguimos despertarlo para la realidad que él tanto teme enfrentar.

¿Cuál habría sido el mecanismo del fenómeno, que se podría llamar de “inversión del lugar”? ¿Cómo y por qué el Espíritu, incorporado en el médium, en la habitación en que realizamos los trabajos mediúmnicos, podía juzgarse recibiéndonos en su “cámara”? Nuestros mentores no nos explicaron lo ocurrido, mas creo que no sería fantasioso admitir, especulativamente, en ese caso, la vieja y segura técnica de la hipnosis. Por más defendidos que se juzguen encontrarse esos compañeros desarbolados, en sus cavernas oscuras, no son invulnerables a la misericordia divina. Si lo fuesen, no tendrían jamás la oportunidad de liberarse de su condición tan dolorosa. Al paso que ellos no tienen condiciones de peso específico para subir a las regiones de la luz a fin de promover disturbios y “conquistas”, lo que

sería inadmisibile, los Espíritus iluminados pueden descender, sacrificialmente, a los antros de la angustia, y lo hacen con frecuencia, a fin de intentar el rescate de compañeros que ya ofrezcan un mínimo de condiciones para ser ayudados.

De algún modo, cuyo conocimiento aún se nos escapa, aquél hermano debe haber sido preparado y condicionado de tal forma, por los trabajadores del Cristo, que, incluso trasladado, en nuestro grupo se sentía aún en toda la seguridad de su reducto, en el cual condescendía generosamente en recibirnos, con sus poco veladas amenazas.

Es posible también – y esta sería una forma alternativa de considerar el caso – que nuestro médium haya realmente sido desdoblado, bajo la protección de lo Alto, hasta el “lugar”, y desde allí transmitido el mensaje que nos posibilitó el diálogo. Frecuentemente, hemos presenciado ese fenómeno del traslado de médiums, que, desdoblados del cuerpo físico, van al encuentro del Espíritu que nuestros mentores desean poner en contacto con nosotros.

Dejo abiertas las opciones mencionadas, así como otras que no se me hayan ocurrido. Un día sabremos lo suficiente para entender mejor esa extraordinaria facultad que es la mediumnidad.

* * *

Son muchos los que hablan en nombre de una fe que no poseen, en nombre de un Dios que no aman, de un Cristo que pretenden colocar al servicio de sus pasiones subalternas y de un Evangelio que solamente citan en aquello que les conviene, con las interpretaciones que les interesan. No niegan la reencarnación, ni la sobrevivencia, ni la comunicabilidad de los Espíritus; mas esto será revelado – dicen – cuando la Iglesia fuera restablecida en toda su gloria, o sea, cuando vuelva a dominar, como instrumento de sus ambiciones.

A veces el escondrijo es la cultura intelectual. Construyen sus propios sistemas, inventan brillantes sofismas y se adiestran en una dialéctica deformada, mas, no por eso, frágil y desarticulada; al contrario, bastante inteligente, pues, siendo ellos inteligentes, precisan de un inteligente mecanismo de fuga.

En fin, cada uno construye su escondrijo, inventa sus defensas, según sus inclinaciones, recursos e intenciones. La finalidad, con todo, es una sólo: esconderse de las propias angustias. Cuando descubrimos sus motivaciones, estamos en camino de poder ayudarlos a liberarse del dolor. Los indicios precisos ellos mismos nos los proporcionan. Es preciso estar atentos, vigilantes, pacientes y prontos a servirlos en

aquello que les conviene a los espíritus atormentados, y no en aquello que pueda estimularles las pasiones abrasadoras.

LAS ORGANIZACIONES: ESTRUCTURA, ÉTICA, MÉTODOS, JERARQUÍA Y DISCIPLINA

Mucho hemos hablado, aquí, sobre las organizaciones del submundo del dolor y del desespero. Intentemos estudiarlas más de cerca.

Está claro que jamás nos trajeron, nuestros hermanos desarbolados, los esquemas y organigramas de sus instituciones, mas, de tanto oírlos hablar de ellas, creo posible montar, con las innumerables piezas del gigantesco “puzzle”, un cuadro inteligible de ese tenebroso panel de desespero y aflicción.

En primer lugar, es preciso no cometer el trágico engaño de subestimarlas. Ellas son realmente temibles. Fueron concebidas y son operadas por inteligencias privilegiadas, Espíritus largamente experimentados en el mal, en el ejercicio del poder, en los meandros del sofisma. Esto no significa que, en el desempeño de tareas redentoras del bien, nos dejemos dominar por el pavor, en el trato con sus representantes, pues es exactamente eso lo que desean y a lo que se acostumbraron. Dominan por el terror que inspiran en todas partes, y, si cayéramos en esa faja, estaremos corriendo riesgos imprevisibles. El problema de lidiar con ellas es, pues, extremadamente complejo. Y nunca está de más repetir: no lo haga quién no esté suficientemente apoyado por Espíritus esclarecidos, dedicados al bien y experimentados en esos trabajos. Si el grupo cuenta con la colaboración de compañeros entendidos, ellos sabrán dosificar el trabajo, según sus propios recursos y posibilidades, y las tareas de mayor responsabilidad van siendo traídas, a la medida que conseguimos pasar por las preliminares, de menor envergadura. Los equipos orientados por esos dedicados trabajadores anónimos del mundo superior se mantendrán equilibrados, siempre que se porten con prudencia y sabiduría. Como esos abnegados compañeros no imponen condiciones, mas se limitan a aconsejarnos y esclarecer, es preciso estar atentos a sus sugerencias y observaciones, para interpretarlas correctamente y ponerlas en práctica, con seguridad.

Si salimos bien de las tareas iniciales y pasamos en las pruebas a que somos sometidos, en beneficio de nosotros mismos, no podemos olvidarnos de que precisamos mantener nuestra propia organización

disciplinada, atenta, flexible, ajustada, porque la “del otro lado” es tan buena o mejor que la nuestra, en términos de estructura y disciplina, aunque no lo sea en objetivos y métodos.

Las instituciones de las tinieblas son estructuradas en una rígida concentración del poder, en las manos de algunos líderes, escogidos por un proceso impiadoso de selección natural. Su liderazgo se reveló en la acción, en puestos subalternos, o se confirmó a través de siglos y siglos, en que se alternan encarnados y desencarnados. Muchos de ellos, como signatarios de pactos de vida y muerte, se sustentan aquí y allá, donde estuvieran, sean cuales fueren las condiciones, en un principio que tienen mucho más de autodefensa que de fidelidad. Son fieles unos a los otros, no porque se estimen, mas porque precisan unos de los otros, para mantenerse en el poder. Cuando se reencarnan, traen programas muy bien elaborados, y el compromiso de apoyo y solidaridad ilimitados, por parte de los que quedan en el mundo espiritual. Así se explican los éxitos, en términos humanos, que obtienen, en cuanto por aquí se encuentran, y la provisional, más segura impunidad en que continúan viviendo, cuando retornan a sus dominios, tras la desencarnación, por mayores que sean las atrocidades que cometen, como hombres.

Lo que todo indica, incluso estando en la carne, se mantiene en contacto íntimo y permanente con sus comparsas del Más Allá, y continúan a ejercer la parcela de autoridad de que disponen entre ellos, realizando contactos, durante los desprendimientos parciales, provocados por el sueño.

Las estructura administrativa de esas instituciones está preparada para aceptar tal flexibilidad, sin prejuicio para sus tareas. Ellas no pueden errar y, por eso, hay siempre alguien en condiciones de suplir una ausencia ocasional o definitiva. A no ser que el líder esté colocado en posición muy elevada, y se haya tornado prácticamente insustituible, la organización sobrevive en aquellos que lo sustituyen, pues hay intereses poderosísimos a proteger y personajes muy destacados, en el mundo del crimen, a resguardar. Así, difícilmente la institución es desmantelada, cuando su jefe supremo es convertido al bien.

Y tampoco es que esos líderes, mismo convertidos, puedan volver sobre sus pasos e intentar convencer a sus antiguos compañeros. Una vez convencidos a cambiar de rumbo, caen en desgracia ante sus compañeros. El primer impulso de estos es rescatarlos, especialmente cuando son figuras importantes, en la máquina del poder. Verificada, por sus ex-amigos, la imposibilidad de “salvarlos”, los abandonan a su

propia suerte, cuando no procuran volver contra ellos todo el poderío de la propia institución que antes ellos comandaban.

Son muchos los dramas y las maniobras de esa hora decisiva.

Cuando conseguimos coger, en nuestro afecto, uno de esos poderosos compañeros extraviados, hay una verdadera gritería en la retaguardia. Podemos contar, luego, con manifestaciones de indignados y agresivos asesores suyos, que lo desean de vuelta y amenazan arrebatarlo a cualquier precio, o que lo arrasan, con su decepcionada hostilidad.

Uno de esos líderes se portó con dignidad impresionante. Convencido a abandonar sus tareas tenebrosas, sintió todo el peso de su responsabilidad, ante aquellos Espíritus que llevara al extravío. Dependían de él, de su orientación, de su palabra, y, exactamente porque confiaban en él es que fueron llevados al extremo de cometer crímenes terribles. Le competía, ahora, usar de esa misma influencia para reencaminarlos al bien. Lo que se desprende de la conversación con él, en la sesión siguiente, pasó una semana a estudiar diferentes grupos mediúmnicos, a fin de decidir donde llevar a sus compañeros, para que fuesen, como él, esclarecidos y despertados. Su sinceridad era evidente, y su franqueza ruda, mas muy realista. Nos confesó que no vio condiciones suficientes en los grupos que visitara. Ninguna esperanza tenía él – acertadamente – en grupos cuyos componentes se presentaban con llagas semejantes a las de los Espíritus que precisaban de tratamiento; hipocresía, rivalidades, falta de fraternidad. Incluso así, estaba dispuesto a ayudarlos, pues no tendría paz en cuanto no consiguiese recuperarlos también. Ellos confiaban en su antiguo jefe, mas precisaban de ser convencidos. Su frase final fue de una belleza transcendental:

- Haré con mis lágrimas un rosario para ofrecer a Jesús...

* * *

Hay, pues, aquellos que, convertidos, tienen condiciones de intentar ayudar a los que quedan, y hay aquellos que no pueden siquiera pensar en eso, porque no les sería permitido por la propia estructura y por los métodos de la organización a que pertenecieron por largo tiempo. En el primer caso, es posible admitir que la institución se deshaga, se desarticule, cuando se trata de organización de menor porte, porque las más vastas, empleando millares de servidores, endurecidos en la práctica del mal, sobreviven a esas crisis, aunque sus líderes las abandonen, pues las estructuras resisten. Están preparadas para eso, y disponen de planes alternativos, para

emergencias. En casos excepcionales, los benefactores espirituales se valen del momento de crisis, aunque ocasional y temporario, para un trabajo de saneamiento, que puede estremecer seriamente las instituciones y hasta neutralizarlas.

Muchas veces, no obstante, organizaciones menores se filian a las mayores, y tienen de ellas supervisión y protección, porque los objetivos, casi siempre, son los mismos, o mucho se asemejan los métodos de acción. Y cuando los grupos de socorro espiritual comienzan a interferir en sus trabajos, ellas se halagan unas a las otras y desenvuelven planes combinados de ataque, que pueden causar considerables trastornos.

Sean, con todo, grandes o pequeñas, sus organigramas son tan bien planeados y cumplimentados como los de una empresa. Sólo que, en vez de mirar las actividades industriales o comerciales, con el fin de producir lucro, como las sociedades anónimas de la Tierra, producen el terror y la opresión, y luchan por el poder y por aquello que entienden como gloria personal.

Tienen sus jefes, sus planificadores, sus ejecutores, operarios, guardias. Conservan registros meticulosos, movilizan documentación, se utilizan de aparatos, disponen de tropas de choque, "armadas" y bien adiestradas. Promueven reuniones, concilios, debates, exposiciones, conferencias, sermones, ritos. Promulgan leyes, punen a los indisciplinados, condecoran y distribuyen premios a los que se destacan por trabajos de especial relevancia.

Sus métodos son los del terror por la violencia, su incontestable jerarquía se apoya en un régimen disciplinario implacable, rígido, inflexible. No se tolera la falta, el desliz, la rebeldía, la desobediencia.

Su ética es gobernada por la total ausencia de escrúpulo. Nada los detiene, todo es permitido, desde que los fines a que se miran sean alcanzados. Aquellos, pues, que resuelven organizar un grupo mediúmnico de desobsesión, deben estar bien preparados para enfrentarlos.

Es preciso enfrentarlos con paciente firmeza y confianza en los poderes que nos sustentan. Nada de ilusiones, no obstante. No podemos abrir brechas en nuestra vigilancia, porque penetrarán, sin ninguna ceremonia, por las puertas de nuestras flaquezas, si así lo permitimos, a la vez que nada les es sagrado, y todo se les permite.

IV TÉCNICAS Y RECURSOS

Dijimos en otra parte, en este libro, que cada manifestación es diferente. Nunca sabemos, con seguridad, las intenciones del Espíritu que se aproxima, qué problemas nos trae, cuales son sus características, cual la razón de su presencia entre nosotros. Además de eso, la propia mediumnidad no es un instrumento de precisión, como un microscopio o un reloj, que funcione, repetidamente, de manera previsible y controlable. El médium es un ser humano ultra-sensible, de psicología compleja, incumbido en transmitir el pensamiento de un desencarnado, mas está muy lejos de ser mero aparato mecánico de comunicación, como un teléfono o una radio, aunque no obstante se hable en sintonía y en vibraciones, cuando a él nos referimos. Sus facultades sufren influencias variadas, del ambiente, de su estado de salud, de su problemática íntima, de su fe o ausencia de ella, de su interés en el trabajo, que puede fluctuar, de su capacidad de concentración, de su confianza en los compañeros que le rodean y, especialmente, en el dirigente del grupo y, obviamente, de los Espíritus manifestantes. Y hasta estos, que son también seres humanos – no nos olvidemos de esto – varían sus presentaciones, de una para otra manifestación, según sus propias disposiciones.

Por otro lado, es preciso considerar, también, que hay diferentes formas de mediumnidad: de incorporación, o psicofónica, de videncia, clariaudiencia, psicografía, así como hay médiums que conservan su

consciencia durante la manifestación, y médiums que pasan a lo que se convino llamar de estado “inconsciente”.

Debo abrir un paréntesis, para reiterar una antigua opinión: por mi parte, juzgo inadecuada la expresión “mediumnidad inconsciente”. El Espíritu del médium no está en estado de inconsciencia, simplemente `porque se apartó de su cuerpo físico, para cederlo al manifestante. Lo máximo que se puede decir es que la consciencia no está presente en el cuerpo físico, o mejor aún, no se manifiesta a través del cuerpo material, temporariamente ocupado o manipulado por entidad extraña a su economía. Si el médium desapareciese, en Espíritu, en el estado de inconsciencia, el manifestante asumiría posesión total de su organismo y haría con él lo que bien le pareciese. Al escribir eso, no estoy olvidando el hecho de que hay manifestaciones violentas, y muy libres, durante las cuales los Espíritus incorporados movilizan el instrumento mediúmnico aparentemente a su voluntad, haciéndole gritar, dar puñetazos, levantarse, derrumbar muebles, rasgar libros y cuadernos, y promover disturbios semejantes. La mediumnidad sonambúlica se asemeja al estado de posesión; mas, basta invocar esta, para sentir la diferencia entre una y otra manifestación. El poseso es realmente un médium, pues ofrece condiciones para que otro Espíritu se incorpore en él, mas el médium no es un poseso, en el sentido de que el manifestante pueda hacer, con él, todo cuanto le parezca, en cualquier momento y sin límite de tiempo, o totalmente sin disciplina. En un grupo mediúmnico en que la supervisión espiritual sea firme y segura, la mediumnidad sonambúlica puede y debe funcionar perfectamente, pues muchos Espíritus necesitan ser ligados a tales médiums. Ellos provocarán disturbios y se agitarán bastante, según los recursos y censuras que encontrarán en sus médiums, mas no nos olvidemos de que, los guías espirituales del grupo estarán atentos, para que ellos no cometan desatinos, como el propio médium estará presente y **consciente**, acompañando atentamente la manifestación, y puede, con certeza, interferir, para que el Espíritu manifestante no se exceda, aunque permitiéndole considerable faja de libertad.

En casos extremos los orientadores espirituales del grupo también adoptarán medidas de excepción, para contener las manifestaciones más violentas. Ya tuvimos oportunidad de presenciar algunos de esos casos, en que el Espíritu es virtualmente “maniatado”, por lazos fluídicos invisibles a nuestros ojos, mas de realidad indiscutible para él, porque lo inmoviliza instantáneamente.

Mas, volvamos al hilo de la exposición.

El grupo debe estar, así, perfectamente preparado para innumerables formas de manifestación. Ellas son imprevisibles e inesperadas. El esclarecedor experimentado sabrá identificar prontamente las primeras señales de la incorporación, cuando el Espíritu comienza a acomodarse a la organización mediúmnica. Es preciso, aquí, recordar que, frecuentemente, el Espíritu manifestante está parcialmente **ligado** al médium, horas, y hasta días enteros, antes de la sesión. En estos casos, cuando se trata de un Espíritu desarmonizado, no obstante la manifestación no se torne ostensiva, porque esto implicaría admitir mediumnidad totalmente descontrolada, el médium sufre inevitable malestar físico, dolor de cabeza, presión sobre la nuca, sobre los plexos, sensación de angustia indefinible y, hasta incluso, estado febril, postración, irritabilidad, agresividad y varios otros síntomas de desorganización psicosomática. El médium experimentado y responsable debe estar preparado para eso. No se asuste, no se aterrorice, no tema y, sobre todo, **no deje de comparecer al trabajo**, por causa de esas disonancias psicofísicas, pues es eso mismo que desean los compañeros desequilibrados, o sea, apartarlo del trabajo.

Ese involucramiento puede darse también con los demás participantes del grupo que, aunque no dotados de mediumnidad ostensiva, sufren también terribles presiones de los hermanos perturbados. Uno de los blancos predilectos de esas penosas aproximaciones es el esclarecedor, tenga o no mediumnidad ostensiva. El cerco en torno de él es permanente, tenaz, implacable, impiadoso, porque hallan, los compañeros desencarnados dolientes, que neutralizándolo, acaban con el grupo, lo que muchas veces, infelizmente, es verdad.

Esté o no esté el Espíritu ligado al médium antes de la sesión, es cierto que el planeamiento espiritual ya tiene las tareas de la noche distribuidas por anticipación, y en la secuencia que juzgan más conveniente a la buena marcha de los trabajos. Generalmente, cada médium tiene su propio “estilo”, para indicar el inicio de la comunicación: colocar las manos sobre la mesa, respirar con mayor profundidad, dos o tres veces, agitar ligeramente la cabeza o el cuerpo, gemir, levantar los brazos, en una **sematología** que el esclarecedor, habituado a trabajar con él, sabrá identificar, a fin de iniciar el tratamiento del hermano que se presenta.

A veces, el Espíritu comienza luego a hablar, o a vociferar, mas, usualmente, él precisa de algunos segundos para posesionarse de los controles psíquicos del médium, y no consigue hablar sino después de haberse acomodado bien a la organización de su instrumento. El esclarecedor debe aprovechar esos momentos para una palabra de bienvenida, saludándolo con atención, cariño y respeto. En algunos casos el Espíritu solamente consigue expresarse con mucho trabajo, en virtud de su estado de perturbación, de indignación, o por estar con deformaciones periespirituales que lo inhiben. Otras veces, usando de ardid, o preparando celadas, se mantiene en silencio, para que el esclarecedor se canse, en la tentativa de descubrir sus motivaciones, a fin de intentar ayudarlo, con lo que él se divierte bastante.

En ciertas ocasiones, él viene revestido de un manto de mansedumbre y tranquila seguridad. Dice palabras dulces, nos asegura sus buenas intenciones, nos da consejos. Uno de ellos, cierta vez, comenzó serenamente, con un llamamiento “a los corazones bien formados”, en un lenguaje de pacificación y entendimiento. Le digo que estamos dispuestos a la pacificación y al entendimiento, desde que él venga en nombre de Dios: mas, por más que se esfuerce – ¡cosa extraña! – no consigue pronunciar el nombre de Dios, como yo le pidiera. Por fin, explota en irritación y “abre el fuego”, gritando que acabó la farsa. Y derrama un arsenal de amenazas e intimidaciones.

Hay los que fingen dolores que no sienten, o mutilaciones que no poseen, como ceguera o falta de la lengua. Miran, con esos artificios, distraer nuestra atención del punto principal de su problemática, o simplemente se entregan al placer irresponsable de engañar, mistificar, defraudar, o también, como algunos me dicen, a veces, de cansar al médium incumbido de darles pases. Se ríen mucho de nuestros engaños. Hubo uno que comenzó fingiendo un terrible dolor de cabeza. Me propuse a ayudarlo, lo que hice con un pase, y él comenzó a reír, divirtiéndose con mi falta de inspiración; mas, por extraño que parezca, comenzó realmente a sentir un dolor real, lo que lo dejó bastante impresionado.

Cualquiera que sea la apertura de la comunicación, el esclarecedor debe esperar, con paciencia, después de recibir al compañero con un saludo sinceramente cortés y respetuoso. Sea quién fuere que comparezca delante de nosotros, es un Espíritu desajustado, que precisa de socorro. Algunos vienen más desarmonizados que otros, mas todos necesitados – y deseosos – de una palabra de comprensión y cariño, por más que reaccionen a nuestra aproximación. Los primeros momentos de un contacto mediúmnico son muy críticos. Aún no

sabemos a que viene el Espíritu, que angustias trae en el corazón, que intenciones, que esperanzas y recursos, que posibilidades y conocimientos. ¿Estará ligado a alguien que estamos intentando ayudar? ¿Tiene problemas personales con algún miembro del grupo? ¿Lucha por una causa? ¿Ignora su estado, o tiene consciencia de lo que pasa con él? ¿Es culto, inteligente, o se presenta inexperto e incapaz de un diálogo más sofisticado?

Una cosa es cierta: no debemos subestimarlo. Puede, de inicio, revelar clamorosa ignorancia, y entrar, después, en la pose de todo el acervo cultural de que dispone. Difícilmente el Espíritu es bastante primario para ser clasificado, sumariamente, como ignorante. Nuestra experiencia acumulada es mucho más amplia de lo que sospechamos.

De entre los muchos casos así, me recuerdo de uno, particularmente grato a mi corazón, porque el compañero, después de recuperado, pasó a colaborar en nuestras tareas, con una dedicación conmovedora.

Al presentarse, tenía dificultad en expresarse, usando el vocabulario limitado de una persona de poquísima instrucción. Al poco, su historia se fue desarrollando. Fue un hombre de color, y viviera en la pobreza extrema, por las calles de Río de Janeiro, cuyos barrios del suburbio conocía muy bien. En un infeliz accidente de tren, perdiera una pierna y, mismo en el mundo espiritual, aún caminaba con muletas. Cuando le dije que no precisaba más de muletas, pudiendo caminar sin ellas, él respondió que ya lo experimentara, más llevara una caída.

Ese querido amigo – que nos dio el nombre de Eusebio – estuvo a nuestros cuidados por largo tiempo. Tras su pobreza verbal, de su limitado vocabulario y de sus curiosas expresiones, sentíamos en él, no obstante, un sentido filosófico muy profundo de la vida y una de las más lindas y auténticas humildades que vi. Fue, además, lo que lo salvó y, paradójicamente, lo que contribuyó para que su recuperación demorase un poco más. Intentaré explicar.

Era evidente, para nosotros, que llegara al fin de su prueba mayor, y estaba en condiciones de retomar su escalada evolutiva. Una noche, emocionado hasta las lágrimas, consiguió dar los primeros pasos en la “muleta”, lo que para él, en su lenguaje peculiar, “no era bramante podrido, no”. Sus observaciones eran siempre juiciosas, su humildad una constante, y su afecto y gratitud por nosotros, algo patético, en que expandía el corazón amoroso y pleno de generosidad. Nuestros orientadores espirituales comenzaron a utilizarlo en pequeñas tareas auxiliares, con lo que él se alegró mucho. Entretanto, a despecho

de su indubitable vivencia espiritual, continuaba hablándonos en el lenguaje del Eusebio, simple, popular, sin atavíos, mas consiguiendo claramente expresar nobles pensamientos y demostrar bastante seguridad.

Cierta noche, debido a la ausencia de gran número de compañeros, la sesión alcanzó un clima de mayor intimidad, lo que tal vez le había favorecido la superación de sus inhibiciones interiores, para hablarnos de manera inusitada, revelando lo que hacía mucho entreveíamos en él: conocimiento, experiencia, en fin, un responsable bagaje espiritual, dosificado y sustentado por su aflorante emotividad. Por lo que comprendimos, tuviera un pasado brillante e importante, aprendiera la dura lección de la humildad y tenía cierto recelo de abandonar su obscura posición espiritual, tan difícilmente conquistada, y recaer en los viejos procesos de la vanidad. Mas, gracias a Dios, estaba curado el querido compañero.

Ese caso, vino, aquí, para ilustrar algunas realidades espirituales que no podemos ignorar, sin lamentable perjuicio para el Espíritu manifestante. Ejemplifico: supongamos que, al recibirlo, el grupo lo tratase con superior condescendencia y lo despidiese con una palabra de desesperanza. ¿Dónde y cuando tendría él otra oportunidad de entendimiento y recuperación? ¿Y dónde y cuando, nosotros mismos tendríamos la alegría de granjear un afecto y una dedicación iguales a aquella?

A veces, también, aunque el grupo no realice ningún trabajo de Umbanda, surgen Espíritus acostumbrados a esas prácticas. Sus primeras manifestaciones siguen, casi siempre, la técnica a que están acostumbrados. Aguardemos pacientemente, para saber lo que desean. Nada de expulsarlos sumariamente. Si los compañeros del mundo espiritual permitieron su manifestación, en un grupo estrictamente espírita, orientado por las enseñanzas de Allan Kardec, habrá alguna razón para eso.

Aquí, también, tenemos una experiencia personal.

Al manifestarse, él trazaba infaliblemente su marca, sobre la mesa, y comenzaba a esclarecernos. En su tierra, decía, también se hacía el bien, y mucho más fácilmente. Eramos unos “chisteras” grandes astutos, reunidos en apartamento de lujo. Él estaba muy bien allá, y no quería nada con nosotros... etc. Probablemente, no sabía aún (o por lo menos no lo revelara) por qué estaba allí, entre nosotros.

Por mucho tiempo el diálogo se mantuvo en ese tono; mes tras mes. Sólo mucho más tarde la historia se descubrió. Tuviera una larga y penosísima experiencia, en el transcurrir de los siglos, desde que, en

impulsos enloquecidos, en el siglo XVI, se involucra en errores lamentables, en el campo político-religioso. Fuera, entonces, un hombre de gran magnetismo personal, de vigorosa inteligencia y de mucha cultura filosófico-religiosa.

- Fui un verdadero demonio – me dice él, cierta vez, profundamente afligido.

Confesó, también, que, hace cuatro siglos, nos perdiera de vista – a mí y a otro compañero del grupo, mas el afecto por nosotros allá estaba, y eso lo salvó, gracias a Dios. Parece que su intención inicial era arrastrar a ese compañero – el médium a través del cual se manifestaba – para los terreiros de Umbanda, lo que este recusaba terminantemente, por divergencia doctrinaria insuperable.

Él no nos contó toda su terrible leyenda, mas una sola narrativa bastó. Tuviera una existencia en Brasil, como esclavo negro. Le pregunté dónde fue eso y él me respondió:

- La gente no sabía dónde estaba. Era llevado de un lugar para otro, como un bicho...

Parece que fue en esa existencia que se familiarizó con la utilización de los recursos de la Naturaleza, para curar. Manipulaba bien esos fluidos naturales y debía traer, en el Espíritu, alguna antigua experiencia en la Medicina, pues siempre nos demostró ser conocedor seguro de las enfermedades del cuerpo humano y de los métodos de aminorarlas. En mí mismo, por medio de pases, colocó un “remiendo” en la columna, que amenazaba quebrarse por causa de una rara e incurable molestia ósea.

También este se integró en nuestro grupo, feliz en poder servirnos, con sus conocimientos y su corazón, curado de antiguas enfermedades que tanto le hicieron infeliz. Era particularmente activo y estaba siempre presente para restablecer el tono vibratorio de los médiums, cuando la manifestación era penosa por demás. Se incorporaba enseguida, y, en cuanto hablaba tranquilamente, daba pases a su médium, que despertaba lúcido y libre de los residuos vibratorios del Espíritu desarmonizado que lo precediera. Nuestro buen y querido Justino, a esa altura, abandonara sus propósitos de continuar frecuentando los terreiros. Era quien nos daba un pase final, quien fluidificaba nuestra agua y quien trataba de nuestras pequeñas enfermedades orgánicas, dándonos consejos y pases y, una vez que otra, la receta de un té casero. Mantuvo su manera algo ruda de hablar, sin adornos y artificios de lenguaje. Tal vez buscase esconder sus emociones, su gratitud y su alegría, por el encuentro con los viejos

compañeros, que, según él, se habían distanciado a su vista, lo que no es verdadero.

Cierta vez, en un impulso rápido de inspiración, identifiqué su Espíritu en las luchas dramáticas de la Reforma Protestante, mas respetamos su anonimato y él nunca dejó de traernos la vibración de su "Amor Fraterno" y de su reconocimiento humilde. Mucho debemos a ese querido compañero, no solamente por lo que hizo por nosotros, mas por las inolvidables lecciones que nos trajo. Sería difícil distinguir la gratitud de él de la nuestra, ¿y no es esa misma la esencia inmortal del "Amaos unos a los otros"?

* * *

Así, la primera regla del diálogo, con nuestros hermanos en crisis, es esta: paciencia y tolerancia. Toda conversación con ellos, es un permanente ejercicio de esas dos virtudes. Las primeras palabras son de importancia vital; son, a veces, decisivas, y pueden constituir la diferencia entre una oportunidad de pacificación o la alienación del compañero por un tiempo, indeterminado, en que él continuará buscando en otros lugares lo que no encontró en nosotros: comprensión para sus problemas y sus angustias. Mucho va a depender, en el desenvolvimiento del trabajo, de la manera por la cual recibimos a nuestros hermanos en crisis. Nunca está de más recordar e insistir: ellos precisan de nosotros, justamente porque no consiguen salir sólitos de sus dificultades, de sus perplejidades, de sus sofismas, de su auto-hipnosis. Mas nosotros, igualmente, precisamos de ellos, porque nos traen lecciones, porque nos ayudan en la práctica de la ley suprema de la solidaridad que, a su vez, nos liberará también. ¿Y cuántas veces no son ellos aquellos mismos que causan desequilibrios en nosotros mismos, u obsesiones en aquellos que nos rodean: parientes, amigos, colegas de servicio, compañeros de jornada, en fin?

Más allá de eso, no podemos despacharlos, mal pronunciadas las primeras palabras, cuando ni siquiera sabemos aún de sus motivaciones y de sus dolores. No esperemos, jamás, una expresión inicial sensata y equilibrada, amorosa y tranquila, por parte de aquellos que se hallan desarmonizados. Si así fuese, no precisarían de nosotros: ya habrían encontrado sus propios caminos. Esperemos, esto sí, una elocuente manifestación de indignación, rencor, desespero, aflicción, desencanto, o perplejidad, según la naturaleza de los problemas que los consumen. Contemos con mistificaciones y ardides, con falsedades y subterfugios, con odio y agresividad, con ignorancia y mala fe; en suma, con el dolor del Espíritu aturdido por la dificultad que creó dentro de sí mismo. Es

claro que el primer impulso de hostilidad, de un Espíritu así, tiene que ser contra nosotros, que lo fustigamos, intentando obligarlo a moverse. Él está parado en el tiempo y en el espacio, preso a su problemática, empeñado en una tarea que juzga de mayor relevancia e importancia; y aparece un grupo, como el nuestro, para intentar arrancarlo de aquello que constituye su mundo, su razón de ser. No es él quien nos incomoda y fustiga; somos nosotros quienes lo agravamos, con la inadmisibles tentativa de hacerle desistir de sus propósitos. ¿Cómo? ¿Entonces no vemos que él no hace más que cobrar una deuda, o trabajar por el restablecimiento de la **Iglesia del Cristo**, o funcionar como juez, en un proceso legítimamente constituido, en que la culpa es tan clara? ¡Qué petulancia! ¡Qué impertinencia!

Es preciso dejarlos hablar, pues, de lo contrario, no podremos ayudarlos. Es necesario conocer su historia, sus motivaciones y sus razones. Y aunque resistan, demoren y usen de mil y un artificios, ellos acaban revelando la razón de su presencia en el grupo. El largo trato con ellos nos enseña que tienen un hábito peculiar de “pensar alto”. Esto se debe a un mecanismo psicológico irresistible, del cual muchas veces ellos no tienen conocimiento, y en el cual, mismo los más hábiles y ardilosos se dejan envolver. Es que el médium les capta el pensamiento, y no la palabra hablada. Si el médium se limitase a transmitirles la palabra, mismo así, ellos acabarían por revelar sus verdaderas posiciones, aunque pudiesen ocultar la verdad por mayor espacio de tiempo; mas es del propio dispositivo mediúmnico convertir, en palabras y gestos, aquello que el Espíritu elabora en su mente. Ellos no conseguirán, por mucho tiempo, ocultar las verdaderas causas de su dolor y la razón de su presencia, pues es eso, precisamente, lo que los trae a nosotros. Esas causas están de tal forma grabadas en sus Espíritus, que constituyen el centro, el núcleo, en torno del cual gira toda la personalidad y se agrupan los problemas más críticos y más urgentes. Si conseguimos deshacer aquél núcleo, que funciona como verdadero centro de aglutinación, la personalidad se reagrupa en nuevos equilibrios redentores. Insistimos, pues, en afirmar que el médium traduce en palabras lo que él siente en el Espíritu manifestante: sus emociones, su temperamento, sus problemas, sus desarmonías, al mismo tiempo en que le reproduce los gestos, y la voz se altera o susurra, refleja odio o desprecio, ironía o amargura, perplejidad o aflicción. Si así no fuese, tendríamos que hablar con cada Espíritu en su propia lengua, o sea, en la lengua que él habló por último, en su más reciente encarnación, y todo médium precisaría ser xenológico.

Es cierto, pues, que acabarán por revelar la razón de su presencia entre nosotros, y después, el núcleo de sus dificultades mayores, aunque no obstante sea esto lo que más parecen temer.

En un caso de esos, el Espíritu hizo un largo circunloquio filosófico-teológico. Era excelente argumentador y dialéctico de muchos recursos. Huía a cualquier referencia personal, a cualquier palabra que pudiese llevarnos a descubrir sus motivaciones. Al final del diálogo, que se extendió por más de una sesión, él no se contuvo más: su odio era contra mí. Seguía mis pasos desde que “tu maldita madre te colocó en el mundo”, y la deuda que había entre nosotros se reportaba desde el tiempo de la Segunda Cruzada. Pretendía transformar mi hogar en un hospicio, dice él, pues yo cometí contra él un crimen del cual jamás me perdonaría. Si pudiese, me destruiría...

En suma, deja caer los velos con los cuales intentó, de inicio, cubrir las razones de su presencia entre nosotros. Vino para eso mismo, mas resistió cuanto le fue posible, pues sabía muy bien que, llegados al centro del problema, estaríamos en mejor posición para ayudarlo a resolverlo. En el fondo, él estaba cansado de sufrir porque la venganza y la persecución sacrifican tanto al perseguido como al perseguidor.

En otro caso, después de mucho debatirnos las cuestiones suscitadas entre nosotros, él dejó escapar el fragmento de una palabra reveladora.

A cierta altura del diálogo, le recuerdo a él la inolvidable palabra de Gamaliel, delante del Sanedrín:

- ¡No acontezca que os encontréis luchando contra Dios!

Percibí que la citación lo alcanzó más profundamente de lo que él tal vez desease. Murmuró que nada tenía con Gamaliel, mas evidentemente estaba envuelto en el doloroso “proceso de la cruz”, y dice:

- Yo era un sol...

Paró súbitamente y comentó consigo mismo:

- Vea lo que yo iba diciendo. Siempre fui un soldado...

en verdad, desde su primera manifestación, una o dos semanas antes, oía sin cesar un alarido de voces que berreaban cosas confusas y un tintinear de armas que él se negaba a identificar. Participara, pues, como soldado romano, o del propio Templo, de la penosa misión de aprisionar al Cristo, o de conducirlo, a lo largo de su inolvidable **vía crucis**. Era ese el problema que él más temía revelar, mas que precisaba enfrentar, para liberarse.

Este caso encierra otra lección importante. Llamémosla la lección del arrepentimiento constructivo, al cual hace referencias en otros lugares, en este mismo libro.

Para no transformar el tema en una composición literaria, nos bastará recordar que hay dos tipos de arrepentimiento: el positivo y el negativo. El primero nos ayuda a reconstruir lo que destruimos, a rehacer lo que no podemos deshacer más; el segundo, nos mantiene paralizados a la orilla del camino, en cuanto nuestros compañeros y nuestros amores siguen adelante. Nos estacionamos porque nos falta coraje para enfrentar el observar severo de la propia consciencia. Es verdad, estamos avergonzados, temerosos y angustiados, mas ¿por qué demoramos en el arrepentimiento, cruzamos los brazos y nos escondemos, como un caracol, dentro del caparazón de las ilusiones? El arrepentimiento solamente se disuelve en el trabajo constructivo. Incontables multitudes, entretanto, intentan huir de sí mismas, ignorando sus propios fantasmas interiores. La culpa existe en nosotros; imposible negarlo, pues el error ya está cometido igual. Lo que tenemos que hacer, ahora, no es fingir que la culpa no existe, porque es justamente ese fingimiento, esa fuga, que nos mantiene presos, detenidos, marcando pasó, viendo a la multitud pasar por nosotros, en la búsqueda de la paz.

Ese mecanismo tiene que ser bien comprendido por aquél que se propone ayudar Espíritus endeudados. Está claro que también somos deudores, tal vez tanto como ellos, o hasta más. Precisamos, entretanto, mostrarles que estamos haciendo alguna cosa, luchando, enfrentando nuestros espectros interiores, las censuras de la consciencia, las cuchilladas del remordimiento, conscientes de que nuestro error está presente en nosotros, y no podemos volver sobre nuestros pasos, para deshacerlo. Podemos, entretanto, y debemos, y tenemos que reconocer, la fuerza de su presencia en nosotros. Sin esa abertura animosa, no da siquiera para comenzar. Y, como dice el proverbio chino: la caminata de 100 kilómetros comienza con el primer pasó.

El esclarecedor precisa estar muy atento a esas señales reveladoras. Intentar identificarlos es su tarea, mas que lo haga con mucho tacto, paciencia y comprensión. A nadie le gusta revelar sus flaquezas, sus errores, sus crímenes, sus enfermedades e imperfecciones. Nada de coacciones, de presiones, de imposiciones. Espere con paciencia, busque con tranquila perseverancia, que la verdad verá. Recuérdese de que ella se encuentra allí mismo, en la memoria de aquél hermano que sufre. Él le dirá, si es que llegó su hora de cambiar

de rumbo. Basta un poco de ayuda, habilidad, tacto, y paciencia. Es preciso, también, que tengamos la facultad de la empatía, o sea, apreciación emocional de los sentidos ajenos. Vea bien: apreciación **emocional**. Es necesario que nuestras emociones estén envueltas. Si apenas **asistimos** a las agonías de un Espíritu que se debate en sus angustias, no tenemos empatía; somos meros espectadores. Es preciso aprender a vibrar con él, sufrir con él, comprender su aversión en abrirse, aceptar su temor en descubrir sus heridas, mas, a despecho de todo eso, ayudarlo a descubrirlas...

Estamos ciertos, con todo, de que la resistencia será grande, la lucha interior que presenciaremos será dolorosa, difícil, y muchas veces el Espíritu retrocederá nuevamente, temeroso, acobardado, sintiéndose aún sin preparación.

En este caso, oímos siempre una de estas frases:

- Aún no estoy preparado... Espere un poco más... En otra ocasión... Déjeme. Deme más tiempo. Preciso pensar...

Junto a un compañero particularmente angustiado, presenciamos la dura batalla entre los resplandores de la esperanza de paz y los llamamientos de su insaciable deseo de venganza: ¿iría, ahora, a abandonar todo aquello, que era la motivación de su vida, y lo había sido por siglos y siglos? ¿Entregarse al dolor? ¿Abandonar a su víctima? ¿Y a su venganza? Y, entretanto, nadie mejor que él sentirá la inaplazable necesidad de una actitud de renuncia, aunque sabiendo que apenas cambiará un dolor por otro.

El esclarecedor no lo forzó. Se limitó a decir, con el corazón abierto a la comprensión y al afecto:

- La decisión es suya. Claro que usted puede continuar haciendo eso. Dios, que amparó a aquél a quién usted persigue por tanto tiempo, ha de continuar amparándolo. Mas ¿y usted? ¿Es esto lo que le conviene? ¿Es esto mismo lo que usted quiere?

* * *

Estamos, tal vez, anticipándonos. Hablamos del primer contacto con el Espíritu manifestante. Creo que fue posible dejar bien claro cuanto es posible esa primera aproximación. En ella se definen muchas cosas sutiles, que pueden decidir el caso, de una forma o de otra, liberando al Espíritu, o confirmándolo en su dolor, por algunos años más, o siglos.

Repetimos: el diálogo con nuestros hermanos desarmonizados es un ejercicio de tolerancia y paciencia. Y acrescentamos: mucho amor.

A medida que él se aclara, estemos atentos, mantengámonos comprensivos y discretos. Es una tentativa de entendimiento, no una discusión, una contienda, una disputa. Lo que interesa, en este momento, no es “ganar la pelea”, mas estudiar con empatía (nuevamente la palabra mágica) el drama que aflige al compañero. No importa que él lleve la mejor en el debate, que nos agrede, amenace y procure intimidarnos. Frecuentemente ocurre ser él mucho más entrenado, en peleas de esa categoría, que el esclarecedor. Fue tribuno, orador, escritor, pensador, teólogo; enfrentó grandes debatidores, argumentó en causas importantes, adquirió cultura y aprendió a manejar la palabra, como pocos. Lleva nítida ventaja sobre el esclarecedor que, por más bien preparado que sea, está contenido por los dispositivos de la encarnación y, en la mayoría de las veces, ignorante de los hechos importantes, que el Espíritu conoce y manipula con inteligencia y agudeza. Sería, pues, ingenua y peligrosa imprudencia intentar superarlo en una discusión. No se olvide, por otro lado, de que no puede dejar al Espíritu hablando solito, a no ser en condiciones muy especiales, que la intuición del esclarecedor deberá indicar. El Espíritu precisa ser atendido con interés, mucho más que con simple urbanidad. No apenas se encuentra en la condición de visita, por así decir, pues vino hasta nuestra casa, como él quedará aún más irritado, y difícil, si lo recibimos con fría y pulida cortesía, o, peor aún, cuando nos dejamos envolver por su agresividad y respondemos con idéntica hostilidad, que lo aliena cada vez más.

Estemos ciertos de encontrar siempre, por parte de ellos, el deseo de arrastrarnos a la discusión áspera y violenta. Es el clima que conviene a sus propósitos. En su dolorosa y comprensible inconsciencia, usarán de todos los recursos a su alcance para lograr ese fin. Cuantas veces he oído agresiones iniciales, y reiteradas, como estas:

- ¡Hable como un hombre! ¡No soporto esa voz meliflua! ¿Será que usted no tiene sangre en las venas? ¡No sea cobarde! ¿Tiene miedo?

Calma, paciencia, tolerancia. No altere la voz, no se deje irritar, no reaccione de la manera que él espera, pues así no conseguirá ayudarlo. Resista, mas resista incluso, al impulso de “responderle a su altura”, aunque tenga el argumento que parece decisivo. Si lo tiene, tanto mejor. Úselo con la misma voz tranquila y serena. Es muy difícil un diálogo áspero entre dos personas, cuando solamente una grita. El gritador acaba por percibir que está haciendo papel ridículo y usando violencia innecesaria, que cae en un vacío, que le aturde y lo atrae a la razón.

De vez en cuando, si él insiste en hablar en altos gritos, hágale comprender, en voz baja y tranquila, que no es preciso gritar. Que la gente solamente grita cuando no tiene razón. Él acabará por convencerse de la precisión de esa observación. Si el esclarecedor cae en la tontería de gritarle respondiéndole, el clima se torna insostenible y la situación difícil de ser controlada. Procure dirigir la conversación para el terreno personal, cierto de que el Espíritu está engañando, precisamente para evitar caer en ese campo, que sabe que es el más “peligroso”, por ser el único revelador del núcleo interior de su problemática. Mas no lo fuerce. Espere el momento oportuno. Aguarde pacientemente. Sígalo en la conversación, sin aumentar su irritación, sin dificultarse con él. No es importante superarlo en el intercambio de ideas. Usted no está allí para probar que es más inteligente que él, ni más culto, o éticamente mejor que él: usted está allí para ayudarlo, comprenderle y servirle. No hay razón alguna para pensar que usted es un Espíritu redimido, y él un réprobo enredado en sus crímenes. Las leyes morales, el Evangelio del Cristo y la práctica espírita nos repiten de mil formas, la misma lección: la de que son los mismos pecadores que se ayudan mutuamente: el cojo sirviendo al ciego, el ciego al mudo y, sobre todos nosotros, la infinita misericordia de Dios, la sabiduría ilimitada del Cristo y la asistencia incansable de nuestros hermanos más experimentados, que se prolongarán más profundamente en el camino de la luz.

* * *

Es cierto, aún, que, durante ese diálogo difícil – en que, tantas veces, el esclarecedor tiene que aceptar el papel de un pobre, infeliz débil mental, cobarde, hipócrita, receloso -, habrá mistificaciones, propuestas, bravatas, amenazas, ironías, tentativas de intimidación. Mantengamos el equilibrio, atentos, con todo, al hecho de que humildad no quiere decir sumisión y aceptación sin examen de todo cuanto nos dice un Espíritu manifestante, pues él se encuentra delante de nosotros exactamente para que intentemos convencerlo de sus engaños, fantasías y deformaciones filosóficas, teológicas y psicológicas. Es la sensibilidad del esclarecedor la que va a indicar en qué punto y en qué momento interferir.

Mientras ese momento no llega – y generalmente no ocurre, así, en la fase inicial del diálogo – esperemos con paciencia, atentos a las informaciones que el Espíritu nos suministra, dado que es con ellas que vamos montando el cuadro que nos mostrará el perfil psicológico

del comunicante. Atención con los pormenores que parezcan irrelevantes: una referencia pasajera, el tono de voz, un recuerdo fugaz, una observación aparentemente sin importancia. Todo sirve para componer el cuadro. Recordémonos de que el perfil que procuramos es importante, es esencial al entendimiento de la personalidad de aquél hermano. Aunque difícilmente lo admita, él precisa de nuestra ayuda. Si lo mencionamos, no obstante, él replicará con toda vehemencia, que de forma alguna precisa de nosotros. Está muy bien como está. No pocos serán los que, al contrario, nos harán propuestas y nos dirán las más extrañas bravuconadas.

Nos hablan del enorme poder de que disponen – y muchas veces eso es estrictamente verdadero – y de las “providencias enérgicas” que tomarán contra nosotros.

Uno de ellos me anunció que “arrojaría fuego” en el grupo. Y me preguntó:

- ¿Cómo es que usted quiere morir? ¿Usted cierra el grupo espontáneamente, o nosotros tenemos que hacerlo?

Otro me informó que tenía “órdenes del jefe” para apartarme de su camino, si es posible, sin herirme, mas si eso fuese impracticable, entonces, era para reventar todo con dinamita, porque la piedra tenía que ser apartada, para que ellos pasaran.

Un tercero, cuyo aspecto cruel y mirar terrible el médium describió antes que se incorporase, también pronunció su amenaza, apoyada en una fanfarronada: estaba dispuesto a apartarme de cualquier manera, si fuese posible de buena manera, pues no deseaba causarme daño personal, a no ser que a esto fuese obligado. Confiesa, igual, que tiene por mí cierto afecto y – ¡cosa extraña, Dios mío! – siento por él, también, una inexplicable ternura que, no sé de dónde y de cuando, viene de las telas infinitas de ese continuo espacio-tiempo en que vivimos. Me habla de su gloria, en la cual insiste. Tiene grandes sueños, mas no vacila delante de la violencia, para realizar sus sueños de dominio. Ya en el pasado cometió, varias veces, ese engaño, no obstante proyectándose, en la Historia, como un temible conquistador. A esa altura, ya estamos conversando, como dos viejos amigos que se reencuentran, y no como un agresivo guerrero, surgiendo de los registros históricos, con un mero esclarecedor espírita, del siglo XX. Al hablar de sus grandezas, me dice, de manera dudosa:

- Usted prefirió otros caminos...

- Sí, es verdad – le digo yo -, preferí la obscuridad.

Es eso, precisamente, lo que él no entiende. ¿Cómo puede alguien desear vivir en la obscuridad, si puede, por lo menos, intentar la gloria?

No siempre, con todo, esas fanfarronadas y amenazas terminan así, amistosamente, en un reencuentro de dos seres que siguieron rutas diferentes, mas continúan estimándose y respetándose. Usualmente, el rencor está firme tras de ellas, y por lo menos algunas de las amenazas se concretizan mismo, bajo variadas formas: pequeños incidentes en la vida diaria, malentendidos entre familiares, dolencias inesperadas, aflicciones mayores.

El problema de las amenazas merece alguna digresión más amplia, porque él tiene implicaciones muy serias en el trabajo de esclarecimiento.

En primer lugar, como nos dijo un Espíritu amigo, cierta vez, no podemos coger rosas, sin jamás herirnos con los espinos. ¡Cuanta verdad en esta imagen! Por más extraño que nos parezca, a una observación superficial, los Espíritus más terriblemente perturbados y desarmonizados guardan en sí increíble potencial para las realizaciones futuras – aptitudes, experiencias y cualificaciones inesperadas, preciosas, y, por más fantástico que nos parezca, una enorme capacidad de amar.

Uno de ellos, muy difícil, agresivo, poderoso, casi inabordable, no pudo contener su gratitud, después de despierto: besó, con emoción y respeto, la mano de su aturrido esclarecedor, el mismo que, aún hace pocas semanas, él daría todo para destruirlo.

En el trabajo mediúmnico de desobsesión, tenemos, pues, que contar con contratiempos, sufrimientos y angustias, especialmente si dejamos caer nuestras guardias. Esto es válido para todo el grupo, y no sólo para el médium. O para el esclarecedor. El cerco se aprieta, aunque estemos guardados en la oración y en la vigilancia.

- “Vigilar y orar” – dice el Cristo, según Marcos – “para no caer en tentación, pues el Espíritu está pronto, mas la carne es débil.” (Marcos, 14:38.)

El Espíritu desea la liberación, teme nuevas caídas, sueña con la paz, sufre la ausencia de afectos muy profundos y, en cierta forma, está pronto para la vida en plano mejor y más purificado, o, por lo menos, no tan difícil y grosero como este mundo de pruebas en que vivimos; mas, en el fondo, sumergido en el cuerpo físico, que lo sofoca, su voluntad se debilita y la flaqueza de la carne vence las mejores intenciones. Los seres desencarnados inferiores que nos vigilan, nos espían y nos asedian, saben de eso, tan bien o mejor que nosotros, y,

cuanto pudieran, han de retenernos en la retaguardia, por lo menos, como dice un amigo espiritual muy querido, para engrosar las filas de los que están parados.

Incluso con toda la vigilancia, y en oración, continuamos vulnerables. Y “ellos” saben de eso; cuando lo olvidamos, ellos nos lo recuerdan:

- ¿Usted piensa que es invulnerable?

¿Quién podrá responder que es? ¿Y nuestras llagas, los errores aún no rescatados, las culpas aún no pagadas, las infamias aún no deshechas? Con todo, tenemos que proseguir el trabajo de rescate, a despecho de los espinos de las rosas, de las amenazas y, lógicamente, de uno u otro desengaño mayor. Es preciso estar, entretanto, bien seguros de que, en ninguna hipótesis, sufrimos sino en aquello en que ofendimos la Ley, y jamás en el transcurso de trabajos de desobsesión, en sí mismo. Sería profundamente injusta la Ley, si así no fuese. ¿Entonces, vamos a ser punidos porque estamos procurando, exactamente, practicar la Ley universal del "Amor Fraternal" y de la solidaridad que nos recomienda el Cristo?

No aceptaremos la intimidación, mas no la devolveremos con una palabra o un gesto de desafío o de provocación. Es necesario no intimidarse delante de la fanfarronada, mas sin cometer el engaño de ridicularizarla. Hay una diferencia considerable en no ser timorato a ser temerario. Nuestro bagaje de errores aún a rescatar no nos permite usar el manto de la invulnerabilidad, mas no debe detener nuestros pasos en la ayuda al hermano que sufre. Aunque él nos hiera, con la ponzoña de su rencor inconsciente, cuando le extendemos la mano, para ayudarlo a levantarse, él quedará muy agradecido si lo conseguimos y, en el fondo, bien en el fondo de sí mismo, él, más que nadie, desea y espera que nosotros consigamos salvarlo, pues, por sí mismo, con sus propios recursos, él no lo consiguió aún. Y, al final de cuentas, si los espinos nos hieren, aquí y allí, también estaremos liberándonos de nuestras propias culpas.

La regla, por tanto, es esta: no ridicularizar la fanfarronada, no desafiar la amenaza; no responder a la ironía con la mofa; no intimidarse, mas no ser imprudente.

Regla semejante podría ser sugerida para responder a la propuesta, y esta precisa, igualmente, de algunas consideraciones en parte.

Un grupo bien orientado y bien guardado por los amigos espirituales invisibles comenzará, poco a poco, a obtener resultados que sorprenderán no sólo a los propios componentes encarnados, sino

también a los desequilibrados Espíritus manifestantes. Estos no comprenden cómo puede un pequeño grupo, aparentemente tan frágil, tan reducido, resistir a la investida de tremendas y poderosas organizaciones espirituales, consagradas, hace un tiempo enorme, a la práctica del mal. Otros muchos seres y grupos que intentaron, en el pasado, impedir sus pasos, diéronse mal, y fueron apartados sumariamente. De modo que, pasado lo arrogante de las primeras agresiones, los compañeros desvariados propondrán cambios y treguas, o pequeñas concesiones. La imaginación es fértil y la experiencia de ellos es larga, en el trato de situaciones como esa, la de la resistencia inesperada. La propuesta puede ser un simple negocio. Están acostumbrados a tales ajustes y transacciones. Hallan que todo tiene su precio y se disponen siempre a pagar el precio combinado por aquello que les interesa. Si pueden comprar nuestra renuncia, por ejemplo, no vacilarán en proponer un cambio:

- Está bien. ¿Qué es lo que usted desea para parar con eso?

“Parar con eso” es dejarlos hacer lo que entienden, encerrar las actividades del grupo o dedicarse a otros quehaceres más inocuos y menos perjudiciales a sus intereses. Concordarán, por ejemplo, en dejar de atormentar a alguien, a que particularmente estemos dedicados, o en liberar a otros, que mantienen prisioneros en el mundo espiritual. O nos ofrecen cosas como dinero, posición, placeres.

Otras veces la proposición es más sutil. Comienzan con elogios, exaltando nuestras fabulosas “virtudes”:

- ¡Usted no sabe la fuerza que tiene! Podría arrastrar multitudes, dominar mentes...

A uno de esos le respondí que no sabía, aún, dominar la mía... Y él imperturbable:

- Sí, sabe. Usted sabe... ¿Por qué no llegamos a un acuerdo?

Otro me invitó para “predicar”, en su institución. Ya referí aquí, también, aquél que me proponía deshacer un “trabajo”, hecho contra mí, por él mismo... Hay los que proponen desembarazarnos de personas que supuestamente nos estarían perturbando, así como, aquellos que nos provocan con “bellísimas” posiciones, en sus organizaciones.

Como decía hace poco, la imaginación de ellos es fértil y la habilidad ilimitada, y muchos son los que se dejan fascinar por ese cántico funesto. Uno de ellos, me dijo, cierta vez, que yo quedaría aterrorizado, si supiese de aquellos que habían concordado con arreglos semejantes. De un Espíritu encarnado, que nuestro grupo estaba particularmente interesado en socorrer, nos fue dicho que

desistiésemos, porque él no volvería: ya había “cruzado el puente”, para el lado de allá... Tenía todo cuanto quería, estaba muy feliz. El negocio, evidentemente, fue bueno para ambos lados, lo que, en la práctica comercial, indica una buena transacción concluida de manera auspiciosa.

Dos observaciones básicas es preciso aún hacer, sobre tales propuestas y acomodaciones: la primera, es más que obvia, o sea, las concesiones que nos ofrecen tienen elevado precio, por más inocentes que se presenten, a primera vista. Más allá de eso, nada impide que deshagan el trato, en cualquier momento, cuando ya no les interesa nuestro concurso o caducar la razón por la cual se valieron de nuestra ingenuidad infantil. La cobranza vendrá, entonces, sobre aquél que concordó con el trato y que, de supuesto aliado, pasa a víctima inerme de su propia tontería. La segunda observación es la de que, cuando nuestros hermanos atormentados proponen semejantes transacciones, con la finalidad de llevarnos a abandonar el trabajo, dejar de ayudar a alguien, o hacer, en fin, cualquier concesión, es porque están comenzando a sentirse algo perplejos, ante la resistencia inesperada a su voluntad. Ellos no están habituados a hacer acuerdos para obtener lo que pueden conseguir por la imposición y por la intimidación, o por el terror. Tengamos, no obstante, el buen sentido de procurar no obtener partido de la situación, precoz y precipitadamente. La prudencia continúa a ser la mejor consejera, más allá de eso, no podemos permitirnos utilizar, jamás, métodos semejantes a los suyos. Ellos comprenderán nuestros escrúpulos y nuestro juego abierto y acabarán respetándonos por eso, estén o no convencidos ante nuestra argumentación. Si a una propuesta, por más infantil que sea, de parte de ellos, intentamos “cambiar la mesa”, estaremos sintonizándonos con el mismo diapasón ético con que ellos nos prueban y, con eso, irá por tierra la precaria ascensión moral que por ventura hayamos alcanzado sobre ellos. No podemos, jamás, olvidarnos de que son pobres hermanos desorientados, desesperados, dispuestos a todo, más necesitan de nosotros. Buscan afflictivamente a alguien que no puedan corromper con sus propuestas, a alguien que pruebe ser por lo menos un poco mejor que la media humana, con la cual están acostumbrados a lidiar. No alimentemos la ilusión de demostrarles que, delante de nosotros, son simples vermes infestados de culpas, dedicados a la maldad intrínseca, y nosotros, seres redimidos, que condescendemos en extenderles la mano salvadora que, después, iremos a desinfectar. Absolutamente. Es muy posible que sean más correctos psicólogos que nosotros, más experimentados que nosotros, en esas deudoras

transacciones. Encaran sus tareas deplorables como complejas partidas de ajedrez, en las cuales tienen, a veces, que sacrificar una dama, o coger de sorpresa, para dar el jaque al rey. Son metódicos, disponen de amplios y minuciosos planeamientos. No los subestimemos jamás, que las consecuencias serán funestas para nosotros. Mofarse de sus propuestas, porque sentimos que están débiles y algo perplejos, puede ser desastroso, y, más allá de eso, es inhumano. Son hermanos dolientes, que precisan de ayuda y comprensión, y no de que los confirmemos en sus prácticas, respondiendo a sus procesos arditosos con ardiles de idéntico tenor.

En situaciones como esta, acostumbro tener una respuesta padronizada. No recuso la propuesta, ni la acepto. Me confieso simplemente incapaz de decidir, lo que es estrictamente verdadero. Usualmente, digo cualquier cosa así:

- No tengo autoridad para tratar con usted. Procure a una de nuestros compañeros espirituales, ahí en el mundo de ustedes. Lo que él resuelva, está bien para mí.

A veces ellos insisten, pues saben muy bien lo que significa mi respuesta. El tono puede ser este, como tengo observado:

- Está bien, mas usted puede resolver la parte que le toca. Ellos no podrán hacer nada, si no tuvieran el grupo, y si usted acaba con el grupo, estará todo resuelto y no le incomodaremos más. Caso contrario... usted sabe...

La posición del esclarecedor tiene que continuar firme, paciente, tranquila, y hasta mismo respetuosa, pues el dolor ajeno jamás podrá constituir espectáculo de diversión, a no ser para aquellos que también estén en desequilibrio. Es preciso respetarla. La criatura que está delante de nosotros, incorporada al médium, se encuentra desatinada, necesitada de comprensión y de amparo. Merece nuestro respeto. Sería profundamente inhumano engañar con ella, intentando escarnecerla con los mismos recursos con que, en su desespero, intentó engañarnos. Que él lo intente, eso es comprensible; mas que nosotros, también, experimentemos la misma arma, es inadmisibile. Si no podemos probarles que somos mejores que ellos – y no podemos mismo, por la simple razón de que no lo somos, por lo menos en la extensión que nuestra vanidad podría sugerir – que, no obstante, evidenciamos que nuestros métodos son mejores.

Un pobre hermano de esos, extremadamente desarbolado, nos atormentó, por algún tiempo, con amenazas terribles; nos asedió, semana tras semana; dio puñetazos en la mesa, gritó e hizo todo cuanto fue posible para destrozarnos o quebrar nuestra moral. Acreditaba en la

legitimidad incontestable de su causa. Era profundamente honesto consigo mismo y, por tanto, todos aquellos que se le oponían tenían que ser apartados de cualquier manera: por la intimidación o por la adulación, por el dolor o por la seducción; no importan los métodos, desde que los fines sean alcanzados. Tenía, con todo, un gran y generoso corazón, totalmente dedicado a su ingrata causa. No luchaba específicamente contra nosotros, mas por sus ideas, y hallaba, como tantos otros, que combatía en buen combate del que nos hablaba Pablo. Un día, se convenció de su engaño, con la gracia de Dios. Descendió de su pedestal de poder y arrogancia – fue también un grande y, sin duda, un pobre extraviado, en el pasado -, se vio en toda la extensión de sus engaños. En ese ínterin, uno de nuestros médiums tuvo con él un encuentro, en el mundo espiritual, en desdoblamiento. Estaba recogido en una institución socorrista, y arrasado de remordimiento, por las actitudes agresivas y absurdas ante su esclarecedor y el propio grupo, que tanto se esforzaba por salvarlo. Volvió, después, para decirnos de esos nobles sentimientos, despertados en su corazón. Esa historia tiene aún un **post scriptum**. Él nos visitó nuevamente, tiempos después, para despedirse, muy arrepentido e infinitamente grato a los pequeños trabajadores que le ayudaron: se preparaba para reencarnar, y venía a pedir nuestras oraciones, pues estaba más cierto que nunca de nuestro amor fraternal.

EL DESARROLLO DEL DIÁLOGO. FIJACIONES. DEFECTOS. DOLORES “FÍSICOS”. DEFORMACIONES. MUTILACIONES.

Poco a poco, el diálogo va desenvolviéndose, a partir de una especie de monólogo, pues, al principio, como vimos, es necesario dejar al Espíritu hablar, para que informe sobre sí mismo, lo que acaba aconteciendo. Muchos lo hacen al principio, diciendo prontamente a qué vinieron y lo que pretenden. Mismo a estos, no obstante, es preciso dejar hablar, a fin de aproximarnos al Centro de sus problemas. Otros son más bien artificiosos. Usan de la ironía, huyen a las preguntas, respondiéndonos con otras preguntas o con sutiles evasivas, que nada dicen. Es común intentar envolver a todo el grupo en la conversación. Varias artimañas son empleadas para ese fin. Dirigen preguntas a los demás circunstantes; dicen chanzas, para provocar la risa; intentan captar la atención por medio de gestos y toques, en los brazos o en las manos de los que están más próximos; ensayan la inducción hipnótica o el pase magnético. Mucha atención con estos artificios. Ellos traen en sí una sutileza peligrosa y envolvente, pues constituyen una técnica de penetrar el psiquismo ajeno.

Un compañero esclarecido y experimentado que, del mundo invisible, nos orientaba, acostumbraba siempre dar una palabra inicial, de estímulo y ánimo, para las arduas tareas que nos esperaban cada noche, todas las semanas. Él tenía el hábito de hacer un saludo general, y después dirigirse a cada uno de nosotros en particular, con una palabra más personal, afectuosa y cordial. Su objetivo no era el de distinguir a este o aquél, y ni de dar consejos individuales sobre nuestros problemas humanos; era apenas el de establecer, entre nosotros y él, un vínculo positivo, que nos predisponga al trabajo en equipo y ciertamente contribuía para que nos mantuviésemos, todos, en buena faja de equilibrio y concentración. Sus palabras sencillas, a cada uno de nosotros, creaban, pues, este eslabón, necesario al trabajo. En este caso, la técnica era obviamente utilizada para el bien, mas, sin duda alguna, los Espíritus desarmonizados también la conocen y procuran emplearla, con finalidades muy diversas. Si un compañero invigilante responde, mismo con una simple sonrisa, los resultados pueden tornarse desastrosos. Tuvimos de eso un ejemplo, cierta vez,

cuando alguien, en nuestro grupo, halló gracia en un comentario del manifestante. El Espíritu comenzó a dirigirse a él, olvidando aparentemente la presencia del esclarecedor y sus palabras, pues esto hace parte de la técnica. Como el compañero correspondió a su abordaje, el Espíritu se sintió a la voluntad para proseguir y fue muy franco y espontáneo al manifestar su satisfacción, por ver que encontraba apoyo en uno de los componentes del grupo, aunque supiésemos perfectamente que éste no lo estaba apoyando, mas ciertamente lo estaba favoreciendo involuntariamente. Se sintió fortalecido y dijo, mismo, tras largo tiempo de conversación, que no se retiraba – esta es otra técnica intimidadora, que aún estudiaremos – con la clara intención de desarmonizar al esclarecedor, que quedaría hablando solito.

Hay, pues, excelentes razones para mantener como regla, de rarísimas excepciones, el principio de dejar que apenas hable el esclarecedor con el manifestante. Es a través de aquél que actúan los Espíritus orientadores, que quedarían con su esfuerzo dispersado si tuviesen que dar atención y actuar, vía intuición, sobre todos los componentes del grupo incumbidos o autorizados a hablar con el Espíritu.

El esclarecedor tiene que estar, así, bien atento a sus compañeros encarnados, en torno de la mesa, médiums o no, para que se mantengan firmes en sus posiciones, lo que es importante para el desenvolvimiento de las tareas. Estos compañeros no deben encerrarse en la indiferencia, en cuanto a lo que pasa, pues prestan su apoyo vibratorio silencioso al esclarecedor; mas no deben cometer la equivocación de involucrarse en la conversación, al punto de, mismo mentalmente, interferir en el difícil diálogo que el esclarecedor está intentando establecer, para investigar el armazón psicológico y moral de su interlocutor invisible.

A veces, los circunstantes encarnados, no bien afinados afectivamente con el esclarecedor, pueden introducir peligrosos factores de desagregación en el grupo, si persisten en acompañar mentalmente al esclarecedor, con su sentido crítico imprudente, imaginando lo que dirían en tales circunstancias. Los Espíritus manifestantes tienen, frecuentemente, condiciones de captarles el pensamiento y, si lo hicieran, ciertamente sacarían partido de la discrepancia, aunque ella quede sin manifestar. Por eso, tanto se insiste en la importancia de la fraternidad, entendimiento y comprensión entre todos los componentes del grupo encarnado. No es que el esclarecedor sea infalible, perfecto, ni que esté siempre seguro y con la

razón; mas él precisará del apoyo y de la comprensión de sus compañeros, aunque haya hablado; y, con frecuencia, él mismo habla, porque el terreno en que pisamos, en el trato con esos hermanos desarbolados, es difícil, imprevisible y traicionero.

De esa forma, alguien que no pueda concordar con los métodos empleados por el esclarecedor, al punto de tornarse críticamente negativo, debe apartarse del grupo. Es posible, claro, que él esté cierto, y el esclarecedor errado; mas es mejor excluirse, que permanecer en el grupo como un punto de dificultad oculto, que mina el trabajo. Si no puede ayudar, que por lo menos, no acarree mayores dificultades. Si él estuviera seguro, en la manera de apreciar el trabajo del esclarecedor, y este no poseyera, así, condiciones para su tarea, las cosas se encaminarán para un deshecho natural; si apenas critica y no concuerda en razón de distorsiones de su propia psicología, entonces nada tiene a contribuir de bueno para el grupo y podrá acarrearle considerable daño.

Recordemos, pues, la utilidad de la regla que recomienda que apenas el esclarecedor hable con el Espíritu manifestante. Es común que éste procure burlar la norma, intentando arrastrar a otros miembros del grupo al debate. A ellos les conviene la generalización de la conversación, que aparta al esclarecedor y lo coloca más o menos al margen, en una técnica muy sutil de desarmonización.

Bajo condiciones especiales, entretanto, es posible que ocurra la necesidad, o la conveniencia de hablar alguien más. Puede ser, por ejemplo, que alguien, en el grupo, tenga cualquier problema personal con el Espíritu manifestante, y se sienta fuertemente impelido a decirle una palabra de conciliación, hacerle un pedido de perdón, un gesto de fraternidad más objetivo, más allá del pensamiento. También puede acontecer que el Espíritu manifestante sienta real necesidad de una palabra directa, con alguien presente que, por amarlo particularmente, puede ayudar a despertarlo, con la emoción de una voz que hace mucho no oye, o con un gesto que le recuerde con nostalgia.

En casos así, el esclarecedor juzgará, según su intuición o la instrucción de los mentores, permitiendo que otra persona hable al Espíritu. Claro que, mismo así, debe continuar atento, siguiendo con extremo cuidado el diálogo, para retomarlo cuando juzgue necesario, porque cabe a él la responsabilidad por ese aspecto de la tarea; es él quién está preparado para ella, en vista de sus ligaciones con los compañeros espirituales, a través de los dispositivos especiales a que nos referimos anteriormente, en este libro.

Fuera de esos casos, que insistimos en calificar de excepcionales, debe prevalecer la regla general del silencio y de la sustentación psicológica a los médiums y al esclarecedor.

Otra norma subsidiaria: los circunstantes, como componentes encarnados del grupo, vigilen bien sus pensamientos. Manténganse atentos al diálogo, mas no se envuelvan en él, ni por palabras inarticuladas, o sea, de pensamiento.

Cuando eso pasa, la conversación prosigue. Aún no dispone, el esclarecedor, de elementos suficientes para formular un juicio acerca del caso que tiene delante de sí. Tal vez ya sabía, por ejemplo, a qué vino el Espíritu, o sea, descubrió la razón por la cual fue traído al grupo. Estamos intentando, digamos, substraer, de su influencia obsesiva, a alguien que nos pidió ayuda. Mas es preciso saber por qué él (o ella) persigue al compañero encarnado. ¿Cuál es la ligación con el obsesado? ¿De dónde viene, en el tiempo y en el espacio, el choque que se creó entre ellos? En suma: ¿cuáles son las **fijaciones** del Espíritu? Todo proceso obsesivo tiene su núcleo: traición, venganza, expoliación, desamor. Es, casi siempre, un caso personal, de connotaciones esencialmente humanas, con problemas suscitados en el relacionamiento. Difícilmente un Espíritu obsesa a otro apenas porque no concuerda con él en cuestiones filosóficas o religiosas, aunque esto también sea posible, en casos extremos de fanatismo apasionado.

Dejémosle hablar, mas no todo cuanto quiera, sino quedará andando en círculo, a vuelta de su idea central. En este caso, continuará repitiendo incesantemente la misma cantinela trágica: la venganza, el odio, la imposibilidad del perdón, el deseo de hacer a la víctima arrastrarse por el suelo, como un loco desvergonzado, y cosas semejantes. El esclarecedor precisa tener bastante habilidad para cambiar el rumbo de su pensamiento. Tendrá que hacerlo, no obstante, con mucha sutileza, arriesgando, aquí y allí, una pregunta más personal, hablándole de un pasaje evangélico, que se aplique particularmente a su caso – y siempre habrá uno o más, que se adapten perfectamente a las circunstancias. Déjelo hablar, con todo. Si grita y se enfurece, procure apaciguarlo. No se olvide de que, por más errado que esté, en su odio irracional, él está convencido de sus derechos y, hasta mismo, de la cobertura divina. Muchos son los que invocan los dispositivos de la Ley Mayor, para ejercer sus venganzas y persecuciones. Más allá de eso – dicen -, si pueden hacer aquello, es que Dios lo permite. ¿Él no tiene poderes para hacer cesar todo? ¿Por qué no ejerce tales poderes?

Atención, pues, para esas ideas fijas. Por más vueltas que de él Espíritu, mismo con la intención consciente de ocultar su motivación, él no conseguirá eso por mucho tiempo.

Entretanto, es preciso ayudarle a romper el terrible círculo vicioso en que se debate. Mire bien: **ayudarle a romper**, no romper, arrancarle a la fuerza. Él tiene que salir con su propio esfuerzo. Ayudar a hacer no es lo mismo que hacer, por los otros, aquello que les compete realizar.

Por otro lado, la fijación es, a veces, tan pronunciada y tan absorbente, que el Espíritu no tiene condiciones, siquiera, de oír al esclarecedor, o, por lo menos, no de reaccionar de manera inteligible a lo que éste le dice. Esto no significa que el esclarecedor debe callarse; continúe hablándole, que las palabras irán insensiblemente depositándose en él, aunque él parezca no oír – y eso ocurre, también, en ciertos casos – su propio Espíritu siente las vibraciones fraternas que sustentan las palabras. Si es que el esclarecedor siente realmente lo que habla o, mejor aún, habla lo que de hecho siente.

Aguárdese, pues, el momento de ayudarle a salir un poco de sí mismo. Tiene que haber, en su memoria, otros recuerdos, otros sentimientos y hasta mismo otras angustias, más allá de aquella que constituye el núcleo de su problemática. Coloque, de vez en cuando, una pregunta diferente, procurando atraerlo para otras áreas de su memoria. Como, por ejemplo: ¿tuvo hijos? ¿Qué hacía para vivir? ¿Cree en Dios? ¿Dónde vivió? ¿Cuando aconteció el drama? ¿Tiene noticias de amigos y parientes de aquella época?

Está claro, no obstante, que esas preguntas no deben ser hechas en una especie de bombardeo o de interrogatorio. A nadie le gusta someterse a indagaciones íntimas. Con frecuencia, los manifestantes reaccionan, preguntando si están siendo forzados a procesos inquisitoriales. O, simplemente, se niegan a responder. O dan respuestas evasivas. O... responden.

No siempre estarán prontos para ayudarnos a ayudarlos, tras los primeros contactos. El proceso puede alargarse por mucho tiempo, hasta que adquieran confianza en nosotros y en nuestras intenciones.

El objetivo de las preguntas no es, obviamente, el de satisfacer una curiosidad malsana y, por eso, deben limitarse a conducir la conversación, suministrándole puntos de apoyo, sobre los cuales ella pueda expandirse, a fin de apartar el pensamiento del comunicante, aunque temporariamente, del núcleo central que lo bloquea y le impide hasta mismo de buscar la salida de aquél círculo de fuego y lágrimas en que se encerró inadvertidamente. No nos olvidamos, con

todo, de que espontáneamente él no saldrá, no porque no quiera, mas porque no sabe. Su venganza es la propia razón de ser de su vida; ¿cómo va a entregarla a alguien – a un desconocido enredador, como el esclarecedor – a cambio de una realidad penosa, que es aquél momento patético en que él descubre que la causa de su dolor está en sí mismo, y no en la persona que él persigue y odia?

Más allá de las fijaciones penosas, los Espíritus perturbados acostumbran presentar defectos, bajo la forma de gestos y contracciones, o, aún, mutilaciones y deformaciones periespirituales. Es cierto que todo eso está ligado al problema interior que los atormenta.

Ya tuvimos oportunidad de observar esos pormenores, aparentemente irrelevantes, de muchas maneras y bajo variadas condiciones. Vamos a algunos ejemplos: cité en otro lugar, en este libro, el episodio del pobre hermano que tenía un brazo paralizado. Noté que durante el diálogo él no movía aquél miembro. ¿Por qué sería? En el momento en que me pareció oportuno, sin precipitación, le pregunté qué pasaba con su brazo. Él no quiso decir. O, probablemente, no sabía conscientemente la razón, porque acostumbra a funcionar, en estos casos, un mecanismo de defensa, que parece construir una barrera a nuestra costa, para llevarnos a un conveniente olvido del pasado. Simplemente “olvidamos” las causas que nos llevaron a aquella situación, para poder fijarnos en el objeto del odio y de la venganza. No sé, de seguro, si él sabía la razón de la parálisis de su brazo. Si la sabía, intentaba ignorarla. Cuando me propuse a curarlo por medio de pases, él se negó – sin mucha convicción – diciendo que, si quedase curado, sería apenas para tener un brazo más para empuñar el látigo... Mismo así, me levanté, oré y le di pases a lo largo del brazo inmovilizado, y vi que él luego reaccionaba, sintiendo el impacto de los fluidos que lo alcanzaban. Y, realmente, quedó bien, volviendo a mover el brazo. Sólo entonces, por lo que parece, fue posible liberar su mecanismo de censura, y él se recordó de la escena de un pasado distante, cuando sacrificó, a puñal, a la esposa y a los hijos, que él acreditaba no fuesen suyos, pues hallaba que ella lo había traicionado. Expuesto el Centro del problema, su drama se resolvió.

Otro sentía, aún, el dolor agudo de una lanza que lo penetrara hace siglos, cuando terminó una existencia de inconcebibles desatinos. Continuaba preso en el lugar donde ejerciera un poder ilimitado, a oír los comentarios de visitantes y turistas sobre sus propias atrocidades.

Un tercero tenía la voz ronca – ¿sería un antiguo cáncer? – y casi inaudible. Su “cura”, por medio de pases, lo llevó a un examen no

menos apasionado de la figura de su esclarecedor, que él llamara hasta ¡puerco!

Otro compañero desorientado conservaba fea cicatriz sobre el ojo derecho, porque ella le daba una apariencia terrible, que atemorizaba a aquellos a quién él quería perseguir y afligir.

En una oportunidad, tuvimos también el caso, intensamente dramático, de un pobre sufridor, guillotinado en Francia, durante la Revolución. Desde entonces, - según apuramos enseguida - traía la cabeza “separada del cuerpo”, en la mano derecha, cogida por los cabellos. El diálogo inicial fue difícil, pues convicto de que estaba sin cabeza, él no tenía condiciones de hablar. Con esfuerzo, no obstante, lo fue convenciendo de que podía hablar a través del médium. Vivía aterrorizado ante la idea de perder de vista la cabeza y nunca más recuperarla. Mientras la tuviese allí, a mano, aunque cortada, alimentaba la esperanza de “reponerla” en su lugar. Esto fue posible hacerlo, con la gracia de Dios. Oramos y le dimos pases. Súbitamente, él sintió que la cabeza volvía a su posición correcta. Loco de alegría, él se apalpa y sólo sabía repetir:

- ¡Ella está aquí! ¡Ella está aquí!...

Y verificaba, con la punta de los dedos, toda la anatomía facial y craneana: los ojos, la nariz, la boca, las orejas. Estaba todo allí. Y decía:

- ¡Puedo hablar! ¡Estoy hablando!

Quería saber quién hiciera el “milagro” de “pegar” la cabeza nuevamente en el lugar propio. En cuanto a lo que le ocurría, no acreditaba que Dios lo hubiese hecho, para castigarlo, pues Dios no permitiría que un hombre anduviese sin cabeza por tanto tiempo. Lo llevó cautelosamente para una introspección, intentando hacer que él encuentre en sí mismo la razón de su espantoso sufrimiento. Le explico que vivimos muchas existencias, aunque las olvidamos. En alguna de sus vidas anteriores él encontraría la explicación. “Probablemente”, le digo, “usted andó también cortando la cabeza de alguien”. Es verdad, eso. Él se recuerda, ahora, que eran infieles a Jehová y, después de condenados, él los ejecutaba. Vio hasta la hilera de espera...

Casos más serios de deformaciones espirituales exigen el concurso de médiums especiales, no apenas para recibirlos, por incorporación, como, también, para ayudar en la recomposición de la forma “física”, para lo que es necesario disponer de algún ectoplasma, más allá de los pases habituales.

Mismo para el compañero a que hace poco nos referimos, de cabeza cortada, el concurso de un médium de efectos físicos fue decisivo. Mientras le dábamos pases, él parecía absorber los fluidos

ávidamente, procurando impregnarse de ellos, con movimientos aflictivos de las manos.

En otros casos de deformaciones periespirituales y zoantropía, el médium expelió realmente gran cantidad de ectoplasma por la boca, lo que se percibió, incluso sin la videncia, por los movimientos irreprimibles que hacía como si estuviese vomitando en seco.

Aún hablaremos sobre la ectoplasmia en los grupos mediúmnicos, porque tiene otras aplicaciones, además de la que hace poco mencionamos, de ayudar a reconstruir lesiones periespirituales y recomponer seres reducidos a formaciones animalizadas.

* * *

Mas el diálogo prosigue. Supongamos ya haber sido posible identificar el núcleo principal del problema. Ya descubrimos las razones fundamentales de su drama. No obstante, mucho falta aún para disolver y dispersar aquél núcleo doloroso. Mismo con todo eso presente en su consciencia, él aún insiste en racionalizar a su manera, el cuadro que se le presenta. Continúa sometiéndolo a su propio juicio y a invocar su derecho a la cobranza.

Ya discutimos algunos aspectos teóricos de esta cuestión. Teóricamente, sí, él puede cobrar. No es que tenga un **derecho** asegurado en los códigos divinos, porque la idea de derecho implicaría, tal vez, la de impunidad. No sé si los juristas que me leen concuerdan con esto, mas parece que no podemos ser punidos por ejercer una acción que nos asegura el derecho. Está claro que no hablo aquí en el derecho humano, imperfecta imitación de los conceptos superiores del Derecho Cósmico, del cual conocemos las primeras letras. Creo que, si Dios me asegurase el derecho de cobrar, impunemente, por la venganza, una falta cometida contra mí, su ley no habría sido mucho mejor que la nuestra. No obstante, tanto en una, como en otra, existe la idea básica de la reparación. La sociedad humana intenta la reparación por los caminos de la punición; la divina, por la regeneración. El criminal terreno debe pagar por lo que hace, independientemente de lo que acontece con aquél a quien él perjudicó. La ley humana no toma conocimiento de la sobrevivencia del Espíritu. La ley divina pide del ser, a través de la propia consciencia, que él se recomponga delante de su víctima. Ante la ley humana, la prisión o la indemnización redimen al criminal; la ley divina va delante y le pide la reconciliación, aunque, frente a los códigos terrenos, él esté libre de deudas. Por otro lado, la ley humana no lleva en cuenta el hecho de

que el hombre sufre justamente aquello que está en sus compromisos cármicos, respondiendo por desatinos cometidos. y si no colocamos un punto final en esa espiral de horrores, ella continuará a abrirse para abajo y para el futuro, cada vez más dolorosa y amplia.

De esa forma, no habría derecho pagado y ciertos de cobrar, nosotros mismos, las faltas cometidas contra nosotros, ¿pues qué derecho es ese, que reabre el ciclo de la culpa y nos obliga a pagar aquello que consideramos simple reparación?

Mas, ¿cómo explicar todo eso, de forma convincente, al Espíritu tumultuado por la pasión de la venganza? ¿Cómo le mostraremos la falacia de su filosofía de la reparación? En muchos casos, él ya está convencido de esa realidad, o sea, la de que, ejerciendo la venganza por sus propias manos, él se inscribe nuevamente como culpado, en el tribunal invisible de su propia consciencia. No importa. Él quiere cobrar, así mismo. Cuando llega la hora del dolor, él luchará con sus responsabilidades, y las sufrirá, dice él, con placer, porque por lo menos habrá saciado su rencor. No sabe él, con todo, que el rencor no se satisface nunca, mucho menos por los caminos del sufrimiento ajeno. Por más absurda que parezca la tesis al vengador, su odio solamente se estanca, y solamente lo libera de su propio dolor, por el perdón. Sacudido por la tormenta de sus pasiones, él no percibe que también sufre, y que continúa retenido, indefinidamente, en el proceso que él mismo creó. Si conseguimos despertarlo para esas verdades, estaremos comenzando a ayudarlo.

No siempre le adelanta un bello sermón moral, sobre las virtudes teológicas del perdón. Él no se mostrará sensible al llamamiento, en mientras no se convenza de que eso es una realidad irresistible, que le interesa personalmente.

A veces, basta una pregunta bien colocada, en el momento oportuno. ¿Halla él, por ejemplo, que, con un siglo o dos más de rencor, va a conseguir lo que no consiguió en dos o tres? ¿Pretende continuar preso a la barahúnda de la aflicción? ¿Por cuánto tiempo? ¿No está cansado? ¿No desea experimentar al menos un poco de paz? Pare y reflexione, medite, procure encarar el proceso, con objetividad y sangre fría, como si estuviese apreciando **un** caso, no **su** caso. ¿Por qué mantener dos Espíritus amarrados, vida tras vida, alternándose en las posiciones de perseguidor y perseguido? Más allá de eso, la víctima a veces se le escapa irrevocablemente de las manos, por el propio sufrimiento que le es infligido, por el despertar de su Espíritu, por el esfuerzo que hace en ajustarse delante de las leyes divinas. Y entonces el perseguidor no tendrá más cómo alcanzarlo. Podrá aún insistir en

perseguirlo indirectamente, a través de seres que le son queridos, mas esto es una venganza frustrada y lo satisface aún menos que la otra. A lo largo del tiempo él quedará hablando sólo, en la alienación de su venganza sin objeto. Un día despertará, al final, para retomar su caminata. ¿Y por qué esperar tantos desengaños, si ese día puede ser hoy, ahora?

LENGUAJE ENÉRGICO

Sin duda alguna, la tónica de nuestro diálogo con nuestros hermanos desorientados es la paciencia, apoyada en la comprensión y en la tolerancia. Nada de precipitaciones y ansiedades. Bastan las ansiedades del hermano que nos visita y, si pretendemos disminuirla, tenemos que contraponer, a sus aflicciones, nuestra tranquilidad. Si el compañero es agresivo y violento, el esfuerzo debe ser redoblado, por nuestra parte, en no dejarnos envolver por su “faja”. La voz precisa continuar calma, en tono afable, sin precisar ser melosa; mas es imprescindible que sea sustentada por la más absoluta sinceridad y por un legítimo sentimiento de amor fraterno, sin sentimentalismo exagerado.

Esto no excluye, por cierto, la necesidad, a veces, de una palabra más enérgica; mas, el momento de decirla tiene que ser buscado con extrema sensibilidad, tacto y oportunidad. Y, si fuera necesario decirla, es preciso que la voz no se altere al punto de ser violenta, autoritaria o ruda. La energía no está en el tono de voz, y sí en aquello que decimos.

Cierto Espíritu se nos presentó, cierta vez, en estado de terrible agitación. Cayera en poder de implacable hipnotizador, que lo redujera al más extremo desespero. Aprovechándose de la incorporación al médium y de la protección del grupo, habló afflictivamente de su problema. Este es el hermano al que ya me referí, al contar que, después de ser recogido por los trabajadores espirituales, recayera en poder de su perseguidor. Cuando me levanto para ayudarle, reclama, con los brazos por alto y con desprecio, que de nada valen mis pases y mis oraciones. Desea morir, desintegrarse. Contradictoriamente, dice, a seguir, que se vengará implacablemente de su obsesor, cuando consiguiera encontrarlo. Está poseído de intenso odio y de mucha rebeldía. A una palabra mía, dice que sí, que pidió a Dios, mas que eso de nada adelantó.

Este es el momento en que cierta dosis de energía se torna de imperiosa necesidad. Él fue recogido, por nuestro grupo, en estado de pánico y aflicción indescriptibles, pues desencarnara muy joven, en condiciones dolorosas y trágicas. Fue socorrido y encaminado a una institución del Espacio. A despecho de todo el cuidado, y del cariño de nuestros dedicados hermanos, resbala nuevamente en el precipicio de la desarmonía, que lo vuelve a colocar a merced de sus perseguidores. Ahora, más desarbolado que nunca, **exige** una solución para su caso,

clamando con violencia contra la ineficacia de nuestros métodos de trabajo.

Es hora de hablarle con más firmeza, aunque sin el más leve trazo de arrogancia, de resentimiento o de condenación. Él precisa, aún y siempre, de comprensión y esclarecimiento, mas tiene que reconocer, también, que Dios no se halla a nuestra disposición, para atender cualquier capricho o cumplir órdenes.

Dígole, pues, que él no **pidió** a Dios; él intentó **exigir** de Dios un inmediato alivio para sus males que, al final de cuentas, son ocurridos por sus propias faltas contra la ley divina. No es así que las cosas funcionan. Por otro lado, tampoco puedo retirarle el dolor, como en un pase de magia. Él debe convencerse de que precisa ser más humilde, más paciente. A esa altura, con todo, su hipnotizador, que se halla presente, recomenzó la inducción, para impedir que él escapase nuevamente de su poder.

Uno de ellos intentó seducir la atención de uno de los componentes del grupo – una joven señora – pesquisando su repugnancia por las cucarachas y los ratones. Decía que la sala estaba llena de cucarachas “astrales”, que subían por el cuerpo de ella, y de ratones que corrían de un lado para otro. Tomó un pequeño lienzo, que se hallaba sobre la mesa, y lo dejó sobre las manos que ella conservaba puestas sobre los ojos cerrados. Ella se mantuvo firme, y yo tampoco le dije nada, dejándolo “divertirse” un poco. Durante nuestra conversación anterior – confirmada en el proseguimiento del diálogo – él nos diera inequívoca demostración de capacidad intelectual, poder de oratoria, habilidad como argumentador, agresividad y arrojo. ¡Era un líder, un “profesor” de Doctrina Espírita!... La escena con las “cucarachas” y los “ratones astrales”, era, en lo mínimo, incongruente, y revelaba desespero, como quién apela para un recurso extremo, cuando hablan los otros. Percibiera, por cierto, que no conseguía convencernos por la argumentación. Hallé, no obstante, que no era aún la oportunidad de hablarle más en serio, sobre sus “recursos”.

En la reunión siguiente me pareció que el momento propicio llegara. A cierto punto, desvié su conversación animada, sobre la “doctrina” de Kardec, para el problema de las “cucarachas”:

- ¿Cómo es que usted – le dije yo -, un hombre así inteligente y culto, que se dice líder y Maestro, hace una broma como aquella, de cucarachitas y ratoncitos astrales?

Él parece haber sido cogido por sorpresa; pensó, tal vez, que, como yo dejara pasar la ocasión de hablar, en la sesión anterior, el

episodio quedó olvidado. Algo desconcertado, me dice, evasivamente, como quién se disculpa:

- Fue lo que encontré aquí...

Mas estaba evidentemente desorientado y, muchas veces, un pequeño incidente, como este, nos facilita el acceso a la verdadera motivación de su problemática. Mas, no nos olvidemos, el momento tiene que ser oportuno y, para eso, sólo podemos contar con la intuición, dado que los Espíritus que nos ayudan no nos transforman en meros repetidores de sus palabras; ellos nos orientan y asisten, mas dejan a nuestro criterio la conducción del diálogo. Raramente interfieren y, cuando esto se torna imperioso, lo hacen con extrema discreción, limitándose a transmitir una pequeña información, para que el propio esclarecedor la desenvuelva, con sus recursos.

En casos excepcionales, bajo condiciones especiales, Mentores Espirituales presentes, se incorporan en otros médiums, para esclarecer al Espíritu manifestado. Es común, en estos casos, hablar con inusitada energía y firmeza y, entretanto, sin el menor trazo de rencor, de impaciencia, de agresividad. Uno de esos compañeros amados, cierta vez dice un ¡“Basta”!, con incontestable autoridad, al Espíritu que hablara con arrogancia e impertinencia.

El problema de la palabra enérgica es, pues, extremadamente delicado. Si es pronunciada antes de tiempo, en el momento inoportuno, puede acarrear inconvenientes y peligros incontrolables, pues no podemos olvidarnos de que los Espíritus desarbolados se empeñan, con extraordinario vigor y habilidad, en arrastrarnos para la alteración y el conflicto, clima en el que se sienten mucho más a la voluntad que el esclarecedor. Si éste “chocara a disputa”, estará arriesgándose a serias e imprevisibles dificultades. No puede, por otro lado, revelarse temeroso e intimidado. Ese término medio, entre destemor e intrepidez, es la señal que distingue a un esclarecedor razonable de uno incapaz, pues los buenos mismo son rarísimos. Y aquél que se juzga un buen esclarecedor está a camino de su propia pérdida, pues comienza a ser vanidoso. Los propios Espíritus desequilibrados se encargan de demostrar que no hay esclarecedores impecables. Muchas veces envuelven, engañan y mistifican. Si el esclarecedor se juzga invulnerable e infalible, está perdido: es mejor pasar sus atribuciones a otro que, aunque no tan cualificado intelectualmente, tenga mejor condición, si consigue mantenerse al mismo tiempo firme y humilde.

La interferencia enérgica es, pues, una cuestión de oportunidad; precisa ser decidida a la vista de la psicología del propio Espíritu

manifestante, y de la manera sugerida por la intuición del momento. Nunca debe ir a la agresividad, a la irritación, a la cólera, y jamás al desafío. Cualquiera de nosotros redobla sus energías, cuando desafía. Es humano, es incontestablemente humano, ese impulso. Cuando alguien pone en duda, aunque sea uno, de nuestros más modestos atributos, tratamos luego de probar que, al contrario, es en aquello que somos buenos.

Además, sería desastroso retroceder, intimidado, después de una observación más enérgica. El Espíritu perturbado sacaría de esto el mejor partido posible, para sus fines. Una de las muchas armas que manipulan, con extrema habilidad, es la del ridículo. Si cayésemos en la tontería de decirles algo que no podemos sustentar, o que revelase una pequeña pizca de cinismo, de hipocresía o de prepotencia, estaremos en apuros muy serios.

Es preciso, pues, estar atentos y preparados para interferir con más energía, seguros de que firmeza no es estupidez, ni grosería, y que el más profundo amor fraterno puede y debe coexistir en el mismo impulso de exhortación franca y animosa. Precisamos saber cuando decir que ellos están errados, y por qué. Nada de gritos y puñetazos en la mesa.

Esos momentos de firmeza son también necesarios cuando el Espíritu entra en el proceso que acostumbro llamar de “crisis”, o sea, cuando comienza a percibir que está **cediendo**. También veremos esto más adelante, en este libro. Baste decir aquí que la energía, en este caso, tiene que ser aún más suavizada, animosa, y no represiva.

En resumen, la palabra enérgica es necesaria, indispensable, mismo, en frecuentes ocasiones, porque en muchos casos es factor decisivo en el despertar del hermano aturdido; mas debe de ser dosificada, con extrema sensibilidad, y, el momento cierto, y escogido con seguro tacto.

LA ORACIÓN

La fe y el amor son los dos grandes instrumentos del trabajo del esclarecedor. También volveremos a hablar sobre el amor, ese tema inagotable, fuente de bellezas eternas, de reservas inagotables de energía creadora, de armonías insospechadas, siempre sorprendiéndonos con su infinito potencial.

La fe y el amor causan impactos espantosos en nuestros hermanos infelices. Cuantas veces he oído declaraciones de conmovedora sinceridad, de Espíritus aturdidos ante la evidencia de esos sentimientos:

- ¡Qué fe absurda tiene usted! – me dice uno de ellos.

Él no quería decir que mi fe era falsa, extravagante, ilógica o irracional; él se sorprendía en hallarla tan legítima, tan viva, tan firme.

Y acrecentó, estupefacto:

- el mundo puede desmoronarse en cima de usted, que a usted no le importa.

Bien decía nuestro Pablo, especialista en tales asuntos, que “la fe es la garantía de lo que se espera, la prueba de las realidades invisibles” (Hebreos, 11:1). Y que, mismo después de todo hecho y vivido, subsistirían “la fe, la esperanza y el amor, los tres...” (Primera Epístola a los Corintios, 13:13.)

Una fe así es preciso para orar por nuestros queridos hermanos desarbolados. La fuerza y el poder de la fe se transmiten a la oración, enunciada con emoción y sinceridad.

Citando a sus amigos espirituales, Kardec escribe, en “El Evangelio según el Espiritismo” (cap. 28):

“Los Espíritus han dicho siempre: “La forma nada vale, el pensamiento es todo. Ore, pues, cada uno según sus convicciones y de la manera que más le inspire. Un buen pensamiento vale más que gran número de palabras con las cuales nada toma el corazón.”

Estas enseñanzas son, en verdad, preciosas, para cualquier tipo de oración, en cualquier oportunidad, mas son de capital importancia en la oración que formulamos por el Espíritu desajustado que tenemos delante de nosotros, incorporado al médium. Kardec torna esto particularmente claro, cuando dice, más adelante, en el mismo capítulo de “El Evangelio según el Espiritismo”:

“La cualidad de la oración es ser clara, simple y concisa, sin fraseología inútil, ni lujo de epítetos, que son meros adornos de lentejuelas. Cada palabra debe tener alcance propio, despertar una idea, poner en vibración una fibra del alma. En una palabra: **debe hacer reflexionar**. Solamente bajo esa condición puede la oración alcanzar su objetivo; de otro modo, **no pasa de ruido**. Entretanto, observar con qué aire distraído y con qué volubilidad ellas son dichas, en la mayoría de los casos. Se ven labios moverse; mas, por la expresión de la fisionomía, por el sonido mismo de la voz, se verifica que allí apenas hay un acto maquinal, puramente exterior, al cual se conserva indiferente el alma.”

Recuerdo que los destaques no son míos; están en el original. De transcendental importancia, para los trabajos de desobsesión, es la observación de que la oración “debe hacer reflexionar”. Muchas veces, es durante la oración, dicha en voz alta por el esclarecedor, o por alguien por él indicado en el grupo, que el Espíritu manifestante hace una pequeña pausa para pensar. La oración lo envuelve en vibraciones pacificadoras, en una ternura que, tal vez haga mucho que no experimente. Ella debe ser elaborada en torno de la propia temática que el compañero nos haya revelado, en el transcurrir del diálogo con nosotros.

Como todo lo demás que intentamos realizar en los grupos de desobsesión, la oración tiene su momento psicológico óptimo, que varía, necesariamente, de un caso para otro. En ciertas ocasiones es preciso orar también al principio de la manifestación, en virtud del estado de agitación, o de alienación, del Espíritu, no permitirnos coger, antes, un poco de su historia y de su motivación. Lo mejor, entretanto, es esperar un poco, aguardar esclarecimientos e informaciones que – nunca es demás recomendar – no deben ser cogidas en interrogatorios y a través de los artículos de la intriga.

En el momento propicio – y más de una vez tenemos que recurrir a la intuición y al sentido de oportunidad – conviene dirigirse al propio Espíritu y proponerle la oración. Difícilmente él negará, y aunque lo niegue, debemos hacerla, mismo porque, no debemos **pedirle permiso** para orar, y **sí comunicarle** que vamos a hacerlo. Basta decir, por ejemplo:

- ¿Vamos a orar?

O:

- Ahora voy a hacer una oración.

Como dije, difícilmente él se opondrá. Podrá, como máximo, dar un soplido desinteresado, o hacer un comentario condescendiente:

- Puede orar, si quiere...

Curioso, entretanto, que muy raramente ellos procuran perturbar la oración. Generalmente la oyen en silencio, si no respetuoso, por lo menos comedido. Algunos, no obstante, insisten en continuar hablando, mofando o ridiculizando. Uno de ellos procuró dramatizar mis palabras, intentando reproducir, en gestos, que acreditaba muy cómicos, las imágenes contenidas en el sentido de las palabras pronunciadas.

La oración debe ser dicha de preferencia de pie, al lado del compañero manifestado, con las manos extendidas hacia él, como para concentrar en él las vibraciones y las bendiciones que invocamos. Algunos informan después, o durante la oración, que se encuentran “protegidos”, “defendido” por “corazas” y “cascos” inviolables, en los cuales – esperan ellos – las energías suscitadas por la oración no podrían penetrar.

Dirija su oración a Dios, a Jesús o a María, pidiendo ayuda para el compañero que sufre. Si ya dispone de alguna información sobre él, hable específicamente de su problema, como un intermediario entre él y los poderes supremos que nos orientan y amparan. Ellos se olvidaron, a veces por siglos, y hasta milenios, de que esos canales de acceso están abiertos también a ellos. No tienen más voluntad, o interés, de dirigirse a Dios. O les falta coraje, por juzgarse más allá de toda recuperación, indignos e incapaces de proyectar el pensamiento a tan elevadas entidades.

En algunos casos, acostumbro a orar no sólo **por el** Espíritu manifestante, mas como si fuese **él mismo**, con las palabras y las emociones que él mismo escogiera para dirigirse al Padre o a Jesús, si estuviese en condiciones de hacerlo.

Cierta ocasión, muy crítica e importante, la oración fue elaborada como si partiera de nosotros dos: el esclarecido y el esclarecedor, pues estábamos envueltos muy profundamente en compromisos mutuos. Me dirigí a la dulce Madre de Jesús, poniendo delante de ella el problema de dos seres que habían errado gravemente, juzgando servirlo. Ambos habíamos sufrido, a lo largo de los siglos, por causa de aquellos engaños. Ya era más que tiempo de llegar a un entendimiento y colocar el punto y final en aquella penosa y aflictiva desarmonía, para que, juntos, como hermanos que éramos, consiguiésemos retomar ambos nuestra caminata, sin los rencores que nos prendían a un pasado lamentable. Fue Ella la abogada de nuestra causa y nos ayudó a encontrar los caminos de la paz.

Él escuchó la oración, en silencio, y acabó diciendo:

Son increíbles la fuerza y el impacto de una oración límpida, pura, sincera, amparada en la emoción y el afecto. El efecto es “milagroso”, sorprendente, aunque no siempre instantáneo. Son muchos los sufrientes que se enquistaron de tal manera detrás de sus defensas y de sus corazas, que precisan de algún tiempo para dejarse alcanzar, al punto de realizarse en ellos el milagro siempre renovado del amor. Estos aún se ríen, por algún tiempo, de la oración – una risa nerviosa, sin convicción. Tienen miedo, pobres hermanos. Miedo de la emoción que los lleva a la crisis, y de la crisis que los lleva al dolor que les espera a lo largo del extenso camino de vuelta...

Entre continuar en un dolor que ya conocen, y que se encuentra anestesiado, y entregarse a otro que desconocen, prefieren quedar como están. La oración contribuye mucho para vencer estas últimas inhibiciones y vacilaciones. Ella los lleva a algunos instantes de pausa, en el curso de sus pensamientos habituales. Representa una experiencia de la cual se deshabituaron, o con la cual no se hallaron familiarizados.

Algunos de ellos, cuando les pedimos orar con nosotros, se niegan, mas no intentan impedirnoslo. Otros, cuando proponemos que ellos oren también, se disculpan desajustadamente, diciendo que “allí no hay condiciones”. Esto es especialmente invocado por los compañeros que fueron prelados. Como se juzgan alienados de la dulce intimidad del Cristo, por ejemplo, no se sienten con coraje a “hablar” con Él a través de la oración. Se disculpan, entonces, con la impropiedad del ambiente, la falta de los paramentos y de los libros adecuados. No son pocos los que continúan, en el atormentado mundo espiritual en que viven, celebrando sus misas, oficiando los ritos y los sacramentos a que estuvieron habituados en la vida terrena; mas, en el fondo, saben que aquello es extraño a la simplicidad y a la autenticidad del Cristo y de su Evangelio. Por eso, cuando son invitados a orar de verdad, se sienten atónitos y temerosos, aunque reaccionando, exteriormente, como si no diesen ninguna importancia a cualquier acto de contrición, o como si solamente pudiesen ejercerlo con los equipos a que se habituaron. No podemos olvidarnos de que son muchos los que practicaron, la vida entera, o vida tras vida, un culto formal y frío, aparatoso y vacío, en el cual el corazón y la fe no tomaron parte. Para esos pobres compañeros desajustados, hasta la oración, manifestación más pura del diálogo entre el hombre y Dios, se transformó en mero instrumento de poder, agotándose de todo su elevado y noble contenido. Con esa oración envilecida y despoblada de emoción, pidieron favores insólitos a Dios, o pronunciaron juicios sobre el prójimo. No es de admirar, pues, que al cabo de tantos

desengaños, pasen a no creer en ella, o continúen entendiendo que la oración es para eso mismo, o sea, para exigir favores de una divinidad servil, ciega e injusta, que nos concede aquello que no merecemos, o no concede lo que juzgamos merecer.

La reacción, pues, difiere de un caso para otro, mas puede ser agrupada dentro de clasificaciones más o menos didácticas, como más arriba hemos dicho. Hay, pues, los que se conmueven; los que escuchan en respetuoso silencio, mas aún precisan de tiempo; los que la ridiculizan, porque temen sus efectos; los que se niegan a decirla, por juzgarse indignos, o no necesitados; y los que se hallan de tal manera alienados, que oran hasta con cierta vehemencia, convencidos de que Dios, o el Cristo, vendrá inmediatamente en su socorro, para librarlos de la situación en que se encuentran, delante de un esclarecedor impertinente.

Uno de ellos tomó la iniciativa de pedirme para orar. Le dije que no me cabía autorizar un acto de esos, por faltarme autoridad para hacerlo. Él aún comentó mi actitud, algo sorprendido, y se preparó para orar. Se recogió en una postura correcta, juntando las manos frente a los ojos cerrados del médium, aguardó algunos momentos de silencio respetuoso y se puso a orar a Jesús, con mucha vehemencia. Hablaba en nombre del “equipo humilde” del Cristo, y nada pedía para ellos mismos, porque el Cristo sabía de sus necesidades y aspiraciones; mas pedía para nosotros, los componentes del grupo, que estábamos muy necesitados de socorro y orientación. Su oración era un tanto oratoria y, de hecho, después nos dio una demostración de sus recursos de predicador, hablando con entusiasmo y brillo, a una platea invisible para nosotros.

Es posible que él fuese sincero en su llamamiento, porque el fanatismo es, a veces, de intensa y desastrosa sinceridad; mas, en su caso, continué con la impresión de que aquél era apenas uno de los innumerables mecanismos usados para la fuga. En la profunda intimidad de su ser, él debería realmente acreditar que era un excelente trabajador del Cristo, a quién oraba con todo el fervor. Mientras, estaba al abrigo de sus propias contradicciones íntimas, de sus responsabilidades mayores, y continuaba a engañar delante de la difícil decisión de abandonar el poder y la gloria, descender del pedestal de gran Maestro, o líder, para volver a herir los pies descalzos, por los caminos espinosos de la recuperación, de corazón sangrando, atormentado por el remordimiento.

Siendo, pues, la fe, “la garantía de lo que se espera y la prueba de las realidades invisibles”, la oración es la invitación para que la

esperanza se realice en nosotros. La oración es el instrumento del amor grande y puro de que nos habló el Cristo; es por ella que la caridad nos hace agentes de la Divinidad.

Es por ella que conseguimos alzar nuestro Espíritu, aprisionado aún en el error, a las culminaciones de la esperanza. Pablo presentó juntos la fe, la esperanza y el amor. La oración nos une porque, apoyada en la fe, contempla la esperanza y nos ayuda en la donación del amor.

EL PASE

La técnica del pase magnético, en las sesiones de desobsesión, merece algunas observaciones específicas.

Tan difundida está hoy, por lo menos en Brasil, la idea del pase, que hasta los diccionarios comunes contienen definiciones aceptables de él, como, por ejemplo, el de Caldas Aulete y el de la Academia Brasileña de Letras, organizado por el Profesor Antenor Nascentes, que dicen básicamente la misma cosa:

- **Pases**, pl. acto que se hace con las manos por delante de los ojos de la persona que se pretende magnetizar, o sobre la parte doliente de la persona que se pretende curar por fuerza mediúmnica.

Es cierto que la definición no cubrió todo el campo de acción del pase, mas, ¿que más se podría exigir de un diccionario no especializado en fenomenología espírita?

André Luiz, informando sobre el pase, desde el punto de vista de la medicina humana, declara, en “Evolución en Dos Mundos”, capítulo 15:

- “Por el pase magnético, entretanto, notoriamente aquél que se fundamenta en el divino manantial de la oración, la voluntad fortalecida en el bien puede levantar la voluntad enflaquecida de otro, para que esa voluntad, nuevamente ajustada a la confianza, magnetice naturalmente los millones de agentes microscópicos a su servicio, a fin de que el Estado Orgánico, en esa o en aquella contingencia, se recomponga para el equilibrio indispensable.”

Poco antes él dice que:

- “Toda caída moral, en los seres responsables, opera cierta lesión en el hemisferio psicosomático, o periespíritu, a reflejarse en desarmonía en el hemisferio somático, o vehículo carnal, provocando determinada causa de sufrimiento”.

Retomando el tema, en “Mecanismos de la Mediumnidad”, observa también, ese mismo autor espiritual, que el pase, “es siempre valioso en el tratamiento debido a los enfermos de toda clase, desde las criaturas tiernas a los pacientes en posición propecta en la experiencia física, reconociéndose, entretanto, ser menos rico de resultados inmediatos en los dolientes adultos que se muestran sometidos a la inconsciencia temporaria, por desajustes complicados del cerebro. Esclarecemos, no obstante, que, en toda situación y en cualquier

tiempo, cabe al médium pasista buscar en la oración el hilo de ligación con los planos más elevados de la vida, por cuanto, a través de la oración, contará con la presencia sutil de los instructores que atienden a los misterios de la Providencia Divina, a utilizarle los recursos para la extensión incesante del Eterno Bien”.

Observamos que los textos aquí reproducidos se refieren específicamente al pase curador, aplicado en seres encarnados. Como sabemos, con todo, el pase es utilizado también para magnetizar, provocando, en ese caso, el desdoblamiento del periespíritu, y hasta el acceso a la memoria integral y consecuente conocimiento de vidas anteriores, según experiencias de Albert de Rochas, reiteradas posteriormente por varios pesquisadores.

La literatura sobre el pase magnético es vasta, mismo fuera del ámbito estrictamente doctrinario del Espiritismo, a la vez que el magnetismo fue ampliamente cultivado en Europa, en el siglo pasado, principalmente en Francia.

Pocos estudios existen, por lo que sabemos, sobre el pase aplicado a los seres desencarnados, no apenas para fines curativos de disfunciones periespirituales, como para provocar la regresión de memoria. Parece, entretanto, lógico inferir que el mecanismo es idéntico al pase aplicado en seres encarnados. Las enseñanzas de André Luiz nos permiten concluir así, cuando informan que el pase magnético, apoyado en la oración, constituye poderoso factor de REAJUSTAMIENTO para los desencarnados cuyos periespíritus se hallan lesionados en el transcurrir de caídas morales.

El periespíritu, como vehículo de la sensibilidad e intermediario entre el Espíritu y el ambiente en que vive está presente, tanto en el encarnado como en el desencarnado. Su estructura, aunque más sutil en otro campo vibratorio, es similar al del cuerpo físico, pues es él el modelador de nuestra organización material. De esa forma, el Espíritu desencarnado, incorporado al médium, se torna fácilmente accesible al pase magnético y, por tanto, abierto a los beneficios que el pase proporciona.

En la práctica de la desobsesión, he tenido oportunidad de observar las posibilidades y recursos del pase sobre compañeros desencarnados y creo poder contribuir con algunas observaciones, aunque preliminares, mas bastante estimuladoras.

Sin duda alguna, el pase es recurso válido en las labores mediúnicas, mas debe ser empleado con ciertas cautelas y con moderación. En ese campo, definiciones precisas y definitivas no existen aún, por el simple hecho de que el ser humano, más allá de ser

una organización consciente extremadamente compleja, es imprevisible. El pase, como todos los demás recursos con que procuramos socorrer a nuestros hermanos desencarnados en crisis, precisa ser suministrado en el momento seguro, con la técnica adecuada y en la extensión necesaria. Mas, ¿cuál es el momento, cuál la técnica y cuál la extensión, para cada caso? No podemos aún – y creo que no podremos hacerlo tan pronto – escribir normas rígidas para la tecnología del pase sobre los desencarnados.

Entretanto, los amigos espirituales que tan generosamente se colocaron a nuestro lado, para orientar y apoyar nuestro trabajo de esclarecimiento, nos han traído siempre el estímulo de sus enseñanzas, y creo que algunas observaciones ya están más maduras y en condiciones de más profundos estudios y desenvolvimiento. Nunca está de más recordar que, en este campo de trabajo, el conocimiento real emerge de la experimentación, de uno que otro engaño, de defectos y de éxitos, mas que, en hipótesis alguna, deberemos encaminar imprudentemente por las trillas de la fantasía, desligados de los conceptos fundamentales de la Doctrina Espírita, tal como fue codificada por Kardec y suplementada por sus continuadores. La teoría solamente es válida cuando es amparada en la experiencia, mas no debemos olvidar que la recíproca también es legítima, o sea, la experimentación debe balizarse dentro de aquellos conceptos fundamentales que la Doctrina y la lógica ya confirmaron. No sé si me hago entender. Tal vez un ejemplo ayude a esclarecer lo que tengo en mente al escribir esto.

Las facultades psíquicas, como sabemos, son en sí mismas, neutras. Tanto pueden ser empleadas en las tareas del bien, como en las otras. Pueden también ser desenvueltas y entrenadas por métodos limpios, altamente éticos, con seriedad y respeto, o por medio de procesos envilecidos, hediondos y totalmente desprovistos de cualquier compromiso con la moral. Los rituales de la magia negra también revelan y desenvuelven facultades psíquicas, mas por procesos abyectos que, en virtud de permanecer en secreto, poca gente tiene noción del nivel de degradación a que pueden llevar. Es fácil imaginar qué tipo de mediumnidad y qué pactos siniestros emergerán de esos métodos siniestros, y qué tenebrosos compromisos acarrearán para el Espíritu.

En contraposición a tales procesos, la identificación de la mediumnidad en potencial y su desenvolvimiento, en términos de Doctrina Espírita, deben resultar de cuidadoso planeamiento, estudio metódico y práctica bien orientada, mismo porque, cualquier trabajo

mal orientado, en esta fase, puede crear vicios de difícil erradicación posterior.

Creo que principios generales semejantes a esos se aplican también al estudio del pase, en las sesiones de desobsesión. Él es realmente el recurso válido y potente, en el trato de nuestros hermanos desencarnados; su técnica, no obstante, precisa ser desenvuelta con mucha prudencia y seriedad.

La primera norma que podríamos recordar es la de que no debe ser aplicado en cualquier momento, indiscriminadamente, y por cualquier motivo. El pase provoca reacciones variadas en el ser humano, encarnado o desencarnado. Él puede serenar o excitar, condensar o dispersar fluidos, causar bienestar o incomodidad, curar o traer más dolor, provocar crisis psíquicas y orgánicas, o hacerlas cesar, subyugar o liberar, transmitir vibraciones de amor o de odio, en fin, construir o destruir.

Precisamos estar siempre protegidos por la oración y por las buenas intenciones, siempre que nos levantamos para dar pases a un hermano desencarnado incorporado. Mas, ¿para qué dar pases?

En varios casos él puede ser aplicado, mas es preciso usarlo con moderación, para que, al intentar calmar a un Espíritu agitado, no lo llevemos a un estado de somnolencia que dificulte la comunicación con él, justamente de lo que más precisamos. Si tenemos necesidad de dialogar, para ayudarlo, ¿cómo vamos a entorpecerlo al punto de llevarlo al sueño magnético? A veces, entretanto, eso es necesario. Ya debatimos por algún tiempo su problema; lo que tenía que ser dicho, por lo menos entonces, fue dicho, y él continúa agitado. En este caso el pase puede ayudarlo a serenarse. Otras veces, es necesario mismo adormecerlo, a fin de que, al ser retirado por los mentores, sea recogido en instituciones de reposo, para tratamiento más adecuado, o traído en la sesión siguiente, en mejores condiciones de acceso.

El pase ayuda también a desintegrar ciertos equipos que acostumbran a traer, como “cascos”, “corazas”, “objetos” imantados, armas, símbolos, vestimentas especiales. Para esto serán pases de dispersión.

Con el pase, podemos más fácilmente alcanzarles el Centro de la emoción, transmitiéndoles directamente al corazón las vibraciones de nuestro afecto, que parecen resbalar como una descarga eléctrica, a lo largo de los brazos.

El pase cura dolores que se juzgan totalmente “físicos”, pues se localizan muy realísticamente en puntos especiales de sus periespíritus. Con pases – y en este caso precisamos también de un médium que

tenga condiciones de exteriorizar ectoplasma – podremos reconstituirles lesiones más serias o deformaciones periespirituales.

Con el pase los adormecemos, para provocar fenómenos de regresión de memoria o proyecciones mentales, con las cuales los mentores del grupo componen los “cuadros fluídicos”, tan necesarios, a veces, al despertar del Espíritu en estado de alienación.

Con el pase podemos también ayudarlos a liberarse de la inducción hipnótica ajena, o de la propia, esto es, de la auto-hipnosis.

De todos esos aspectos hemos tenido experiencias altamente instructivas y algunas de intensa dramaticidad. Ya relaté algunas a lo largo de estas páginas. Veremos otros ejemplos.

Son más frecuentes las oportunidades en que es preciso adormecer al Espíritu, especialmente al final de la conversación, de modo a ser conducidos por los trabajadores desencarnados.

Es también común el trabajo de “deshacer” vestimentas especiales, dentro de las cuales se juzgan protegidos de nuestros fluidos. Cierta Espiritu, además de casco y coraza, se unía por un hilo, según nos explicó, a su grupo. Cincuenta compañeros suyos habían quedado reunidos, en rigurosa concentración, para sustentarlo en su “peligrosa” misión junto a nosotros. El pase puede “deshacer” los hilos que unen Espíritus a sus reductos. Esta vez, con todo, las ligaciones fueron mantenidas y, en el debido momento, los mentores del grupo se valieron de aquellos conductos para llevar al grupo de ellos una vigorosísima carga fluídica, que los dispersó completamente.

En una de esas ocasiones, el hilo también fue preservado, para que, a través de él, se “retransmitiese”, a los compañeros del Espíritu manifestado, las palabras que él oía del esclarecedor.

Con más frecuencia de lo que sería de suponerse, somos instruidos a provocar la desintegración de objetos y pertrechos, como en el caso de aquél que nos trajo, para fines muy bien definidos, un invisible plato de sangre, que depositó sobre la mesa.

Son también constantes los fenómenos de regresión de memoria, casi siempre reportándose a vidas anteriores, en las cuales se esconden núcleos de problemas afectivos. El pase ayuda a los Espíritus, a despecho de ellos mismos, en esos sumergimientos providenciales en el pasado, mas no siempre necesariamente en vidas anteriores. Me recuerdo, a propósito, de un doloroso y conmovedor caso. El Espíritu era agresivo, violento y de difícilísimo abordaje. Su problema central es la madre. Le tiene odio mortal. Al parecer, se destacó en la vida, mas nunca pudo olvidarse de sus orígenes y perdonar a la progenitora por haber sido una pobre e infeliz pecadora de los muelles. Cuando ve

delante de sí el Espíritu de su madre, con los brazos extendidos, le grita improperios terribles, le manda que vuelva a los muelles, amenaza golpearla y humillarla de todas las maneras. Creo que él no conoció al padre y, según dice, sufre humillaciones en la escuela, por causa de su vida miserable, en una época de preconceptos muy severos. Ayudados por nuestros pases, los amigos espirituales hacen con él una regresión de memoria, hasta la infancia, cuando, muy pequeño, aún aceptaba a la madre, porque dependía de ella y la consciencia de su drama interior estaba adormecida. Él se fue adormeciendo, y, con la voz calmada, comenzó a llamar a la madre, hasta que adormeció sobre la mesa y fue retirado.

En la semana siguiente, volvió nuevamente con todo el ímpetu, ahora agravado por los “ardiles” que utilizamos contra él, en la sesión anterior. Aunque muy difícil, está en condiciones de oír mejor lo que le digo. Comienzo a pedirle que procure comprender a la madre. Él sabe que el Espíritu es inmortal y que vivimos muchas vidas. ¿Por qué razón él había, por ejemplo, escogido aquella madre, y no otra? Es porque ya estaba ligado a ella anteriormente. Además, ¿él sabía de las obsesiones de que ella fuera víctima? Fue esto, precisamente, lo que rompió el dique de sus emociones reprimidas: él mismo era su obsesor, por cuanto ella se encontraba en la carne y él permanecía en el mundo espiritual. Su reencarnación a través de ella fue un recurso de la ley divina del reajuste, necesario a ambos. En un “flash” doloroso, él comprendió todo su drama terrible y entró en una tremenda crisis de remordimiento. Al cabo de una larga conversación – y ahora es el momento en que el esclarecedor precisa de mayor sensibilidad aún – él es nuevamente adormecido y llevado.

En suma: el pase tiene importante lugar en el trabajo mediúmnico, mas precisa ser utilizado con prudencia y bajo cuidadosa orientación de los trabajadores desencarnados. No debe ser empleado para aturdir al manifestante, exactamente cuando precisamos de su lucidez para argumentar con él sobre su problema; mas, a veces, precisa ser aplicado exactamente para serenarlo y prepararlo para otra ocasión, en que se presentará más receptivo. Tengo perfecta consciencia de las dificultades que el problema ofrece y del embarazo en que me encuentro para ser más específico en formular observaciones concretas y de normas de acción más definidas. En asuntos de esa naturaleza, es mejor confesar la escasez de conocimientos que arriesgarse a dictar reglas que no están nítidamente definidas por la experiencia. Si puedo sugerir alguna cosa, es que ejerciten con parsimonia el recurso del pase en Espíritus desencarnados y observen atentamente sus efectos y

posibilidades. Un día sabremos más acerca de ese precioso instrumento de trabajo, en el campo mediúmnico.

RECUERDOS DEL PASADO

Somos nuestro propio pasado. Duermen sepultadas en los tenebrosos poros del inconsciente las razones de nuestras angustias de hoy, tanto cuanto están en nosotros las conquistas positivas, que luchan por consolidarse en la complejidad de nuestra psicología, intentado suplantar los llamamientos negativos que insisten en hacernos infelices. Estamos a camino de la redención cuando damos apoyo consciente a las tendencias del bien en nosotros, cuando estimulamos, con nuestras lágrimas, y cultivamos, con amor y sufrimiento, las sementeras de la paz. Si, por el contrario, nos dejamos dominar por las sombras que traemos en el íntimo, nos paramos en el tiempo, en cuanto se profundizan en nosotros las raíces del desequilibrio, en el terreno fértil de las pasiones que juzgamos trágicamente indomables, cuando son, simplemente, indomadas. Es preciso saber que cabe a nosotros – y a nadie más – domarlas; mas, en cuanto nos detenemos en el error, todo nuestro esfuerzo es puesto en la tarea poco gloriosa de mantener sueltas las pasiones, y presos los recuerdos.

Son de incontestable importancia estas nociones, en el trabajo de desobsesión. Para el Espíritu atormentado en sus desequilibrios, el futuro no importa, el pasado no interesa y el presente es la única realidad que aceptan y manipulan libremente, según los impulsos del momento. Comprimidos en una estrecha faja del presente, que procuran vivir con toda la intensidad posible, entre un futuro que aún no existe y un pasado que procuran ignorar, se olvidan de que no podrán, jamás, huir a sus responsabilidades y compromisos.

Cuando les advertimos de esas incongruencias funestas, nos responden que no están preocupados con el futuro, dado que, al llegar el momento de sufrir por sus errores, sabrán hacerlo con dignidad y coraje. Esperan, naturalmente, ser tan valientes delante del dolor propio, cuanto lo son delante del ajeno. Trágico y doloroso engaño es ese; mas, ¿qué se puede hacer? Tenemos la impenitente propensión para reflejar como inválida la experiencia ajena. Cuanto más arrogante y belicoso es el compañero desarbolado, mayor es el dolor que experimenta al despertar para las realidades que procuró ignorar por tanto tiempo. El dolor de los grandes criminales es terrible, conmovedor, trágico, desesperado, en esos momentos dramáticos en

que el Espíritu se halla completamente aturdido ante la enormidad de sus errores.

Para abrir delante de él una ventana sobre sí mismo, la llave más importante de que dispone el esclarecedor consiste en llevarlo a contemplar su propio pasado, fuertemente protegido por los mecanismos del olvido deliberado.

Tal vez por eso escribió Sholem Asch, en la abertura de “El Nazareno”:

“No el poder de recordar, y sí el poder de olvidar, constituye una de las condiciones necesarias a nuestra existencia.”

El escritor judaico no positivó en el libro su creencia en la reencarnación, aunque sea la temática de que se utilizó para elaborar su historia, mas no se puede negar su intuición de la verdad. Es precisamente por eso que la sabiduría divina determinó que se apagase en nosotros, al tomar nuevo estado en la carne, el recuerdo de las existencias anteriores ¿Qué sería de nosotros, si fuésemos obligados a vivir bajo la confusión de las pungentes recordaciones de antiguos y horrorosos errores?

Es preciso, entretanto, distinguir bien una cosa de la otra. El olvido proporcionado al Espíritu, en la fase de la recordación, es una bendición, una concesión, para que él intente la reconstrucción de sí mismo, como si estuviese momentáneamente desligado de sus culpas, aunque aún responsable de ellas. Con la finalidad de concederle todas las oportunidades, y colocar a su disposición los mejores instrumentos, el olvido del pasado constituye dádiva preciosa, que no siempre él sabe valorar. Retornando, no obstante, a su condición de Espíritu desencarnado, le puede ser facultado el acceso a la memoria integral, para que haga un inventario general de su acervo espiritual – las aflicciones que remanecen y las conquistas que ya consiguió realizar.

Ese momento es crítico, en la trayectoria evolutiva del Espíritu. Nuevamente él se ve en una de las innumerables encrucijadas de la vida: por un lado, podrá proseguir en el áspero camino de la redención; conseguir ablandar algunas aristas más contundentes de su carácter y desenvolver una pocas virtudes embrionarias. Es seguir al frente, en una nueva aventura en la carne, después de una pausa, para rehacerse, en el mundo espiritual. Es cierto que, por ahí, difícilmente él irá a la gloria inmediata, aunque efímera, o al poder, que tal vez aún lo fascine; es más cierto que continúe el recorrido del dolor, de la renuncia, de los desengaños, porque la redención aún está lejos, para aquél que mucho erró.

Por otro lado, está el camino aparentemente más fácil y ciertamente más apetecible del adelantamiento. Quedan para después las conquistas sobre nosotros mismos. Vamos primero a “gozar” la vida, a dominar al semejante, a acaparar el poder, a acumular riquezas materiales, a vivir, en fin, intensamente, irresponsablemente, alegremente. Después, veremos cómo aceptar esas cuentas con lo que, por largos siglos o milenios, insistimos en llamar de destino. Es aquél que opta por este camino, que también decide por el olvido. Sus angustias son muchas, sus remordimientos extremadamente penosos, y nadie puede gozar la vida con ese lastre de aflicciones. Lo mejor, así, es olvidarlas, sepultarlas, ignorarlas, como si el pasado no existiese más en nosotros, y el futuro nunca fuese a existir.

Dentro de esa lógica atormentada, se encierra el Espíritu endeudado en un círculo de fuego, de su propia creación. Sólo podrá salir quemándose; en cuanto a permanecer allí, está obligado por sí mismo. Para protegerse del calor que hace a su vuelta, congela el corazón, pues, más allá de eso, el frío anestesia la sensibilidad y lo inmuniza del dolor ajeno.

Está pronto el obsesor para su tarea. Sólo queda, ahora, salir en campo, buscar sus compañeros, perseguir a sus enemigos y construir un nicho para sí mismo, en el mundo espiritual, ligándose a tenebrosas organizaciones, dentro de las cuales los miembros se protegen mutuamente, en cuanto mutuamente se sirvieron. Dentro de poco tiempo – ¿y qué es el tiempo, en tales condiciones? – el pasado, que fue ajustado para los subterráneos de la memoria periespiritual, pasa a la condición de no existente. Es como si la vida comenzase nuevamente, desde el punto en que la inocencia la dejó, hace milenios sin cuenta. El Espíritu, así envuelto, acaba por creerse una criatura sin pasado, aunque, adscrito a la incoherencia de los alienados, se utiliza, en provecho propio, de todo el acervo de experiencias y conocimientos que trae en sí, de aquél mismo pasado que reniega.

Si es verdad, pues, que tenemos que descubrir una fórmula para llevarlo a recordar, es igualmente verdadero que se torna extremadamente difícil hacerlo, porque es justamente de eso de lo que él huye. ¡Cuántas veces les hemos advertido del “peligro” que representa, para ellos, caer en la faja de la recordación! ¡Cómo reaccionan, como luchan, cómo temen a los fantasmas interiores, que les parecían desintegrados para siempre en la polvareda del tiempo!...

Varios recursos son empleados, por los Mentores Espirituales de los grupos de desobsesión, para obtener de los compañeros desorientados el sumergimiento necesario en los recuerdos insistentes.

Uno de los más comunes es el de la proyección de los llamados “cuadros fluídicos”. El Espíritu ve, delante de sí, incoerciblemente, escenas vivas de su pasado, especialmente aquellas que constituyen el núcleo de su problemática, que precisa ser dispersado, para desatar los lazos que lo prenden a sus angustias y a su alejamiento. Es evidente que las escenas no son creadas con la sustancia evanescente de la fantasía; la materia prima, indispensable a esos montajes, se encuentra en los archivos periespirituales del ser allí presente. Los técnicos desencarnados se limitan a manipular, con respeto y dignidad, los recursos necesarios para desencadenar el proceso terapéutico, como el médico que suministra el remedio amargo, justificado por la expectativa de la cura de su paciente.

No tenemos, aún, los encarnados, condiciones y conocimientos para aprender la esencia de las técnicas empleadas para la obtención de las proyecciones. André Luiz nos deja entrever tales procesos, en “Misioneros de la Luz”, cuando narra el trabajo de esclarecimiento junto a un ex-sacerdote desencarnado:

“... varios ayudantes de servicio – escribe él, en el capítulo 17 – recogían las fuerzas mentales emitidas por los hermanos presentes, inclusive las que fluían abundantemente del organismo mediúmnico, lo que, además no fue novedad, me sorprendió por las características diferentes con que el trabajo era llevado a efecto.”

- “Ese material – explicó el instructor – representa vigorosos recursos plásticos, para que los benefactores de nuestra esfera se hagan visibles a los hermanos perturbados y afligidos, o para que **materialicen provisionalmente ciertas imágenes o cuadros, indispensables al reavivamiento de la emotividad y de la confianza en las almas infelices.**” (Destaques de esta transcripción.)

El instructor prosigue, explicando que, con esas formas de energía, recogida de los encarnados presentes, pueden los benefactores espirituales prestar ciertos servicios importantes a aquellos que se encuentran aún presos al padrón vibratorio de la carne, no obstante ya se hallaran desligados de ella, a veces, hace mucho tiempo.

Ante el impacto de esas imágenes, que parecen surgir límpidas, vivas y dramáticas, de un pasado que juzgaban muerto, los hermanos desarbolados parecen saltar el círculo de fuego que los envuelve, y, como si del lado de fuera de sí mismos, tienen una pausa para reexámen de sus posiciones desesperadas. Al final de cuentas, ¿qué están haciendo? ¿Qué locura es aquella en que nos sumergimos? ¿De donde viene todo eso, en el pasado, y hasta dónde irá, en el futuro?

Uno de esos compañeros atormentados, antisemita irreductible, vio los cuadros del éxodo en el antiguo Egipto, donde fue uno de los miembros sacrificados de la corte del faraón. Retrocediendo más, no obstante, fue a encontrar raíces mucho más profundas, del drama, en la antigua Babilonia, donde, en posición diferente, enfrentara el difícil problema de la larguísima saga del pueblo hebreo. Por primera vez, en mucho tiempo, me preguntó, algo perplejo:

- ¿Será que eso no tiene fin?

Sentí que la pregunta era más dirigida a él mismo que a mí, mas, le dije que sí, podemos poner un punto final en esos círculos viciosos, que buscan eternizarse dentro de nosotros, por un esfuerzo de nuestra voluntad, que sólo es posible después de comprender la inutilidad del odio y la fuerza invencible del amor.

A veces, el Espíritu se halla tan profundamente condicionado al clima vibratorio más grosero, que se torna necesario a los benefactores utilizar ectoplasma, producido por médiums de efectos físicos, no apenas para adensar las formas periespirituales de compañeros desencarnados, que deben tornarse visibles, como verificamos en el texto de André Luiz, más arriba transcrito, como para los propios “cuadros”. En un caso particularmente difícil que tuvimos, uno de los médiums comenzó a expeler ectoplasma, mientras yo dialogaba con el Espíritu incorporado. A cierta altura, el ectoplasma formó, para su visión, las letras de un nombre de mujer, antiguo amor, cuyo recuerdo él procuraba sepultar en los poros de la memoria.

En otro caso, de vigorosa dramaticidad, el Espíritu vio sobre la mesa, un grueso libro, encuadernado en portada de madera, sobre la cual está su nombre, escrito en bellos caracteres de bronce. Era la historia de su propia vida. Él sabía que precisaba abrirlo, mas no se sentía animado. Era, evidentemente, un recurso, para llevarlo al reexámen de sus actos, en el pasado, en fin. Después de mucha resistencia, hizo el gesto de abrir la portada. ¡La primera página estaba en blanco! Hizo una pausa y abrió una más: también en blanco... Todo el libro estaba en blanco... La lección era por demás obvia: nada construyera en aquella existencia tumultuosa, durante la cual dominara pueblos, al poder de la espada impiadosa.

Las escenas son mostradas en todo su realismo: el movimiento, el sonido, los colores, como si un “vídeo tape” las reprodujese, con toda su intensidad y emotividad. Con mucha frecuencia, los Espíritus insisten en contemplarlas, y procuran huir de las visiones que, no obstante, se tornan irrecusables, y se imponen, a despecho de ellos mismos.

A la vista de uno de ellos era una hoja de papel y una sentencia. Cabía firmar el documento, que él sabía era una sentencia de muerte. Lo hiciera, ciertamente, en el pasado, y ahora revivía el momento dramático, con una diferencia: alguien le contemplaba, a corta distancia, fijando en él un par de ojos tranquilos, llenos de amor fraterno, probablemente los de su víctima. Su desespero es atroz. Pide que le quiten de delante el papel y la sentencia. Que le corten la mano con la que firmó la pena y que quede ciego, para no contemplar más aquellos ojos... Dice que mató a una santa, e informa: “unos son canonizados y otros quemados”.

* * *

Muy frecuente es la presencia de antiguos y olvidados amores: madres, esposas, hijos, o amigos muy llegados al corazón. Si fuese realizada una investigación estadística sobre tales manifestaciones, estoy seguro de que las madres ocuparían el primer lugar, destacadamente. La pureza del amor materno permanece inalterable, a lo largo de los siglos y de las vicisitudes, afronta las ingratitudes, soporta las humillaciones, vence el odio, vence todo.

¿Se recuerdan de las escenas finales de “Liberación”? Es la madre que va a buscar al hijo amado, en las profundidades de sus tenebrosos dominios. Ella alcanzara, ya hacía mucho, las regiones de la felicidad; mas, ¿y el dolor de tener a su amado preso aún a las pasiones del mundo? Va a su encuentro, en un descenso sacrificial a las difíciles regiones en que él vive y sobre las cuales reina, inconcuso.

- “Soy Matilde – dice ella – alma de tu alma que, un día, te adoptó por hijo querido y a quién amaste como dedicada madre espiritual.”

¡Cuántas veces hemos asistido a reencuentros emocionados, que nos llenan de lágrimas los ojos!

Me acuerdo de uno de ellos, en particular. Hacía tiempo que el Espíritu venía asediándonos, semana tras semana. Se manifestó, primero aparentemente calmo y tranquilo. Dice que pasaba por allí y decidió hacernos una visita. Nada quería de especial: iría apenas a observarnos y, si fuese el caso, tomar sus “providencias”. Dejó en el aire su amenaza y partió. Mal sospechaba yo de la demorada aventura que allí comenzaba... por algunas semanas, nos observó. Hablaba poco en sus manifestaciones. Reveló, apenas, que ya tenía bajo su control algunos de aquellos que disponían de mayor cantidad de “masa cenicienta”, mas comenzaba a dejar transparentarse, también, cierta

preocupación, porque algún delator, a su parecer, nos había contado sus propósitos y objetivos. En la vez siguiente sus preocupaciones eran más amplias, porque descubrió que, a través de procesos de regresión de memoria, de nuestro conocimiento, estábamos penetrando ciertos núcleos. En esa misma noche, tiene la primera visión de algo que lo perturbaba mucho. Adormece y parte. En la semana siguiente no consigue mantenerse calmo, como en las veces anteriores. Está indignado, furioso. Dice que todo cayó en torno de él. Tenía el poder de un semidiós, y ¡**fuimos a intrigar a su familia!**” Da puñetazos en la mesa, dominado por el odio y atormentado por la humillación. ¡Si pudiese, me agarraría, para mandar quemarme vivo! Acaba en llanto, de rebeldía y de impotencia.

Enseguida, por otro médium, se manifiesta un Espíritu femenino y cuenta su dolorosa historia. Fue madre de aquél que acababa de retirarse. Fue, por cierto, su presencia allí, junto a él, que lo perturbó hacía dos semanas.

- Él es bueno – dice ella -, mas muy vanidoso.

Aún ve en él al hijo querido de cuatro siglos atrás. Ella misma aún no está bien. Sufre mucho y fue traída solamente para encontrarse con él. En el pasado, cuando encarnados, también tuvo un encuentro dramático con él. Él la abandonara a su propia suerte y ella se encaminara por la degradación más abyecta. Cuando ya se encontraba en el arroyo, lo buscó y fue repelida. Él se había tornado muy importante en la jerarquía eclesiástica.

Los siglos pasaron, y todo cuanto ella esperaba, ahora, era merecer nuevamente la oportunidad de ser madre, madre digna. Le digo que las madres son seres humanos y, por eso, también yerran. Le ofrezco nuestra ayuda, que ella agradece, diciendo que tiene que volver para donde está, en el momento.

Con este caso, se desencadenó extenso proceso, que se desdobló en aspectos inesperados y de profundas implicaciones. Nunca pudimos, entretanto, olvidar la ayuda de aquella madre humilde, y aún sumergida en los dolores del rescate, que nos ayudó, con su presencia amiga, a despertar el valeroso Espíritu que adormecía en sus pasiones, envuelto por el amor al poder.

En caso semejante a ese, el Espíritu consigue divisar la figura de su madre, arrodillada delante de él, para pedirle perdón. Él se opone y resiste, porque es este, precisamente, el centro de su problemática: fue abandonado, por ella, **a la suerte**, y por eso él repite ahora, a sí mismo, que no tiene madre. Oramos, le dimos pases, y, por fin, él ya no se resiste:

- ¡Tengo madre! – dice él. - ¡No soy un desgraciado!

Otra vez, en un caso que ya me referí más atrás, el Espíritu tenía un problema personal conmigo. ¡Era cuestión antigua, de más de ocho siglos! En consecuencia de ese, y de otros desengaños, vagaba aún por las trillas de la rebeldía y del rencor. El problema era extremadamente difícil, porque se trataba de un caso en que el odio se concentraba directamente sobre uno de nosotros, precisamente en aquél que se incumbía de esclarecerlo. Él se mantenía irreductible, pues mi presencia obviamente reanimaba en él las antiguas pasiones y frustraciones, de las cuales no consiguiera desembarazarse. Fue en uno de esos puntos críticos del diálogo que otro médium me dice que un Espíritu presente deseaba decir alguna cosa directamente a él. Era su madre. Elevé mi pensamiento en oración y, con enorme respeto, oí el diálogo, entre la madre amorosa, que no olvidara y sufría con la ausencia del hijo, y el hijo que recusaba obstinadamente el amor, porque hallaba imposible poder vivir sin el odio y la venganza.

Ella le pide, con infinito cariño y humildad, que abandone aquella vida y venga junto a su corazón. Todos están juntos en familia; sólo él está ausente. No está convencido de que él la recuse. Desea oír de él mismo la negativa. Y él dice que no la quiere mismo, pues su caso allí es otro. Que ella no se meta; que continúe haciendo sus bordados. Ella le recuerda las viejas canciones y aquél tiempo en que él oraba en el cuarto, en silencio, junto a Dios. Después le dice que va a dejar al médium, por el cual le está hablando, para aproximarle junto a su corazón. Ora, conmovidamente, a la Madre Santísima, con palabras sencillas, exponiendo su problema y sus dolores.

Cuando conseguimos, al final, despertar al amado compañero, dirijo a ella un pensamiento de infinita ternura y gratitud, porque estoy seguro de que, sin su concurso, no lo habríamos alcanzado. Bien que ella podría también tener guardado cierto daño de mí, porque fui uno de los agentes de su angustia, mas no tuvo para mí una palabra de censura o de amargura.

En otro caso, también muy difícil, el Espíritu, autoritario y entusiasmado por sus ideas y por su rencor, recibió, delante de nosotros, la visita de un niño (¿habría sido su hijo o nieto?) que lo desarmó con su cariño, sus llamamientos, su ternura infantil, saltando sin ceremonia, a su cuello...

Basta un momento así, de ternura, de recuerdos, de amor, para que la luz penetre el corazón angustiado de esos queridos compañeros, perdidos en un dédalo de sentimientos confusos, cercados de sombras, dominados por la aflicción.

Otras veces, amigos y parientes se hallan presentes, mas no se revelan a la visión del Espíritu manifestado. Respetemos sus razones, que usualmente son válidas: no habría llegado aún la hora del reencuentro.

En una de esas oportunidades, el Espíritu viniera a dar una ayuda, en el caso de un compañero a quién estábamos tratando. En tiempos pasados, fuera uno de los principales instrumentos de los terribles desvaríos de aquél a quien deseaba, ahora, ayudar a liberar de sus angustias. Mismo así, aún traía resabios de ironía. Al manifestarse, hizo una salutación:

- ¡Divino! ¡Divino!

Y el médium se doblaba sobre la mesa, de brazos extendidos, haciendo reverencias. Sirviera a los emperadores romanos. Ellos aún se juzgaban dioses, decía. Estaba, con todo, bastante lúcido. Me informo de que, en ese ínterin de casi dos milenios, tuviera otras encarnaciones. Lamenta la pernicioso influencia que ejerciera sobre sus soberanos, acumulándoles pasiones envilecidas. Eran pobres criaturas desequilibradas, mas él, no; estaba perfectamente lúcido y consciente de lo que hacía, utilizando el poder de los Césares para promover sus intereses inconfesables. Por eso, estaba a un preso de ellos. En cuanto al Cristianismo, ya sabía, en aquél tiempo, que era la mejor doctrina, mas la rechazó deliberadamente, porque no le convenía. Le digo que precisa, ahora, encarar a su antiguo amo, no como aún poderoso, sino como a un Espíritu infeliz, desorientado y sufridor, que precisa de mucha ayuda y comprensión.

Promete ayudar y dice que lo que lo salvó fue la visión de un hombre clavado en la cruz, en la antigua Roma, y cuyo mirar no olvidará jamás, a través de los tiempos. Aquellos ojos le penetraban las más profundas e ignotas condiciones del ser.

Me dice una palabra de mucho afecto y anuncia que quedará allí, al lado, a mi derecha, invisible a su antiguo jefe, pues no era el momento aún de presentarse a su visión. Podría perturbarlo. Y me dice, con inolvidable toque de autenticidad, que “él” era un niño grande, fácil de conducir. Bastaba darle la impresión de que la decisión tomada fuese de él. Yo debería hacer eso; sólo que ahora, para el bien, mientras él lo hiciera para el mal. Antes de desligarse del médium, me dice, también, que sabía de los planes, ya establecidos, respecto a la próxima encarnación de su antiguo jefe, y que no sería nada fácil. Nos despedimos con una palabra de afecto muy sincero y amigo. Este Espíritu dejó en mí una sensación de fraternidad, comprensión y simpatía. Conocedor de sus propias aflicciones interiores, se

conservaba, entretanto, consciente y dispuesto a corregirse, sabiendo además que era muy largo el camino a recorrer, en vista de la profundidad a que descendiera.

Nunca sabemos, pues, qué métodos y recursos emplearán nuestros Mentores Espirituales, en su noble tarea de despertar a los compañeros que permanecen hipnotizados a sus angustias. A veces, se valen de la proyección fluidica. Los cuadros son presentados con todo su vigor y realismo, con escenarios, personajes, colores, sonidos, movimientos, emociones, mas formados con “material” sacado del subconsciente del Espíritu, animado por medio de recursos retirados, como explica André Luiz, de los presentes en torno de la mesa de trabajo. Esos cuadros exhiben figuras humanas, también, está claro, mas continúan siendo proyecciones.

Otras veces, no obstante, es necesaria la presencia real de los Espíritus ligados a los manifestantes, en recientes o antiguas encarnaciones. Ellos se presentan a sus ojos, conversan con ellos directamente, o a través de otro médium, o se tornan semimaterializados, para poder impresionar sus sentidos, más por la presencia de sus vibraciones personales, que por el mero llamamiento de la memoria. En los casos en que esa presencia se hace indispensable, los benefactores espirituales se incumben de localizar a los Espíritus ligados al hermano que precisa de ayuda, y de traerlos al ambiente del trabajo, aunque estén encarnados, quiera que se encuentren endeudados o redimidos delante de la ley. Ya vimos, aquí mismo, caso en que el Espíritu mantiene el diálogo con su antigua esposa – en ese momento aún encarnada – que él asesinara en la Edad Media, en un impulso de pasión y celo.

Es preciso, pues, mucho respeto con el trabajo de nuestros mentores invisibles, después, naturalmente, que ellos demostrasen sus conocimientos y su capacidad, así como la seguridad con que ejecutan sus tareas. Antes de que inspiren esa confianza en nosotros, sería arriesgado seguirlos confiadamente, pues hay Espíritus ardilosos, que se presentan revestidos de pieles de mansos corderos, para dominar mejor e imponer sus condiciones. Una vez, con todo, identificados como auténticos trabajadores del Cristo, dejaremos a su iniciativa la conducción de los trabajos. Esto no significa que debamos cruzar los brazos y dejarlos hacer todo; asistir a todo sin Espíritu crítico y sin la necesaria vigilancia, de que tanto nos hablan ellos. Ellos no pueden hacer todo por nosotros. Mismo el grupo más bien ajustado, integrado en un trabajo serio y fecundo, podrá ser sutilmente envuelto por los ardiles de las sombras, en aquello en que nuestros compromisos y

errores pasados nos sintonicen con los compañeros desarbolados, muchos de ellos nuestros antiguos compañeros.

Es claro que los trabajadores de la siembra del amor precisan de nuestra colaboración, de seres encarnados, pues, de lo contrario, lo harían todo sin nosotros. Ellos saben, entretanto, que hay siempre, en nosotros, un componente de incerteza, de fallo, de descuido, que puede echar todo a perder. Ellos nos asisten con desvelado cariño, amparándonos en las horas de incertidumbre, ayudándonos en los momentos de flaqueza y de desánimo, mas no pueden hacer, por nosotros, aquello que nos compete. Estemos, pues, muy atentos.

En cuanto a la tarea que les cabe, no obstante, estemos tranquilos: todo será hecho, desde el planeamiento cuidadoso hasta el último pormenor de la ejecución, con todas las opciones y alternativas previamente examinadas. Son ellos los que nos preparan el trabajo, dándonos el apoyo, la inspiración, los recursos y su presencia constante, segura, tranquila.

Es cierto, con todo, que no podrán garantizar el resultado, mismo en aquello que les cabe hacer. No están manipulando mecanismos cibernéticos, mas cuidando los seres humanos, dotados de libre albedrío, imprevisibles y, a veces, muy bien dotados intelectualmente, y que no se dejaron conducir por la mano, como criaturas tímidas e ingenuas. Ellos saben, por otro lado, que somos juzgados no por los resultados que alcanzamos, y sí por los esfuerzos que empleamos por alcanzarlos.

Procuremos respetarles el planeamiento y la ejecución, pues la visión que tienen de los problemas suscitados es incomparablemente más amplia que la nuestra, aunque no infalible, que infalible sólo es la visión divina. Naturalmente que, de cierta forma, participamos de algunas fases del planeamiento y de los contactos realizados en el mundo espiritual, acompañándolos en excursiones por el mundo del dolor, durante los desprendimientos, mas nuestro conocimiento es muy limitado, para autorizarnos a precipitar cualquier situación. Si, por ejemplo, aún no es llegado el momento de exhibir una proyección fluídica, no intentemos forzarla, con pases y sugerencias verbales, al Espíritu manifestado. Si los compañeros de él, allí presentes, deben ser mostrados a su visión, o no, también lo ignoramos.

En fin, nuestra posición es de activa expectativa. Para eso, precisamos (especialmente el esclarecedor) estar con las antenas psíquicas permanentemente sintonizadas con los trabajadores invisibles, para captarles, a través de la intuición, las sutiles instrucciones que nos suministran. Y, definitivamente, no nos

envanezcamos con el resultado del trabajo realizado: nos cabe muy poco, a nosotros, de los méritos. Bástenos la alegría del deber cumplido, la dulce felicidad de haber, una vez más, servido de humildes e imperfectos instrumentos de la pacificación.

LA CRISIS

El esclarecedor precisa estar atento a las primeras señales de que el Espíritu manifestante comienza a ceder, para que él mismo – esclarecedor – pueda reformular su táctica. Espíritus muy agresivos y violentos se manifiestan, al principio, irritadísimos, en altos gritos, dando puñetazos en la mesa, profiriendo amenazas terribles. No es posible, en esas condiciones, argumentar con ellos. Es preciso esperar que la gran ola impetuosa del rencor se deshaga, por sí misma, en la playa mansa. Si oponemos resistencia, la explosión es inevitable y el daño puede ser irreparable. Es preciso tener paciencia y esperar. No quedar mudo ante su cólera, mas no oponer grito contra grito, puñetazos contra puñetazos. La cólera pasa, pues es muy difícil sustentarla indefinidamente contra quién no nos ofrece resistencia. Por este motivo, son tan importantes los primeros diálogos de cada manifestación. Aunque irritado, embravecido, amenazador, el Espíritu debe ser recibido con respeto y cariño. Si la conversación fuera bien orientada, él nos respetará y, al poco tiempo, irá comprendiendo que no precisa gritar sus argumentos. En esos casos, acostumbro a decir, a los queridos compañeros desatinados, que sólo grita aquél que no tiene razón.

El acto, con todo, de reducir el volumen de su vocerío, no significa que esté resuelto su problema; al contrario, es a partir de ese punto que comienza a fluir el diálogo que podrá llevarnos a un entendimiento con él ya su eventual despertar. Antes de eso, la argumentación es inútil, porque él sólo desea gritar, y, si lo intentamos, hablaremos juntos, o él no nos oirá, pensando apenas en lo que nos dirá seguidamente. Mas, por lo menos, con la voz en tono normal, se abre una perspectiva de entendimiento, aunque él esté bien lejos de entregarse a la verdad. Se encuentra aún convicto de la justicia de su posición, y la batalla verbal podrá ser muy larga; con todo, ya es posible una conversación entre dos seres civilizados.

De cierto punto en adelante, no obstante, la sensibilidad del esclarecedor le advertirá de que el manifestante comienza a ceder: su cólera se desvaneció, su palabra ya no tiene aquél factor de convicción, su Espíritu parece cansado y dispuesto a una acomodación. No es que él lo reconozca en esos términos, pues insistirá y podrá tener aún fondos de reacción, luchando interiormente consigo mismo, temiendo

ser “doblado” por el esclarecedor – lo que es, para él, una humillación – mas al mismo tiempo, deseándolo íntimamente, o inconscientemente.

A las primeras señales de que la reacción saludable comenzó, el esclarecedor debe abandonar su técnica de contestación y argumentación, para entrar en la fase de esclarecimiento propiamente dicho. Es hora de hablarle con cariñosa franqueza, intentando mostrarle la inutilidad de su desesperado esfuerzo de lucha contra Dios y, por tanto, contra sus propios intereses personales. Es hora de hacer un llamamiento para que él se detenga un poco, para pensar; advertirle de que no precisa “convertirse” a nuestra creencia, a nuestros principios. No engañarlo con la paz inmediata, que él sabe muy bien es imposible: la lucha continúa a su espera, intensa y dolorosa como nunca, sólo que, una vez despierto para la realidad, él podrá iniciar el período del sufrimiento redentor y no de aquél que aún lo sumerge más en las profundidades del error. El momento es oportuno, también, para dirigir su pensamiento para la sabiduría eterna del Evangelio. No es que sólo ahora sea posible hablarle del Cristo: es que sólo ahora las enseñanzas de Jesús comienzan a tener, para él, un sentido nuevo, aceptable. Más que nunca, él debe estar seguro de nuestra absoluta sinceridad y de nuestro afecto desinteresado. Él precisa saber que no estamos peleando en aquél momento, por una causa o por los intereses de un obsesado, por él mismo, obsesor.

Argumentaba yo, cierta vez, con uno de esos compañeros desarbolados, que perseguí sin treguas a una pobre criatura, cuando él me preguntó irritado:

- ¿Usted es abogado de ella?

- No – dije yo -, ¡soy abogado suyo!

¿Saben que esta simple frase lo llevó a verme bajo nueva luz y a aceptarme? De ahí en adelante, comenzó a ceder.

Percibimos que la fase de la aceptación llega por pequeñísimas y casi imperceptibles señales: comienzan a oírnos con un poco más de atención, la voz baja de tono, aceptan uno u otro argumento nuestro, y llegan hasta una u otra palabra de velada y tímida afección o respeto.

Un diálogo un tanto difícil, con el brillante y combativo Espíritu de un ex-inquisidor, fue suspendido, cierta vez, a mi pedido, a fin de que yo pudiese hacer una oración. Como siempre, él la escuchó en silencio, pues la oración tiene esa virtud de hacer callar a la inmensa mayoría de los Espíritus desajustados, mismo a los más violentos. Terminada la rogativa a lo Alto, él dice, como si pensase en voz alta:

- Una cosa es preciso reconocer: usted ora con sinceridad...

A partir de ese momento, estarán más accesibles, mas la batalla puede durar aún mucho tiempo, alargarse en varias oportunidades de manifestación y, mismo así, no sabemos, muchas veces, si, al partir, ellos están, realmente convencidos y prontos a cambiar de rumbo, o si apenas llevan una disposición para reexaminar sus convicciones. De cualquier manera, con todo, llevarán en el corazón las simientes de un futuro, que puede ser próximo o remoto, mas que vendrán fatalmente a germinar, un día, en explosiones de luz.

Al cabo de esa fase de mayor aceptabilidad a los pensamientos y al afecto del esclarecedor, puede ocurrir, entonces, la crisis. Es el momento más dramático de la manifestación: el Espíritu comienza a sentir que no tendrá fuerzas para resistir los llamamientos de la Verdad. Está, aún, sobre el filo de la navaja, como dice la expresión inglesa. Siente escaparse el terreno en que pisa. De un lado, a perderse en las tinieblas del pasado, un terrible y doloroso acervo de locuras y desengaños lastimosos, ilusiones desastrosas y errores clamorosos. De otro, la incógnita del porvenir. Él se debate entre los dos abismos: el pasado y el futuro. Ambos lo llaman, ambos lo atraen. ¿Qué decisión tomar? ¿Permanecer en la faja del error que, de cierta forma, lo abriga de la terrible realidad, o lanzarse, de una vez, a los brazos del dolor que redime? Es preciso respetar su vacilación y asistirlo en su estado de pánico. Entre un mundo que derrumbamos y otro que aún no construimos, la sensación de aturdimiento es inevitable, mismo en los más valerosos Espíritus. Tenemos que entender, también, que casi todos ellos están absolutamente convencidos de su propia verdad. O estaban, hasta el momento. El hecho de permanecer envueltos en errores de juzgamiento aflictivos, no les quita el valor, no les reduce el conocimiento, no excluye el hecho de que son Espíritus, a veces altamente cualificados y experimentados; apenas – y eso es todo – operan desastrosamente, del lado negativo de la faja vibratoria de la vida. No es fácil, para aquél que está convicto de la legitimidad de sus caminos, saltar por encima de la línea invisible que separa el bien del mal. Al final, el libre albedrío nos asegura, a todos, el derecho de elección. La decisión es difícil. Tengamos paciencia y procuremos ayudarlo a tomarla sin precipitación, mas con firmeza.

Cierta vez, recibimos un compañero excepcionalmente violento y agresivo. Se acostumbrara al poder incontestado, a mandar, a punir, a intimidar, tanto en la carne, como en el espacio. Amenazaba, gritaba, daba puñetazos... Lo dejé hablar, interponiendo apenas una u otra observación, a fin de que el ímpetu de la gran ola se quebrase contra la blanca arena de la paciencia y del amor. Está claro que interpreta mi

calma como cobardía. Desesperanzado de arrastrarme para el debate estéril, en el campo puramente filosófico, prometo, al final, pensar en el asunto, pues acabó tocado por el sentimiento de afecto que encontró entre nosotros. Estaba amenazando ceder, mas era aún muy pronto para una decisión final, como vimos en las próximas sesiones.

En la semana siguiente, volvió nuevamente agresivo e irritado, alegando que casi había caído, por causa de nuestro afecto, mas consiguiera reaccionar. No está convencido, mas concordó en no gritar más y a no incomodarnos, desde allí en adelante, con su presencia. Siguiera su camino de siempre, y acrecentó:

- Podría engañarlo a usted y decir que estoy convencido, mas no quiero hacer eso.

Es honesto: responde con dignidad a nuestra tentativa de aproximación y entendimiento; agradezco su lealtad y él sigue procurando atraerme para el debate. Cualquier argumento que le presente, él lo “verá” a su manera, para servir a sus propósitos y justificar su filosofía de vida. Hace poco de mi inteligencia, que ridiculiza a la voluntad. Bien que se esforzó - dice él - en mostrarme el camino: solamente se dejaría convencer por la argumentación; nada más.

El esclarecedor precisa estar preparado para situaciones así. En primer lugar, como ya vimos, el clima de la discusión es lo que conviene a esos hermanos atormentados. La conversación mansa y la busca de entendimiento no interesa a sus propósitos. En segundo lugar, es preciso considerar que nada tenemos que decirles que ellos no sepan. Conocen perfectamente su condición de Espíritus desencarnados, la responsabilidad que asumieron delante de la ley, el concepto de la reencarnación, la inmortalidad, la existencia de Dios. Son inteligentes y experimentados. No es, pues, por los caminos fríos de la mente que llegaremos a ellos y, sí, a través del derrotero luminoso del amor fraterno. Y es precisamente por eso que, consciente o inconsciente, procuran arrastrarnos para el debate: terreno firme, que conocen y en el cual pueden luchar a la voluntad de sus argumentos, desde el punto de vista ventajoso; en cuanto al campo sentimental, lo consideran “peligroso”, porque está minado de imprevistos. Cuando menos se espera, surge del pasado un recuerdo olvidado, el rostro espiritual de un ser a quién mucho amara, el llamamiento de una voz cariñosa.

En cierto momento, ceso la conversación y oro. Él aún insiste en hablar y proseguir el debate, mas acaba callándose. Cuando intenta reaccionar “físicamente”, está preso por un lazo fluídico, invisible a

nosotros, mas que lo mantiene fuertemente inmóvil, por más que se esfuerce. Vuelve a embravecerse, a amenazar. Comienza la crisis mayor. Es evidente que intenta, aún, reaccionar, y procura calmarse, diciendo que estoy agotándome inútilmente en la tentativa de dominarlo. No tengo la menor intención de dominarlo y, sí, de despertar su Espíritu. Le doy prolongados pases, en cuanto la crisis se densifica y profundiza.

Súbitamente, él comienza a gritar que no quiere y no puede hacer aquello, e informa, realmente con pánico, que todo está derrumbado en torno de él y dentro de él. Por fin, llora, desesperado, y parte.

Este hermano volvió una vez más, a la semana siguiente. Se presenta completamente desarbolado, mas aún procura eludirse, intentando convencerse de que está viviendo una pesadilla, de la cual va a despertar en cualquier momento. Le digo que, al contrario, ahora es que él despertó de una pesadilla multiseccular. Él esta decaído. Confiesa que, por primera vez, tiene miedo: está vacío y quiere dormir, para olvidar.

Es el gran momento de la comprensión, de la ternura, del amor fraterno. Mucho respeto por su crisis, mucho cariño con sus dificultades, sus temores, sus desesperos. Él sabe, lo que le espera, en términos de rescates dolorosos, que se extenderán por los siglos futuros, hasta donde y cuando, solamente Dios sabrá. Es preciso ayudarlo, con mucha paciencia, llevarlo, tiernamente, a dar el paso final, que lo lleva por encima del filo de la navaja y lo coloca en el lado positivo de la frontera de la nueva existencia, cuyas perspectivas se abren delante de él, mas que él aún no consigue vislumbrar con precisión. Es necesario asegurarle, en ese momento, la presencia infalible de Dios en nuestras vidas, el amor indubitable del Cristo, que desea que el pecador se salve, y no que sea condenado a convivir con angustias que parecen eternizarse. Más allá de eso, como hemos visto, nunca falta, en esa hora, la presencia de antiguos y olvidados amores: madres, esposas, hermanos, amigos, que nos ayudan en la fase final del esclarecimiento.

Este es el momento más emocionante de todo el trabajo. El Espíritu, en crisis, precisa, más que nunca, de una palabra de sincero afecto, aunque intente una reacción desesperada, de última hora.

En un caso de esos, el hermano entró en crisis y comenzó a monologar, en cuanto quedo a su lado, en silencio reverente. Después de algún tiempo, él se vuelve para mí – y esto me conmueve profundamente – y me propone una visita a sus dominios. Dice que ordenará a sus guardias que me dejen pasar libremente.

- Usted sabe – acrecienta – que yo no le haré mal alguno.

Comienza, enseguida, a ver escenas de su pasado distante. También reacciona, intentando sugestionarse de que es fuerte y no va a “caer”, mas siente un arrastramiento incoercible.

- Y ustedes – se dirige a compañeros invisibles – con esas caras luminosas ¿qué me están mirando?

Y virando para mí:

- ¿Y usted? ¿No dice nada?

Sólo se decir dos palabras:

- ¡Mi amigo!

Él la repite, y después enfurece:

- ¡Maldito lago!

Las visiones lo atormentan implacablemente. Es el lago bendito en que predicara el Cristo. Está destruido, y dice que precisa recomponerse, pues sus **soldados** están allá fuera y no deben verlo en aquél estado. Me llama traidor, mas no siento en él ningún odio: es apenas desespero. Alguien, de elevada condición espiritual, una mujer, lo espera en el umbral de la nueva existencia, mas él aún se resiste. Piensa en pedir una licencia a sus jefes y apartarse, por algún tiempo, del “trabajo”.

Estas crisis se caracterizan por la rebeldía, ante lo inevitable. Hay, con todo, las que precipitan en el arrepentimiento y en el remordimiento más patético.

A uno de esos pobres hermanos desorganizados, que se manifestara con exagerada arrogancia e ironía, vimos obligar al médium a arrodillarse, en llanto. Se juzga un hombre cruel sin remisión. Tuviera el privilegio de vivir en la época del muy amado Francisco de Asís, a quién conociera personalmente, mas cuyo mensaje, de amor sin límites, no consiguiera aún asimilar; por el contrario, dedicábase, con todo el poder de su inteligencia y de sus conocimientos, a la terrible técnica del “crimen religioso”, según conceptualización de uno de nuestros compañeros.

En suma: la crisis se manifiesta de muchas maneras, mas dentro de ciertas configuraciones padronizadas: arrepentimiento, temor, rebeldía o deslumbramiento. Viene siempre acompañada de profundas emociones; no es un momento en que el Espíritu consiga vivir con indiferencia y frialdad, siendo, por consiguiente, la oportunidad preciosa, que el esclarecedor no puede dejar pasar, para alcanzarlo a través del sentimiento, de la emotividad, del afecto. Trátelo con mucho cariño, guíe sus pasos vacilantes por el nuevo camino que comienza a trillar. No lo forcé, mas procure no desperdiciar la ocasión

de estimularlo a tomar la decisión que va a cambiar su vida. No intente engañarlo, provocándole con un paraíso inmediato, él sabe que no está a su alcance. No lo atemorice con amenazas, no ataque en los colores del sufrimiento que lo espera. Sea sencillo, humano, amoroso, realista. Ofrezcale su ayuda, mencione la asistencia espiritual que estará a su disposición, no para hacer **por** él, mas para hacer **con** él, el trabajo de reconstrucción que le aguarda. Recuerde la necesidad de la oración constante, de la confianza, del valor optimista. Destaque los reencuentros espirituales con sus amados, que hace tanto tiempo lo esperan. No se olvide de que el dolor y el temor lo atormentan. Coloque en su corazón la simiente de la esperanza y muéstrele, confiante, las perspectivas de la paz. A esa altura, él no puede volver más sobre sus pasos, para la protección feroz de su antigua organización o de su régimen de irresponsabilidad personal. Sus ex-compañeros no lo recibirán más, sino para castigarlo por su “flaqueza”. Él no puede contar más con aquellos que pensaba ser sus amigos, y aquellos que lo esperaban, para ayudarlo, él nos los conoce muy bien, o entonces, siente delante de ellos una vergüenza mortal, por la enormidad de sus desvaríos.

Más allá de eso, él teme venganzas crueles, pues ese fue el clima en que vivió durante siglos, o milenios; o asustarse ante la perspectiva de encarnaciones extremadamente penosas, en cuerpos deformados, ciegos o mutilados.

Un típico ejemplo de esos, cuando el Espíritu queda sobre la línea, contemplando las dos perspectivas – pasado y presente -, tengo en un caso que tratamos.

Era extremadamente rebelde, rudo, agresivo y violento, fue también un inquisidor. Al despertar para la verdad, confiesa la aflicción que experimenta, delante de la enormidad de sus culpas. No se juzga digno del afecto de Espíritus tan elevados, como el de su madre. Está perplejo ante la ceguera espiritual que, por tanto tiempo, lo impelió a cometer tantos y tan graves desatinos, y le impidió atender al llamamiento de sus verdaderos amigos, de los cuales no percibía la presencia junto a sí. Se preocupa con aquellos que lideraba, en el mundo de las sombras, que, a su ver, quedarían, ahora, en el abandono. Le digo que Dios vela por todos nosotros y que una tarea que podría desempeñar, más tarde, sería precisamente la de ayudar a recuperar a los hermanos que aún quedaron en las sombras. Pide que oremos por él y que lo perdonemos por el tratamiento que nos dio, al principio, con su agresividad. También yo le pido mis disculpas, por una que otra palabra más enérgica, necesaria, a veces, para el despertar.

Él llora, por primera vez en mucho, mucho tiempo, según nos informa. Y parte.

PERSPECTIVAS

¿Lo que sucede cuando el Espíritu, así despertado, nos deja?

Son muchos los caminos que se abren delante de él. Generalmente, es llevado a un lugar de reposo y tratamiento periespiritual y mental. Por el momento es lo que más precisa, más allá de la certeza de que sus antiguos amores se hallan nuevamente a su lado, con el mismo cariño de antiguamente, de siempre. Trabajadores espirituales competentes nos llevan para el reposo y la reeducación. Casi todos precisan de sumergirse en nueva reencarnación cuanto antes y, así que estén en condiciones, comienza la preparación, bajo la dirección de Espíritus especializados y cualificados.

En algunos casos, raros, ellos son traídos para despedirse de nosotros.

Cierta vez, uno de nuestros amados mentores se valió del espacio de tiempo que acostumbramos a reservar para el mensaje final, para una prédica, emocionada y bellísima, a tres Espíritus que, tratados por el grupo, cerca de un año antes, partían, ahora, para la reencarnación en la Tierra.

Es posible que la providencia de la reencarnación tenga que esperar más tiempo, mas ese estudio y planeamiento no está al alcance del grupo mediúmnico; trasciende sus cualificaciones y posibilidades. El mundo espiritual tiene su programación meticulosa, el trabajo bien repartido y especializado, que no puede ser perjudicado con la interferencia de curiosos o de diletantes inexpertos.

A partir del momento en que los compañeros son recogidos, por esos discretos y competentes trabajadores del Cristo, tranquilicémonos y demos nuestras gracias a Dios, pues ellos están en buenas manos. Esto no quiere decir que nuestra tarea estará siempre concluida en ese punto. Podremos aún prestar alguna colaboración en el Plano Espiritual, durante los desprendimientos del sueño, mas en tareas de menor importancia, de las cuales no tomamos conocimiento consciente, a no ser excepcionalmente.

De modo general, cesan los encargos del grupo mediúmnico al entregarlos a los trabajadores de los planos superiores. Cabe ahora volverse para el otro médium y recibir al nuevo compañero...

En raras oportunidades, los mentores establecen contacto entre aquellos que se retardan en las tinieblas y los que tuvieron el coraje de

cruzar la línea. Es que la primera impresión de los que quedaron en las sombras es la de que nosotros violentamos la voluntad del compañero, llevándolo a la fuerza, y contra su voluntad, para “prisiones” y castigos. Encuentran que, si fuese posible conversar con ellos, los convencerían para volver a la vida de crímenes. En casos excepcionales, este reencuentro es proporcionado, con las cautelas que, por cierto, podemos imaginar, aunque no tengamos condiciones de conocerlas.

En un caso de esos, un compañero desorientado se manifestó en gran aflicción, porque había hecho “caer” a su jefe y él estaba reducido a un “trapo” (su expresión). Mas, no le fue difícil verificar, por sí mismo, que el antiguo jefe no fue obligado a convertirse, y no deseaba volver sobre sus pasos, para reasumir su puesto en el mundo de las sombras. Fuera a verlo personalmente.

En otra ocasión el manifestante nos dice que, durante la semana, tras haber conseguido “conquistar” a su líder, él se reunirá con los demás compañeros, para mentalizarlo y ayudarlo en su desespero, pues interpretaban las vibraciones de aflicción, que de él recibían, como un llamamiento del ex-compañero, que acreditaban prisionero nuestro. Después, no obstante, verificó su engaño y acabó también cediendo a nuestros argumentos.

En resumen: el trabajo prosigue en el mundo espiritual, junto al compañero rescatado de los poros tenebrosos del dolor y reconvertido a la Doctrina del amor; mas a nosotros, encarnados, la participación – aunque importante, en ciertos casos – será más modesta o, por lo menos, de otra naturaleza, aunque no sea específicamente respecto al trabajo mediúmnico.

EL INTERVALO

Mucho trabajo, entretanto, se desenvuelve en el mundo espiritual, entre una sesión y otra: trabajo complementario, como vimos, aunque de menor volumen, y trabajo preparatorio, mucho más amplio, difícil y constante.

Varias veces compañeros nuestros nos han hablado de verdaderas sesiones mediúnicas que se realizan, en las horas muertas de la noche, con los médiums desdoblados por el sueño físico. Este trabajo preparatorio es particularmente indicado para los casos en que los Espíritus a ser tratados se hallan de tal forma envueltos en vibraciones pesadas, que el contacto directo con el cuerpo físico del médium podría acarrear choques penosos y hasta peligrosos. En estos casos, los mentores llevan, a un punto de reunión, tanto a los componentes encarnados del grupo, como a los Espíritus necesitados. La tarea preliminar se desenvuelve bajo condiciones que aún desconocemos, mas, al manifestarse, al final, en el grupo encarnado, el Espíritu está más predispuesto al entendimiento o, por lo menos, no tan impetuoso y violento, y tal vez más afecto a la organización mediúmica.

Son innumerables, con todo, las tareas desenvueltas durante la semana, entre una sesión y otra, con los compañeros que se hallan en tratamiento y ya tuvieron una o más manifestaciones en el grupo. Con frecuencia les oímos referirse a los encuentros que mantuvimos en el mundo espiritual, durante nuestros desprendimientos. El esclarecedor tiene que estar bien atento a ese pormenor. Es necesario recordarse de que el Espíritu manifestante no siempre está consciente del hecho de que los encarnados se olvidan de lo que pasa cuando están desdoblados por el sueño común. Por otro lado, no debe fingir que sabe de todo, porque, a una pregunta más embarazosa, él tendrá que confesar su ignorancia. La actitud indicada es conservarse en la expectativa y acompañar, con extrema atención, el pensamiento del compañero manifestante, en aquello que él va diciendo. No se olvide de que los Espíritus en esa condición “piensan alto”, o sea, prácticamente todo cuanto formula en el pensamiento, el médium transmite.

Uno de ellos me dijo, cierta vez:

- Soy yo... Usted ya me habló sobre eso en nuestro encuentro.

Otros me preguntan:

- ¿Por qué me llamó usted aquí?

Es preciso estar preparado para una respuesta que no revele total ignorancia y sorpresa, ni un conocimiento que nuestra memoria consciente no guarda. En casos como ese, es preferible ser honesto y decir al compañero que él precisa recordar que los seres encarnados no acostumbran registrar en la memoria consciente aquello que hicieron en sus desdoblamientos.

Uno de ellos me dijo, al reiniciar el diálogo interrumpido en la semana anterior:

- Pienso que quedo al “margen”...

Y contó el caso. Durante la semana, se introdujo astutamente en una reunión que mantuvimos, en el Espacio, con aquellos que él llamó nuestros “directores”. Quedara escondido detrás de una columna, para observar y escuchar, seguro de que allí nadie sabría de su presencia. A lo que todo indica, tenía la intención de espiar nuestra reunión. Después descubrió que, por el contrario, no sólo sabían que él estaba allí, sino que lo habían permitido, pues se esperaba su presencia... No sé lo que se hizo y dijo en esa reunión, mas es cierto que, al manifestarse en el grupo mediúmnic, a la semana siguiente, él estaba profundamente cambiado y hasta mismo atónico. No sabía lo que pasaba con él, mas dice que se mira en un espejo y no se reconoce. Perdiera la noción de su identidad personal. Esto fue el principio de un proceso de regresión de memoria en que se precipitó y al cual me refería anteriormente, en este libro, y de lo que resultaría su liberación.

En ciertos grupos de desobsesión, la actividad nocturna, en los intervalos de las sesiones, es muy intensa. Los Mentores Espirituales llevan a los encarnados, desprendidos por el sueño, a reuniones de estudio, de trabajo, de debates y planeamiento, o a descensos profundos y peligrosos en los antros milenarios del dolor, de donde, a veces, rescatamos compañeros para ser esclarecidos en futuras sesiones.

Ya narré aquí un caso de zoantropía, en que el infeliz compañero quedara reducido a la forma “física” de un animal. Ese hermano fue rescatado al mundo tenebroso del sufrimiento superlativo, en una incursión en que uno de nosotros, encarnados, consiguió preservar el recuerdo fragmentario, al despertar.

Las imágenes eran las de un sueño común, mas, como siempre acontece en esos casos, de extremo realismo. Los componentes del grupo, dirigidos por los benefactores espirituales, se encontraban en vasta región desolada, sombría y agreste, que habían alcanzado en una “conducción” rústica, que hacía recordar un jeep terreno. En cierto momento, pararon, descendieron e hicieron el resto del recorrido a pie. Las peripecias siguientes de la jornada no quedaron documentadas en

la memoria del compañero despierto. Él recuerda, entretanto, una escena fragmentaria, en el regreso. Estaba dentro de una caverna, cuyo único acceso al exterior era una especie de chimenea estrecha, abierta en la roca. Algunos compañeros quedaron fuera, mientras los de dentro pasaron para ellos, con enorme dificultad, “algo” que traían, con extremo cuidado, en los brazos, en cuanto millares de hormigas negras y agresivas atacaban ferozmente a aquellos que se empeñaban en la tarea.

Una o dos semanas después, aquél “algo”, que había sido rescatado, se manifestó en el grupo: ¡era un ser humano!... La indignación de los guardias del pobre hermano fue inconcebible, pues, según apuramos, aquél ser, reducido a la más abyecta condición humana, era figura importante para sus esquemas nefastos. En la imagen de las hormigas agresivas, que nos atacaban, quedó documentada la reacción tremenda que desarrollaron para impedirnoslo.

Otra vez, me recuerdo, con extraordinaria lucidez, de algunas escenas ocurridas en una de esas excursiones en territorio peligroso y agreste.

Fuimos recibidos en el lugar – oscuro y opresivo – con algunas señales de cordialidad o, por lo menos, sin hostilidad. Hay, después, un “paréntesis”, del cual nada me recuerdo. Me veo perseguido, al final de la visita, por un grupo belicoso, que intentaba agarrarme, para extraerme cierta cantidad de sangre. Una de las criaturas – una mujer – traía en las manos una gran jeringa, conteniendo ya un poco de sangre, gruesa y oscura, que goteaba en el suelo. En ese momento, comencé a escapar. Era como si yo levitase. Les veía correr desesperados tras de mí, a unos pocos metros por debajo, mientras yo me apartaba, como si volase, por encima de sus cabezas.

Algunas semanas después, se presentó el “jefe” de aquella región tétrica, en una incorporación mediúmnica. Estaba indignado, porque yo había escapado. Precisaban de mi sangre para sus “trabajos”, y de la sangre de nuestros compañeros encarnados, también. Yo quedaría sorprendido – dice – si supiese de aquellos que le habían donado espontáneamente, a cambio de favores, en pactos que garantizaban por una parte muchos “sucesos” en la vida material, y por la otra, el evidente dominio sobre sus Espíritus. Él vino dispuesto a arrebatarnos la sangre, de cualquier manera...

Uno de nuestros médiums consiguió registrar, con gran precisión y detalle, una de esas excursiones. A mi petición, escribí

todo el relato, mientras aún estaba vivo en la memoria, lo que después nos sirvió de mucho.

No siempre, entretanto, nos acordamos de tales episodios. A veces, los propios benefactores espirituales se incumben de acondicionarnos al olvido, dado que la recordación podría perjudicarnos de alguna forma, o al trabajo.

Por otro lado, esas excursiones son, a veces, también, en el mundo superior, para donde nos llevan, amorosamente, compañeros competentes y seguros, a fin de poder asistir a reuniones de estudio y planeamiento, con nuestros mayores. Es difícil, con todo, conservar el recuerdo de ellas. Quedan apenas en las líneas maestras de las instrucciones recibidas, bajo la forma de frases sueltas, o de símbolos, que se imprimieron en nuestros archivos periespirituales.

Otro aspecto importante, que precisa ser abordado, en el aprovechamiento de esos intervalos entre una sesión y otra, es el de la oración. Como las sesiones se realizan, usualmente, una vez por semana, durante los días en que aguardamos las próximas manifestaciones, precisamos tener la atención puesta para los compañeros que se hallan en tratamiento en el grupo, no sólo en aquellos que aún no fueron “convertidos”, mas, también, en aquellos que ya se hallan recogidos, para el tratamiento, en las instituciones especializadas del Más Allá. Ellos precisan de nuestras oraciones y de nuestro pensamiento constructivo y amoroso, tanto cuanto necesitamos del apoyo de nuestros benefactores. La oración es el conducto que realiza ese milagro. No podemos olvidarnos de que los compañeros desorientados, que recibieron el primer impacto de una incorporación y esclarecimiento, quedan con los ánimos aún más obstinados contra nosotros. Durante toda la semana habremos de sentir la presencia o los “mensajes” vibratorios de sus pensamientos hostiles. Recordémonos de que no lo hacen por maldad intrínseca e irreductible y, sí, por desconocimiento y defensa. Están convencidos de la legitimidad de sus propósitos y de nuestra posición de intrusos, que nada tiene que ver con sus problemas personales y sus planes. Sin duda alguna intentarán crearnos dificultades, por lo menos con las vibraciones negativas de su pensamiento. Está claro que provocarán, en nosotros, sensaciones de angustia indefinible, malestar, depresión y desánimo. Sólo la oración puede socorrernos, en tales situaciones. Oremos por ellos, con fervor, con amor. es hora de poner en práctica, con toda la convicción, el precepto evangélico que nos recomienda amar a nuestros enemigos. Aunque no los consideremos como tales, ellos así se consideran. Envolvámoslos en una atmósfera de amor y

comprensión, de tolerancia y paciencia, y procuremos restituir sus agresiones mentales con nuestro pensamiento de afecto y cariño, implorando a Dios que los ayude, que les muestre la verdad, que les ilumine los corazones, donde también existe el amor, en potencial, pronto a emerger, nuevamente, de las cenizas de muchos sueños y de las sombras de muchas agonías.

En cualquier momento que pudiéramos recogerlos para la oración, especialmente en las horas y lugares en que acostumbramos a meditar, oremos por ellos, con mucho amor. No es difícil. Imaginémoslos como compañeros muy queridos, hijos, socios de antiguas luchas y hasta acreedores nuestros, a quién mucho debemos. Con frecuencia impresionante lo son mismo, más allá de hermanos, que serán siempre, invariablemente. El esclarecimiento es un acto de amor. Aquél que no sabe amar sin reservas, o que solamente puede amar a aquellos que lo aman, no está preparado para esa tarea.

Es extraordinario el poder de la oración. Diría, incluso, milagroso, sino fuese tan abusada esa palabra extraordinaria. Innumerables y repetidas veces hemos presenciado su poder invencible.

A veces, el hermano atormentado, al manifestarse en la segunda o tercera vez, se muestra extremadamente “perturbado” por nuestras oraciones. Uno de ellos me dice, irritado:

- Usted vive rezando...

Otros se confiesan paralizados, en pensamiento y acción. No consiguen razonar con claridad y llevar adelante los proyectos en que estaban empeñados: persecuciones, obsesiones, desmanes de toda suerte. Uno de ellos me dice, cierta vez, que había interceptado mis “telefonemas”. La “telefonista” los recibía en su lugar, mas su referencia probaba que él tomara conocimiento de mi actividad mental y emocional durante la semana, por lo menos en aquello que fuera deliberadamente dirigido para él.

Para resumir e insistir en un punto, ya mencionado, anteriormente, en este libro: el trabajo de esclarecimiento no se resume a las pocas horas que conversamos directamente con los Espíritus incorporados a nuestros médiums; él se proyecta a lo largo de los días y sigue en las realizaciones de la noche, cuando, en desdoblamiento, acompañamos a nuestros mentores, en los contactos y en las tareas que se desenvuelven en el mundo del Espíritu.

Mantengamos una actitud vigilante, constructiva, atenta a pequeños detalles, que podrían pasar desapercibidos, mas que se revelan súbitamente de enorme importancia en la resolución del

enigma que esos amados compañeros traen en sí y que no pueden resolver solitos.

Mucha gente aún no descubrió que la esencia de los “milagros” evangélicos es el amor. Cuando el Cristo dice que un día podríamos hacerlos también, no estaba apenas provocando con una visión quimérica, para que fuésemos buenos – Él no dijo nada que no se conformase con sus íntimas convicciones, previsiones y experiencias.

El amor es realmente milagroso, y la oración, el instrumento de aquellos que quieren realizarlo. La tarea de los seres encarnados, en un grupo mediúmnico de desobsesión, es poco más que eso: asistir a la constante realización del milagro siempre renovado del amor.

SUEÑOS Y DESDOBLAMIENTOS

Páginas atrás, quedó documentada una referencia sumaria a la actividad desenvuelta por los componentes del grupo mediúmnico, durante las horas del reposo, a través de sueños y desdoblamientos. Creo que es oportuno desenvolver un poco más el conocimiento de ese aspecto, que contiene importantes connotaciones, que no deben ser ignoradas, no sólo en términos generales de Doctrina, sino como en su aplicación práctica a los trabajos de desobsesión.

Esa importancia resalta del propio tratamiento que Kardec y sus instructores dieron al asunto, en “El Libro de los Espíritus”. En cuanto a la cuestión del sexo de los Espíritus, por ejemplo, ocupa cerca de media página (preguntas 200 a 202), los problemas relacionados con la actividad del Espíritu encarnado, cuando el cuerpo se encuentra en reposo, ocupan 23 páginas, en el capítulo VIII, bajo el título de “De la Emancipación del Alma”.

El mismo interés encontramos en las obras mediúmnicas en general, mas, de manera muy especial, en el opulento acervo de informaciones que nos transmitieron André Luiz, Emmanuel, Bezerra de Menezes, Manoel Philomeno de Miranda y otros, a través de médiums de absoluta confianza y respeto.

Por esas enseñanzas, concluimos ser muy extensa la actividad del Espíritu parcialmente liberado por el sueño natural o provocado. En verdad, quedó bien claro, en Kardec, que el Espíritu encarnado se aprovecha, con satisfacción, de la oportunidad de escapar de la prisión corporal, siempre que puede, y que la actividad desenvuelta, en esos estados de liberación parcial, se refleja en los sueños. Es en ese estado que él consigue entrar en la posesión de algunas de sus facultades superiores, por el acceso a los archivos de su memoria integral. De ahí se recuerda de encarnaciones pasadas y hasta mismo, en situaciones especiales, apartar la densa cortina que cubre el futuro.

En ese estado de libertad parcial, el encarnado cultiva intenso intercambio con encarnados y desencarnados, según sus intereses y afinidades.

Resumiendo, con palabras suyas, las enseñanzas recibidas, Kardec escribió esto:

“Los sueños son efecto de la emancipación del alma, que se torna más independiente por la suspensión de la vida activa y de relación. De ahí una especie de clarividencia indefinida que se alarga hasta los más

apartados lugares y hasta mismo a otros mundos. De ahí también el recuerdo que traen a la memoria acontecimientos de la precedente existencia o de las existencias anteriores. Las singulares imágenes de lo que pasa o de lo que pasó en mundos desconocidos, entremezclados de cosas del mundo actual, son lo que forman esos conjuntos extraños y confusos, que ningún sentido o ligación parecen tener. La incoherencia de los sueños aún se explica por las lagunas que presenta la recordación incompleta que conservamos de lo que nos apareció cuando soñábamos. Es como si a una narración se truncasen las frases o trechos al acaso. Reunidos después, los fragmentos restantes ninguna significación racional tendría.”

Al cuidar, más adelante (cuestión 425), del sonambulismo, los instructores nos lo conceptúan como “estado de independencia del Espíritu, **más completo que en el sueño**, estado en que adquieren mayor amplitud sus facultades. **El alma tiene entonces percepciones de las que no dispone en el sueño, que es un estado de sonambulismo imperfecto**”.

“En el sonambulismo – prosigue –, el Espíritu está en la posesión plena de sí mismo. Los órganos materiales, hallándose en cierta forma en estado de catalepsia, dejan de recibir las impresiones **exteriores**. Ese estado se presenta principalmente durante el sueño, ocasión en que el espíritu puede abandonar provisoriamente el cuerpo, por encontrarse este gozando del reposo indispensable a la materia.” (El primer destaque es del original; el segundo, de esta transcripción.)

Acrescentan, aún para no dejar dudas, que no existe diferencia entre el sonambulismo provocado y el natural.

Esto significa, por tanto, para efectos prácticos, que los compañeros desencarnados que orientan los trabajos de los grupos mediúmnicos disponen de amplias posibilidades de colaboración por parte de los componentes encarnados, mientras estos reposan. En verdad, la experiencia nos indica claramente que la actividad en desdoblamiento, durante las horas del sueño, es más intensa y extensa de lo que el corto período de una hora o dos, en que se desenvuelve la tarea mediúmnica propiamente dicha. El planeamiento y la preparación de las sesiones es todo hecho en el mundo espiritual, bajo la dirección de los competentes y dedicados servidores del Cristo. En diferentes oportunidades, nuestros mentores nos han hablado de las reuniones en que participamos, en las excursiones en el submundo del desespero, de donde rescatamos seres alucinados de dolor y desorientación, y hasta mismo a sesiones mediúmnicas, con incorporación y esclarecimiento, tal como aquí, entre los encarnados.

Recuerdos residuales de esa actividad permanecen en nuestra memoria de vigilia, al despertarnos, y es de utilidad para el trabajo mediúmnico observarlas con atención e interés, como también, procurar predisponerse positivamente a las tareas nocturnas, mientras el Espíritu se halla desdoblado por el sueño. Para esto, se recomienda que, en la oración que precede al sueño, nos coloquemos a la disposición de nuestros amigos espirituales para las humildes tareas que estuvieran a nuestro alcance realizar junto con ellos, y pidamos la protección Divina para toda la actividad a desenvolverse más allá de las fronteras de la materia bruta. Esa actividad es realizada por equipos bien adiestrados y precisamos estar afinados con sus componentes, para que, en lugar de colaborar, no resulte nuestra interferencia en agravación de sus dificultades. Bien sabemos, hoy, por los informes de la Doctrina Espírita, de los riesgos que corre el Espíritu desatento y desprevenido, en tales desdoblamientos.

Los autores espirituales de “El Libro de los Espíritus” fueron inequívocos en ese, como en todos los otros puntos de sus enseñanzas. Aquellos que se sintonizasen con las fajas inferiores...

“... van, en cuanto duermen, o a mundos inferiores a la Tierra, donde los llaman viejos afectos, o en busca de goces quizá más bajos de los que aquí se deleitan. **Van a beber doctrinas** más viles, más innobles, más funestas de las que profesan entre vosotros.” (Destaque míos).

Muchos ignoran que eso es auténtico, de una trágica y dolorosa autenticidad. Compañeros encarnados, hasta mismo declaradamente espíritas, comparecen a esos núcleos de alucinación de los sentidos, o a los centros de irradiación de doctrinas nefastas que intenta, aquí, entre nosotros, implantar, como “reformas”, “modernizaciones” y “actualizaciones” de la Doctrina Espírita, o fundan movimientos paralelos, para que luego les sea posible apoderarse de organizaciones terrenas que les suministren la base que necesitan para sus propósitos. Es allá, en esas regiones tenebrosas, que se practican las más lamentables formas de lavado cerebral e hipnosis; es allá que son programados, con extremo cuidado y competencia, los pobres instrumentos humanos que regresan a nuestro medio para esparcir la discordia, el desentendimiento, la disensión, todo muy sutil, al principio, casi imperceptible. Es allá que se forjan pactos siniestros de apoyo mutuo, en que se envuelven tantos compañeros promisoros.

En lo que respecta al trabajo específico de la desobsesión, por tanto, todo cuidado es poco con la actividad en el desdoblamiento, a fin de no echemos a perder, en las horas en que reposa nuestro cuerpo

físico, las modestas conquistas que por ventura hayamos conseguido realizar en la vigilia.

Es preciso, con todo, evitar la conclusión apresada de que todo sueño tenga algo que ver con el trabajo mediúmnico que estemos realizando o que cualquier recuerdo de actividad en desdoblamiento es aprovechable.

- “**En la mayoría de las veces** – esclarece Emmanuel, en “El Consolador”, cuestión 49 -, el sueño constituye actividad refleja de las situaciones psicológicas del hombre en el mecanismo de las luchas de cada día, cuando las fuerzas orgánicas dormitan en reposo indispensable. En determinadas circunstancias, con todo, como en los fenómenos premonitorios, **o en los de sonambulismo**, en que el alma encarnada alcanza elevado porcentaje de desprendimiento parcial, el sueño representa la libertad relativa del Espíritu prisionero de la Tierra, cuando, entonces, se podrá verificar la comunicación **ínter vivos**, y, cuanto es posible, las visiones proféticas, hechos esos siempre organizados por los Mentores Espirituales de elevada jerarquía, obedeciendo a fines superiores, y cuando el encarnado en temporaria libertad puede recibir la palabra y la influencia directas de sus amigos y orientadores del plano invisible.” (Destakes míos).

Atención, pues, con el material onírico, que precisa ser examinado, seleccionado, criticado y aprovechado con prudencia, porque cualquier entusiasmo ya es sospechoso. Los compañeros espirituales más responsables no actúan en base de inconsecuencias y entusiasmos injustificados. Mismo en los momentos que mayor alegría, por la solución de un caso particularmente difícil y delicado, ellos se presentan emocionados, por cierto, más sobrios, serenos, gratos, equilibrados. Cuidado, pues, con “revelaciones” sensacionales, con “misiones” importantes, con elogios impropios, con encuentros con Espíritus que se presentan bajo identidades pomposas.

André Luiz nos advierte, en “Evolución en Dos Mundos”, de los riesgos que el Espíritu encarnado corre durante el desprendimiento del sueño, cuando...

“... recoge (...) los resultados de sus propios excesos, padeciendo la inquietud de las vísceras y de los nervios injuriados por su rendición a la licenciosidad, cuando no sea el asfixiante pesar del remordimiento por faltas cometidas, cuyos reflejos absorben del archivo en que se le amontonan los propios recuerdos.”

Y más:

“En una y en otra condición, todavía, es la mente susceptible a la influenciación de los desencarnados que, **evolucionados o no**, le visitan

el ser, atraídos por los cuadros que se le filtran del aura, ofreciéndole auxilio eficiente cuando se muestre inclinada a la ascensión de orden moral, o absorbiéndole las energías e **instigándole sugerencias infelices** cuando, por la propia ociosidad o intención maligna, **adhiera al consorcio psíquico** de especie envilecida, que le favorece la paralización en la pereza o la envuelve en las obsesiones viciosas por las cuales se entrega a temibles **contratos** con las fuerzas sombrías.” (Destiques míos)

Más no es sólo eso:

· “Cuando estamos encarnados, en la Costra – observa Sertorio, en “Misioneros de la Luz” -, no tenemos bastante consciencia de los servicios realizados durante el sueño físico; con todo, esos trabajos son inexpresables e inmensos. Si todos los hombres **apreciasen seriamente el valor de la preparación espiritual**, delante de semejante género de tarea, seguro que efectuarían las conquistas más brillantes, en los dominios psíquicos, aún mismo cuando estén ligados a envoltorios inferiores. Infelizmente, no obstante, la mayoría se vale, inconscientemente, del reposo nocturno para salir a **la caza de emociones frívolas o menos dignas**. Relájense las defensas propias y ciertos impulsos, largamente adormecidos durante la vigilia, extravasan en todas las direcciones, **por falta de educación espiritual**, verdaderamente sentida y vivida.” (Destiques míos.)

Oigamos ahora a Áulus, en “En los Dominios de la Mediumnidad”:

- “**Raros Espíritus encarnados** consiguen absoluto **dominio de sí mismos**, en peregrinaciones de servicio edificante fuera del vehículo de materia densa. Habitados a la orientación por el cuerpo físico, ante cualquier sorpresa menos agradable, en la esfera de fenómenos inhabitables, procuran instintivamente el retorno al vaso carnal, a la manera del molusco que se refugia en la propia concha, delante de cualquier impresión en desacuerdo con sus movimientos rutinarios.” (Destiques míos.)

De otro modo, sería bueno releer todo el capítulo 11 – “Desdoblamiento en servicio”, de esa obra, así como el capítulo 21 – “Desdoblamiento”, de “Mecanismos de la Mediumnidad”, que estudia el sueño, el sueño y el desdoblamiento espiritual.

Veamos, por ejemplo, esta observación, ya en los párrafos finales del capítulo:

“Es imperioso notar, no obstante, que considerable número de personas, principalmente **las que se adiestran para ese fin**, efectúan incursiones en los planos del Espíritu, transformándose, muchas veces,

en **preciosos instrumentos** de los Benefactores de la Espiritualidad, como **oficiales de ligación** entre la esfera física y la esfera extrafísica.” (Destaques míos)

No faltan, pues, advertencias muy pormenorizadas sobre la responsabilidad del trabajo que se realiza en las llamadas horas “muertas” de la noche. Desde el punto de vista del Espíritu, no hay duda de que son más **vivas**, esas horas, que las de la vigilia.

Insistimos, pues, en enfatizar que el asunto merece cuidadoso estudio, profundas meditaciones y cautelosa aplicación práctica, pues las responsabilidades envueltas son enormes. Por otro lado, no nos debe atemorizar el volumen de tales responsabilidades. André Luiz nos asegura que podemos ser adiestrados para esa actividad, con real provecho para nuestro trabajo y, lógicamente, para nuestro desenvolvimiento espiritual. Cautela, sí; temor, no. El temor paraliza, inmoviliza los esfuerzos, en la ansiosa expectativa. Es preciso vencer la inhibición inicial y caminar. La oración será siempre buena consejera, a la vez de recomendaciones obvias, que resaltan de los textos que examinamos aquí, y de otros que el lector descubrirá: vigilancia con los propios hábitos diarios, cuidado con la alimentación, atención con la salud del cuerpo físico, deseo de aprender, para servir mejor.

Antes de cerrar estas notas, una observación aún parece oportuna y necesaria. Con frecuencia, nuestros médiums nos cuentan episodios en los que participaron de trabajos en el Plano Espiritual, en los cuales intervinieron como médiums, también allá, desdoblados.

Eso es perfectamente posible y tiene el decidido soporte de la experiencia. En casos de mi conocimiento, nuestros médiums comparecieron a reuniones de instrucción y funcionaron mediúmicamente, transmitiendo mensajes de otros planos, siempre que para esto se prepararan debidamente.

¿Es posible, no obstante, un desdoblamiento, después de ya desdoblado del cuerpo físico, o separado de él definitivamente, por la desencarnación? No tenemos el derecho de poner bajo sospecha el testimonio de algunos compañeros de confianza, como por ejemplo, André Luiz en “Nuestro Hogar”, capítulo 36 – “El Sueño”, al encontrarse en plano muy elevado, en compañía del luminoso Espíritu de su madre:

“El sueño no era propiamente cual se verifica en la Tierra. Yo sabía, perfectamente, que **dejara el vehículo inferior** en el apartamento de las Cámaras de Rectificación, en “Nuestro Hogar”, y tenía absoluta consciencia de aquél movimiento en plano diverso. Mis nociones de

espacio y tiempo eran exactas. La riqueza de emociones, por su parte, se afirmaba cada vez más intensa.” (Destiques míos).

De todo eso podemos resumir una observación final: la mayor parte del trabajo mediúmnico, no es la que se realiza en torno de la mesa, en el día de la sesión; es la que se desdobra más allá de nuestros groseros sentidos físicos, en cuanto nuestro cuerpo reposa. Aquí y allí, en modestas posiciones de meros aprendices, participamos de tales actividades. Tengamos cuidado para no comprometerlos con nuestra falta de preparación y nuestra incuria. Aproximémonos con respeto de la hora en que nos preparamos para adormecer, cansados de las luchas del día. Los compañeros que nos están esperando pueden ser aquellos que nos arrastran para los poros oscuros del desvarío, o los que nos guían los pasos inciertos en las trillas del bien. Depende de nosotros la decisión: vamos por la oscura y tortuosa vía que desciende, ¿o preferimos el camino que sube, recto e iluminado?

RESUMEN Y CONCLUSIONES

Creo haber llegado al final de la tarea que me impuse, en la tentativa de imprimir en el papel algunas de las muchas enseñanzas adquiridas, en más de una década, en el trato íntimo y permanente con innumerables compañeros desencarnados. No me fue posible evitar que este libro se revistiese de las características de una narración como testigo personal, por la razón, que me parece muy simple y válida, de que él es mismo un testigo personal, por la propia naturaleza de las experiencias que procura transmitir.

Su objeto es el ser humano, usualmente en penoso estado de desarmonización interior; no son cantidades físicas de sustancias químicas, cuyas reacciones podemos prever, estudiar y repetir a voluntad, en la frialdad clásica de los números, de los pesos, de las medidas. Los hermanos que comparecen a nuestros grupos mediúmnicos están en crisis, a veces, seculares, y hasta milenarias. Perdiéranse en el enmarañado de sus perplejidades y no pueden atinar solitos con la trilla que los lleve fuera del pozo profundo y oscuro, de vuelta a la luz bendita del Señor, bajo la cual puedan contemplar sus imperfecciones y empeñarse en alejarlas del corazón.

El trabajo de esclarecimiento, llamado tan apropiadamente trabajo de rescate, en inglés (**rescue work**), sólo es posible en clima de total donación, de empatía, de profundo y sincero amor fraterno, lo que lo torna una actividad del corazón, muy personal, esencialmente humana. No hay en él espacio para medias verdades, fingimientos “inocentes”, indiferencia o comodismos.

El grupo mediúmnico es instrumento de socorro, herramienta de trabajo, campo de experimentaciones fraternas y escalera por donde suben no sólo nuestros compañeros desarmonizados, mas subimos también nosotros, que intentamos redimirnos en la tarea sagrada del servicio al prójimo. El grupo merece y exige cuidados muy especiales, dedicación constante, vigilancia permanente, desde antes mismo de constituirse. Es preciso crear para él una estructura robusta, mas suficientemente flexible, para que pueda funcionar sin vacilaciones e interrupciones. Si el trabajo que le fuera cometido, por los compañeros espirituales, se revela fecundo y promisor, él será implacablemente asediado. Se levantarán contra él fuerzas obstinadas, dispuestas a todo para hacerlo callar y disolverse. Así, nada de ilusiones: la medida de su

éxito, en términos espirituales, es precisamente la persecución, la presión asidua de compañeros en desequilibrio, que no vacilan delante de ningún recurso, para destruirlo.

Por eso, en la fase de planeamiento, deben quedar bien definidos, más allá de sus finalidades y objetivos, sus métodos de trabajo. Nunca llegaremos a prever todas las situaciones que un grupo podrá enfrentar, mas sus métodos tienen que ser suficientemente ágiles para las acomodaciones necesarias, sin prejuicio de las tareas que se desdoblán. Nunca sabremos lo suficiente en materia de contacto con nuestros hermanos desvariados por el dolor y por la rebeldía. Cada sesión es diferente, cada manifestación trae una sorpresa o una enseñanza nueva. Es necesario que observemos con toda atención cualquier pormenor, aprendamos la lección que cada uno de ellos contiene y la incorporemos al acervo de la experiencia.

Citaré un pequeño incidente, aparentemente sin importancia.

Nuestros amigos espirituales de hace mucho nos habían prevenido de que, en hipótesis alguna, dejásemos ultrapasar el horario de atendimiento, como quedó dicho y explicado anteriormente, en este libro. Muy bien. Redoblé el cuidado con el control del tiempo y, entonces, vino otra observación: me recomendaban que procurase colocar el reloj delante de mis ojos, de forma que, para consultarlo, no fuese necesario volverme y tomarlo en las manos, como acostumbraba hacer. ¿Por qué la recomendación? Muy simple: no sólo la preocupación excesiva con el tiempo puede desviarnos del clima exigido por el trabajo, mas porque hasta mismo el propio gesto de volverme podría quebrar la continuidad de la tarea junto al hermano incorporado, exigiendo probablemente esfuerzo mayor de los compañeros desencarnados. ¿Quién podría imaginar que la mera posición de un reloj, en la sala de trabajo, fuese tan importante, hasta el punto de merecer advertencia específica?

Más allá de tales observaciones esporádicas, de los compañeros espirituales, infinitamente más experimentados que nosotros, el estudio es una necesidad imperiosa, absoluta. Tenemos la tendencia de juzgar que sabemos más de lo que realmente sabemos. Es fácil atestiguar esa verdad. Lea usted, lector, cualquier página de “El Libro de los Espíritus”, o de “El Libro de los Médiums”, y verá que hay siempre aspectos que usted no había notado aún, observaciones que pasaron desapercibidas, ángulos insospechados, por más que usted esté seguro de conocer bien la obra de Kardec. Lo mismo es válido para cualquier documento doctrinario serio, como las obras complementarias.

El aprendizaje tiene que ser constante, por varias razones. Primero, porque nuestra memoria falla, y llegamos a olvidar recomendaciones e instrucciones importantes, ya leídas en el pasado. Segundo, porque aunque durante la lectura, la mente divaga, y leemos trechos substanciales, sin la participación del consciente.

Un grupo, con todo, no es apenas finalidades, objetivos y métodos; él es también **gente**. Encarnada y desencarnada.

En cuanto a los encarnados, nuestros compañeros en torno de la mesa, toda la atención debe ser puesta en seleccionarlos. El grupo tiene que comenzar de manera segura, para subsistir. Si fuera constituido en la base de elementos inconstantes e inseguros, serán remotas sus posibilidades de sobrevivencia, e inseguros los trabajos, por mejores que sean las intenciones.

Más allá de los demás puntos críticos, la selección de los médiums es de la más alta importancia, así como la manera de tratarlos e integrarlos en el trabajo, a fin de que puedan dar de sí mismos, en clima de seguridad y confianza. El médium no debe dominar al grupo, ni ser dominado por él, y sí portarse como uno de los trabajadores que lo componen. Si la recomendación de estudiar siempre es válida para el grupo, como un todo, para el médium ella adquiere las proporciones de una obligación.

El esclarecedor no será jamás el sumo sacerdote de un nuevo culto, a imponer ritos y fórmulas mágicas, a dictar órdenes, como un general en campaña; él es apenas un trabajador más, lo que no significa que la disciplina del grupo deba correr a la deriva. Usualmente, el esclarecedor acumula las funciones de dirigente encarnado de los trabajos, por la simple razón de que, en el contexto de un grupo humano, alguien precisa asumir el liderazgo. Liderazgo, con todo, no es despotismo. Si él es también el dirigente humano, precisa contar con el respeto afectuoso de sus compañeros, para que puedan trabajar todos en armonía.

Si siente que no tiene condiciones personales para esclarecer, debe atribuir esas funciones a otros miembros del equipo, que estén mejor cualificados.

Son rigurosas las especificaciones de un buen esclarecedor; difícilmente se reúnen todas las características deseables en una sola persona. Por eso, recordé en algún lugar del libro, que no hay esclarecedores perfectos; contentémonos en ser razonables y luchemos por adquirir las cualidades que nos faltan. De mi parte, considero algunas de esas cualidades como apenas deseables, y otras indispensables. Entre éstas colocaría, como vimos:

- * Formación doctrinaria
- * Evangelización
- * Autoridad moral
- * Fe
- * Amor

El gran activador de esos pertrechos espirituales es, sin duda alguna, el amor. para el esclarecedor, el precepto evangélico del “amaos unos a los otros”, y aquél otro, “amar a vuestros enemigos”, no son sólo frases bonitas, para declamar a los Espíritus, mas son condiciones esenciales al trabajo. El amor fraterno, en el trabajo de esclarecimiento, tiene que ser sentido, y no apenas fingido o forzado; tiene que emerger de las profundidades del ser, como un movimiento irreprimible, en el cual nos donamos integralmente, quiera el compañero acepte o no, de pronto, nuestra entrega. El impacto del amor sincero, en el corazón de un hermano que sufre, es una de las cosas más impresionantes y conmovedoras del trabajo de esclarecimiento. Lo vemos repetirse a cada instante, siempre lo mismo, y nunca nos cansamos de admirar su fuerza positiva y constructiva. Jamás dejé de sorprenderme con el espectáculo emocionante de ese impacto, el único, en nuestra miserable existencia de seres imperfectos, que nos da realmente la sensación de que el amor es un milagro que podemos realizar en nombre de Cristo.

Cuando Él dijo a Juan que nosotros somos dioses, creo que se refería específicamente al amor en nosotros. Al crearnos, Dios colocó en nosotros la chispa del amor, dicen los grandes instructores. Y frecuentemente nos olvidamos de que una chispa del infinito es también infinita y, por eso, son ilimitadas nuestras posibilidades de crecimiento, por las trillas del amor. Parece que el Padre imantó con ese amor a nuestra pequeñita limalla y, por eso, somos irresistiblemente atraídos para Él, a través del espacio infinito y del tiempo inmemorial.

Así, cuando conseguimos transmutarnos en amor, ante los compañeros que sufren, estamos colocándonos en el sentido y en la dirección que sigue todo el Universo.

¿Quién podrá resistir?

- “Si Dios está con nosotros – decía nuestro Pablo – ¿quién estará contra nosotros?”

Si me fuese pedido el secreto del esclarecimiento, diría apenas una palabra:

- ¡AMOR!



